



ASÍ DESTRUYÓ CARRILLO EL P.C.E.

Ω

Enrique Líster

Ω

Biblioteca Libre

OMEGALFA

2019

Ω

Enrique Líster
Así destruyó Carrillo el P.C.E.

Maquetación:

Demófilo

ΩΩΩ

*Libros libres
para una Cultura Libre*



Biblioteca Libre
OMEGALFA
2019
Ω

Enrique Líster:



Apunte biográfico

Enrique Líster nació en Ameneiro en 1907. Siendo cantero de profesión en su Galicia natal, emigró a Cuba a los 11 años, regresando a España en 1925, donde ingresó en el Partido Comunista de España, iniciando así su actividad militante. Participó activamente en las luchas de los trabajadores agrarios gallegos y se convirtió rápidamente en un importante activista sindical, en el difícil contexto del pistolero patronal contra los sindicatos a finales de la dictadura de Primo de Rivera.

Proclamada la República, por su condición de cuadro destacado del PCE fue enviado a la URSS para cursar estudios de formación política en la Academia Lenin. También recibió formación militar en la Academia Militar “Frunze”.

Durante su periodo formativo en la URSS formó parte de una brigada de trabajadores encargada de la construcción del metro de Moscú, siendo muy apreciada su experiencia como cantero en su juventud.

A su regreso a España, Enrique Lister se integró en el comité restringido que operaba sobre cuestiones militares y que el PCE había formado ante el creciente peligro de un golpe de Estado contra la joven República. Así, junto con Juan Modesto Guilloto y otros militares comunistas y republicanos, integró la dirección de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas.

Tras el golpe militar, comenzada la fase inicial de la Guerra Civil Española, Lister tuvo un papel muy destacado en la organización del Quinto Regimiento en Madrid, la primera escuela militar para formación de milicianos. El 20 de septiembre de 1936 asumió la jefatura del Quinto Regimiento, en sustitución de Enrique Castro Delgado.

Antes de finalizar el mes de julio de 1936 marchó a los combates en la Sierra de Guadarrama, donde destacó por su liderazgo. Allí su experiencia técnica y capacidad organizativa fueron determinantes para su rápido ascenso por méritos de guerra. Participó en posteriores combates en el Valle del Tajo, en Toledo y en el suroeste de Madrid. Pronto, Lister se convirtió en el comandante de la 1.^a Brigada Mixta del Ejército Popular. Durante el transcurso de la guerra alcanzaría la graduación de Mayor de Milicias, máximo rango para los procedentes de la escala no profesional.

Adquirió verdadera notoriedad al ser encargado de la defensa de un sector de la ciudad durante la Batalla de Madrid, al mando de la 1.^a Brigada Mixta del EPR. Fue posteriormente el responsable de la 11.^a División, convirtiéndola en la más selecta unidad republicana, encargada de soportar los peores combates en las batallas de Guadalajara, Brunete, Belchite y Teruel. Posteriormente, Lister dirigió la 11.^a División y poco después actuó como jefe del V Cuerpo de Ejército.

En 1938, tras la Batalla de Teruel y la posterior ofensiva nacionalista en Aragón, Lister fue uno de los oficiales encargados de contener el empuje enemigo, que amenazaba con cortar la zona republicana en dos sectores, pero sin éxito. En la Batalla del Ebro, Lister recibe el mando del V Cuerpo de Ejército (Divisiones 11.^a, 45.^a y 46.^a), encargándose del sector sur (Sierra de

Pàndols y hasta Pinell de Bray) resistiendo con éxito durante dos meses el peso de los ataques franquistas. Finalmente, en octubre de 1938, tras sufrir graves pérdidas humanas y de material, las tropas del Ejército del Ebro se vieron obligadas a la retirada. Por los excepcionales servicios prestados, el mayor Líster fue ascendido a Teniente Coronel.

Con la derrota de la República, Lister consigue marchar al exilio junto con otros cuadros militares, políticos y miembros del gobierno, escapando a la represión franquista.

Llegado a la URSS, asiste a nuevos estudios en la Escuela Militar, participa en las discusiones y tensiones sufridas por el PCE en ese periodo, como resultado del adverso resultado en la guerra de España. Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, se incorporó al Ejército Rojo, alcanzando el grado de General en las fuerzas de la URSS.

Siguió formando parte durante más de dos décadas de la dirección del PCE, destacando muy pronto por su actitud crítica hacia la nueva dirección del Partido elegida en el VI Congreso, celebrado en Praga a finales de diciembre de 1959. Las divergencias con Santiago Carrillo, nuevo secretario general del PCE llegaron a ser muy fuertes, y su peso político en el interior del PCE disminuyó ante la consolidación de la línea carrillista llamada de Reconciliación Nacional.

Al producirse en 1968 la intervención soviética en Checoslovaquia, donde residía con su familia circunstancialmente, Líster fue testigo de la Primavera de Praga y consideró un error la intervención soviética. No obstante esta posición, se opuso enérgicamente a que Carrillo empleara como excusa las divergencias ante la intervención soviética para purgar a los comunistas de línea dura.

La crisis abierta en el seno del PCE llevó a Líster a la fundación del Partido Comunista Obrero Español (PCOE) en 1973.

En 1977 regresó a España tras habersele entregado su pasaporte, coincidiendo con la legalización del PCOE.

Expulsado al fin Santiago Carrillo del PCE en 1986, Líster anunció la reintegración y disolución del PCOE en el PCE, en un Congreso Extraordinario.

Líster murió en Madrid el 8 de diciembre de 1994, en los días en que Izquierda Unida (IU) celebraba en Madrid su IV Asamblea, y sus restos fueron llevados con honores al cementerio civil madrileño.

Sus experiencias de la Guerra Civil y su trayectoria personal y política se recogen en varios libros:

- *Nuestra guerra (1966)*
- *¡Basta! (1970)*
- *Memorias de un luchador (1977)*
- *Así destruyó Carrillo el PCE (1982)*
- *Nuestra guerra. Memorias de un luchador (2007),*

La popularidad de Líster durante la Guerra Civil originó páginas y textos laudatorios hacia su persona. Sirva como muestra el siguiente soneto:

A Líster, Jefe en los Ejércitos del Ebro

(Antonio Machado)

Tu carta -oh noble corazón en vela,
español indomable, puño fuerte-,
tu carta, heroico Líster, me consuela,
de esta, que pesa en mí, carne de muerte.

Fragores en tu carta me han llegado
de lucha santa sobre el campo ibero;
también mi corazón ha despertado
entre olores de pólvora y romero.

Donde anuncia marina caracola
que llega el Ebro, y en la peña fría
donde brota esa rúbrica española,

de monte a mar, esta palabra mía:
"Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría".

Enrique Lister

Así destruyó Carrillo el PCE

A MODO DE INTRODUCCIÓN

ESTAMOS asistiendo a la última etapa de la existencia del PCE como Partido Comunista.

Para unos es una sorpresa; para otros, motivo de alegría; para muchos, entre los que nos contamos, motivo de pena.

En cuanto a la explicación de las causas de la descomposición del PCE, las hay para todos los gustos, pero la inmensa mayoría de las gentes las colocan en estos últimos siete años. En fracasos electorales, en lucha entre los del exilio y los del país, y entre generaciones y profesiones.

La verdad es que el origen de las causas viene de mucho más lejos. En las páginas que siguen yo voy a dar mis opiniones sobre aquellas causas que yo considero las principales. Y para hacerlo voy a recurrir a hechos vividos por mí desde nuestra guerra y a las opiniones dadas por otros y también por mí a partir de 1939.

Sólo aclarando diferentes épocas pasadas de la vida del PCE, de sus órganos dirigentes y de sus hombres se puede comprender lo que está sucediendo hoy dentro del PCE y en el movimiento comunista español en su conjunto. Debo confesar, sin embargo, que habrá cosas que aún se quedarán en el tintero, o ya en el papel, pero que hacerlas públicas y llegar hasta el fondo de su verdadero contenido no ayudaría al comunismo en la época en que vivimos y en la etapa inmediata, y yo soy, ante todo, comunista.

Una de las preguntas con que más me encuentro es cómo Carrillo pudo llegar a la Secretaría General del Partido. Sí, es difícil de comprender, pero no lo es tanto si se tiene en cuenta la propia historia del PCE, cómo surgió, las diferentes etapas por que pasó, la composición de sus diferentes direcciones, las características de sus máximos dirigentes a lo largo de su existencia.

Se debe tener en cuenta, asimismo, que de 1920 a 1982, es decir de los sesenta y dos años de lo que fue PCE, casi cincuenta los ha pasado en la clandestinidad, terreno abonado para toda clase de vulneraciones en un partido revolucionario.

Por ejemplo, son muchos los que acusan a Carrillo de haber sido enviado al PCE por determinados servicios de espionaje. Conste que yo no quiero caer en la práctica de la «espionitis» de la que desde hace tantos años vengo acusando a Carrillo; pero los hechos están ahí y cuanto más vueltas le doy más me encuentro con un Carrillo tremendamente sospechoso de ser autor de todo eso que él ha acusado falsamente a tantos comunistas honestos; es decir, de haber sido enviado al PCE por servicios de espionaje.

Por poco que nos fijemos nos encontramos con un Carrillo escurridizo y siempre con contradicciones al hablar de sí mismo. Yo leí algunas biografías encargadas por Carrillo a ciertas gentes: Debray y Gallo, A. María Yagüe, donde Carrillo les cuenta lo que le parece y como le conviene. Ahora tiene anunciada otra biografía de Carrillo su socio de fechorías, en otra época, Fernando Claudín. Ese sí que podría decir cosas sobre determinadas épocas siniestras de Carrillo. Claudín, junto con Dolores, fueron guardianes en Moscú de las dos maletas de microfilmes con las historias de una parte de los crímenes de los años cuarenta y parte del cincuenta.

Pero Claudín no escribirá sobre eso. Claudín, como buen empollón, parirá un soporífero mamotreto para aumentar el confuisionismo que ya existe, y, a la vez, echarle un cable a su compadre Carrillo y cubrirse él mismo de sus propias responsabilidades.

Pero veamos algunos hechos en que se basan las sospechas de

unos y las acusaciones de otros sobre Carrillo.

Al producirse la sublevación fascista, Carrillo estaba en Francia y no regresa a España hasta un mes después. Ahí tenemos ya un mes del que no conocemos nada de lo que hizo Carrillo. Él cuenta una historia, pero nadie puede confirmarla, nadie dice haberle visto durante ese mes.

Después de ese mes de misterio Carrillo aparece en Madrid donde, aprovechándose de que Trifón Medrano y otros comunistas dirigentes de las JSU están en el frente, se apodera, junto con Ignacio Gallego, Federico Melchor, González Jerez, Manuel Azcárate, Fernando Claudín y otros del mismo corte, de la dirección de la organización juvenil.

Sobre su conducta en la guerra, luego en Francia y su estancia en Moscú hablo en Otro lugar, por eso no lo haré aquí.

Una de las cuestiones que más llama la atención a los camaradas son las relaciones de Carrillo con los yanquis.

En el capítulo que aquí dedico a la lucha por la paz, trato de la oposición de Carrillo a que denunciáramos las bases militares norteamericanas en España, a que preparásemos nada contra ellas y a que se publicaran los dos folletos preparados por mí. En esa época yo lo achacaba a las malas relaciones que había entre él y yo. Pero con el tiempo he ido ligando hechos. Todo ello lo uní con cosas más lejanas y más cercanas.

Las facilidades que encontró Carrillo en Estados Unidos en 1940, a su llegada allí procedente de la Unión Soviética; la facilidad con que pudo moverse por América latina hasta 1944, año en el que regresó a Europa. Las facilidades con que Carrillo contó para ese regreso. En plena guerra llegó a Lisboa, procedente de Montevideo, con toda tranquilidad, atravesando un mar dominado por yanquis e ingleses; vivió la gran vida durante varias semanas en un Estoril plagado de agentes de servicios secretos; pasó tranquilamente a África por un área también plagada de ingleses y yanquis, área en la que incluso los jefes de la resistencia francesa no penetraban sin el visto bueno de la CSS (la predecesora de la CIA) y del *Intelligence Service*, para

desembarcar, no menos tranquilamente, en Argelia, ciudad en la que permaneció unas semanas para seleccionar unas cuantas personas y ponerlas a disposición de los servicios secretos yanquis, que después de instruir las enviaron a España para hacer espionaje por su cuenta.

Completó Carrillo su obra en África echando del Partido a los que no se le sometían, y terminada su misión allí entró en Francia, cruzando otra vez un mar estrictamente dominado por ingleses y norteamericanos. ¿Quién tenía interés en que Carrillo llegara a Francia antes que ningún otro dirigente del PCE? El Partido, no. Carrillo vino a Europa por cuenta de otros, pero no por una decisión de la dirección del Partido. Carrillo, en América, estuvo siempre independiente del Partido.

Viendo las relaciones cada vez más estrechas de Carrillo con los yanquis hoy, su conducta pasada aparece con toda claridad. Su actividad de ayer era la preparación de su política, de sus actividades y de sus relaciones de hoy.

En cuanto a la tan frecuente interrogante de cómo es posible que Dolores Ibárruri le permitiera a Carrillo la destrucción del Partido, también en las páginas que siguen encontrará el lector una parte de la explicación. Dolores Ibárruri ha odiado siempre a Carrillo; ha dicho sobre él las cosas más despreciativas que yo haya podido escuchar. Pero Dolores Ibárruri le tiene miedo. Carrillo ha logrado irse comprometiendo en sus crímenes y cada vez que en los años sesenta y setenta yo la invité a que dijera la verdad al Partido, me respondía que prefería tirarse por una ventana. La última vez que intenté convencerla fue en febrero de 1970, en su casa de Moscú. Casi todo el secreto está en los hechos sangrientos en que Carrillo ha logrado comprometerla. Y digo casi todo, y no todo, porque queda algo más que prefiero no incluir aquí.

CAPÍTULO PRIMERO

DISCUSIONES EN MOSCÚ, 1939

YO llegué a Moscú el 14 de abril de 1939. En la estación me esperaba el camarada Manuilski, miembro del Secretariado de la Internacional Comunista. Nos llevó a Carmen, a la niña y a mí a su dacha en Kúntsevo, cerca de Moscú, donde habíamos de residir hasta septiembre, en que yo ingresé en la Academia Militar.

El camarada Manuilski esperaba mi llegada para ir los dos al sanatorio de Barbija, donde estaban en tratamiento Jorge Dimitrov y José Díaz, y para donde salimos después de dejar a Carmen y a la niña en la dacha. Llegamos al sanatorio a las once de la mañana y partimos a las ocho de la noche porque los médicos ya nos echaron. Durante nueve horas estuve bajo el fuego de las preguntas de los tres.

Me impresionó el amplio y profundo conocimiento que los camaradas Dimitrov y Manuilski tenían de todo el problema español y el humanismo que se desprendía de todas sus preocupaciones en cuanto a la trágica situación en que se encontraba el pueblo español después de la derrota y de los españoles reclusos en los campos de concentración en Francia y África.

De vez en cuando, según yo iba hablando, Dimitrov o Manuilski tomaban el teléfono para dar las instrucciones que debían ser comunicadas a París, en relación con la situación de diferentes camaradas, pero el tema central de las preguntas era el político. ¿Qué había pasado en el último período de la guerra, y sobre todo en la zona centro— sur? ¿Cuál había sido la actitud de los órganos dirigentes del Partido y de sus diferentes miembros? ¿Cuál había sido la conducta de Togliatti y de los demás delegados de la IC?

Fui reservado en mis respuestas y me callé cosas y opiniones que más tarde dije en las reuniones de la dirección del Partido presididas por José Díaz. Me parecía que eso era lo correcto, y

José Díaz fue el primero en apreciarlo así.

En el resto de abril y primeros días de mayo fueron llegando diferentes miembros de la dirección del Partido: Dolores Ibárruri, Jesús Hernández y su mujer, Juan Comorera y la suya, Pedro Checa y la suya, Togliatti y la suya, Vicente Uribe y Modesto. Todos ellos se fueron alojando en la dacha de Manuilski. José Díaz salió de la clínica y también vino a alojarse allí con su mujer y su hija. Llegó asimismo a Moscú Santiago Carrillo, con su mujer y su hija, mas con gran sorpresa para mí no lo trajeron a la dacha ni lo llevaron al hotel Lux, donde estaban Enrique Castro y otros miembros del CC, sino que lo metieron en el hotel Nacional, y ello a pesar de ser miembro suplente del Buró Político, mientras que Comorera, Modesto y yo sólo lo éramos del CC. Pero ésta no sería mi única sorpresa en relación con Carrillo.

Discusiones en Moscú

Hacia últimos de mayo dimos comienzo en la dacha a un examen de nuestra guerra y sobre todo del final de la misma. Participábamos en ese examen, bajo la presidencia de José Díaz, secretario general del Partido, los miembros del BP Dolores Ibárruri, Vicente Uribe, Jesús Hernández y Pedro Checa, y los miembros del CC Juan Comorera, Juan Modesto y yo. Participaba asimismo Palmiro Togliatti, que había sido hasta el último momento delegado principal de la IC ante nuestro Partido. Segunda sorpresa para mí: la no participación de Carrillo, siendo miembro del BP y estando en Moscú desde mediados de mayo.

En el libro *Mañana España* (pp. 73 – 79) recurre Carrillo a inventar fechas para querer demostrar que él no estaba en Moscú cuando esas discusiones tuvieron lugar.

Carrillo llegó a Moscú, junto con su mujer e hija, en mayo de 1939, y no el 26 de diciembre como él afirma. De Moscú sale para América junto con su mujer e hija y Juan Comorera. El viaje lo hicieron a través del Japón. Toda esa estancia en Francia y Bélgica es falsa. Carrillo mezcla unas fechas e inventa

otras según le convienen. Falso también su residencia en el hotel Lux. Vivió en el hotel Nacional. Falso lo de su trabajo como secretario de la Internacional Juvenil Comunista y lo de sus reuniones con el secretariado del KOMINTERN. Y falso, asimismo, que la misión que él llevaba para América tuviese nada que ver con la organización de la juventud. La misión era otra.

Con todas esas falsedades Carrillo quiere ocultar la verdad de que vivió en Moscú como apestado, sin participar en las discusiones políticas que allí hubo ni en ninguna actividad dirigente.

Debo decir que yo casi no conocía personalmente a Carrillo. Le había visto dos o tres veces durante la guerra, ninguna de ellas en el frente; y un día en el parque Máximo Gorki de Moscú nos encontramos por casualidad al estar yo paseando con mi mujer y nuestra hija y él también con su mujer y su hija.

En mis conversaciones con Uribe en 1961, a las que me referiré más adelante, éste me dijo que Togliatti y José Díaz se habían opuesto a que Carrillo fuese a vivir a casa de Manuilski, donde vivíamos los demás, y que participase en nuestras reuniones.

Esta oposición se debía a que, lo mismo en el Secretariado de la Internacional Comunista que en el Buró Político de nuestro Partido, existía un estado de ánimo de repulsión hacia él, no sólo por su pasado trotskista, sino porque había cosas sucias en su conducta. Había no sólo la indecente carta a su padre, sino también el haber sacado de la cárcel de Madrid, cuando era jefe de policía, a un tío suyo falangista y haberle hecho pasar al campo enemigo.

Había la traición a Largo Caballero, gracias al cual Carrillo había llegado a la Secretaría General de las Juventudes Socialistas, y había las persecuciones contra sus propios compañeros de dirección de la juventud socialista que no se sometieron a él incondicionalmente al realizarse la unificación de las Juventudes Comunistas y Socialistas, creándose las Juventudes Socialistas Unificadas.

Otra cosa sobre la que había —y sigue habiendo y un día se

llegará a aclarar— graves sospechas es su papel en la muerte de Trifón Medrano, desaparecido el cual Carrillo quedaba como dirigente absoluto de las Juventudes Socialistas Unificadas. De esto algo dijo Indalecio Prieto y, una vez que surgió en una conversación del CE del Partido, Carrillo se puso furioso y paró toda posible discusión.

Al revés de lo que hacían Carrillo y otros miembros de la dirección de las JSU en aquella época y actualmente miembros del CE del Partido de Carrillo, de emboscarse en la retaguardia, Medrano empuñó el fusil desde el primer día de la sublevación, conquistando en los combates de Madrid, de la Sierra y de Talavera sus galones de comandante y aumentando su prestigio de auténtico dirigente de la juventud española.

En tal caso, José Díaz no sólo se negó a que Carrillo participase en las discusiones a las que vengo refiriéndome, sino que ni siquiera quiso hablar con él.

Cuando llevábamos unas tres semanas discutiendo entre nosotros, dio comienzo una discusión paralela con el Secretariado de la IC en la que participaba todo nuestro grupo. Esas discusiones que duraron unos dos meses no fueron nada fáciles con el Secretariado de la Internacional Comunista, pero sobre todo entre nosotros. En las discusiones con el Secretariado de la IC estábamos todo el grupo, pero los que tomaron una mayor participación fueron José Díaz, Vicente Uribe y Jesús Hernández.

Las discusiones entre nosotros, repito, no sólo no fueron nada fáciles, sino que en diferentes momentos adquirieron una gran violencia, sobre todo al tratarse el último período de la guerra en Cataluña y en la zona centro-sur. José Díaz exigió una y otra vez una explicación de por qué no se habían cumplido las decisiones tomadas antes de su salida para la Unión Soviética —a donde se marchó muy enfermo— de que el BP del Partido y la dirección de las JSU se trasladaran a Madrid y a Valencia, quedándose en Cataluña Uribe con su doble carácter de miembro del BP y de ministro del Gobierno. Insistía José Díaz, y con razón, en que durante la batalla del Ebro había quedado clara la conducta capituladora de toda una serie de altos mandos y de

dirigentes políticos en la zona centro-sur. Sostenía José Díaz, y también con toda razón, que una de las enseñanzas de la batalla del Ebro era que el ejército de la zona catalana no podría resistir solo todo el peso del ejército enemigo; por eso era necesario mover a los ejércitos de la zona centro-sur para obligar al enemigo a dividir sus propias fuerzas.

En el libro *Alerta a los pueblos* el general Rojo escribe: «*La batalla de Cataluña comenzamos a perderla al suspenderse la operación sobre Motril. Hubiera bastado ese ataque, en relación con las subsiguientes maniobras de Extremadura y Madrid, para desarticular el plan adversario o, cuando menos, si Franco sacaba tropas de Cataluña, para ganar algún tiempo más del que nos concedió el temporal de lluvias y lograr que el ansiado armamento hubiera llegado oportunamente para ser útil en Cataluña y en la región central.* »

¿Dónde estaban, mientras esto sucedía, los miembros más destacados de la dirección del Partido y de las JSU? En su casi totalidad, en Cataluña y con los coches enfilados hacia la frontera.

Pero, además, ¿qué influencia beneficiosa tuvo para la defensa de Cataluña y de Barcelona concretamente la presencia allí de esos dirigentes del Partido y de las JSU? ¡Ninguna! Ni se les vio ni se les sintió. Yo vi a alguno de ellos, entre los cuales a Carrillo y Antón, una semana antes de la pérdida de Cataluña, pero no en mi puesto de mando sino cerca de Figueras cuando la línea de fuego pasaba por delante de Gerona, es decir, a cerca de cuarenta kilómetros.

Fue, asimismo, duramente criticada por José Díaz la actitud y conducta de los miembros del BP Dolores y Delicado, que estaban en la zona centro-sur.

En esas reuniones expuse mis opiniones en forma crítica y autocrítica sobre diferentes cuestiones y aspectos del desarrollo de nuestra guerra y de nuestra actitud en ella.

En mis diferentes intervenciones abundé en las mismas cuestiones que tanto preocupaban al secretario general y me referí a

otras que él no había tocado. Sostuve que si los miembros del BP —Carrillo, Mije, Giorla y Antón— se habían quedado en Francia después de la pérdida de Cataluña, se debía a que ellos daban la guerra por terminada al perderse esa región. Dije que esto mismo de dar la guerra por terminada después de la pérdida de Cataluña también les había pasado a Dolores y Delicado, y que sólo así se podía explicar el que se encerraran en Elda —cerca de Alicante— y que nos dieran la orden al grupo de militares que habíamos llegado de Francia de que nos encerráramos también allí, lejos de los frentes donde estaban las fuerzas militares y de los grandes centros industriales donde estaban las masas obreras y, sobre todo, lejos de Madrid, que había sido la gran fortaleza del Partido y que en esos momentos era el centro de la conspiración contra el Gobierno, contra el Frente Popular y la República. Dije que jamás podría olvidar la penosa impresión que recibí la mañana del 6 de marzo cuando al llegar a Elda, procedente de Cartagena —donde la sublevación fascista había sido aplastada—, y unas horas después de haberse sublevado ya Casado, me encontré con Dolores, Delicado y otros dirigentes del Partido, no estudiando la respuesta que se podía dar a los traidores de la junta *casadista*, sino preparando la toma del avión para el extranjero.

Hizo José Díaz una crítica en la que trató de cobardes a los miembros del BP y de la dirección de las JSU que después de la pérdida de Cataluña se quedaron en Francia en vez de ir a la zona centro-sur donde estaba la parte fundamental de nuestros militantes. Entre esos dirigentes estaban, precisamente, Santiago Carrillo, secretario general de las JSU, la inmensa mayoría de cuyos militantes se encontraban en la zona centro-sur; Mije, dirigente andaluz; Antón y Giorla, miembros del Comité Provincial de Madrid; los cuatro, miembros del BP en esa época y todos dirigentes del Partido de Carrillo hasta hoy unos y hasta su muerte otros. En el avión en que salí de Toulouse para la zona centro-sur la noche del 13 al 14 de febrero de 1939, es decir, tres días después de haber salido de Cataluña, íbamos trece pasajeros a pesar de que el avión tenía 33 plazas. Es decir que veinte iban vacías.

En el libro *Mañana España* (p. 70) Carrillo dice: «*Yo había salido de España con el Ejército Republicano de Cataluña. Yo quise regresar a la zona centro-sur para participar en el combate al lado de mis camaradas del Partido y de la Juventud. Pero el Partido retrasó mi marcha y, desgraciadamente, la lucha se terminó.*»

Pero tres páginas más adelante afirma: «*Salgo de España con el ejército después de un mes duro. Estoy atacado por la sarna que estaba muy extendida en esta época, en la que no había posibilidad de mudarse de ropa durante meses enteros. Yo me fui a París.*»

Ya en 1959, en el folleto *¿Adonde va el Partido Socialista?*, página 19, escribía Carrillo: «*Vino marzo de 1939 y el golpe de Casado en Madrid. Los comunistas y los jóvenes socialistas unificados de Madrid lucharon con armas en las manos contra la Junta de Casado, en defensa del gobierno legítimo de la República que presidía un socialista, Negrín. Yo no pude participar personalmente en esa lucha, como otros de mis camaradas, porque el último período de la guerra me cogió en Cataluña, siéndome materialmente imposible regresar a la zona centro-sur.*»

Como puede verse, Carrillo da diferentes versiones y busca diferentes causas a su no ida a la zona centro-sur: la falta de medios, el Partido, la sarna; todo ello para ocultar la verdadera causa: su cobardía.

La Junta de Casado dio el golpe el 5 de marzo, Carrillo pasó de Cataluña a Francia el 8 de febrero; es decir, que tuvo casi un mes para decidirse a volver, pero al final prefirió París a Madrid.

La cuestión es que esos miembros del Buró Político y de la Comisión Ejecutiva de las JSU hacían lo mismo que otros políticos y ciertos jefes militares: daban la guerra por terminada y perdida al encontrarse en Francia después de la pérdida de Cataluña.

¿Después de la pérdida de Cataluña era posible continuar la

guerra en la zona centro-sur? Sin duda de ninguna clase era posible, y así lo sostuve en las discusiones de Moscú en 1939. Esta misma opinión, defendida por mí veinte años más tarde en la Comisión de Historia de la Guerra, fue uno de los motivos de discrepancia entre Carrillo y yo, y de mi salida de la comisión.

Mientras Carrillo sostenía que con la pérdida de Cataluña la guerra estaba perdida y que se debía dar por terminada y, por tanto, ya nada se podía hacer en la zona centro-sur, yo sostenía, y sostengo, lo contrario.

Dolores Ibárruri dijo ante el VI Congreso del Partido: *«Unos meses más de resistencia y la guerra hubiera podido ser ganada, porque las fuerzas interesadas en comenzar la segunda guerra mundial no podían mantener la tensión a que tenían sometidos a sus pueblos. Cinco meses después de aplastada la resistencia republicana, Hitler comenzaba la segunda guerra mundial.»*

Yo, por mi parte, no quiero entrar en especulaciones acerca de si Hitler habría comenzado o no la guerra en la fecha que empezó si la guerra de España no se hubiese terminado. Lo que he sostenido, y sostengo —aunque Carrillo me lo hizo quitar de un artículo sobre la batalla del Ebro y luego hizo todo lo que pudo para que no se tratase de ello en mi libro Nuestra guerra—, es que con los medios y el territorio que nos quedaba en la zona centro-sur había la posibilidad —aun en el peor de los casos y aceptando la idea de que la guerra la perdfamos, idea con la que no estoy de acuerdo— de resistir siete u ocho meses.

Dos meses necesitó el enemigo para conquistar las cuatro provincias catalanas, volcando todas sus fuerzas disponibles (más de 600.000 hombres) contra un ejército de 200.000 combatientes agotados por la larga batalla del Ebro, mal armados y sin reserva alguna. Mientras tanto, en la zona centro-sur contábamos con un ejército de cerca de un millón de hombres, la mayor parte encuadrados ya en unidades militares y con experiencia combativa. Cuatro ejércitos: centro, Extremadura, Andalucía y Levante; 16 cuerpos de ejército, 52 divisiones con 141

brigadas. Dos brigadas de Caballería; 27 batallones de Ingenieros; unos 280 tanques y blindados; 400 piezas de artillería. Había, además, 21 grupos de Guardias de Asalto. La aviación contaba con unos 100 aparatos de diferentes tipos. La escuadra era mucho más numerosa que la del enemigo y estaba formada por 3 cruceros, 13 destructores, 7 submarinos, 5 torpederos, 2 cañoneros y toda una serie de barcos auxiliares.

Se podía contar, además, con 200.000 a 300.000 hombres más, parte de los cuales estaban ya en campamentos de entrenamiento. Y creo, por último, que no es exagerado pensar que una parte, por lo menos, de los combatientes y de los mandos que habían pasado a Francia regresara a la zona centro-sur.

Se puede argumentar, y se argumenta, que la correlación de fuerzas y de medios en su conjunto nos era desfavorable, lo que es cierto. Pero si la comparamos con Cataluña, esa correlación de fuerzas y de medios nos era mucho más favorable en la zona centro-sur que en la zona catalana, como hemos podido ver más arriba.

En cuanto a territorio, la zona centro-sur comprendía unas diez provincias, la mayor parte completas y algunas otras divididas por las líneas del frente, con un total de 120.000 km² y nueve millones de habitantes. Con ciudades como Madrid, Valencia, Alicante, Albacete, Murcia, Almería, Jaén, Cuenca, Guadalajara y Ciudad Real. Tenía la zona más de 700 Km. de costa con un respetable número de puertos, entre ellos los importantes de Valencia, Alicante, Almería y el de Cartagena con su base naval.

En relación con el abastecimiento, aparte del aprovisionamiento que se podía seguir recibiendo por mar —no se debe olvidar que contábamos con una Marina de guerra muy superior a la del enemigo para defender nuestras comunicaciones marítimas, sobre todo si se estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo y obligar a la flota a que diera la cara—, estaban en nuestro poder zonas de gran riqueza agrícola como las de Valencia, Alicante, Murcia, Ciudad Real y Jaén.

Había, pues, territorios y medios para, en el peor de los casos,

continuar la guerra seis u ocho meses más. La segunda guerra mundial comenzó tan sólo cinco meses después de terminada la contienda de España. Claro que se puede pensar, como digo anteriormente, que de no haber terminado la guerra de España, Hitler no se hubiera lanzado a un conflicto armado global y hubiese esperado un poco. Es posible que sí, pero tampoco está descontado lo contrario.

Pero vamos a aceptar lo peor para nosotros, es decir, que la guerra hubiese terminado con nuestra derrota total seis u ocho meses más tarde. De haberla terminado dignamente, en la unidad, como en Cataluña, los resultados hubiesen sido muy diferentes para toda nuestra lucha posterior, pues las consecuencias de la ruptura del Frente Popular, a tiros, están ahí: todavía la unidad entre las fuerzas de izquierda no ha sido rehecha.

El argumento principal de los sublevados *casadistas* era que querían conseguir una paz honrosa y evitar víctimas inútiles a las fuerzas republicanas; los resultados también están ahí, a la vista de todos: cientos de miles de fusilados. Creo que no puede haber duda de que, de haber combatido, las bajas republicanas hubiesen sido mucho menores que las que hubo sin combate y que, por el contrario, el enemigo hubiese terminado la guerra mucho más debilitado. Pero incluso para conseguir un acuerdo de paz con los franquistas, sólo mediante la firmeza y la disposición de continuar la lucha se podía abrir tal posibilidad.

Si los franquistas hubiesen visto que estábamos dispuestos a repetir lo de Cataluña —combatir hasta el último palmo de tierra y destruir todo lo que pudiese hacer más lento su avance, y otras muchas cosas—, no hay duda que hubiesen mostrado una actitud menos intransigente.

Esas y muchas otras cosas nos deben hacer pensar en lo que se podía hacer en esos siete u ocho meses, incluso en el caso de dar la guerra por perdida, sobre todo teniendo en cuenta la experiencia negativa de Cataluña, donde nada había quedado organizado detrás de nosotros, y el trágico ejemplo del paso a Francia, de lo que nos esperaba si éramos derrotados: campos

de concentración, miseria, trato infame, cárceles y fusilamientos. Esos siete u ocho meses habrían servido para hacerles pagar aún más cara la victoria a los franquistas —en caso de que la obtuvieran— y, sobre todo, para tomar toda una serie de medidas con el fin de organizar la continuación de la lucha por otros medios y otras formas.

Nos habrían permitido crear organizaciones de Partido con medios de propaganda y de todo tipo para actuar en la clandestinidad en las ciudades y en los pueblos, así como establecer miles de depósitos de armas, municiones, víveres y otros medios de subsistencia y de combate.

Miles de mandos, de combatientes, de responsables políticos, sindicales y estatales de los más comprometidos podrían haberse salvado de la muerte si en los primeros días de la derrota hubieran tenido donde esconderse, hubiesen tenido en ciudades y montañas un refugio y una base organizada de antemano para continuar la lucha.

Lo anterior no quiere decir que esto no se pudo o no se debió hacer, pese a cuándo y cómo se terminó la guerra, si la dirección del Partido hubiera cumplido con su deber.

Dolores Ibárruri escribe en su libro *El único camino*: «De ahí que no preparásemos a nuestros camaradas para hacer frente a cualquier contingencia en nuestra retaguardia, de ahí la ausencia de previsión ante la posibilidad de la derrota. Ni imprentas, ni papel, ni radio, ni dinero, ni casas, ni organización ilegal. Nada habíamos preparado. »

Bien caro habrían de pagar nuestro partido y nuestro pueblo esta falta de previsión.

Sí, parte de los dirigentes máximos del Partido y de las JSU de aquella época, muchos de los cuales lo siguen siendo en la actualidad del Partido *carrillista*, son culpables de muchas de las tragedias de aquel período, que ellos quisieran ocultar hoy con nuevas marrullerías. Son culpables, sobre todo, de la falta de previsión y medidas para la continuación y actividad del Partido en las condiciones de la derrota.

Es claro que la aceptación de una u otra tesis lleva consigo el estudio y análisis de los hechos y del papel de unas u otras fuerzas de forma diferente. Pero incluso aunque aceptáramos la tesis de que era imposible continuar la guerra después de la pérdida de Cataluña, no podemos aceptar que todo lo que hizo la dirección del Partido en relación con esa cuestión fuese correcto y, por el contrario, lo es mucho menos si admitimos que —aun en el peor de los casos, es decir, el de perder la guerra— había todas las posibilidades y medios para continuar la lucha como mínimo siete u ocho meses e incluso más, y que ello hubiera sido menos doloroso y menos costoso para nuestros combatientes y para todos los antifranquistas de lo que fue al terminar la guerra como se terminó.

¿A qué se debe esta conducta de tales dirigentes?

Según mi opinión, a dos causas: una, que a estos dirigentes, como a todos los que desempeñábamos otras misiones, sus cargos les venían demasiado anchos. El cambio fue demasiado brusco y demasiado grande para todos nosotros. Pasar de la oposición a participar en la dirección de toda la vida del país y, además, en una situación de guerra, era terriblemente complicado y difícil para todos nosotros. Pero, reconociendo este aspecto de la cuestión, queda otro: el de la actitud y conducta de cada uno para superar, vencer sus propias dificultades y deficiencias. Y es aquí donde todo no marchó como es debido. La conducta moral y la actitud de una serie de dirigentes políticos ante la lucha, las dificultades y los sacrificios del pueblo dejaron bastante que desear. Y si hoy recuerdo todo esto no es sólo por el papel negativo que la conducta de esos dirigentes desempeñó en la actividad de los órganos dirigentes del Partido y de las JSU en aquella época, sino porque algunos de esos dirigentes siguen hoy en cargos de dirección del PCE como Carrillo, con una conducta tan negativa y tan señoril como la de hace cuarenta y tantos años.

En una parte de los dirigentes del Partido hubo, desde los primeros días, una tendencia a la buena vida y en la práctica, desconfianza en la victoria del pueblo, desconfianza que esos diri-

gentes encubrían con una actitud de fanfarronería diciendo que preocuparse de tomar medidas de organización ante la posibilidad de una derrota sería no creer en la victoria. Con otra actitud, una de las cosas que hubiera pasado es que la dirección del Partido se habría preocupado de adoptar las medidas para proseguir la lucha en la clandestinidad; hubiese pasado que la dirección del Partido se habría preocupado de ayudar a nuestras organizaciones y militantes en las zonas ocupadas por los franquistas desde los primeros días de la sublevación y, en primer lugar, de ayudar a las guerrillas que habían surgido espontáneamente en muchas de esas zonas.

En los últimos días de la guerra las directivas dadas por la dirección del Partido a los camaradas fueron de trasladarse a Valencia y Alicante por todos los medios a su alcance. Por su parte, y siguiendo la orientación y las órdenes dadas por la dirección del Partido, los miembros del Comité Central que quedaron en la zona centro-sur al acabarse la guerra, dedicaron todas sus energías y los medios del Partido a salir al extranjero. Algunos de ellos regresaron luego al país desde América, pero el regreso de unas docenas de camaradas al país y la muerte heroica de la mayor parte de ellos no puede servir para encubrir la falsa orientación dada al Partido por su dirección. En tal caso es una nueva acusación, pues si esos camaradas, en vez de salir al extranjero para luego volver a entrar, se hubieran quedado en el país con determinadas condiciones de vida y de trabajo, lo más seguro es que se habrían salvado. No debe olvidarse que la casi totalidad de los camaradas detenidos después de regresar del extranjero lo fueron nada más llegar. Y hay pruebas de que a más de uno la policía ya lo estaba esperando antes de llegar.

La voluntad de vencer desempeña un papel de enorme importancia para obtener la victoria en toda lucha, ya sea armada, política o de otro tipo. Esa voluntad de vencer la había en la inmensa mayoría de los que durante la guerra defendimos la República, lo mismo en los frentes que en la retaguardia. Pero esa voluntad le faltaba a la mayoría de los que dirigían esa lucha en los más altos escalones, incluida una parte de los miembros de la dirección del PCE y de las JSU. Voluntad de vencer

la tenía José Díaz, pero estuvo enfermo la mayor parte de la guerra y por eso imposibilitado de dirigir. La tenían Pedro Checa y Vicente Uribe; la tenían Daniel Ortega, Domingo Girón, Guillermo Ascanio, Cayetano Bolívar, Manuel Recatero, Cristóbal Valenzuela, Trifón Medrano, Andrés Martín, José Cazorla, Eugenio Mesón, Lina Odena y otros muchos dirigentes del PCE y de las JSU que lo supieron demostrar en los campos de batalla y frente a los piquetes de ejecución casadistas y franquistas. Pero qué poquitos hay hoy en el Comité Ejecutivo y Comité Central carrillistas que en aquella época dieran pruebas de voluntad de vencer, a pesar de que por los cargos que desempeñaban en la dirección del Partido y de las JSU tenían la posibilidad de hacerlo.

Los militantes del PCE y de las JSU cumplieron magníficamente con su deber. Derrocharon heroísmo, valor físico, capacidad organizativa y dignidad. Pero no hay derecho a parapetarse tras la obra de los militantes para seguir presentándose como unos dirigentes que todo lo han hecho magníficamente y que a ellos se deben los éxitos del PCE. Esos éxitos han existido a pesar de que una buena parte de esos dirigentes que hoy siguen a la cabeza del Partido carrillista no cumplieron con su deber.

De las debilidades de esos dirigentes en la guerra y en su conducta posterior había de aprovecharse Carrillo por los años cuarenta y cincuenta para someterlos a su completo dominio, como iremos viendo a lo largo de los años.

En las discusiones de Moscú mostré mi acuerdo con las opiniones de José Díaz de que había sido un grave error que después de la batalla del Ebro —y más aún a partir de los primeros días de enero, cuando la pérdida de Cataluña se veía venir, sobre todo si tenía que seguir defendiéndose exclusivamente con sus propios medios, como sucedió— lo fundamental del BP y de la dirección de las JSU no se trasladara a la zona centro-sur, que era donde se podía ayudar a Cataluña. Pero al mismo tiempo que daba mi acuerdo a esa opinión, sostuve que consideraba que el error venía de más atrás, al trasladar a Barcelona, ya

antes del corte de la zona republicana en dos, pero sobre todo después del corte, a la totalidad de los miembros del BP y una parte fundamental del CC, así como de la dirección de las JSU y otros cuadros.

Opiné también que querer explicar el golpe de Casado exclusivamente por la traición de una serie de gentes y de las presiones y manejos del Gobierno inglés, podía parecer cómodo, pero no era ni convincente ni real. Afirmé que, según mi opinión, sería necesario examinar cómo se había llegado a esa situación, el papel de las diferentes fuerzas y responsabilidades entre nosotros mismos, comenzando por el BP y cada uno de sus miembros. Estas y otras opiniones que allí expuse se habrían de ir confirmando en mí a lo largo de los años al ir conociendo hechos, conductas y actitudes que en esos momentos ignoraba.

La discusión, repito, no era nada fácil, y según iban pasando los días y las semanas se iba complicando y agriando cada vez más, lo mismo entre nosotros, los españoles, que con el Secretariado de la IC. Cada día que pasaba se afirmaba en mí la idea de que se quería llegar a unas conclusiones pero sin ir realmente al fondo de los problemas. Y así, a mediados de agosto, se dieron por terminadas las discusiones, tanto entre nosotros como con el Secretariado de la IC. En una reunión —la última—, José Díaz hizo toda una serie de proposiciones y todas ellas fueron aprobadas. Entre éstas estaban: que Uribe, Hernández, Comorera y Checa salieran para diferentes países de América. Lo que hicieron en las semanas siguientes. Hernández, con su mujer, tuvo que volverse desde Suecia y ya se quedó en la Unión Soviética hasta últimos de 1943, en que salió para México. Los demás llegaron normalmente a sus destinos.

Se aprobó asimismo que los miembros del BP en Francia, Giorla, Delicado y Antón, y los del CC, Santiago Álvarez y otros, continuaran en ese país, encargándose de organizar el Partido allí. Dolores y Castro pasarían a trabajar en la IC y el propio José Díaz entraría a formar parte del Secretariado de la misma. Modesto y yo ingresábamos en la Academia Militar Frunze para hacer un curso de tres años. En cuanto a Carrillo

nada se dijo ni acordó.

Por su parte, el Secretariado de la IC decidió el regreso de Togliatti a Francia, donde fue detenido unos meses más tarde, pero logró salir de la cárcel y regresar a Moscú gracias a la ayuda del Gobierno soviético.

Durante esas discusiones en Moscú hubo para mí muchas cosas incomprensibles, que sólo con el correr de los años y al ir conociendo hechos, opiniones y personas se fueron aclarando. Lo cual no quiere decir que no queden puntos oscuros para mí. Una de las cuestiones incomprensibles para mí— en el momento de producirse— fue la liquidación brutal de las discusiones entre nosotros y de nosotros con el Secretariado de la IC. Esa forma de poner fin a una discusión donde se habían tratado problemas muy serios sin llegar a ninguna conclusión ni acuerdo sobre los temas examinados, me parecía un escamoteo puro y simple. Sólo más tarde había de ir conociendo toda una serie de hechos relacionados con nuestra guerra que habían sucedido durante ésta o que seguían sucediendo. Entre ellos uno, y no pequeño, es lo que estaba sucediendo con muchos de los mandos militares y políticos soviéticos que habían participado directa o indirectamente en la guerra de España.

Los dirigentes soviéticos no tenían interés en que la profundización en el examen de los acontecimientos en España y de las actividades de los consejeros, delegados de la IC, miembros de las Brigadas Internacionales, etc. , nos llevara demasiado lejos.

Otro problema muy serio era la propia situación del PCE, debido a la actitud y conducta de parte de sus miembros de dirección que, aprovechándose de las dificultades que nos creaba la derrota y la división geográfica del Partido y de sus órganos dirigentes, actuaban según les parecía a ellos. La derrota en la que tales dirigentes tenían una seria responsabilidad les venía bien para sacudirse la disciplina del Partido. ¡Caro pagaríamos ese escamoteo!

Las discusiones fueron para mí el descubrimiento de un mundo nuevo. En el período anterior a la guerra yo había dirigido la rama político-militar del Partido y en marzo de 1937 fui elegi-

do miembro del CC, mas toda mi actividad se desarrolló en los frentes de batalla. Asistí a dos plenos del CC, pero mis deberes en el frente no me permitían ausentarme muchas horas ni tener una relación muy frecuente con el Buró Político. Por eso, lo que yo iba conociendo del funcionamiento de éste y de sus diferentes miembros era por conversaciones con camaradas y no por una participación directa en la dirección.

En las discusiones de Moscú, ante mí se iba abriendo un panorama que me llevaba de sorpresa en sorpresa. Cobardías y corrupciones aparecían en la vida y conducta de algunos de los presentes y de otros que no estaban pero que eran miembros de la dirección.

Estoy plenamente convencido de que si en 1939 se hubiese hecho un verdadero análisis de la derrota que acabábamos de sufrir, sus causas y las responsabilidades que nos incumbían individual y colectivamente, muchos errores posteriores hubiesen podido ser evitados. Y, sobre todo, Carrillo no hubiese podido someter a su total dominio a esos dirigentes. Ésa es una de las explicaciones, no la única, de cómo Carrillo pudo llegar a ser el amo del PCE y llevarlo a su destrucción.

No estarán de más unas palabras en relación con la cuestión de las academias militares.

A mediados de junio, Manuilski nos comunicó que se nos ofrecían entre veinticinco y treinta plazas en la Academia Militar Frunze y seis en la de Estado Mayor. Se nombró una comisión formada por Checa, Castro y yo para preparar la lista de candidatos, que al final quedó compuesta de la siguiente forma: Modesto, jefe de ejército; Tagüeña y yo, jefes de cuerpo; Merino, Rodríguez, Beltrán, Soliva, Marín, Ortiz, Feijoo, Usatorre, jefes de división; Artemio, Garijo, Aguado, García Victorero, Alvarez, Justino, Casado, Muñoz, Carrasco, Sánchez, jefes de brigada; Boixó y Carrión, jefes de batallón; de Artillería, Sánchez Thomas; de Ingenieros, Bobadilla; de Aviación, Vela; de Marina, Menchaca. A esta lista de veintisiete fue agregado luego, por indicación de los soviéticos, el Campesino, que a los pocos meses de comenzado el curso fue dado de baja.

Para la Academia de Estado Mayor fueron destinados: A. Córdón, J. M. Galán, Ciutat, Prados, Márquez y Sierra.

En septiembre de 1939 comenzamos los estudios en las dos academias. El curso era de tres años, pero al producirse la agresión hitleriana contra la URSS el 22 de junio de 1941, la Frunze pasó a ser una academia de seis meses para oficiales hasta el grado de capitán. Los alumnos y la mayor parte de los profesores marcharon al frente, y nosotros, de alumnos pasamos a profesores. Posteriormente, nuestro colectivo se fue disgregando. Una parte se fue a formar parte del movimiento guerrillero en la retaguardia enemiga; Modesto, Córdón y yo fuimos ascendidos a generales y enviados al Ejército polaco, organizado en la Unión Soviética. En él, Córdón pasó a formar parte del Estado Mayor; Modesto al mando de la primera división, y yo de la segunda. El resto continuaron de profesores.

Por nuestra participación en la preparación y mando del nuevo Ejército polaco, Modesto y yo habíamos de recibir en 1946, de manos del presidente Beirut, la más alta condecoración polaca, la Cruz de Grünwald.

¿Qué es hoy de todos esos militares? Boixó y Feijoo murieron durante la guerra contra los hitlerianos. Aguado y Modesto murieron en Praga. Soliva, García Victorero, Muñoz y Vela murieron en España. Bobadilla, Usatorre, Carrasco y Álvarez murieron en la Unión Soviética. Casado murió en Cuba. Tagüeña y Beltrán murieron en México. Córdón murió en Italia. El resto andamos por el mundo.

CAPÍTULO II

FEBRERO DE 1945 ENCUESTRO CON CARRILLO EN PARIS

A mediados de octubre de 1944, estando en el frente ucraniano al mando de la 2.ª División del Ejército polaco, me llamó Dimitrov a Moscú. En una larga conversación me explicó las opiniones y planes de Stalin en relación con el problema español. Resumidas, esas opiniones y planes consistían en lo siguiente:

- a) Stalin quería desbaratar los planes de los imperialistas, sobre todo de los ingleses, orientados a dejar a Franco en el poder después de la derrota del fascismo en los campos de batalla.
- b) Según Stalin, era necesario obligar a los dirigentes socialistas, anarquistas y republicanos a abandonar su política de pasividad y de espera a que el problema español lo resolviesen desde fuera los imperialistas.
- c) Era necesario formar un Gobierno, o algo parecido, que pudiese hablar y tratar en nombre del pueblo español; sería deseable que ese Gobierno, Comité de Liberación, o como se le quisiera llamar, estuviese presidido por Negrín.
- d) Y por último, esa representación de la democracia española debería estar respaldada por un movimiento popular, una de cuyas expresiones podría ser, en la situación de España, la lucha guerrillera.

En relación con esas cuestiones, y concretamente con las guerrillas, Stalin consideraba que Modesto, Cordón y yo debíamos trasladarnos a Francia, a donde también debía trasladarse Dolores, sobre todo para ponerse ella en relación con Negrín y otros dirigentes republicanos. Respondí que las opiniones y planes me parecían excelentes y que se trataba de ponerlos en práctica

lo más rápidamente posible.

Dimitrov me comunicó entonces que los especialistas habían estudiado ya las posibles rutas para llegar a Francia; que para nosotros se había previsto el viaje a través de Yugoslavia, y para Dolores a través de El Cairo.

El 7 de noviembre de 1944 Modesto, Cordón y yo salimos de Moscú en un avión especial. Después de hacer noche en el camino, el 8 llegamos a Bucarest, donde permanecemos hasta el día 11, en que salimos para Belgrado, llegando allí el mismo día.

En Belgrado surgieron dificultades para continuar el viaje, lo que nos obligó a quedarnos allí más tiempo del que pensábamos. Aprovechamos ese tiempo para estudiar las experiencias de la lucha de las guerrillas y del Ejército Popular yugoslavo, al que estuvimos incorporados con nuestros grados de generales y de cuyo mando recibimos toda clase de atenciones y facilidades, pasando a formar parte del Estado Mayor personal de Tito y viviendo en su propia residencia.

Por fin llegó para Modesto y para mí la posibilidad de proseguir el viaje a través de Roma, donde estuvimos dos días, teniendo que quedarse Cordón en Belgrado algún tiempo.

Al llegar a París, en febrero de 1945, informé a Carrillo de las opiniones y planes expuestos por Dimitrov. Me contestó que con esos planes lo que haríamos sería sacarles las castañas del fuego a socialistas y anarquistas, que estaban en mejores condiciones que nosotros para tomar en sus manos la dirección de una salida democrática y que, además, contarían con la ayuda real y directa de ingleses, americanos y franceses, mientras que nosotros no recibiríamos de los soviéticos más que consejos, que de nada nos servirían.

Yo casi no conocía personalmente a Carrillo. Lo había visto dos o tres veces durante la guerra, ninguna de ellas en el frente, y más tarde una vez en Moscú, en 1939.

A principios de 1945, Carrillo lo tenía todo en sus manos. Él había llegado a Francia en noviembre y se había apoderado no

sólo de la dirección política, sino de todos los medios materiales del Partido.

Por fin llegó Dolores. Una espléndida villa, criados, escolta, y todo lo demás seleccionado por Carrillo, la esperan. Y Carrillo la convence de que las opiniones y planes para el desarrollo en gran escala de la lucha guerrillera y la creación de un órgano de dirección política a tono con ese tipo de lucha, no tienen aplicación posible en España.

A pesar de esa actitud negativa de Carrillo, aceptada por Dolores y luego por otros miembros de la dirección del Partido según fueron llegando a Francia, Stalin continuó llevando consecuentemente la lucha por barrer el franquismo del poder y devolver al pueblo español un régimen democrático.

Del 17 de julio al 2 de agosto (1945), tuvo lugar la *Conferencia de Potsdam*. En ella el caso español fue discutido repetidas veces en sesiones plenarios y en reuniones de comisiones. Stalin y Churchill llegaron a discusiones muy agrias sobre esa cuestión.

En la sesión plenaria del 19 de julio, es decir, a los dos días de abrirse la Conferencia, la delegación soviética presentó un memorándum en el que, entre otras cosas, se decía textualmente:

El Gobierno de Franco constituye un grave peligro para las naciones amantes de la libertad en Europa y América, por lo que proponemos a los aliados:

Primero: romper toda clase de relaciones con el Gobierno español, y Segundo: ayudar a las fuerzas democráticas españolas para hacer posible que el pueblo español establezca un régimen político acorde con sus deseos.

En el acuerdo firmado al final de la Conferencia en lo que a España se refería, se decía textualmente:

Los tres Gobiernos se sienten obligados a indicar claramente que por su parte no favorecerán ninguna solicitud de ingreso del presente Gobierno español, el que habiendo sido fundado

con el apoyo de las potencias del Eje, no posee en atención a sus orígenes, sus antecedentes y su íntima relación con los ejércitos agresores las cualidades necesarias para justificar su ingreso en el seno de las Naciones Unidas.

Antes de la reunión de Potsdam existían ya dos importantes documentos internacionales en los que el problema español estaba claramente incluido. Me refiero a las Declaraciones de Teherán y de Yalta, firmadas por Stalin, Roosevelt y Churchill. En la primera y al tratar de Europa, se decía: *«Eliminar la tiranía y la esclavitud, la opresión y la Intolerancia.»* En cuanto a la **Declaración de Yalta**, firmada por las tres mismas personas el 12 de febrero de 1945, decía:

El primer ministro de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el primer ministro del Reino Unido y el presidente de los Estados Unidos de América se consultaron entre sí, en provecho común de sus pueblos respectivos y de los pueblos de Europa liberada. Manifiestan su acuerdo de concentrar, durante el período transitorio de inestabilidad en Europa liberada, los procedimientos de sus tres Gobiernos para ayudar a los pueblos liberados del dominio de Alemania nazi y a los antiguos satélites del Eje en Europa, a fin de que resuelvan por medios democráticos sus urgentes problemas políticos y económicos. El establecimiento del orden en Europa y la reconstrucción de la vida nacional económica deben lograrse por procedimientos que permitan a los pueblos liberados destruir hasta los últimos vestigios del nazismo y el fascismo y crear instituciones democráticas de su propia elección. Este es un principio de la Carta del Atlántico: el derecho de «todos los pueblos» a escoger la forma de gobierno bajo la cual desean vivir y la restitución de los derechos soberanos y el gobierno propio a los pueblos que han sido privados de ellos por la «fuerza» de las naciones agresoras. Para fomentar las condiciones en que los pueblos liberados puedan ejercitar estos derechos, los tres Gobiernos ayudarán conjuntamente al pueblo de cualquier Estado liberado de Europa o de cualquier antiguo satélite del Eje en ese continen-

te, en donde lo exijan las condiciones, a su juicio:

- a) a establecer condiciones de paz interna;
- b) a llevar a la práctica medidas de emergencia para la ayuda a los necesitados;
- c) a formar un Gobierno provisional ampliamente representativo de todos los grupos democráticos de la población, comprometido a establecer, a la mayor brevedad posible y por medio de elecciones libres, el gobierno responsable de la voluntad del pueblo;
- d) a facilitar, en los casos necesarios, tales elecciones libres.

Los tres Gobiernos consultarán con las demás Naciones Unidas y con las autoridades provisionales y los demás Gobiernos de Europa cuando estén en estudio asuntos de interés directo para ellos. Cuando, en opinión de los tres Gobiernos, las condiciones en cualquier Estado europeo liberado o en un antiguo satélite del Eje en Europa lo hagan necesario, se consultarán inmediatamente entre sí respecto a las medidas necesarias para cumplir con las responsabilidades mancomunadas expuestas en esta declaración. Por ella reafirmamos nuestra fe en los principios de la Carta del Atlántico, nuestra adhesión al Acuerdo de las Naciones Unidas y nuestra decisión de formar, con cooperación de los demás países amantes de la paz, un orden mundial bajo la ley, dedicado a la paz, a la seguridad, a la libertad y al bienestar de la especie humana.

El 1 de marzo de 1946 el Gobierno francés cerró la frontera con España, lo que representaba un duro golpe para los franquistas. Mientras tanto, a nosotros no se nos ponían obstáculos por parte de las autoridades francesas para pasar de Francia a España y de España a Francia a través del Pirineo o por mar.

El 4 de marzo, tres días después de cerrada la frontera, se hacía pública la nota «tripartita» de los Gobiernos de Francia, Inglaterra y Estados Unidos en la que, entre otras cosas, se decía:

Los Gobiernos de Francia, el Reino Unido y Estados Unidos de América han cambiado impresiones respecto al actual régimen

español y sus relaciones con dicho régimen. Se ha convenido que, en tanto que el general Francisco Franco siga rigiendo a España, el pueblo español no debe esperar una asociación completa y cordial con aquellas naciones del mundo que, mediante un esfuerzo común, produjeron la derrota del nazismo germano y del fascismo italiano, que ayudaron al presente régimen a elevarse al poder y que le sirvieron de modelo. La amnistía política, el retorno de los españoles desterrados, las libertades de asamblea y asociación política y los arreglos para elecciones públicas libres son esenciales. Un gobierno interno que se dedique a estos fines debería recibir el reconocimiento y el apoyo de todos los pueblos amantes de la libertad.

Sucesivas resoluciones de la ONU

Fueron muchas las sesiones dedicadas al examen de nuestro problema en el subcomité especial, el Comité de Asuntos Políticos y de Seguridad, en el Consejo de Seguridad y en el pleno de la Asamblea General, que en la resolución final, aprobada en la sesión plenaria del 12 de diciembre de 1946, con los votos a favor de la URSS, Estados Unidos, Francia e Inglaterra, decía lo siguiente:

Las Naciones Unidas, en San Francisco, en Potsdam y en Londres, condenaron el régimen de Franco en España y decidieron que, durante todo el tiempo que este régimen subsista, España no podrá ser admitida como miembro de las Naciones Unidas. La Asamblea General, en su resolución del 9 de febrero de 1946, ha recomendado a los miembros de las Naciones Unidas que se atengan a la letra y el espíritu de las declaraciones de San Francisco y de Potsdam. Los pueblos de las Naciones Unidas aseguran al pueblo español su constante simpatía y su cordial bienvenida cuando las circunstancias permitan que sea admitido en el seno de las Naciones Unidas.

La Asamblea General recordaba que en mayo y junio de 1946

el Consejo de Seguridad realizó un estudio de las medidas que las Naciones Unidas podrían tomar en el futuro con relación al caso. La subcomisión encargada de este estudio estableció por unanimidad que:

a) Por su origen, naturaleza, estructura y comportamiento, el Gobierno de Franco es un régimen fascista, calcado de la Alemania nazi de Hitler y de la Italia fascista de Mussolini, y en gran parte está establecido gracias a su ayuda.

b) Durante la prolongada lucha de las Naciones Unidas contra Hitler y Mussolini, Franco, a despecho de las reiteradas protestas de los aliados, dio una ayuda de lo más sustancial a las potencias enemigas desde el principio; por ejemplo, de 1941 a 1945, la División Azul de Infantería, la Legión Española de Voluntarios y el Escuadrón (Aéreo) Salvador combatieron contra la Unión Soviética en el frente de Europa oriental. En segundo lugar, en el verano de 1940 España ocupó Tánger, violando el Estatuto internacional de esta ciudad, y, por el hecho de mantener un ejército en el Marruecos español, inmovilizó efectivos considerables en el norte de África.

c) Documentos incontrovertibles prueban que Franco fue culpable, en unión de Hitler y Mussolini, de haber fomentado la guerra contra los países que, en el transcurso de la guerra mundial, han llegado a asociarse con el nombre de Naciones Unidas. En el plan de esta conspiración estaba previsto que la participación integral de Franco en las operaciones de guerra sería diferida hasta el momento en que se decidiera de común acuerdo.

La Asamblea General Convencida de que el gobierno fascista de Franco en España, que fue impuesto por la fuerza al pueblo español, con la ayuda de las potencias del Eje, a las que prestó asistencia material durante la guerra, no representa al pueblo español y hace imposible la participación de este pueblo en los asuntos internacionales dentro de la Organización de las Naciones Unidas.

RECOMIENDA: Que el Gobierno de Franco de España sea

excluido de todos los organismos internacionales establecidos por las Naciones Unidas, o relacionados con la Organización en conferencias u otras actividades organizadas por las Naciones Unidas o por los organismos citados, hasta que se constituya en España un nuevo Gobierno que pueda ser aceptado.

LA ASAMBLEA GENERAL, ADEMÁS,

Recomienda que todos los miembros de las Naciones Unidas retiren inmediatamente de Madrid a sus embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados en esa capital.

LA ASAMBLEA GENERAL RECOMIENDA ASIMISMO QUE, Si dentro de un período razonable no se ha establecido en España un Gobierno cuya autoridad derive de la voluntad de sus ciudadanos, el Consejo de Seguridad reconsidere nuevamente la adopción de medidas adecuadas, con el fin de remediar la situación que prevalezca.

LA ASAMBLEA GENERAL RECOMIENDA ADEMÁS

A los Estados miembros que den cuenta al secretario general y a la próxima Asamblea de las medidas que hayan tomado para ejecutar esta recomendación.

Ésos no son más que algunos elementos que demuestran que el ambiente internacional era favorable a la democracia española.

¿Qué hubiese ocurrido si esa situación internacional favorable al antifascismo español hubiese estado acompañada de un potente movimiento de lucha dirigido por un gobierno o comité que representara al pueblo español?

¡Que cada uno saque sus conclusiones! En cuánto a las mías, consisten en que 1945 – 1946 fueron los años decisivos para resolver el problema de la liquidación del régimen franquista. Aquél fue el momento para volcar en España todo lo que era posible en hombres y material; era el momento para colocar a la democracia mundial ante sus responsabilidades, de dar argumentos a nuestros amigos de todos los países para exigir de

sus gobernantes y dirigentes que, aniquilados Hitler y Mussolini, no había derecho a que su criatura, Franco, no se hundiese con ellos.

Ése era el momento para pedir a nuestros camaradas que ya estaban en el poder en diferentes países de Europa que nos ayudasen como era su deber hacerlo.

Hasta ese período, y hasta bastante después, el Gobierno y autoridades franceses no nos ponían obstáculo para nuestra actividad en Francia y, sobre todo, a lo largo de la frontera con España.

En cuanto a yanquis e ingleses, las repetidas declaraciones y tomas de posición demuestran que no estaban nada seguros en cuanto a la dirección que podían tomar los acontecimientos en España, y si ellos hubiesen visto que éstos tomaban la vía del desarrollo de la lucha armada, se hubiesen dado prisa en favorecer una salida de tipo republicano para que las cosas no fuesen más lejos que lo que a ellos les convenía.

Pero entre nosotros, en una tal situación, en vez de arreciar en el desarrollo de la acción guerrillera y de las demás formas de lucha, se prefirió que Carrillo pasase a ser ministro de un gobierno que estaba en contra de la lucha guerrillera y de cualquier otra forma de lucha armada. Y la dirección del Partido, en vez de pedir a nuestros amigos que ya estaban en el poder en los diferentes países europeos su ayuda para reforzar la lucha, lo que les pidió fue que reconocieran al Gobierno en el que había ingresado Carrillo. Y la mayor parte de esos países lo hicieron, pero no la Unión Soviética, que estaba convencida de que eso no era más que una farsa.

No estará de más recordar que Carrillo fue nombrado ministro por el presidente Diego Martínez Barrio, el 1 de abril de 1946. De lejos le viene, pues, a Carrillo su apetito ministerial. En esos años, Carrillo no tenía ninguna prisa en la salida democrática para España. Los máximos dirigentes conocidos del Partido eran otros, y en una situación de desarrollo normal del Partido, él no tenía ninguna posibilidad de llegar a la Secretaría General. Él lo sabía, y por eso lo que le interesaba era ganar

tiempo y posiciones con el método maniobrero que le es propio, ir deshaciéndose del máximo de futuros oponentes a sus planes.

¿Para qué sirvieron esos Gobiernos? Para nada útil. ¿A qué fue Carrillo a ese Gobierno? ¿A combatir para que adoptase una línea de lucha, de reconocimiento y apoyo a las guerrillas y a las otras formas de verdadera lucha en el país? ¡Ni hablar! Carrillo utilizó el movimiento guerrillero para conseguir sus objetivos personales y no la victoria del pueblo. En la época de las guerrillas consiguió ser ministro de un Gobierno que no quería ni oír hablar de la lucha guerrillera. En esos años, 1945 – 1946, cuando lo que hacía falta era volcar en la lucha armada el máximo de medios posible, todo lo que preocupaba a Carrillo es ser un buen chico en un puesto de ministro del Gobierno republicano. Ahora aspira a algo más «elevado», a ser ministro en un Gobierno de derechas.

En 1945, al encontrarnos en Francia los cuadros dirigentes del Partido —separados desde 1939—, pudimos, y debimos, hacer el análisis que no se hizo en 1939, agregando a ese examen el del período comprendido entre 1939-1945. Si lo hubiésemos hecho así, quizá habríamos comprendido cuál era la situación del problema español en aquel momento y qué podíamos y debíamos hacer y, sobre esa base, elaborar una línea política correspondiente a esa situación.

En aquel momento hubiese sido lógico examinar la actividad del Partido durante esos seis años, lo mismo en España que en toda una serie de países en los que teníamos núcleos importantes de camaradas. Y hubiera sido obligatorio, asimismo, un examen de cómo había cumplido cada miembro de la dirección del Partido con sus deberes en los lugares en que había trabajado durante los seis años de separación.

Entonces se hubiese visto que la conducta y el comportamiento político y moral de la inmensa mayoría de los militantes de nuestro Partido, lo mismo en Europa que en América, en África y sobre todo en España, había sido ejemplar, mientras que la conducta y el comportamiento de una parte de los dirigentes en

la emigración había dejado bastante que desear. Dolores Ibárruri, Carrillo, Mije, Antón, Delicado, son buenos ejemplos de lo que decimos, aunque no eran los únicos.

Si un tal examen se hubiera hecho, a más de uno se le habrían bajado los humos de gran señor, entrando en la nueva etapa con una conducta política y moral a tono con lo que debe ser un dirigente del Partido. Nada de eso se hizo y así marcharon las cosas.

Todo examen serio fue ahogado. Había muchas cosas sucias, muchas cobardías que los que debían hacer el examen tenían interés en ocultar. Y, lo mismo que luego, la alianza para la conspiración del silencio se hizo a costa del Partido.

Sí, debieran haber sido examinadas muchas cosas y conductas, algunas de las cuales no hago más que apuntar aquí, pero que un día, cuando se haga la verdadera historia del Partido, habrá que tratar con toda la profundidad que merece y hacer sobre ellas toda la claridad necesaria.

Pleno de Toulouse

Durante los días 5, 6, 7 y 8 de diciembre de 1945 se celebró en Toulouse (Francia) la llamada «reunión plenaria del Partido Comunista de España», siendo su característica principal la agitación y el triunfalismo. Los plenos del Partido celebrados en Francia no tenían carácter ni de reuniones de Comité Central ni de conferencia del Partido, aunque hábilmente eran presentados como tales. En la práctica, eran plenos de nuestra organización en Francia. El de 1945 fue, como digo, del más puro triunfalismo, demagógico y de escamoteo de todo examen de los verdaderos problemas. Pero tuvo algo más grave; y es que en ese pleno se sentaron las bases de toda la política oportunista y revisionista que, pasando por las etapas de la «reconciliación nacional», del «pacto por la libertad» y otras, había de ir deshaciendo el Partido y convirtiendo el poderoso movimiento comunista español en ese revoltijo de «partidos» y «partiditos»,

grupos y «grupúsculos», «oposiciones de izquierda», «organizaciones unitarias» y muchas cosas más que hoy existen.

A raíz de ese pleno se acordó, a propuesta de Carrillo, que D. Ibárruri escribiera una carta a toda una serie de dirigentes de los partidos y organizaciones antifranquistas españoles proponiéndoles una consulta al pueblo. Se acordó asimismo visitar a aquellos de esos dirigentes que fuese posible. Se examinaron nombres de los posibles visitados y de los posibles visitadores. A mí me tocó visitar a Casares Quiroga, Portela Valladares y, sobre todo, a Largo Caballero, pues se consideraba que podría ser a mí al único que estuviera dispuesto a recibir, pues era, de entre todos, también el único que no había empleado la navaja cabriterera contra él.

Las entrevistas con Casares Quiroga y Portela Valladares fueron fáciles, pues ya existían relaciones entre nosotros por pertenecer los tres al Frente Nacional Gallego, que funcionaba en Francia en esa época.

Conseguir el encuentro con Largo Caballero a través de su secretario Aguirre tampoco fue difícil. La entrevista fue cordial. Le expliqué nuestras opiniones y puntos de vista sobre la situación y nuestras propuestas. Él me explicó las suyas. Entre otras cosas me habló de sus planes para unir a los socialistas y de las dificultades con que tropezaba en esa tarea. Dijo que «son muchas y muy profundas las heridas que tus amigos me han causado; pero es mucho más importante la tarea que tenemos ante nosotros de liberar a nuestro pueblo del fascismo». Y agregó que podríamos vernos todas las veces que yo quisiera.

La entrevista fue, repito, francamente cordial, y lo que menos yo podía imaginarme es que a ese hombre, que vi lleno de energía y planes de lucha, había de despedirle unos meses más tarde llevado por una muerte cruel que venía a cerrar una larga vida de dignidad y de lucha por la gran causa del socialismo.

Se recibió una cierta cantidad de respuestas —cuyos originales conservo yo— a la carta de D. Ibárruri, aunque todas ellas rechazando la propuesta. Respondieron: el dirigente gallego A. R. Castelao, Portela Valladares, Luis Jiménez de Asúa, Luis

Fernández Clérigo. Todos ellos tenían una posición más avanzada en cuanto a la salida democrática para España que la que, en esa época, comenzaba ya a tomar la dirección del PCE.

Las cartas estaban firmadas por D. Ibárruri, pero el inspirador del contenido era Carrillo. Lo que pasa es que, en aquella época, Carrillo era mucho más cauteloso de lo que lo es hoy. Por ejemplo, en un mitin dado en la piscina de Toulouse el 1 de abril de 1945, lanzó por primera vez la consigna de «huelga general política», pero tuvo buen cuidado de agregar «*que apoyará la insurrección nacional*». Con el tiempo, la «*insurrección nacional*» había de quedar reducida a «*huelga nacional pacífica*».

Carrillo, desde su llegada a Francia, había venido realizando su propia política a espaldas del Partido, como demuestra, entre otros muchos ejemplos, ese par de párrafos de la carta respuesta de 22 de diciembre de 1945 del político Miguel Maura:

El programa de acción que usted me propone en su carta coincide casi punto por punto con el que hube de trazarme hace doce meses. Las diferencias que entre los dos existen son más de procedimiento que de finalidad o de doctrina. En el mes de diciembre del pasado año tuve ocasión de departir con los representantes del Partido Comunista que, con el señor Carrillo, me visitaron. Largamente les expuse mis puntos de vista, que coinciden, como digo, casi a la letra con los que usted expone en su carta.

Y así, con el famoso pleno como tapadera, pero sin haber hecho un verdadero análisis de la situación de la que habíamos salido, emprendimos la nueva etapa cojeando de los dos pies. Y cojeando marchamos hasta octubre de 1948 en que, después de los consejos de Stalin, introdujimos en nuestra política los cambios a que me referiré a continuación.

Pero esto lo hacíamos, una vez más, sin un verdadero análisis de la etapa que acabábamos de recorrer, y sin un estudio de los errores que habíamos cometido. Y presentamos al Partido la

idea de que habíamos introducido cambios no porque estuviéramos llevando una política equivocada, sino porque había un cambio en la situación. De esta forma le servimos al Partido, en 1948, unos cambios de situación que habían tenido lugar —lo mismo en España que a escala internacional— en 1944 y 1945. Es decir, marchábamos a remolque de los acontecimientos con varios años de retraso.

Un verdadero análisis de la situación nacional e internacional en 1945, colocando las diferentes formas de lucha —entre ellas la lucha guerrillera— en ese marco y escuchando las opiniones de los representantes de la mayor parte posible de unidades guerrilleras y de los que dirigían en el país las diferentes formas de lucha, nos hubiese llevado, sin duda de ninguna clase, a conclusiones y medidas muy diferentes a las que se tomaron. Pero lo que querían Carrillo y sus patrones es lo que se hizo, pues las guerrillas no eran para él otra cosa que un medio en sus manejos hacia la jefatura del Partido.

CAPÍTULO III

MOVIMIENTO GUERRILLERO EN ESPAÑA

(1936 – 1951)

DESDE hace bastantes años asistimos a una labor sistemática de Carrillo y sus socios no sólo por minimizar la importancia de la lucha guerrillera en España sino, sobre todo, por desprestigiarla y por disminuir o hacer desaparecer el papel de los comunistas en esa lucha.

No es mi intención tratar aquí con la amplitud que requiere este aspecto de la lucha del pueblo español, pues no cabe en un capítulo de un libro. Pienso hacerlo en un libro aparte para poder dedicarle toda la importancia que tiene y el espacio que requiere. Aquí me limitaré, pues, a trazar algunos rasgos principales de esa forma de lucha y mis opiniones sobre ello.

El 1 de abril de 1959 apareció un documento del CC del PCE con motivo del XX aniversario del fin de la guerra española y de balance de las actividades de la oposición a la dictadura franquista. De las 94 páginas que contiene el folleto, al movimiento guerrillero se le dedica exactamente una página, y toda ella en plan llorón y de disculpa, como puede verse por los siguientes párrafos:

La propaganda oficial, con fines fácilmente comprensibles, ha tratado de contraponer nuestra política de reconciliación a la ayuda que en un período prestamos al movimiento guerrillero. Nada más falto de fundamento. El movimiento guerrillero no fue una creación del Partido Comunista, sino una de las secuelas de la guerra civil, y su mantenimiento a lo largo de casi diez años, fruto del bárbaro terror gubernamental. Al final de la guerra, centenares de combatientes republicanos hubieron de optar entre ser fusilados —como lo fueron decenas de miles— o re-

fugiarse en las montañas para defender sus vidas. Así nació el movimiento guerrillero, que durante la década del 40 fueron engrosando otros antifranquistas fugitivos de la represión. ¿Sólo fugitivos? ¿Y los voluntarios incorporados en España misma y los que fueron del extranjero?

En uno de los Cuadernos de Educación Política publicados por la dirección carrillista en junio de 1969 y titulado «¿Qué es el Partido Comunista?», se dice:

El Partido Comunista de España, por ejemplo, en un período de treinta años ha tenido que modificar su táctica en diferentes ocasiones: lucha pacífica primero; participación en la insurrección de Asturias en 1934; lucha pacífica electoral en 1936; lucha armada contra el fascismo de 1936 a 1939; lucha clandestina; movimiento guerrillero contra el fascismo desde 1944 hasta 1947 – 1948.

Como puede verse, en el primer documento se reconoce que el «*movimiento guerrillero se mantuvo casi diez años*», lo que ya disminuye la cifra pues fueron algunos más; pero puestos a quitarle importancia a la lucha guerrillera, en el segundo documento ya lo reducen a cuatro años. Pero lo más importante es que se niega que hayan sido los comunistas los principales organizadores y sostenedores de las guerrillas. Si se tratara de un acto de modestia, podría tener una cierta disculpa; pero de lo que se trata es de renegar de esa página de lucha como reniegan de muchas más cosas.

Las guerrillas durante nuestra guerra (1936 – 1939)

Durante la guerra nacional revolucionaria del pueblo español se daban todas las condiciones para la existencia de un potente movimiento guerrillero en la retaguardia franquista. En las zonas ocupadas por los sublevados existía una base inicial para su organización con los miles de patriotas que se echaron al mon-

te, pero esas condiciones no sólo no fueron aprovechadas por los diferentes Gobiernos republicanos, sino que sus ministros de la guerra, salvo Negrín y ciertos altos jefes militares, se opusieron sistemáticamente a toda ayuda. Esas gentes fueron enemigas encarnizadas de la organización de la guerra de guerrillas en la retaguardia enemiga. Se negaron de manera sistemática a toda ayuda en cuadros, material y dinero a los destacamentos que se habían organizado espontáneamente. Sancionaban a los jefes militares y perseguían a las organizaciones políticas que hacían algo para organizar esta forma de lucha. Encarcelaban, cuando regresaban del campo enemigo, a los hombres que habían ido a cumplir misiones guerrilleras o a ponerse en contacto con los guerrilleros que combatían en la retaguardia franquista.

Decenas de delegados de destacamentos guerrilleros de Andalucía, Extremadura, Galicia, León y otros lugares llegaban a la zona republicana para pedir material, directrices, etc. , y en cuanto los diferentes ministros de la guerra y sus subordinados los cogían por su cuenta, hacían todo lo posible para desmoralizarlos y dar largas, continuando firmemente su política de sabotear las guerras de guerrillas.

Desde las primeras semanas de la guerra, en el 5º Regimiento nos planteamos la necesidad de prestar atención a esta forma de lucha, y, primero directamente y después a través de determinadas unidades militares, tomamos ciertas medidas prácticas para organizarla a espaldas de los que se oponían a tal tipo de lucha. A espaldas, pues, de ministros y jefes militares profesionales creamos algunas escuelas guerrilleras para completar los conocimientos prácticos adquiridos en la lucha. Los cursos intensivos duraban de seis a ocho semanas y en ellos, además de la táctica de guerrillas, se enseñaban elementos de táctica de infantería, de explosivos, de topografía, de tiro y de conocimientos políticos.

Al ocupar Negrín el Ministerio de la Guerra, se pudo ya trabajar más libremente, y entonces se constituyó el 14 Cuerpo de Guerrilleros bajo el mando de Domingo Hungría y del comisa-

rio político Peregrín Pérez. Formaban el cuerpo cuatro divisiones, que operaban en la retaguardia enemiga de los frentes de Extremadura, Andalucía, Centro y Aragón.

No se trata de relatar aquí las hazañas realizadas en aquel período por los destacamentos que espontáneamente se habían creado y operaban en Galicia, León, Zamora, Andalucía, Extremadura y otros lugares. Su lucha y las acciones de los combatientes del 14 Cuerpo de Guerrilleros organizado en tierra republicana obligaron a Franco a movilizar muchas decenas de miles de hombres con la misión exclusiva de proteger sus comunicaciones y sus industrias de guerra contra los audaces golpes de los guerrilleros. Muchos falangistas fueron castigados y centenares de patriotas salvados de la muerte que les preparaban los fascistas sublevados.

Pero todo eso era una ínfima parte de lo que se podía y debía haber hecho. Ni los gobernantes ni otras gentes quisieron comprender ni admitir que, en una guerra como la nuestra, era obligatoria la combinación de la guerra «normal» entre ejércitos regulares, en frentes organizados, con la guerra de guerrillas.

Pero ¿qué ha hecho el BP del Partido, qué medidas ha tomado, qué medios ha empleado, de los muchos que tenía, para ayudar en el aspecto guerrillero durante los 32 meses de guerra a los camaradas y organizaciones del Partido en la zona ocupada por los fascistas?

¡Cuánto heroísmo malogrado y qué formidable ayuda pudo haber representado para los ejércitos republicanos un potente movimiento guerrillero en la retaguardia enemiga!

Las guerrillas a partir del final de la guerra (1939 – 1951)

Con la derrota de la República en 1939, empezó para las fuerzas antifranquistas y democráticas el período más duro de su existencia. Con la implantación del régimen franquista en todo el territorio nacional, millares de hombres se echaron al monte,

encontrándose en muchos lugares con los que ya andaban por las montañas desde el comienzo de la sublevación fascista. A pesar de que estos hombres estaban bajo la impresión de la derrota; a pesar de que se encontraban acorralados por las fuerzas de represión del enemigo, sin puntos de apoyo y moviéndose entre una población aterrorizada por el salvajismo falangista; a pesar de todos los defectos y debilidades, muchos de esos guerrilleros fueron el elemento principal que en muchas zonas de nuestra patria sostenían en alto la moral de nuestro pueblo y le daba confianza para resistir y no darse por vencido.

Durante un período, las acciones propiamente guerrilleras casi no existieron. Los guerrilleros se vieron obligados a defenderse de las persecuciones de que eran objeto por parte del régimen franquista, limitándose únicamente a acciones cuya finalidad era conseguir medios para subsistir y conservar la vida.

Los comunistas hicieron grandes esfuerzos para dar un contenido antifranquista a las actividades de los millares de combatientes que habían buscado en el monte refugio a las persecuciones del terrorismo franquista.

Así comenzó a tomar de nuevo un contenido combativo y político el movimiento guerrillero que, además de haber alimentado en el pueblo durante esta etapa la confianza en la reconquista de la libertad, contribuía poderosamente a la lucha del pueblo español para evitar que Franco arrastrara a España a la guerra al lado de Hitler.

Durante todo el período de la segunda guerra mundial y varios años después de terminada ésta, las agrupaciones guerrilleras de Galicia-León, Asturias-Santander, Levante— Aragón, Andalucía-Extremadura y el Centro combatieron constantemente contra las fuerzas armadas y de orden público franquistas; atacaron cuarteles y centros de suministros, nudos de comunicaciones, trenes militares y centrales eléctricas; ejecutaron a centenares de fascistas que se distinguían en la represión.

Ello obligó a la dictadura franquista a mantener en continua movilización a gran parte de sus fuerzas militares durante la segunda guerra mundial. De esta forma los guerrilleros españo-

les impidieron que esas fuerzas pudieran ser utilizadas en la lucha al lado de las potencias fascistas. Basta decir, a título de ejemplo, que los quinientos hombres con que llegó a contar la Agrupación de Levante y Aragón tenían en jaque, en las provincias de Valencia, Cuenca, Castellón de la Plana y Teruel, a unos 40.000 hombres de las unidades armadas del franquismo.

Los españoles, con su lucha guerrillera durante la segunda guerra mundial, le crearon a Franco obstáculos para arrastrar a España a la guerra al lado de Hitler. Contribuyeron modestamente, es cierto, pero contribuyeron a la victoria sobre los ejércitos fascistas. Los guerrilleros españoles creían que la derrota de las fuerzas fascistas en el plano internacional arrastraría tras de sí el régimen franquista. Pero no se dedicaron a esperar pasivamente esa caída, y después de la victoria aliada no abandonaron la lucha, sino que la reforzaron con más ardor aún para llevar al pueblo al levantamiento armado.

Después de la derrota de la República en 1939, la lucha guerrillera ocupó —en el conjunto de la lucha del pueblo español— un lugar de primer orden, y durante cierto período, un lugar decisivo en algunas regiones.

En las montañas de España y en algunas ciudades, grupos de patriotas abnegados se batieron heroicamente durante años. Eran los guerrilleros la vanguardia aguerrida y ofensiva del pueblo español, organizados en una red de destacamentos de combate que, con sus luchas heroicas y sus golpes audaces a los representantes y defensores del régimen franquista, despertaban el entusiasmo de amplios sectores de la población, levantaban la moral del pueblo y le daban la confianza en un mañana de libertad. En ese período sólo existía libertad entre los guerrilleros.

Con la visita de los guerrilleros, muchos pueblos vivían unas horas o unos días de libertad; veían ondear en la torre de la iglesia o del ayuntamiento la bandera republicana, que les daba confianza en que el franquismo no sería eterno y que la República volvería.

Los guerrilleros eran la continuación de la lucha que libró el

pueblo español durante 32 meses de guerra nacional revolucionaria contra los sublevados franquistas y los invasores nazi fascistas por la soberanía del pueblo y la independencia nacional de España. Eran el destacamento armado de la resistencia española.

En ese destacamento hubo de todo. Hubo unidades disciplinadas, con una alta moral política y combativa, cuyas operaciones tenían un verdadero contenido antifranquista. Hubo otras que no dieron totalmente el salto de «huido» a verdaderos destacamentos guerrilleros. Pero en todo momento la lucha guerrillera desempeñó un gran papel revolucionario, manteniendo la confianza del pueblo en la conquista de la libertad.

Los años en que combatieron las guerrillas fueron años terriblemente duros para el pueblo español. De ahí ese importante papel de los guerrilleros.

Una estadística elaborada sobre la base de las propias fuentes del régimen a mediados de 1946, muestra que en aquella época habían en las cárceles 234 419 españoles.

Según declaraciones de un funcionario del Ministerio de Justicia franquista, el corresponsal de la Prensa Asociada Charles Foltz, entre abril de 1939 —fin de la guerra— y julio de 1944 fueron ejecutadas en España 192 682 penas de muerte. Muchos fueron asesinados por su participación en la guerra; pero otros lo fueron por seguir manteniendo encendida la llama de la lucha en el suelo de España y alentando la fe en el pueblo, por seguir testimoniando al mundo que la democracia española no se rendía.

Contra los guerrilleros, el régimen franquista ha empleado lo más escogido de sus fuerzas represivas. El Cuerpo de la Guardia Civil, de 27.000 hombres que tenía durante la República fue aumentado a 100.000, y las escuelas funcionaban a todo rendimiento, preparando nuevas promociones de guardias; y esta fuerza, casi íntegra, se empleaba contra los guerrilleros. Más de veinte escuelas antiguerrilleras funcionaban en diferentes puntos de España, con la tarea de preparar, con hombres escogidos entre la Guardia Civil, Legión y Regulares, destaca-

mentos antiguerrilleros que, lanzados a las zonas guerrilleras y haciéndose pasar por guerrilleros, descubrían a los que los apoyaban.

Franco recurrió a todas las violencias para aniquilar las guerrillas. Empleó toda clase de fuerzas y armas, desde las divisiones del Ejército hasta contrapartidas guerrilleras, poniendo en juego criminales recursos de provocación, sobre todo en el campo. Arrasó pueblos y despobló comarcas enteras.

La aviación de reconocimiento y bombardeo fue empleada en muchas zonas guerrilleras contra las que se sostuvo una feroz guerra de tierra quemada, desalojando a los campesinos de sus casas, obligándolos a dejar la aceituna pudrirse en los árboles y las cosechas en las tierras, incendiando los bosques y los campos donde creían se cobijaban los guerrilleros.

El camino recorrido por las guerrillas había sido largo y lleno de sacrificios y heroísmo en la lucha implacable contra el enemigo fascista, al que habían asestado duros golpes, conquistando la admiración y el cariño de las amplias masas de nuestro país.

Regado de sangre generosa, cimentado sobre las vidas de muchos centenares de los mejores hijos de los pueblos de España, se había forjado ese magnífico movimiento guerrillero que sacaba de quicio a Franco y a los fascistas.

En aquel período el Partido Comunista reforzó su apoyo al movimiento guerrillero con el envío de hombres, material y dinero desde fuera, pero ese esfuerzo no fue hecho en la medida necesaria y posible.

Es sobradamente conocido que los guerrilleros viven del apoyo que encuentran en la población civil; pero no es menos cierto que ese principio no debe tomarse en forma absoluta. Existen toda una serie de medios técnicos y de elementos de combate de muy difícil adquisición sobre el terreno y que, al ser recibidos de otros lugares, facilitan la capacidad combativa de las guerrillas.

El reclutamiento tiene una importancia vital para la vida y con-

tinuidad de las guerrillas. Pues bien, en la época a la que nos referimos había una verdadera afluencia de voluntarios que pedían su incorporación al combate. He aquí lo que dice un último jefe de las guerrillas de Galicia sobre las posibilidades de reclutamiento existentes en aquella época:

«La lucha era dura y no precisamente por falta de la ayuda del pueblo sino, y sobre todo, por la carencia de armas y municiones. Ya no éramos hombres escapados; éramos combatientes antifranquistas. Las puertas se nos abrían más fácilmente. Cada vez teníamos más hombres y más necesidades. Estos jóvenes (pues eran jóvenes los que luchaban en primer lugar en el llano y al ser descubiertos subían a las guerrillas) pedían armas y municiones. No pocas fueron las decepciones al ver lo mal armados que estábamos. "Queremos armas", nos decían muchos, "dadnos armas y subiremos, no sólo uno, sino por destacamentos enteros". »

Esos y otros testimonios, que se podrían aportar en abundancia, permiten apreciar cómo a las guerrillas no les faltaba el apoyo entre la población y, principalmente, entre los campesinos. Lo que faltó fue la ayuda técnica de fuera y que el Partido pusiera al servicio de esa forma de lucha todos los medios y los hombres que era posible poner.

Se prestó poca atención a la creación y ayuda a los destacamentos guerrilleros de ciudad; que si bien es cierto que su lucha era más expuesta y difícil, no lo era menos el que sus golpes audaces tenían una gran repercusión en el pueblo.

En aquellos años, y después de haberse batido contra las fuerzas hitlerianas y reaccionarias en la segunda guerra mundial, en Francia, en la Unión Soviética, en África y en otros campos de batalla, volvieron a España decenas de camaradas con misiones de dirección y de mando de las unidades guerrilleras. Antes de salir para el país, estos camaradas asistían a unos cursillos político-militares donde se compenetraban con la situación nacional e internacional y la política del Partido y en cuestiones concernientes a la acción guerrillera, teniendo en cuenta lo que las

recientes luchas habían aportado a esta forma de combate.

La selección de esos hombres era tarea fácil, pues si para desempeñar la jefatura de las guerrillas no basta un nombramiento, se requiere, por el contrario, toda una serie de condiciones personales: saber mandar, valor, serenidad, carácter, simpatía, aptitud para captar situaciones que a otros se les escapan, etc. Características que sólo se descubren en el campo de lucha y que quienes más fácilmente las descubren en los que las tienen son los mismos compañeros de combate, los subordinados. El Partido tenía a su disposición centenares de camaradas que habían demostrado ya reunir las cualidades requeridas.

Pero no eran centenares sino miles los que podían y debían volver al país, los que podíamos y debíamos haber vuelto, pues estamos hablando de hace cuarenta y tantos años, cuando el Partido contaba con miles de miembros con una gran experiencia de lucha armada y en plena juventud. Era en España donde estaba nuestro puesto en aquellos momentos, pero Carrillo tenía otros objetivos: querer ser el dirigente máximo del Partido para llevarlo a donde ahora está, y por eso no le convenía una solución rápida del problema español porque el Partido habría escapado a su control. Por eso se ha opuesto sistemáticamente a toda proposición de envío, en la cantidad que era posible, de camaradas a los diferentes puntos del país donde existían todas las condiciones para incorporarse a la lucha guerrillera.

En cuanto al material, si bien es cierto que los enlaces con el país, los «*hombres de pasos*» —como se los llamaba—, fueron auténticos héroes y establecieron desde el Pirineo hasta lo más profundo del país decenas de depósitos de armas y municiones donde se abastecían los guerrilleros, no es menos cierto que ello era muy poco comparado con lo que se pudo y debió hacer.

España, frente a los 667 kilómetros de fronteras con Francia, tiene 3. 114 de fronteras marítimas. A las costas españolas se podía llegar no sólo desde Francia por los dos mares, sino también desde el norte de África y desde otros lugares.

Todo lo que pude conseguir después de mucho batallar, fue la compra de un barco —a lo que me ayudó el camarada del Par-

tido francés Octavio Rabaté—, barco que luego fue muy poco empleado.

Pero, además, ¿a quién hemos pedido ayuda? Sólo a los camaradas yugoslavos, y eso cuando ya estaba a punto su ruptura con el Buró de Información.

Viaje a Belgrado

Ante mis insistentes planteamientos en el Buró Político, por fin conseguí que una delegación nuestra se trasladase a Belgrado para pedirles a nuestros camaradas yugoslavos que nos ayudaran para abastecer con diferentes medios a ciertas zonas guerrilleras. La delegación la componíamos Carrillo y yo, y el 11 de febrero de 1948 salimos de París para Belgrado. Nos recibieron inmediatamente Tito, Rankovich, Jilas y Kardel. Escucharon nuestra petición y nos preguntaron si habíamos hablado de ello con los soviéticos. Respondimos que no y nos llamó la atención las miradas que se cruzaban entre ellos y las sonrisas. Ello se debía, claro está, a que la ruptura en el Buró de Información ya estaba prácticamente hecha y ellos se daban cuenta de que nosotros no conocíamos nada. Nos prometieron estudiar la cuestión con sus técnicos y nos invitaron a que visitásemos algunos puntos del país. Estuvimos allí quince días y la respuesta fue que no les era posible ayudarnos ni por aire ni por mar. Los argumentos técnicos que daban eran muy poco sólidos y se los fui rebatiendo uno por uno. Claro que no habíamos de tardar en enterarnos de que las causas de no ayudarnos no eran técnicas sino políticas. Nos dieron una ayuda en dinero de 30.000 dólares, y regresamos a París.

La disolución de las guerrillas

En septiembre de 1948 una delegación del Partido, compuesta por Dolores, Carrillo y Antón, visitó a Stalin. Al regresar a París informaron al BP que, entre otros consejos, Stalin había

dado el de disolver las guerrillas. Al mes siguiente se celebraba una reunión conjunta del Buró Político del Partido, del Comité Ejecutivo del PSUC, un reducido número de delegados de algunos destacamentos guerrilleros y camaradas del aparato, y tomando como base o argumento lo que se nos había informado como consejo de Stalin, se decidió disolver las guerrillas.

Estuve de acuerdo con las opiniones que se nos transmitieron como de Stalin, y no simplemente porque fueran de él y tuvieran un gran peso sobre mí, sino porque coincidían con la conclusión a que yo mismo había llegado hacía tiempo. Mis puntos de vista sobre las guerrillas eran bien conocidos por los demás miembros del Buró Político. Yo había venido defendiendo machaconamente, durante años, la necesidad de prestar un apoyo mayor a las guerrillas, dedicarles más medios materiales y humanos.

Fracasados todos los intentos de conseguir que se dedicasen a la lucha guerrillera los medios que era posible dedicar, pensaba desde hacía ya tiempo que lo mejor sería disolverlas antes de que las liquidara el enemigo.

Estuve, pues, de acuerdo con la decisión de disolver las guerrillas. No lo estuve, ni lo estoy, con la forma en que esa decisión fue llevada a cabo.

En vez de darle un contenido político a la disolución, se prefirió disolverlas a escondidas, introduciendo en los destacamentos la intriga, las rivalidades y la provocación para encontrar la justificación de la liquidación. La descomposición de las agrupaciones guerrilleras se organizó desde París, desde donde Carrillo envió a miembros de su aparato especializados en esos menesteres.

Una de las enseñanzas más negativas y más tristes de la lucha española es que las guerrillas y la lucha guerrillera, u otras formas de la lucha armada, no deben ser empleadas en aras de la especulación política ni para escalar puestos políticos, como ha hecho Carrillo. Si se decide pasar a la lucha guerrillera, a la lucha armada, debe dedicarse a ella todos los medios con que se cuenta, todo lo que se puede conseguir.

Para Carrillo las guerrillas no eran más que uno de los medios en sus manejos hacia la jefatura del Partido.

Otra cosa que no se puede hacer es introducir en las guerrillas el fermento de la desmoralización, como hizo en muchos casos Carrillo, sembrando la duda sobre unos y denunciando a otros como enemigos, cuando no lo eran. Esa línea dio lugar a cosas terribles, a la pérdida de hombres honestos y entregados a la causa del Partido y del pueblo, sobre todo en los años 1948 – 1949; las liquidaciones, sobre todo en la Agrupación de Levante-Aragón, se contaron por docenas. Allí envió Carrillo a Romero Marín y a José Gros, especialistas en las ejecuciones de las sentencias ordenadas por él.

El guerrillero, órgano de los guerrilleros de Galicia, se siguió publicando hasta 1951, y en su número de febrero de 1950 apareció lo siguiente:

«Mandato imprescindible, mandato de un caído frente al enemigo y cuyo grito de muerte resuena como una llamada al combate, como una orden permanente de lucha en la Galicia pescadora y marinera, orden y mandato que serán cumplidos sin vacilaciones cobardes por todos los que sienten palpitar un corazón de hombre libre en un pecho de patriota. . . » (Dolores Ibárruri, Pasionaria.)

¿Qué juego era ése? Dos años después de haberse tomado la decisión de liquidar el movimiento guerrillero y cortarle toda ayuda, se le sigue incitando a que continúe la pelea. . .

Sería falso pretender que a partir de 1946 se daban las condiciones en el país para generalizar la lucha armada como forma principal.

Las guerrillas pudieron ser un elemento decisivo en la liquidación del franquismo en los años 1945 – 1946. A partir de ahí, en el plano internacional y sobre todo europeo, se fueron produciendo acontecimientos cada vez más favorables al franquismo y desfavorables a las fuerzas democráticas.

Comenzó la guerra fría con rupturas, persecuciones y todo lo

que arrastró tras de sí.

Pero entre otras formas de luchas de masas y la lucha armada guerrillera no había, en las condiciones de España en los años 1947 y 1948, contradicción alguna. Lo que hacía falta era aplicar la lucha guerrillera en el plano principal que le correspondía, en aquellas regiones y comarcas donde, efectivamente, era, y con mucho, la forma principal de lucha.

Al no hacerlo así, lo correcto hubiera sido no esperar a últimos de 1948 para tomar la decisión de disolver las guerrillas y luego haberlo hecho en la forma que se hizo, a escondidas.

La lucha guerrillera constituyó la más efectiva respuesta popular a la política terrorista del régimen franquista, siendo un formidable factor revolucionario, decisivo en todo un período y en determinados puntos del país. Pero era necesario y posible sincronizar la lucha de los obreros, campesinos y guerrilleros para golpear al régimen en la mayor cantidad posible de puntos, obligándole a dispersar sus fuerzas, y como estímulo para incrementar la lucha popular antifranquista.

Tomada la decisión de poner fin a la lucha guerrillera, se debía haber hecho una declaración pública explicando por qué se hacía, y haber tomado las medidas pertinentes para salvar de la represión a los guerrilleros y personas que podían ser perseguidas por colaborar con ellos. Por la forma en que se aplicó la decisión de disolver las guerrillas, éstas comenzaron a recibir golpe tras golpe, y los franquistas se fueron apuntando victorias ante el pueblo, haciendo ver que se debían a su fuerza.

Y a los que quieren demostrar la justeza de la decisión tomada en 1948 y de las medidas para su aplicación, sacando a relucir la descomposición que se produjo en ciertas agrupaciones y destacamentos guerrilleros, no estaría de más recordarles que eso pasó precisa y principalmente después de octubre de 1948. Un ejemplo, entre otros muchos, de las falsificaciones carrillistas es un libro «escrito» por un plumífero a sueldo de Carrillo y publicado en 1970 por la Editorial Ebro. Ese libro constituye un verdadero insulto a la lucha heroica de las guerrillas de España, pues su autor ensucia y calumnia canallescamente a au-

ténticos héroes caídos en el cómbate o frente a los piquetes de ejecución franquistas. La verdadera historia de las «Guerrillas españolas del siglo XX», la que se hizo a tiros y bombazos, está escrita con la sangre generosa de miles de héroes para que ningún Carrillo o sus obedientes «escritores» la puedan manchar con sus sucios relatos.

CAPÍTULO IV

PERSECUCIONES, REPRESIÓN, TERROR, CRÍMENES EN EL PARTIDO

EN el período 1947 – 1951 las cosas se van agravando cada vez más. Las persecuciones en el Partido van en aumento y las detenciones en España de los camaradas que vienen de Francia también. Pero no era esto sólo, sino, tal como habíamos de enterarnos más tarde, se venía aplicando el asesinato como método de dirección y de represión en el Partido. . .

A comienzos de 1948 preparé un informe para el BP en el que exponía mi preocupación por las repetidas detenciones de camaradas. Hacía en ese informe un estudio de toda una serie de detenciones, una por una, mostrando que en ciertos casos podía deberse a indiscreciones de los camaradas mismos; en otros, a fallos en el aparato de envíos; pero que otros sólo se podían explicar por la presencia de agentes del enemigo en el aparato, en la dirección o cerca de ésta, pues había casos de camaradas que eran esperados por la policía a su llegada al país. Carrillo y Antón se pusieron furiosos y se esforzaron en rebatir mis argumentos, y maniobraron en el Secretariado para que me fueran retiradas ciertas tareas que tenía, pasándoselas, junto con los archivos, a sus colaboradores, F. Romero Marín y Esteban Vega, respectivamente.

Por esa misma época Francisco Abad, miembro importante del aparato —responsable de comunicaciones por radio desde Francia con el país—, en una reunión de los miembros del mismo muestra a su vez su extrañeza ante las continuas detenciones que se producen en España con los camaradas que llegan de Francia y expresa sus temores de que la policía franquista puede tener agentes suyos en el aparato mismo. Con esas

dudas Abad acababa de condenarse a muerte. Unos días más tarde se da cuenta de los preparativos de su liquidación y se refugia en casa de Una amiga, F. A. , de donde se niega a salir hasta cuatro meses más tarde que, desengañado Carrillo de la imposibilidad de liquidarlo, lo deja marcharse para la Unión Soviética.

Al llegar a Moscú, Abad hace un informe de 120 páginas para la dirección del PCE en el que hay un relato de la actividad del aparato de Carrillo hacia el país y acusaciones muy graves sobre el funcionamiento de ese aparato y la actividad y conducta del propio Carrillo y de sus más cercanos colaboradores. Según toda una serie de datos y elementos expuestos por Abad y de las conclusiones a que él llega, la policía franquista está incrustada en el aparato de Carrillo.

Abad entrega ese informe en Moscú a Dolores Ibárruri y Fernando Claudín, y éstos, en vez de plantear la necesidad de una investigación, se dedican a aterrorizar a Abad para que retire su informe. Y con amenazas y ofrecimientos de ventajas materiales, logran neutralizar a Abad y el informe no es entregado a los miembros del Buró Político. Pero el informe está en los archivos del PCE en Moscú, si Carrillo y Dolores Ibárruri no lo han hecho desaparecer, y debe ser uno de los documentos que deberá tener en cuenta la comisión que se encargue de investigar en su día ese período de la vida del Partido Comunista de España.

En este período las medidas represivas que se venían aplicando en nuestro Partido llegaron a un grado inimaginable. Estaba a la orden del día el método de las persecuciones de tipo policia-co, la «espionitis», los interrogatorios y procesos con verdaderos sumarios. De esos procesos fueron víctimas muchos camaradas de los que, abandonados por el Buró Político en 1939 en España y Francia, salvaron el honor del Partido con un comportamiento que rebasa toda idea que se puede tener del heroísmo y del espíritu de sacrificio.

Esos camaradas tan cobarde y miserablemente abandonados por algunos de esos dirigentes en 1939 – 1940, y que tan digna

y heroicamente habían defendido y conservado el honor del Partido, fueron luego calumniados, acusados y perseguidos, más cobarde y miserablemente aún, por esos mismos dirigentes que habían desertado de sus puestos de dirección para vivir la gran vida a muchos miles de kilómetros de donde esos militantes combatían, sufrían y muchos de ellos morían.

Por ejemplo, en Francia, sobreponiéndose al trato recibido por las autoridades francesas y al abandono en que los dejaban los dirigentes del Partido que tenían la misión de ocuparse de ellos, esos camaradas se dedicaron a organizar el Partido en los campos de concentración y, junto con otros combatientes y refugiados no comunistas, a organizar la vida y la continuación de la lucha allí lo mejor posible.

No es mi intención ni me es posible describir todo lo que ha habido de innoble en el trato dado a los españoles que buscaban refugio en Francia en 1939. Los campos de concentración, el trato inhumano, bestial, quedará en la historia de Francia como una de sus páginas más deshonorosas. No, no es posible describir tanta infamia, ni la noble respuesta que luego habían de dar las víctimas de ello.

Cuando los combatientes del Ejército de la República española se vieron obligados a retirarse sobre el suelo francés, fueron tratados por el Gobierno y las autoridades como bandoleros y fueron metidos en campos de concentración en condiciones tales que muchos de esos héroes en decenas de batallas dejaron en ellos sus vidas, aniquilados por el hambre y las enfermedades. No existen humillaciones, por odiosas que sean, a las que no hayan sido sometidos en los campos de concentración franceses los combatientes de la guerra de España que tuvieron la desgracia de verse obligados a replegarse a Francia con la esperanza, la mayor parte, de poder trasladarse a la zona central donde la guerra continuaba.

Y es triste recordar que, excepto una minoría que tuvo la posibilidad de salir de Francia para otros países, los demás fueron testigos de cómo los ejércitos nazis conquistaron Francia en unas semanas.

El pueblo francés pagaba entonces las traiciones de sus gobernantes, no sólo hacia la República española, a la que habían dejado sacrificar miserablemente, sino también contra la propia Francia.

Pero a los soldados de la República española el hecho de haber recibido tal trato no les hizo olvidar sus convicciones antifascistas.

Millares de nuestros soldados, a pesar y por encima de los sufrimientos que habían pasado en suelo francés, se dedicaron desde el primer día a organizar la lucha contra el invasor nazi y contra los colaboradores vichistas. Con ello mostraron una vez más que ellos eran, por encima de todo, verdaderos combatientes antifascistas.

Desde los primeros días de la ocupación nazi, combatientes españoles comienzan a participar en la resistencia contra los invasores y los fascistas franceses. Más tarde, esa participación española en la resistencia francesa va tomando cada vez formas más organizadas y más propias. Comienzan a surgir los destacamentos de guerrilleros españoles. En noviembre de 1942 tiene lugar una reunión, conocida como de «*Grenoble*», de representantes de las diferentes fuerzas antifascistas españolas, y de ella surge un organismo político denominado «*Unión Nacional Española*».

En esa época también los diferentes destacamentos de guerrilleros que habían ido surgiendo en algunos lugares se dan una dirección única, y así surge la «Agrupación de Guerrilleros Españoles en Francia». A los destacamentos formados por exiliados en las zonas boscosas del Ariège, del Aude, en la cuenca minera del Gard y en las regiones montañosas de la Saboya, vienen a juntarse los surgidos en los Pirineos Orientales, Tarn y Garona, Puy de Dome, el Cantal y otros lugares.

Al mismo tiempo, otros muchos españoles combatían en destacamentos y grupos de sabotaje franceses a lo largo de todo el país.

La Agrupación de Guerrilleros Españoles llegó a tener seis

divisiones, compuestas por más de 12.000 combatientes perfectamente armados y mandados por jefes, que dieron pruebas de su valor y capacidad militar derrotando en numerosos combates a fuerzas nazis muy superiores en número y armamento.

Después de la victoria en Francia, muchos de esos guerrilleros fueron a España a continuar la lucha, en la que cayeron no pocos de ellos, y entre éstos Cristino García, José Vitini, Antonio Medina, Manuel Castro, fusilados en diferentes puntos de España en los años 1945 – 1947.

En la organización de la Agrupación de Guerrilleros —como de los maquis y de la reunión llamada de Grenoble— tuvieron el papel más destacado, fueron el alma de esa organización, consolidación y desarrollo, los miembros del Partido Comunista de España. Comunistas eran la mayoría de sus componentes, de sus mandos, de los que luego fueron a los *chantiers* y a continuar el combate en España. Pero en las guerrillas no había sólo comunistas; ahí están también socialistas, cenetistas, republicanos y otros demócratas españoles.

Pero las víctimas de los campos de concentración franceses no combatieron al nazismo solamente en Francia. Diseminados por decenas de países, 25.000 españoles se enrolaron en los ejércitos aliados. En los *ffjords* de Noruega, en Narvik, donde combatían a las órdenes del general Béthouart, quedaron sepultados ochocientos cadáveres de españoles. Quienes escriban la verdadera historia de la epopeya antihitleriana, se encontrarán españoles luchando al lado de los aliados en África, en Italia, en Francia, en la URSS, en Alemania. Se los encontrarán en Bir Hakheim y en Gau-Gau; se los encontrarán en Túnez, en el desembarco de Normandía, en los bosques de Bielorrusia, en Crimea, en Ucrania, en la defensa de Leningrado, en la histórica batalla de Stalingrado y entrando victoriosos con las unidades del Ejército soviético en Berlín. Todos ellos eran los mismos que durante treinta y dos meses habían defendido esa misma causa antifascista sobre los campos de batalla de España.

Permítaseme recordar también que ex combatientes de España

—españoles e ínter brigadistas extranjeros— fueron ejemplo de combatividad y heroísmo en los comandos americanos del Pacífico.

El primer oficial nazi muerto en París, lo fue por los disparos de un ex voluntario de España, el coronel Fabien.

Y en Italia los «garibaldinos», que tan magníficamente se habían batido en España, fueron el alma de la creación del potente movimiento guerrillero que había de ajusticiar a Benito Mussolini.

Decimos esto sin el menor afán de disminuir los méritos de los combatientes de otros países en la lucha general contra el fascismo; simplemente con el ánimo de valorizar lo que significó, como enorme experiencia de combate, la guerra nacional revolucionaria de España.

Desgraciadamente, aún no ha sido recogida históricamente la lucha, no menos heroica, de los españoles en los campos de concentración hitlerianos. En algunos libros ya publicados aparecen fragmentos emocionantes de esa lucha, demostrativos de un espíritu admirable, de una dignidad que nada pudo quebrar, de una solidaridad antifascista a toda prueba. Diez mil españoles fueron inmolados en LOS campos hitlerianos de la muerte. La casi totalidad de ellos eran ex combatientes de la guerra de España y fueron enviados allí por su participación en la resistencia.

La actividad de los miembros del Partido Comunista de España fue decisiva en la organización y actuación combativa de los guerrilleros españoles, que tan destacado papel desempeñaron en la resistencia en muchas regiones y departamentos de Francia y en su liberación.

¿Dónde están una gran parte de los que, después de la liberación de Francia, recibieron con entusiasmo a los miembros de la dirección del Partido y de las JSU, que unos años antes los habían abandonado, y pusieron en sus manos un gran partido y unos importantes medios materiales? Unos, separados; otros, expulsados, y no pocos, muertos o desaparecidos en condicio-

nes más que sospechosas.

Tal como digo en otro lugar, la casi totalidad de los miembros del Buró Político y del Comité Central que estaban en Cataluña, al pasar la frontera, en vez de volver a España, decidieron quedarse en Francia para ocuparse —decían— de los militantes del Partido. A ellos vinimos a sumarnos otros de los que estábamos o habíamos ido a la zona centro-sur, después de la pérdida de Cataluña. Pues bien, terminada la guerra de España, estos mismos dirigentes, que habían quedado en Francia para ocuparse de nuestros militantes y de los refugiados, fueron los primeros en marcharse de Francia, principalmente hacia América.

Claro que, para evitar que algún miembro del Comité Central tomase en sus manos la dirección de nuestra organización en Francia al marcharse ellos, tuvieron buen cuidado en hacerlos salir, así como a otros cuadros del Partido, teniendo que encargarse de la dirección del Partido en Francia la camarada Carmen de Pedro, que hasta ese momento había sido mecanógrafa en el Comité Central. Esta camarada, que realizó un gran trabajo, fue luego acusada calumniosamente por Carrillo de espía franquista y americana y llevada al borde del suicidio.

Verdaderamente innoble, cobarde e inhumana en esos procesos fue la conducta de Manuel Azcárate que, habiéndose pasado en Suiza todo el período de la guerra y de la ocupación nazi de Francia, acusó luego a Carmen de Pedro de todo lo que Carrillo quiso. Entre esas acusaciones había la de estar al servicio del «espía» americano Field, con el que, en realidad, el que tenía relación en Suiza era el propio Manuel Azcárate. Claro que Carrillo había de premiar el servilismo de Azcárate llevándole algunos años más tarde al CC y luego al CE de su Partido.

Carrillo no les perdonó, por ejemplo, a los camaradas que volvieron de los campos de concentración nazis el no haber muerto allí como millares de otros, y ya que no podía arrebatarles la vida a todos, se dedicó a atacarlos en su honor de revolucionarios. Y así, en esa época era corriente el oírle decir a Carrillo: *«Los que se han salvado es porque han hecho de kapos.»*

He aquí lo que en la discusión del Buró Político de abril-mayo de 1956 decía Dolores Ibárruri, en una intervención del 12 de abril, sobre el período a que nos estamos refiriendo:

¿En qué condiciones hemos trabajado en Francia? ¿Cuál era el medio en que se desarrollaba nuestra actividad? ¿Por qué a pesar de las debilidades y las deficiencias que existían en la dirección del Partido la influencia de éste no disminuía y podíamos desarrollar un gran trabajo de propaganda que a veces nos hacía perder un poco la cabeza?

Nuestro trabajo en Francia estaba favorecido por la situación. Era después de la victoria sobre el hitlerismo. En Francia se vivía un ascenso impresionante de las fuerzas obreras y democráticas; el Partido Comunista francés participaba en el gobierno; teníamos libertad de acción y de movimiento y de todas partes recibíamos ayuda. Es decir, marchábamos empujados por la ola ascendente de la lucha revolucionaria, con lo que se disimulaban nuestras flaquezas y nuestras debilidades. Y ni una sola vez —y esto fue una debilidad y un error— nos paramos a examinar hasta el fondo cuál era la verdadera situación del Partido y de nuestro trabajo, que suponíamos boyante, sólido y sin fisuras. ¿Cuándo empiezan a salir a flote nuestras debilidades? Cuando la guerra fría está en su apogeo; cuando los comunistas franceses son arrojados del Gobierno, cuando comienzan las persecuciones contra nosotros. Entonces se ponen de manifiesto las deformaciones del Partido como resultado de la ausencia por parte de la dirección de un trabajo consecuente de educación y preparación política y teórica del Partido. Salió a relucir lo que pudiéramos llamar de manera eufemística «nuestro comunismo de guerra», que llevó a Antón, con un criterio selectivo policiaco, que no era sólo de él, sino también de otros de la dirección del Partido, a odiosas arbitrariedades, a expulsiones en masa de los que no se consideraba fieles porque en algún momento se habían rebelado contra alguna polacada de los llamados instructores, y querer sacar de Francia, con una precipitación llena de pánico, a todos los cuadros del Partido. Había

millares de comunistas honestos que pensaban que lo que se hacía era lo normal, porque no les habíamos enseñado otra cosa. No les habíamos enseñado más que obligaciones y les habíamos impuesto una disciplina ciega, cuartelera, compañística, sin darles a cambio lo que teníamos la obligación de darles: una formación comunista. Los habíamos acostumbrado a que se les exigiese toda clase de sacrificios, mientras los dirigentes vivíamos a cubierto de las necesidades.

En esa intervención, aparte de que todo quedó en palabras y los defectos que criticaba continuaron mucho más agravados, Dolores Ibárruri se quedaba muy atrás de la realidad y de la verdad. Es de un liberalismo «*enternecedor*» el llamar a los crímenes «*polacadas*» y el calificar de «*vivir a cubierto de las necesidades*» al lujo en que ella, Carrillo y otros cuantos vivían y continuaron viviendo.

En 1946 el Buró Político se había trasladado a París. Toulouse resultaba demasiado provinciano y demasiado indiscreto para el género de vida de grandeza que diferentes miembros del Buró Político querían seguir llevando. En unos casos se compran y en otros se alquilan espléndidas villas en los lugares elegantes de los alrededores de París.

Las guerrillas, el trabajo clandestino, las cárceles franquistas, geográficamente sólo estaban al otro lado de los Pirineos, pero mentalmente estaban muy lejos de las preocupaciones de los Dolores, Carrillo, Mitje, Antón y compañía.

A mí se me ofreció una de esas residencias. La rechacé. Preferí para mí, mi esposa y mis dos hijos, una habitación, un reducido comedor, una minúscula cocina que, al mismo tiempo, hacía de cuarto de aseo; el retrete, en la escalera, para cinco vecinos, en un quinto piso de un viejo edificio enfrente del depósito de máquinas de la estación parisina de Lyon, dado generosamente por una camarada. Y no creo que eso tuviese ningún mérito ni sea, por mi parte, ningún acto de heroísmo, pues ésas, y aún peores, eran las condiciones en las que vivían los militantes de nuestro Partido en Francia. Vivir, como vivía el Partido, creo era lo normal. Lo que resultaba injusto y hasta inmoral era vivir

como grandes señores con el dinero que los militantes y simpatizantes daban para la actividad revolucionaria al Partido.

He aquí cómo se caracteriza a nuestros militantes de Francia en la Historia del Partido Comunista de España (p. 227), caracterización tomada del artículo de Carrillo aparecido en Nuestra bandera de junio de 1948:

La principal manifestación de oportunismo fue que, bajo la influencia de Jesús Monzón, en el MOVIMIENTO DE UNIÓN NACIONAL existente en la emigración española en Francia, la cara del Partido Comunista, su personalidad, su actividad independiente quedasen casi anuladas. Dicho movimiento era una especie de «*seudopartido*». El Partido Comunista, siendo la fuerza principal, se diluía en un conglomerado amorfo de grupitos y personajes que participaban en la Unión Nacional. Hubo también otras manifestaciones de oportunismo entre los militantes del Partido a los que más arriba nos hemos referido: subestimaban las acciones reivindicativas de la clase obrera y de otras fuerzas populares, lo que equivalía a dejar libre curso a las tendencias de pasividad, despreciando, en general, el papel de las masas como fuerza decisiva en la lucha contra el fascismo. Se manifestaba igualmente la tendencia a disminuir el papel de las fuerzas obreras y democráticas en el movimiento de unidad, a preocuparse de buscar principalmente la colaboración con fuerzas de derecha, monárquicos, militares, etc. El oportunismo en el terreno político se combinaba con el oportunismo en las cuestiones de organización. Éste consistía en postergar a los militantes más firmes y de mayor conciencia de clase, en particular de origen obrero, y el elevar, en cambio, a cargos responsables a camaradas de escasa formación y débiles vínculos con las masas trabajadoras; a los menos capaces de resistir a la influencia de las ideas burguesas y oportunistas.

Al leer esos planteamientos, uno se creería que se refieren a la política impuesta por Carrillo al Partido luego, y a sus libros, lo que sería justo.

Por el contrario, son completamente injustos y falsos aplicados a nuestros camaradas que en Francia hicieron un magnífico

trabajo de unidad en los años 1940 – 1944. Por el contrario, en los años siguientes, y bajo el reinado de Carrillo y Antón, cientos de camaradas fueron perseguidos, maltratados, expulsados del Partido bajo acusaciones infames. Muchas familias de comunistas fueron deshechas; los hijos enfrentados con los padres, y éstos, con los hijos. En Francia, los «delegados gubernativos» de Carrillo y Antón sembraron el terror en nuestras organizaciones con sus listas de camaradas a expulsar. Y cuando algún comité o camarada salía en defensa de los perseguidos, se les hacía callar dejando entender o diciendo abiertamente que había contra ellos pruebas muy graves de relaciones con el enemigo, es decir, con los servicios policíacos y de espionaje franquistas, franceses, ingleses y yanquis, que era lo que se entendía en aquella época entre nosotros bajo ese término. Una acusación muy grave era, a partir de 1948, la de agente del «fascista» Tito.

¿Cuántos camaradas han sido perseguidos o expulsados bajo estas acusaciones? ¡Muchos! Centenares y centenares en España, Francia y otros países. ¿Cuántos fueron asesinados? No pocos.

Carrillo y Antón ejercían un verdadero terror. Hubo camaradas que al pasar por los interrogatorios llegaron al borde de la locura y algunos, ante las infames acusaciones que se les hacía, al suicidio.

El golpe policiaco de 1950 en Francia

Al amanecer del 7 de septiembre (1950), destacamentos de la policía, como en tiempos de la ocupación alemana, allanaban por toda Francia cientos de hogares de comunistas españoles, sometían a los detenidos a violencias físicas y morales y los conducían, esposados como vulgares malhechores, a la deportación en las montañas de Córcega o las regiones desérticas de África del norte.

El pretexto utilizado para llevar a cabo estas odiosas persecu-

ciones ha sido «que los comunistas españoles conspiraban contra la seguridad de Francia». Los ministros encargados de firmar decretos y comunicados para «justificar» las medidas policíacas contra los comunistas españoles, eran el radical Pleven y el socialista Moch.

Para detener, maltratar y deportar, se repetían las mismas calumnias que en 1939, cuando cientos de miles de españoles fueron encerrados en campos de concentración y cárceles francesas. En aquella época se encerraba a hombres que venían de luchar en España contra el fascismo y ahora se detenía a los combatientes por la liberación de Francia. Los que eran conducidos a la deportación dejaban en suelo francés centenares de tumbas de sus compañeros, y en no pocos casos de hermanos, padres, hijos, caídos en el combate por la liberación de Francia, y no pocos lucían en sus pechos la Legión de Honor y otras condecoraciones ganadas en la lucha por la libertad de Francia.

Pero la invasión nazi no había pasado en balde. El pueblo francés recordaba muy bien que los que en 1939 habían encerrado a los republicanos españoles en los campos de concentración, acumulando contra ellos calumnias parecidas a las que se empleaban en ese momento, terminaron encerrando también en dichos campos a los patriotas franceses, hundiendo a Francia en la guerra y la capitulación. Por eso, en esos momentos difíciles hemos encontrado por parte del pueblo francés una solidaridad muy superior a la de 1939.

Debo decir que el golpe policiaco de septiembre de 1950 no fue para nosotros ninguna sorpresa. Lo esperábamos desde julio. Yo llevaba más de un mes viviendo fuera de mi domicilio conocido por la policía. Además, el domingo 6 a las 10 de la mañana, durante la fiesta de L'Humanité, el camarada Jacques Duolos me comunicó que el golpe era para el día siguiente a las 6 de la mañana. Yo tomé durante ese día una serie de medidas alertando no sólo a los camaradas de París, sino también a los que habían venido de otros puntos de Francia.

En esa fecha el Buró Político del Partido se encontraba distribuido como sigue: D. Ibárruri y F. Claudín en Moscú; V. Uribe

y A. Mije en Praga; Carrillo, Antón, Ángel Álvarez (Angelín), Moix y yo en París. A. Álvarez fue el único detenido de entre nosotros. Y por dejarse detener y por haber aceptado marcharse a Alemania Democrática —pues el acuerdo del BP era de que si alguno de nosotros éramos detenidos no escogeríamos ningún país—, fue excluido del BP y del CC.

Yo fui el más buscado y acusado de las cosas más truculentas, como puede comprobarse por las colecciones de los periódicos de esa época y por las reseñas de las discusiones en el Parlamento francés, pues a toda una serie de diputados reaccionarios aún les parecía poco lo que el Gobierno francés hacía con nosotros y no le perdonaban que no me hubiesen cazado a mí.

Yo continué cumpliendo las tareas que tenía en el BP, entre ellas la elaboración y publicación de la revista militar, hasta abril de 1951, en que por decisión del BP salí, junto con los camaradas Moix y Luis Fernández, para Bélgica y de allí para Polonia. En Varsovia se quedó Luis Fernández; Moix se fue a Praga, y yo continué viaje para Moscú, desde donde, después de un mes de estancia allí, salí para Praga, donde residían Uribe y Mije, que además de otras tareas propias de miembros del BP dirigían el trabajo del Partido en los países socialistas.

Carmen y los chicos, que estaban en Hungría desde hacía casi un año, vinieron a reunirse conmigo.

Me incorporé al trabajo con Uribe y Mije, y mi primera misión fue ir a Polonia para recibir y distribuir en ese país, Hungría y Checoslovaquia a los camaradas que habían sido deportados por el Gobierno francés a Córcega y Argelia, y que estos tres países socialistas habían aceptado acoger, lo mismo que la RDA había acogido ya a otros anteriormente.

Cumplida la misión, regresé a Praga; Uribe y Mije me informan de la grave situación que había en el Secretariado del Partido, pero lo hacían sólo de aquellos aspectos que les pudieran ser más favorables a ellos. Una cosa, sin embargo, aparece clara para mí, por haberla vivido, y es que Carrillo y Antón se han aprovechado del golpe de septiembre para hacerse los amos del Secretariado del Partido. Sólo más tarde había de conocer que,

además, se habían aprovechado para otras cosas más siniestras.

Reunión de Moscú, octubre de 1951

Se intensifica el cruce de cartas entre Praga y Moscú y entre Praga y París, y la lucha entablada en el Secretariado entre Uribe y Mije, por un lado, y Carrillo y Antón, por otro, estalla en conflicto abierto. Ante ello se decide hacer una reunión que tiene lugar en Moscú en octubre de 1951. Participamos en ella Dolores, Uribe, Mije, Claudín, Antón y yo. En esa reunión la conducta de Carrillo y Antón, sus abusos cometidos con los militantes de la organización del Partido en Francia, la más importante del Partido, fueron seriamente criticados. También se puso de relieve que Carrillo y Antón se habían aprovechado del golpe policiaco de 1950 para arreciar en los abusos y tomar todo en sus manos.

Las discusiones terminaron con algunas medidas. Una resolución que se publicó en folleto, como un discurso de Dolores ante un grupo de cuadros del Partido y otra resolución interna donde se hacía una seria llamada de atención a Carrillo y Antón y se tomaban algunas medidas de organización. Entre éstas estaban la marcha inmediata de Uribe a Francia para hacerse cargo de la dirección del trabajo, y luego también la marcha de Mije al mismo lugar; yo me quedaba a residir en Praga para encargarme de la dirección del trabajo del Partido para los países socialistas.

En julio de 1952 el CE dirige una carta al Partido en nombre del CC. En esa carta se sacan algunas conclusiones de la situación y tareas del Partido, y hay en ella tímidos intentos de crítica y autocrítica.

Más tarde, Antón es expulsado del BP y del CC. En una resolución de julio de 1953 se decía: «Separar a Francisco Antón del BP y del CC del Partido Comunista de España. Continuar la investigación sobre la conducta política de Antón a fin de determinar origen y motivos de su labor antipartido y tomar las medidas de organización que en su caso hagan necesarias las

conclusiones definitivas de la investigación.»

En la reunión del Buró Político del 10 de abril de 1954, se acordó:

1. Leerle la resolución y pedirle que conteste por escrito a las preguntas que se le habían hecho. 2. Que se ponga a trabajar. 3. Queda como miembro individual del Partido teniendo la relación con él un miembro del Comité que este mismo designe.

Se encarga a Líster de ir a comunicar a Antón a Varsovia, donde reside, la presente resolución.

En las discusiones de todo ese período Carrillo se fue escurriendo, cargó sobre Antón, pero no muy fuerte. Carrillo tuvo todo el interés de hacer del caso de Antón el centro de toda discusión. De esta forma escamoteó una verdadera discusión de la situación de la dirección del Partido, y de sus propias responsabilidades en esa situación. Por su parte, Antón reconocía todo lo que no podía negar, sin decir nada contra Carrillo y Dolores. De común acuerdo, Carrillo y Antón hicieron un repliegue consiguiendo que uno de ellos quedase en la fortaleza para luego abrirle de nuevo las puertas al otro, como así sucedió.

Carrillo y Antón estaban unidos por sus arbitrariedades, por sus abusos. ¿Pero sólo por eso? ¿En qué se basaba Dolores cuando en 1954 exigía que se averiguase el pasado de Antón, antes de venir al Partido, su ligazón con los jesuitas, etc. ? ¿Y por qué Carrillo se esforzó en esa época en evitar que se hiciesen esas averiguaciones?

Esa discusión en octubre de 1951, la carta al Partido en 1952 y las medidas tomadas contra Antón, si bien no tuvieron la profundidad que la situación en el Partido y en el BP requerían, fueron, sin embargo, positivas, y a mí me permitieron enterarme de ciertas cosas que sólo conocía y manejaba el Secretariado.

Pero sólo más tarde, a lo largo de los años, yo había de irme

enterando de diferentes hechos que ponían de relieve el drama que venía atravesando el Partido en aquella época.

En 1958, cuando Carrillo se siente ya el amo del Partido, hace aprobar el 6 de noviembre de ese año, por el Buró Político, la siguiente resolución:

El BP decide hacer la siguiente comunicación a la delegación del CC en Praga; a la organización del Partido en Polonia y al camarada Francisco Antón personalmente:

El BP considera que la sanción impuesta al camarada Francisco Antón fue enteramente justa, como él mismo ha reconocido. Hechas todas las investigaciones posibles, ha quedado de manifiesto que las causas de sus graves faltas y errores residen en sus concepciones personales sobre el Partido, caracterizadas por el burocratismo, por métodos antileninistas de dirección groseros y brutales, por la vanidad y la ambición.

La resolución es dura. Yo logré que se metiese esa frase de «*posibles*», pero la verdad es que la resolución le abrió de nuevo a Antón las puertas de los órganos de dirección, como así sucedió, pasando a ser miembro del CC y asegurándose una alegre vida en Roma como representante de Carrillo, luego en París hasta su muerte en 1976. Mientras tanto las víctimas de los dos compadres siguen esperando la rehabilitación.

Algunos casos de persecuciones y crímenes en el Partido (Conversaciones con Uribe, junio de 1961)

Hubo diferentes momentos y ocasiones en que me fui enterando de hechos pasados. Dos de esos momentos fueron: la reunión del BP que tuvo lugar en Bucarest y duró del 5 de abril al 12 de mayo de 1956, y, sobre todo, las conversaciones con Uribe en Praga en 1961.

Estas conversaciones fueron tres y tuvieron lugar al pasar yo por Praga de regreso de Cuba, donde había estado cuarenta días invitado por los dirigentes de la Revolución cubana.

Mi familia y Uribe con la suya habitaban en la misma casa y en el mismo piso. Yo conocía a Uribe, personalmente, desde 1935. Desde el primer día sentí por él respeto y sus opiniones pesaron sobre mí durante muchos años. Este respeto comienza a perder fuerza a partir de 1945, al observar ciertos aspectos de su conducta que no me gustaban. Su tendencia a la buena vida y la aplicación de métodos incorrectos aparecían cada vez más visibles. Más de una vez hubo discusiones fuertes entre los dos, y otras veces yo participé en críticas que se le hicieron en el Buró Político.

Pero, pese a todo, ha existido entre nosotros, hasta su muerte, un respeto mutuo y una lealtad y honestidad completa en nuestras relaciones. Uribe, a pesar de los efectos negativos que habían producido en él su paso por el Ministerio, su vida fácil en Méjico y luego en Francia, y a pesar de sus defectos de carácter, fue un comunista y sus características como tal estaban muy por encima de sus defectos, errores e insuficiencias.

Al día siguiente de mi llegada de Cuba, invité a Uribe a mi casa, le conté mis impresiones sobre el viaje. Al terminar, comenzó él a hablar y yo a ir de sorpresa en sorpresa, al escuchar las cosas que me contaba. Tuvimos tres largas conversaciones: esa primera, en mi casa; al día siguiente, otra en el restaurante del hotel Alerón, donde comimos juntos; y una tercera, un día después, de nuevo en mi casa.

Según avanzábamos en esas conversaciones, yo iba comprendiendo por qué Uribe me hacía esas confesiones. Un mes más tarde, al tener la noticia de su muerte, lo comprendí aún mejor. Uribe sentía que su vida física se acababa, como se había acabado su vida política cinco años atrás.

El «caso» Comorera

En relación con las medidas represivas y crímenes, me dijo Uribe, entre otras cosas:

«El examen y decisión sobre las eliminaciones físicas se hicieron siempre en el Secretariado, y el encargado de asegurar su ejecución era Carrillo, quien tenía los ejecutores en su aparato. Alguna vez la ejecución fallaba. Tomemos, por ejemplo, el caso Comorera. Tú conoces toda la parte política del problema. Pues bien, Carrillo y Antón propusieron al Secretariado la liquidación física de Comorera. La propuesta fue aceptada y Carrillo, encargado de organizar la liquidación. Carrillo designó dos camaradas para llevarla a cabo; pero Comorera decidió marcharse del país. A través del informador que tenía entre la gente de Comorera, Carrillo conoció la decisión de aquél y luego el lugar de su paso por la frontera y su fecha. Carrillo envió a sus hombres a ese lugar para liquidar a Comorera al ir a cruzar la frontera. Pero éste, que se sentía en peligro y vivía con una gran desconfianza, a última hora cambió el lugar del paso. Supimos que había cruzado la frontera cuando ya llevaba quince días en Barcelona. »

En 1971 y después de leer mi libro *¡Basta!*, uno de los componentes del equipo que debía liquidar a Comorera me completó la información que me había hecho Uribe. El equipo lo componían seis, entre ellos el jefe del sector de pasos por donde Comorera debía cruzar la frontera. Este miembro del equipo me dio los nombres de los restantes componentes del mismo. Dos siguen con Carrillo, tres han roto con él, incluido el responsable del sector de pasos, y el sexto no sé lo que fue de él. Me dijo también que el tiempo que estuvieron en la montaña esperando el paso de Comorera fue de tres semanas.

Ante la imposibilidad de la liquidación física, Carrillo, como buen especialista de las acusaciones y denuncias del más puro estilo policiaco y provocador, se dedicó a la destrucción moral por medio de calumnias infames. Dirigida por él, se abrió en nuestras publicaciones y en nuestra radio una ofensiva de chivatería denunciando la presencia de Comorera en Barcelona.

He aquí algunas «*perlas*» de esas denuncias policíacas reproducidas de artículos de Santiago Carrillo y de otros:

La vista de los procesos contra los espías y agentes policíacos descubiertos en las democracias populares, así como el desenmascaramiento del verdugo del pueblo yugoslavo, el repugnante Tito, como viejo provocador al servicio de la burguesía imperialista, ponen sobre el tapete, ante la clase obrera, y especialmente ante los comunistas, el problema siempre actual y candente de la vigilancia política de la lucha contra la provocación. Para las castas reaccionarias españolas y sus actuales coayudantes ingleses y americanos, ni los socialistas ni los anarquistas representan peligro. Sus dirigentes están —ya no tienen ningún reparo en decirlo— al servicio del imperialismo americano, a cuyos intereses han sacrificado los vitales intereses de la clase obrera y del pueblo. A los socialistas y anarquistas se les permite, se les facilita su propaganda, su actividad, su trabajo. Por el contrario, el Partido Comunista y los comunistas en general son el objeto del odio animal de los reaccionarios de todo pelaje, y contra los comunistas enfilan las baterías de sus campañas calumniosas, de sus infundíos, de sus ataques, de sus agresiones criminales y provocadoras. De cada uno de estos miserables y de otros parecidos de hoy, por orden de los servicios policíacos de quienes dependen, se cobijan bajo la bandera pirata del titismo, dignos cofrades del despreciable provocador que tan arteramente engañó al pueblo yugoslavo, iremos dando algunos de sus rasgos característicos y de sus actividades, que conocemos muy de cerca y que harán comprender a los trabajadores, y muy especialmente a los comunistas, la razón que asiste al Partido cuando les llama a estar muy alertas y vigilantes contra las provocaciones. No hace muchas semanas, la prensa francesa y la radio inglesa comunicaban que en Cataluña habían sido detenidos 22 comunistas e incautadas dos imprentas donde se hacían, según estos comunicados, Mundo Obrero, órgano del Partido Comunista, y Treball, órgano del PSUC. La comedia es finita, señores Molinero y Massip. Todas las detenciones de comunistas realizadas en los últimos tiempos en Cataluña son vuestra obra y la de Juan Comorera, al que denunciamos ante la clase obrera catalana como un agente policíaco. Y que no piensen Comorera y sus acólitos y comparsas,

en la innoble farsa tan burdamente urdida, que van a hacer comulgar con ruedas de molino a los trabajadores catalanes. Juan Comorera y sus cómplices tendrán que responder ante el pueblo catalán de sus actividades provocadoras. Obreros de Cataluña: Juan Comorera es un provocador, que durante nuestra guerra conspiró contra el Gobierno Negrín, de acuerdo con el cónsul francés que estaba en Barcelona, en la famosa crisis de la «charca». Juan Comorera es un provocador cuyas actuales actividades es entregar a los comunistas a la policía, tanto en Francia como en Cataluña. Y nosotros sostendremos esta acusación delante de la clase obrera y del pueblo catalán. Juan Comorera es un enemigo de la clase obrera y como tal hay que tratarle allá donde se le encuentre.

(De un comentario escrito por Santiago Carrillo para Radio España Independiente y publicado en Mundo Obrero del 15 de septiembre de 1951.)

El PSUC de Cataluña es depurado de los elementos corrompidos y traidores que se habían infiltrado en nuestras filas como agentes de la burguesía. Comorera, que hoy está abiertamente al servicio de la policía franquista cumpliendo el repugnante papel de delator de los militantes comunistas del interior del país.

(Transmitido por Radio España Independiente, 15 de noviembre de 1953.)

Los imperialistas yanquis y sus satélites, por lo mismo que sostienen a Franco en el poder, combaten furiosamente a nuestro Partido. Contra nosotros y contra las demás organizaciones democráticas lanzan su carroña de chivatos entre los cuales figuran los perros titistas y comoreristas.

(De Mundo Obrero, 31 de diciembre de 1953.)

«El traidor y sus amos» (Mundo Obrero del 30 de junio de 1954):Días pasados, la prensa franquista dio a conocer que se había «detenido» al traidor Comorera. Para que no faltase nada

en la propaganda a la americana con que los franquistas han pretendido revestir esta «detención», un periódico de Barcelona incluso llegó a publicar una foto de Comorera en la comisaría conversando con los periodistas. Para muchos trabajadores revolucionarios que han pasado por las comisarías y han sido molidos a palos y torturados salvajemente, no ha pasado inadvertida la vil estratagema que persiguen los franquistas y su agente Comorera. Para que los hechos queden en su verdadero lugar, frente a la inmundicia que los servicios policíacos franquistas y otros extranjeros han hecho circular, es necesario decir que el traidor Juan Comorera se ha entregado a la policía después de haber estado viviendo durante años en Barcelona, a donde fue llevado para actuar como delator de los comunistas. Habiendo sido denunciado por el Partido Socialista Unificado de Cataluña y por el Partido Comunista de España como traidor al movimiento obrero, encontrando la mayor repulsa de los comunistas y trabajadores revolucionarios, ahora la policía franquista monta esa tramoya de la «detención» para hacer desempeñar a Comorera el papel de «resistente» y así poder pretender engañar a trabajadores y otros antifranquistas. Los trabajadores y nuestro pueblo han podido comprobar la justeza de la medida tomada por el Partido Socialista Unificado de Cataluña al arrojar de sus filas al traidor Comorera por ser un enemigo de los trabajadores y un agente policíaco. Esta experiencia debe servir para mantener bien despierta la vigilancia revolucionaria no sólo de los comunistas, sino de todos los trabajadores y antifranquistas en general, y mostrarse implacables en la denuncia y en el aislamiento de perros policíacos al servicio de los enemigos, como el traidor Comorera.

¿Quiénes son los delatores? ¿Comorera, que vive y lucha en Cataluña, o los que le acusan desde fuera?

Cuatro años vivió clandestinamente Comorera en Barcelona. Y después de otros cuatro en prisión, murió en el presidio en Burgos el 8 de junio de 1958. Murió dignamente, como dignamente había vivido, mientras sus acusadores quedarán ante los verdaderos comunistas y ante el pueblo catalán y español como vulgares calumniadores.

Y no tratamos ahora de examinar las posiciones políticas de Comorera durante los años en que fue secretario general del PSUC. Sin duda, en la actividad de este camarada hay aciertos y también errores. Pero lo que denunciamos ante los comunistas y toda persona decente es el método carrillista para deshacerse de una persona honrada cuya principal «delito» fue negarse a decir amén y a convertirse en un pelele de Carrillo y Antón.

El «caso» Monzón

Otro caso al que se refirió Uribe y que debiera hacer reflexionar a los que aún siguen creyendo en Carrillo y aprueban sus métodos, es el de Jesús Monzón, que si salvó la vida, lo debe a haber sido detenido por la policía en Barcelona, cuando se dirigía a encontrarse con el que «tenía que sacarlo a Francia», pero que en realidad debía de conducirlo al lugar de su ejecución.

En 1950, Nuestra Bandera decía en su número 4, en un largo editorial escrito por Santiago Carrillo, y que en lo fundamental es la repetición de un artículo publicado por él en Nuestra Bandera de junio de 1948:

EL CASO MONZÓN

El caso Monzón ha sido llevado a conocimiento del Partido en 1948. Pero entonces carecíamos de algunos datos, adquiridos posteriormente, que vienen a precisar más ciertos aspectos importantes. Monzón incumple reiteradamente en 1939 las directivas de marchar hacia América, y contando con el apoyo de los servicios imperialistas, y probablemente de los franquistas, permanece en Francia. Aprovechando la confusión de aquellos momentos, Monzón, con la ayuda de una militante que ha quedado encargada de ciertas tareas de solidaridad y emigración, utilizando la personalidad adquirida en los tiempos en que fue gobernador de Alicante, inicia la lucha contra el Partido. Hábilmente desplaza a los camaradas que han quedado con la res-

ponsabilidad de las tareas más serias del Partido. Una falta de iniciativa demostrada por éstos facilita la obra de Monzón. Una vez desplazados esos camaradas, Monzón crea su propia camarilla incondicional de elementos turbios y agentes del enemigo, entre los que se encuentra el viejo provocador Gabriel León Trilla. Contra todas las directivas del CC, Monzón se erige en dirección del Partido para «España y Francia». ¿Quién está detrás de Monzón? ¿Quién inspira su labor de falseamiento de la línea política del Partido coincidente, en el fondo, con la de Quiñones, en situar a aquél a la zaga de las fuerzas reaccionarias y monárquicas, y llegar a la disolución del Partido dentro de la Unión Nacional dirigida por los capitalistas y terratenientes monárquicos? Detrás de Monzón están los servicios de espionaje norteamericanos, están los agentes carlistas españoles. En el proceso de Budapest ha quedado demostrado cómo uno de los principales agentes de Alian Dulles, jefe de espionaje americano en Europa, un llamado Field, que en apariencia se dedicaba a la «filantrópica» función de representar en Francia, primero, y en Suiza, más tarde, al Unitarian Service, organización encargada de camuflar el espionaje americano so capa de la ayuda a los refugiados. Field en persona es el hombre que en Francia se mantiene en contacto con Monzón durante más de dos años; es el hombre que enlaza a Monzón con los servicios de espionaje americanos. Esto explica la enorme analogía en la «política» de Monzón y la de los bandidos titistas. Este hecho arroja toda la luz sobre la «inspiración» que movía a Monzón. Simultáneamente, Monzón mantenía un contacto con los franquistas a través de los agentes carlistas que venían a visitarle desde España. Traicionando al Partido, Monzón suministraba a Field, como está comprobado, informes con los datos más secretos de la organización de los comunistas en Francia y en todo lo que conoce de España, sobre la composición y fuerza de los destacamentos guerrilleros y los sabotajes y atentados contra los ocupantes alemanes, sobre los planes del mando guerrillero, etc. Suministraba a Field listas con millares de nombres de militantes del Partido en Francia, biografías, características, etc. Monzón cubre su actividad más fácilmente que Qui-

ñones. Su lucha contra el Partido, contra su línea y su CC, la cubre todas cuantas veces es preciso con declaraciones verbales de adhesión a los dirigentes del Partido, que están lejos en esos momentos, e imposibilitados de descubrirle y desenmascararle. La lucha de Monzón contra el Partido es realizada por medios más cautelosos de los que utilizó Quiñones. Conociendo los planteamientos del CC sobre la política de Unión Nacional, los exalta y lanza su propia versión, es decir, la versión de los servicios imperialistas sobre la política de Unión Nacional. Así hace con cada una de las cuestiones que plantea el CC, ocultarla y falsearla. De este modo, no sólo desvía al Partido del cumplimiento de su función de dirigente de la lucha antifranquista y revolucionaria, sino que se crea un pedestal de «genio», de hombre que se «anticipa» al CC, a los dirigentes del Partido en la comprensión de los planteamientos políticos. Monzón se traslada más tarde a España a seguir realizando sus funciones de provocador. Cuando es descubierto y desenmascarado ante el Partido en el interior, sólo entonces, la policía lo detiene en condiciones que se ve claro que su objetivo es revalorizarlo políticamente, rodearle de la aureola del martirologio, para que el Partido no entre en el fondo del examen de las consecuencias de su labor criminal, para que el Partido no arremeta, por escrúpulos sentimentales, contra el «*monzonismo*», y éste continúe produciendo desastres dentro de nuestras filas en el interior del país. Y si Monzón no ha tenido el final de Quiñones, se debe, sin duda, a que los servicios franquistas e imperialistas aún conservan la esperanza de hacerle jugar un papel en la lucha contra el Partido; aún piensan en la posibilidad de utilizarlo, incluso lo utilizan hoy, para sembrar la confusión dentro de las prisiones franquistas por las que va pasando e intentando ganar a aquellos que no están bien informados o que vacilan. Las consecuencias de las provocaciones de Monzón en el Partido han sido ya analizadas. Durante su período facilitó y organizó la penetración en el Partido y en sus organizaciones clandestinas, en los grupos guerrilleros, de los agentes del enemigo, de los provocadores. Monzón y sus cómplices conocidos fueron separados; el Partido reaccionó unánimemente contra él y

sus falsificaciones de la política y del carácter del Partido, se unió en torno al CC y a nuestro secretario general, Dolores Ibárruri. Ya es conocido cómo también en África del norte se produjo en el Partido un fenómeno parecido. Los militantes que se quedaron allí al frente del Partido se ligaron a los servicios americanos y pusieron varios miembros del Partido en contacto con esos servicios. Algunos responsables de esta entrega fueron expulsados; otros, que rectificaron, enviados a la base del Partido. Pero toda esta experiencia nos enseña que la mala hierba no se arranca fácilmente y que sus semillas se esconden y resurgen con facilidad cuando menos se espera.¹

Como se ha demostrado, todas esas acusaciones eran falsas de la primera a la última. Y Carrillo lo sabía, pues todas estaban fabricadas por él y su aparato. Pero le sirvieron en aquella ocasión para conseguir sus objetivos, como otras acusaciones del mismo estilo y tan falsas como aquéllas le han ido sirviendo luego en su marcha a la Secretaría General del Partido y le están sirviendo hoy en su funesta labor.

Monzón había cometido dos «crímenes» que no podía perdonarle el Buró Político, porque constituían una acusación a la propia cobardía de éste: haberse quedado en Francia cumpliendo con su deber y haberse marchado luego a España para seguir cumpliéndolo. El delito de valentía es el que más han odiado siempre Carrillo y compañía. Monzón, durante sus numerosos años de cárcel y a pesar de las infames acusaciones de Carrillo, continuó siendo el mismo combatiente revolucionario, honesto y fiel a las ideas comunistas, que había sido siempre. Cuando después de salir de la cárcel, y comprobada la falsedad de todas las infames acusaciones que se le habían hecho, se le propuso volver al Partido, respondió que no militaría jamás en el mismo Partido con calumniadores como Carrillo, Dolores Ibárruri y otros de la misma calaña.

¹ Los subrayados son míos. E. L.

El «caso» Quiñones

Otro caso que prueba con toda claridad que las acusaciones que se le han hecho por Carrillo son del mismo estilo que las hechas a Monzón, es el de Quiñones.

«Al terminar la guerra —escribe Carrillo— Quiñones queda en España con un plan preconcebido. Pasa por la cárcel. Ante los miembros del Partido presos con él en Valencia, Quiñones aparece como un hombre que ha sido bárbaramente torturado pero que se ha mantenido entero. Se crea una verdadera leyenda sobre la “firmeza” y el “heroísmo” de Quiñones. »

¿Qué crimen había cometido Quiñones contra el Partido? Mientras no se demuestre lo contrario, el de haberse quedado en España y haber dedicado todos sus esfuerzos a organizar el Partido y la lucha contra el franquismo. Quiñones, condenado a muerte, tuvo que ser llevado por dos soldados al lugar de ejecución, pues debido a las torturas recibidas ya no podía andar. A pesar de su estado físico, murió valientemente.

Yo he hablado con no pocos camaradas que conocieron a Quiñones en aquella época, lo mismo de su actividad en la calle que en la prisión, y no he escuchado de ellos más que elogios para Quiñones. Todos me han repetido lo mismo: *«Si la dirección del Partido dice que fue un provocador, ésta tendrá las pruebas, pero a mí me es difícil creerlo. »*

¿Dónde están estas pruebas? Y que Carrillo no nos venga con el cuento de que las pruebas sólo las tendremos cuando tengamos en nuestro poder los archivos de la policía franquista. Yo no tengo dudas de que los archivos de la policía franquista, y de otras, contienen secretos no sólo interesantes, sino sorprendentes; pero aquí se trata de un hombre que cayó bajo las balas de un piquete de ejecución franquista y al que se le acusa de ser un provocador al servicio de la policía. Y la acusación es clara y concreta, las pruebas no deben serlo menos. Así lo exige el honor de los comunistas y el de ese hombre, si se demostrase que las acusaciones son falsas, como yo hoy no dudo que así será.

El «caso» Trilla

¿Dónde están las pruebas de que Gabriel León Trilla fuese ese «viejo provocador» que decía Carrillo en 1950? Gabriel León Trilla era un viejo dirigente del Partido Comunista de España, del que había sido representante en la Internacional Comunista. En 1932 fue expulsado del Partido por sectarismo, junto con otros miembros de la dirección. De ese grupo sectario formaba parte Dolores Ibárruri, que no fue expulsada porque se separó del grupo. Trilla y Etelvino Vega, otro de los cuatro expulsados, volvieron de nuevo al Partido, y durante nuestra guerra tuvieron un comportamiento ejemplar. Vega fue uno de nuestros mejores jefes militares salidos del pueblo, llegando al mando de un cuerpo de ejército. Sublevados casadistas le detuvieron en Alicante, entregándolo a Franco, que lo hizo fusilar. En cuanto a Trilla, después de haber cumplido durante la guerra las misiones que el Partido le encomendó, al acabarse ésta continuó la lucha en la clandestinidad, hasta que en 1945 apareció muerto a puñaladas en Madrid en el Campo de las Calaveras.

Con el tiempo, Carrillo ha ido «perfeccionando» el sumario de Trilla sirviéndose para ello de plumíferos sin escrúpulos. Hace unos años que la editorial carrillista Ebro publicó un libro de uno de esos plumíferos a sueldo de Carrillo, libro que constituye un verdadero insulto a la lucha heroica de los guerrilleros españoles contra el franquismo y el papel positivo que esa lucha desempeñó. He aquí lo que en ese libro se dice sobre Trilla:

Por aquellos días se ajusticia a Trilla. Gabriel León Trilla había sido un viejo militante antes de la guerra. Estuvo en el 30 en la dirección del Partido, junto con Adae y Bullejos. Pero luego fue expulsado. Actuaba por su cuenta, como un auténtico bandolero, representando además su labor un peligro para la organización clandestina y la «seguridad» de muchos comunistas. Por eso lo ajustició el grupo de Cristino García.

Así, con el cinismo y la perfidia que le son propios, va fabricando Carrillo la historia, cargando sobre otros la responsabilidad de hechos que él ha ordenado. En este caso, le cargó el muerto y la responsabilidad a Cristino García, auténtico héroe de la lucha política y armada en España antes y durante la guerra; en Francia, contra los ocupantes nazis y después, de nuevo en España, en las guerrillas. Cristino García había entrado en España en abril de 1945; mandó la Agrupación Centro de Guerrilleros, realizando diferentes acciones en las provincias de Ávila y Madrid; luego, en la capital misma hasta su detención a últimos de 1945. Fue condenado a muerte el 22 de enero de 1946 y ejecutado el 21 de febrero. Durante el juicio, como su defensor quiso presentarlo como un engañado, Cristino García le interrumpió diciendo que estaba orgulloso de su actuación y que lo que sentía era el no haber podido hacer más.

La decisión de eliminar a Trilla no fue de Cristino García, sino de Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri.

En 1971, en Sofía, Antonio Núñez Balsera (ex miembro del CC del PCE) me explicó cómo en junio de 1945 recibió en Toulouse, de boca de Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri, la orden que debía ser transmitida en Madrid a Cristino García de eliminar a Gabriel León Trilla. Dolores dijo a Núñez que Trilla era un viejo provocador. Me contó Núñez cómo había cumplido la misión y también la negativa de Cristino García a ejecutarla él personalmente, como era la orden, diciendo que él era un revolucionario y no un asesino. Después de muchos forcejeos, Cristino designó a dos miembros de su destacamento para llevar a cabo la eliminación.

También en 1971, Antonio González me explicó en París, con toda clase de detalles, cómo la sentencia a muerte fue ejecutada —relatada a él en la cárcel por los ejecutores—, y cómo luego esos dos mismos ejecutores fueron a su vez asesinados a garrote vil por los franquistas, por su actividad de guerrilleros.

Luis Montero

Vicente Uribe me había hablado también de la ejecución de Luis Montero. Su relato lo incluí en el manuscrito de la primera edición de ¡Basta! Pero Eduardo García puso muchos reparos a que publicara este caso. Tanto insistió que, no queriendo hacer de ello un problema, decidí sacarlo del libro. Pesquisas posteriores me dieron la clave de su oposición a publicar hechos que, sin embargo, no negaba. La ejecución de Montero tuvo lugar en el sector de pasos dirigido por E. García. Y éste fue uno de los «méritos» (no el único, pues había otros de la misma índole, a los que vendrían a sumarse los posteriores) por los que Carrillo le llevó a su Comité Central y luego a su Comité Ejecutivo y a la Secretaría de organización.

Luis Montero fue un ferroviario asturiano que se portó como un héroe durante la guerra, en el Norte. Y así se portó en la resistencia francesa, y después, en el campo de exterminio de Mathausen. De él, escribe su compañero de deportación Jáuregui:

El camarada Montero. . . era un hombre de acción, incansable, verdadera alma del AMI (Aparato Militar Internacional), cuya capacidad de organización, valentía y firmeza fueron ejemplares. . . Trabajando en la armería, ese admirable Montero, a pesar del minucioso y severo control de los SS, se las ingenió para sustraer algunas granadas, pistolas y municiones que introdujo en el campo. . . 6 de mayo de 1945. Amanece. Algunos responsables del PCE van a visitar nuestras posiciones, sobre el Danubio, punto neurálgico de defensa del campo. El auto es ametrallado con numerosas ráfagas. . . Sólo Montero queda indemne, y su presencia en la aldea, donde permanece hasta el final, refuerza la solidez de nuestro dispositivo. . . Valiente e infatigable, da instrucciones sobre el mejor emplazamiento de las armas automáticas. . . Junto con Espí, el joven jefe del destacamento que contuvo los primeros ataques, se encuentra siempre en los sitios especialmente amenazados, dirigiendo el tiro de las armas y exaltando con su prestigio y valentía la mo-

ral y el entusiasmo de nuestros combatientes?²

Regresó Montero de la deportación con la salud quebrantada, como todos los que pasaron por aquel infierno. Pero Carrillo empezó a mandarle a Asturias con misiones para el Partido y los guerrilleros. En los años 1945 – 1948, cuando el movimiento guerrillero y el terror contra éste conocían momentos álgidos, Carrillo le envió una y otra vez, precisamente a Asturias, donde era conocido por su pasado de lucha. Y un buen día, Santiago Carrillo anunció a sus compinches de Secretariado que Montero había capitulado ante la Guardia Civil. Lo mandó a buscar y unos kilómetros antes de la frontera francesa pereció.

Manuel Razóla y Mariano Constante hablan en un libro repetida y elogiosamente de Montero en el campo de exterminio nazi: «Cuando fue creado el aparato internacional (1944), el grupo español que tenía ya su organización militar, bien desarrollada y mandada por jefes militares, se puso a su disposición. En la organización de los grupos de combate españoles, el camarada Montero jugó un rol primordial. . . Montero, entrado en Francia en 1945, ha desaparecido trágicamente durante una misión clandestina en España.³» ¿Qué conocen de las condiciones en que tuvo lugar esa desaparición trágica? ¿Por quién se han enterado de ella?

Pero ¿qué camaradas habían sido detenidos por culpa de Montero? ¿Quién le interrogó en el Partido y qué posibilidad le dieron de refutar las acusaciones de Carrillo? Incluso en el supuesto de que hubiese tenido un momento de debilidad ante la Guardia Civil, ¿quién era culpable? La respuesta es una: los que le enviaban una y otra vez a España, recién salido del infierno nazi, mientras ellos llevaban —primero en Toulouse y luego en París— una vida de ricachones, con chóferes, criadas, escoltas, «secretarias» y todo lo demás. Ninguno de ellos ten-

² M. Jáuregui, *Le maquis de l'enfer*, marzo de 1946, pp. 5, 10, 25.

³ *Triangle Bleu*, 1969, p. 142.

drá la osadía de decir que miento. Puedo dar los nombres de esos chóferes, de esas criadas, de esas escoltas, de esas «secretarias». Y de los hotelitos a orillas del Marne, en Saint-Germain-en-Laye o en las alturas de Champigny, donde Dolores Ibárruri se bronceaba al sol mientras los militantes del Partido pasaban las calamidades de aquella época.

Carrillo no podía perdonar a Luis Montero —como no se lo perdonó a otros— que no hubiese muerto en los campos de exterminio nazis. Y le arrebató también el honor.

¿Qué piensan de esto compañeros de cautiverio de Montero, españoles y de otros países, hoy defensores incondicionales de Carrillo, Ibárruri y sus secuaces?

Jesús Hernández

En 1975, me relató G. cómo en diciembre de 1946 recibió de Carrillo y Antón la orden que le comunicaban en nombre de «la dirección» de salir para Méjico y organizar allí la ejecución de Jesús Hernández.

Le dieron, además del billete de avión hasta Caracas, vía Río de Janeiro, 5000 dólares. Llegó normalmente a Caracas, pero allí no pudo conseguir el visado para Méjico. Entonces hizo venir a Caracas a Felipe M. Arconada, responsable de la organización del PC en Méjico. Con éste planeó la liquidación de Hernández y le dio los nombres de los miembros del Partido que la «*dirección*» había designado para cumplir la misión.

Partió Felipe para Méjico, pero no pudo, o no quiso, conseguir el visado para G. ni que los designados para cumplir la misión la aceptaran. G. comunicó todo esto a París y recibió la orden de regresar, llegando en abril de 1947.

Otros casos

Me contó también G. cómo en 1950 fue liquidado un camarada del aparato de Carrillo conocido por Lino. Fue enterrado en

una villa cerca de Saint-Germain-en-Laye. El trabajo de albañilería lo realizó el mismo G.

Por esa época Carrillo hizo liquidar a otro miembro de su aparato, guía de pasos entre Francia y España y conocido por José el Valenciano.

José San José (Juanchu), de Portugalete. De la JC antes de la guerra. Estuvo en la Escuela del Partido en Méjico. Enviado a España por el Partido en 1944. Carrillo le preparó el proceso y lo hizo liquidar en la frontera.

¿Y cómo murió el Manco, y su grupo de la Agrupación Guerrillera de Levante?

Y una pregunta a María Eugenia Yagüe

En marzo de 1977, al leer una biografía de Carrillo hecha por María Eugenia Yagüe, publiqué en Mundo Obrero —rojo— una carta dirigida a esta señora y en la que, entre otras cosas, decía:

Escribe usted (p. 37), refiriéndose a la salida de Carrillo de España en 1939: «Detrás quedaban su mujer y su hija. Se habían casado en 1936, cuando los dos tenían 20 años. El Partido no le dejó volver a buscarlas, era un riesgo imposible de correr. ¡Qué ejemplo de firmeza política! Obedecer la orden del Partido de no exponer su preciosa vida por salvar a su mujer y a su hija. » La falla de tan enternecedora y dramática prosa estriba en no compaginar con la realidad. . . Su mujer y su hija salieron de España con él —como salieron con Mije y Giorla las suyas—, y el día 11 de febrero de 1939 yo me encontré con todos ellos, más Antón, principescamente instalados en el hotel Regina de Toulouse. Y un poco más adelante (p. 49), prosigue usted el dramatismo: «La primera mujer de Santiago Carrillo había conseguido salir de España, pero hacia un campo de concentración francés. Su hija muere a consecuencia de tantas vicisitudes y miserias. La madre puede por fin llegar a la Unión Soviética, donde vive en la actualidad con el sistema nervioso

destrozado y su estado físico lamentable. »Perdone, señora Yagüe, ¿Carrillo le ha hecho ese relato, o se lo ha imaginado usted? Los hechos son muy diferentes. He aquí los puntos principales, pues los detalles los encontrará usted en la segunda parte de mis memorias. La esposa y la hija de Carrillo salen con él de España el 8 de febrero de 1939. Se van juntos a la Unión Soviética, donde quedan hospedados en el hotel Nacional, que no en el Lux como afirma Carrillo, hasta que, en unión de Juan Comorera, salen hacia América a través de Japón. Van a Nueva York y de allí a La Habana, donde poco después muere la niña. Es, por lo tanto, en la capital cubana, y no en un campo de concentración francés, donde muere la niña. De Cuba a Méjico, para ir después a Buenos Aires y de la capital argentina a Montevideo. Del Uruguay sale Carrillo en 1944 hacia Lisboa, dejando allí a su mujer, con orden expresa a Giorla de que no le permita emprender viaje hacia Europa; pero el 29 de abril de 1945, «Choni», que era el diminutivo por el que todos conocíamos a la esposa de Carrillo, y cuyo nombre era Asunción Sánchez Tudela, desembarca en Toulouse. Y aquí pongo punto, aunque la historia no termina así. Y Carrillo le ha mentido a usted, si le ha afirmado que su mujer estaba en la Unión Soviética.

Ni la señora Yagüe ni el señor Carrillo respondieron una palabra a lo por mí escrito. ¿Lo harán ahora? Me alegraría, para completar mi relato, pero estoy seguro que, por lo menos Carrillo, no lo hará.

Preparación del asesinato de Modesto y Líster

En el libro *Mañana España*, refiriéndose a una entrevista con Stalin en 1948, Carrillo escribe: «Nos dijo (Stalin) algo muy curioso: "Parece ser que Líster no siente mucho cariño por la Unión Soviética." Yo no sabía a qué se refería, pero Dolores sí lo sabía, y dijo: "Se está haciendo más prudente."»

La verdad es muy otra. ¿Qué había sucedido? Séame permitido entrar en algunos pormenores antes de llegar a esa entrevista y

a las palabras de Stalin.

En la reunión del Buró Político, que del 15 de abril al 12 de mayo de 1956 tuvo lugar en Bucarest, y a la que me refiero en otros lugares de este libro, expliqué lo que el 21 de febrero de 1952 me dijo Mije en Praga.

Mije me había relatado que en una reunión donde estaban Uribe, Carrillo, Antón y él, Antón planteó que, debido a mis relaciones con los yugoslavos, yo tenía que ser relevado de mis cargos y debía examinarse qué otras medidas más graves era preciso adoptar. Agregó Mije que, posteriormente, en diferentes conversaciones, esas «*medidas más graves*» fueron apareciendo más claramente como mi liquidación física. Respondí a Mije que todo eso lo consideraba una infamia, pues todas las relaciones que había tenido con los yugoslavos, o con camaradas de otros países, habían sido siempre con el acuerdo del Buró Político, al que siempre le había tenido al corriente, como él mismo sabía.

La noche del día en que había expuesto este asunto en la reunión de Bucarest, tuve una conversación con Carrillo a petición suya. En ella me planteó que no tenía ninguna duda en que Mije me había contado lo expuesto por mí sobre las intenciones de Antón de liquidarme físicamente y que él no descartaba que Antón tuviese esas intenciones. Pero que debía comprender en qué situación colocaba al BP. Que no se trataba solamente de la situación entre Mije y yo, sino que esta cuestión desviaba la atención de los miembros del BP del examen de los problemas fundamentales que estaban en discusión, y que lo mismo iba a pasar en la reunión del CC, de lo que ya era ejemplo la intervención de Claudín.

(En efecto, éste había dicho: «En su intervención, el camarada Lister ha planteado una cuestión de suma gravedad: que el camarada Mije, en 1952, le informó que Antón se proponía su liquidación física. Si Mije tenía fundamentos para ello, es de suma gravedad en relación con Antón. Si no tenía fundamentos, es de una ligereza inconcebible por parte de Mije. Creo que esto es necesario aclararlo hasta el fin. Si se trata de una

ligereza de Mije, de carácter intrigante, debe de reconocerlo. De paso debo decir que para mí no está clara la conducta de Mije en la discusión que estamos realizando. »)

Argumentó Carrillo, además, que si yo insistía en plantear ese problema, lo más seguro es que habría que sacar a Mije del BP y que ello iba a aparecer como una escabechina de los veteranos, pues las medidas que había que tomar con Uribe y las críticas a Dolores ya hacían bien difícil la situación.

Carrillo me propuso entonces que hiciera una declaración en la que podía seguir sosteniendo que era cierto que Mije me contara lo que yo había dicho en la reunión, pero que no podía estar seguro de que existía tal plan de liquidación física. Pensando en la unidad de los órganos de dirección del Partido, acepté el chantaje de Carrillo.

En las conversaciones con Uribe en 1961, a las que ya me he referido, éste me dijo:

«Lo que te contó Mije es cierto, pero no era sólo Antón el que quería tu liquidación física, sino también Carrillo; y no se trataba sólo de ti, sino también de Modesto.

»Este plan, que venían madurando desde 1947, recibió un nuevo impulso al producirse la ruptura con Yugoslavia. Este hecho venía a reforzar los argumentos de Carrillo y Antón en cuanto a la necesidad de vuestra liquidación física, por vuestras relaciones anteriores con los yugoslavos. Incluso, Carrillo y Antón no tuvieron escrúpulos en mezclar en este "asunto" a dirigentes de otros partidos hermanos, a los que atribuyen serias desconfianzas hacia Modesto y hacia ti.

»Para esa liquidación se habían barajado dos variantes: un atentado y echarle la culpa a los anarquistas o a los franquistas; o un "accidente" en uno de nuestros chantiers⁴ al examinar al-

⁴ Esos *chantiers* de tala de bosques que teníamos en diferentes puntos de Francia cercanos a la frontera española servían para dos objetivos: obtener medios materiales para el Partido e instruir a los guerrilleros que salían para España.

guna arma o explosivo.

»Si vuestra liquidación física no se llevó a cabo —prosiguió Uribe— se debe a Stalin. Cuando en septiembre de 1948, una delegación del Partido, formada por Dolores, Antón y Carrillo, visitó a Stalin, éste les preguntó: "¿Cómo van Líster y Modesto?" Dolores respondió: "Bien, Líster forma parte del BP y Modesto del CC, y los dos están trabajando bien. " Y Stalin agregó: "Me alegro, pues aquí también hicieron los dos un buen trabajo. "

»Esto —me añadió Uribe— os salvó la vida, pues ante esa opinión de Stalin, Carrillo y Antón dieron marcha atrás en la liquidación física, aunque continuaron con otras medidas. »

A Modesto le siguieron el proceso por las relaciones con los yugoslavos y le agregaron que tenía relaciones con una mujer que venía enviada por los servicios de espionaje franquista; le quitaron todos los cargos que tenía en Francia y, en 1949, le enviaron a Praga, donde ya no volvió a tener ninguna tarea de Partido hasta diciembre de 1959, en que fue nombrado para formar parte de la comisión encargada de redactar la Historia de la Guerra, y de la que luego le sacó Carrillo. El encargado de montarle todo el proceso a Modesto fue Romero Marín, cumpliendo órdenes de Carrillo.

Me recordó Uribe la historia del famoso «*complot de Moscú*».

En 1947 Carrillo fue a Moscú y volvió con el «*descubrimiento*» del famoso «*complot*» contra Dolores, inventado de todas piezas por él, pero matando dos pájaros de un tiro: aparecer como un decidido defensor del secretario general del Partido y, principalmente, intentar ensuciar toda nuestra emigración en la Unión Soviética, calumniando y golpeando a toda una serie de camaradas que habían pasado con honor, al lado del pueblo soviético, todas las tremendas dificultades de la guerra, mientras Carrillo y otros «acusadores» dirigentes del Partido estaban viviendo tranquilamente la gran vida al otro lado del «charco».

Al regresar de Moscú, Carrillo informó al secretariado de su «*descubrimiento*» de un «*complot*» montado por Jesús Hernán-

dez contra Dolores y Antón, en el que, según él, habíamos participado Modesto y yo.

Durante semanas se nos interrogó para hacernos reconocer nuestra participación en un tal «*complot*». Modesto y yo rechazamos indignados las acusaciones y dijimos que nuestras discrepancias con Antón, por los métodos intolerables de dirección que había empleado y por su conducta inmoral, eran conocidas de todo el mundo, en primer lugar del propio Antón y Dolores a los que se las habíamos dicho por escrito y de viva voz.

Una de las cuestiones contra la que habíamos protestado Modesto y yo en una carta enviada a Dolores a Ufa en 1942, era el método de Antón de montar en los colectivos españoles unos servicios de espionaje para los que, además, escogía a los tipos más inmorales. Antón y Dolores enviaron esta carta a Dimitrov, con otra de ellos en la que se pedía poco menos que nuestras cabezas. En un viaje mío a Moscú en junio de 1942, Dimitrov me enseñó las dos cartas y me preguntó qué era lo que pasaba. Se lo expliqué y él dijo que, efectivamente, tales métodos no eran correctos.

En esa conversación me preguntó Dimitrov quién creíamos, Modesto y yo, que debía ocupar el puesto de secretario general del Partido vacante por la muerte de José Díaz tres meses antes. Le respondí que esa cuestión ya la habíamos hablado Modesto y yo, y que nuestra opinión era que debía ser ocupado por Dolores. Que existía en contra la funesta influencia de Antón sobre Dolores, y su papel de secretario general consorte, pero que se podía resolver enviando a Antón en misión lo más lejos posible.

Me respondió Dimitrov que ésa era también la opinión de ellos, es decir, del Secretariado de la Internacional Comunista, y que ya se estaba estudiando el envío de Antón a un país de América latina.

En 1943, al llegar a Moscú, Modesto y yo fuimos a visitar a Dolores en su despacho. Allí estaba Antón, y en la habitación contigua varios camaradas, entre ellos, E. Castro, Mateo, Segis

Álvarez. Al meterse Antón en la conversación que Modesto y yo teníamos con Dolores, le dijimos todo lo que pensábamos de él, de sus métodos, de su conducta, y eso lo oyeron no sólo Dolores, sino también los otros camaradas que se encontraban en la habitación contigua y cuya puerta estaba abierta. Modesto y yo no podíamos ocultar la repugnancia que nos merecía toda la conducta de Antón y, sobre todo, la forma en que había salido de Francia para la Unión Soviética.

La historia de esa salida, que sólo algunos conocíamos, es la siguiente: Dolores, que no se preocupaba en absoluto por la situación de los centenares de miles de españoles metidos en los campos de concentración en Francia —y menos aún por los de España—, pedía insistentemente que Antón fuese llevado a Moscú. Dimitrov y el Secretariado de la IC, de acuerdo con José Díaz, se hacían los sordos, pues consideraban que ésa era una buena ocasión para terminar con el arribismo de Antón. En esta situación, Antón es detenido en Francia, y entonces las peticiones de Dolores adquieren un verdadero tono de histerismo. Ante ello, hay la famosa frase de Stalin: «Bueno, si Julieta no puede vivir sin su Romeo se lo traeremos, pues siempre tendremos por aquí un espía alemán para canjearlo por Antón.»

Y así fue como salió en 1940 de una cárcel francesa y llegó a Moscú.

Durante los interrogatorios llevados a cabo por Carrillo y Antón, puse como testigos de mi conducta al camarada Dimitrov y a la propia Dolores. Recordé, entre otros ejemplos, el siguiente:

En abril de 1944, estando Modesto, Cordón y yo en el frente ucraniano con el Ejército polaco, recibimos la orden de ir a Moscú. La primera visita que hicimos fue a Dolores, la cual nos informó de las noticias que habían llegado de Méjico sobre la situación del Partido allí. Según esas noticias, Hernández había desencadenado una lucha abierta contra Dolores y Antón y aseguraba que toda una serie de camaradas residentes en la URSS, entre ellos Modesto y yo, estábamos de acuerdo con él. Dolores nos dijo que Dimitrov quería hablar con nosotros dos.

Al día siguiente, Dolores, Modesto y yo pasamos el día con Dimitrov, examinamos las cuestiones y redactamos un telegrama para Méjico en el que se rechazaban las afirmaciones de Hernández.

En la reunión del BP de abril y mayo de 1956, a la que ya me he referido y me referiré más adelante, dije: «Yo rechazo que en Moscú haya habido un complot contra el Partido. Yo no acepto que las discrepancias de opiniones de este u otro camarada que estábamos en Moscú, pasen a la historia del Partido como "el complot de Moscú". Entre nuestra emigración en la URSS ha habido un gran descontento contra Antón y contra sus métodos, de los que su conducta posterior no fue más que una continuación. Unos camaradas expresaban este descontento de una forma y otros, de otra. Y una parte de esos descontentos iban a quejarse a Hernández de los métodos de Antón. ¿Qué había en esto de particular? Hernández era más antiguo que Antón en el BP. Había desempeñado cargos más importantes que Antón y para toda la emigración aparecía teniendo más responsabilidad que Antón, incluso en las cosas de la emigración en la Unión Soviética. ¿Que Hernández tenía otras miras? Eso no quiere decir que los que iban a quejarse a él participaran en un complot, y ni siquiera que tal complot existiese.

»Yo planteo esta cuestión con la esperanza de que cuento con las suficientes garantías para que las cosas se pongan en claro. Yo creo que la cuestión lo merece, pues no podemos dejar que toda una serie de camaradas sigan con el sambenito de participantes en un complot contra el Partido. Y vosotros, camaradas Uribe, Claudín y Carrillo, no teníais ningún derecho a ir a Moscú a desencadenar una campaña de calumnias contra camaradas del Partido, del Comité Central y del Buró Político.

»Vosotros no teníais ningún derecho ni siquiera a abrir una discusión política donde se fuese a juzgar la conducta de miembros del Comité Central y del Buró Político, porque no estabais autorizados para ello ni por el Comité Central ni por el Buró Político. Esos acuerdos los habéis tomado, sin duda, en reuniones de Secretariado, pero el Secretariado no tiene ningún

derecho a tomar tales acuerdos. »

Carrillo había dejado montado en Moscú todo el escenario para sostener contra una serie de camaradas toda una campaña indecente de calumnias y desprestigio, para continuar la cual fueron enviados allí Vicente Uribe y Fernando Claudín, que quedó allí varios años como fiel ejecutor de las opiniones de Carrillo, como antes lo había sido en otros lugares y luego había de continuar siéndolo hasta 1962 en que chocaron entre ellos.

En cuanto al tan manoseado asunto de que lo que quería Jesús Hernández era la secretaría general, nada más lejos de la verdad. Jesús Hernández era lo suficientemente inteligente para comprender que él no tenía ninguna posibilidad de ser el secretario general del Partido. Pero lo que no quería Jesús Hernández, como no lo queríamos ninguno de los que estábamos al corriente de la cuestión, era tener un secretario general consorte. No queríamos a Antón como secretario general del Partido y a Dolores como tapadera. Yo sé, porque me lo dijo el mismo Uribe, que Hernández, al llegar a Méjico, le había hablado de ese peligro y le había dicho que la única forma de evitarlo era que Uribe fuese secretario general del Partido.

¿Complot? ¡Ni complot ni centellas! Lo que había era descontento general de la inmensa mayoría de los camaradas, que veían que mientras ellos vivían, trabajaban y luchaban en las terribles condiciones de la guerra, Dolores y Antón no cumplían en absoluto su misión de dirigentes, dedicándose a disfrutar su cómoda vida.

He aquí algunas cifras que hablan del heroísmo y del cumplimiento del deber, al lado del pueblo soviético, de nuestra emigración en la URSS.

Al producirse la agresión hitleriana (22 de junio de 1941) había en la URSS 4221 españoles. La mayoría, cerca de 3000, eran niños que habían sido evacuados allí durante nuestra guerra, y una parte de los cuales ya se habían convertido en jóvenes entre los 15 y 18 años. El resto de nuestra emigración allí estaba compuesta por camaradas que habíamos desempeñado durante la guerra cargos políticos, militares y de otro tipo, y familiares

que componían casi la mitad de parte de esos camaradas. En total éramos 900. Había, además, un grupo de 122 maestros, maestras y auxiliares llegados con los niños; un grupo de 157 aviadores que el fin de nuestra guerra cogió instruyéndose en la URSS y 69 marinos de algún barco español que había ido a buscar material. Posteriormente se agregaron a la emigración 56 españoles más de la División Azul, que se quedaron en la Unión Soviética.

Al producirse la agresión, los españoles estábamos distribuidos por diferentes puntos de la Unión Soviética. Los niños en casas donde personal español y soviético se ocupaban de su enseñanza. El resto trabajaba en fábricas, en la construcción, etc. Algunos pensionados debido a su edad, un grupo en una escuela política, otro de 28 en la Academia militar Frunze y otro de 6 en la Academia Militar de Estado Mayor.

Participaron en la guerra junto al pueblo soviético, bien en unidades militares o en destacamentos guerrilleros, 614 emigrados y 135 jóvenes de los llegados como niños.

De ellos murieron en la lucha 138 mayores y 66 jóvenes. Los españoles incorporados en el Ejército soviético participaron en la heroica defensa de Leningrado, en la histórica batalla de Stalingrado, en los frentes de Moscú, el Cáucaso y otros lugares de la Unión Soviética.

Participaron en unidades de guerrilleros en la retaguardia de los ejércitos hitlerianos: en Ucrania, Bielorrusia, Crimea, en la región de Leningrado, donde se combatió a las fuerzas fascistas de la División Azul.

No faltó en los combates de la aviación soviética la participación de los pilotos republicanos españoles. Tomaron parte con el Ejército soviético en la liberación de Polonia, de Checoslovaquia, Alemania y otros países, pagando esa participación con sus vidas no pocos españoles.

El Gobierno soviético, destacando la participación de la emigración republicana española en la gran guerra patria del pueblo soviético contra el fascismo, ha concedido a gran cantidad

de combatientes españoles numerosas condecoraciones.

No acaba aquí la lucha, pues muchos camaradas, al terminar la segunda guerra mundial y desde la Unión Soviética, se incorporaron clandestinamente a España para proseguir luchando contra el fascismo con los camaradas que ya lo venían realizando desde 1936, unos, y desde 1939, en que terminó la guerra de España, los otros. Por su actividad, unos han sido fusilados, otros cayeron en el combate guerrillero y no pocos han sufrido largos años de prisión.

Éstos son los hombres que, con la historia del «*complot*», calumniando a nuestra emigración en la Unión Soviética, como se había hecho y se seguía haciendo con nuestros camaradas de España, Francia y otros lugares, eran convertidos de víctimas —los únicos que tienen derecho a ser acusadores— en acusados. Lo que se quería era castigar a los que en el pasado no se habían sometido, e inutilizar a los que en el futuro harían lo mismo. Por desgracia, la operación de Carrillo no fracasó totalmente, pues por ahí andan no pocos de esos hombres y mujeres sometidos al carrillismo.

El día 21 de marzo de 1942 muere José Díaz. Sobre su muerte se han hecho y se hacen especulaciones para todos los gustos. Mi firme convicción es que nadie le empujó materialmente a tirarse por la ventana, aunque no puedo afirmar lo mismo en el aspecto moral.

José Díaz estaba gravemente enfermo. El cáncer le iba deshaciendo el estómago. Lo habían operado varias veces, pero ninguna de esas operaciones cortó el mal.

Al lado de los males físicos estaban los morales. Habíamos perdido la guerra, el Partido estaba distribuido por medio mundo y la parte fundamental bajo el terror de los triunfadores.

En estas condiciones, en 1940, José Díaz, Dolores Ibárruri, Jesús Hernández y Enrique Castro, con la ayuda de Togliatti, preparaban un informe sobre la situación en España después de la guerra y las tareas del Partido en esa situación. José Díaz, en nombre de la dirección del Partido Comunista de España, da

lectura al informe ante el Secretariado de la Internacional Comunista. Luego toman la palabra los miembros del Secretariado de la IC y van destruyendo uno a uno los planteamientos que hay en el informe. Hernández, Castro y Togliatti se callan, pero Dolores toma la palabra para dar la razón a los que critican el informe y para acusar a José Díaz de «individualista» en el trabajo, de que no tiene en cuenta las opiniones de los demás. Con eso se acaba la reunión, pues a José Díaz hay que sacarlo entre dos personas. El ataque brutal de Dolores viene a agravar su mal estado físico.

¿Qué dejó José Díaz escrito antes de suicidarse? Cuando se lo pregunté a Dolores Ibárruri, ésta me contestó que sólo había dejado unas cuartillas que ni se podían leer, pero no me las enseñó. Estoy convencido que José Díaz escribió un verdadero testamento político en el que, entre otras cosas, estampa sus opiniones sobre los diferentes miembros de la dirección del Partido, y en primer lugar, sobre Dolores Ibárruri.

Las conversaciones con Uribe y sus confesiones fueron para mí un golpe terrible y dejaron en mi ánimo una profunda amargura. Con ellas se derrumbaban en mí creencias, ideas y opiniones sobre cosas y personas que habían ocupado un lugar muy importante en mi vida de militante revolucionario. El cuadro que me iba describiendo Uribe de aspectos que yo desconocía de la vida de la dirección de nuestro Partido, de cosas que se habían venido haciendo, de métodos que se habían venido empleando, eran, en unos casos, completamente nuevos para mí y, en otros, rebasaban en mucho lo que yo conocía, mis sospechas y temores. Según él me iba hablando, ante mí aparecían, como en una película, escenas terribles, entre ellas los cuerpos de camaradas ejecutados en las montañas pirenaicas cuando, llenos de ilusiones, marchaban al país a cumplir tareas del Partido o regresaban a informar a la dirección de cómo las habían cumplido.

Ante mí aparecían las figuras de los ejecutores de las sentencias dictadas por Carrillo y Antón y aprobadas o consentidas por otros. A algunos de esos ejecutores yo los conocía perso-

nalmente, y si bien entre ellos los podía haber que estaban dispuestos a matar sin importarles quién era la víctima, no tengo dudas de que otros al ejecutar las sentencias creían sinceramente que estaban defendiendo al Partido de terribles enemigos.

Los equipos de ejecución fueron creados por Carrillo en 1944 y en esa época las sentencias que debían ejecutar eran las que Carrillo dictaba sin dar cuenta a nadie. Esos equipos operaban no sólo en Francia, sino que iban también a España y otros países.

Aparecían también con claridad los objetivos liquidacionistas de Carrillo y Antón de querer destruir al máximo nuestra organización en Francia. En ella había muchos testigos de las cobardías y otras cosas de algunos miembros de la dirección del Partido y de las JSU, entre los que estaban en primera línea, precisamente, Carrillo y Antón. Sabían éstos que entre nuestros militantes de la organización de Francia encontrarían muchos y muy serios opositores a la política que pensaban imponerle al Partido (y que Carrillo ha venido imponiendo a los que aún le seguían).

El relato de Uribe se refería a hechos ocurridos fundamentalmente en los años del terror franquista en que se asesinaba diariamente a antifascistas españoles y en que los servicios policíacos de la dictadura enviaban sus espías a las organizaciones antifascistas. Luchar contra ellos era un deber; aplastarlos cuando eran descubiertos era una necesidad. Pero Carrillo y Antón se aprovechaban de esa lucha justa para deshacerse de auténticos comunistas; de hombres que no habían cometido más delito que el de tener entre sus camaradas un prestigio ganado en la lucha o que sabían demasiado sobre las actividades de los dos compadres, que no se doblaban ante las exigencias de ellos o a causas aún más inconfesables.

Al final del relato, Uribe me dijo:

«Todo lo que te he contado explica por qué a Carrillo le fue posible mi liquidación política. Yo era el responsable de la dirección del trabajo, en parte, de los años en que se cometieron esas fechorías y esos crímenes, y aunque muchas veces no

estaba de acuerdo me faltaba el valor para oponerme a ellas, y así me fui comprometiendo y hundiéndome cada día más. Carrillo me ha acusado de no estudiar, y de ir abandonando el trabajo. Es cierto. Carrillo sabía todo eso y lo fomentaba, porque ésa era la forma deirme liquidando. Cuando me di cuenta era demasiado tarde, había perdido toda confianza en mí mismo y todo hábito de trabajo sistemático y organizado. Así es como Carrillo me pudo golpear a mansalva; porque sabía que yo no me defendería. Y lo mismo le pasaba a Dolores. Ella ha aprobado en unos casos y tolerado en otros muchas de las injusticias y crímenes que se han cometido. Carrillo la tiene agarrada por ese pasado y cada vez la aislará más de los camaradas más sinceros y la irá rodeando de sus propios incondicionales. Irene Falcón es un ejemplo de ello. Dolores odia ferozmente a Carrillo, pero después de 1956 le ha cogido miedo y no está dispuesta a enfrentarse con él. Prefiere ir tirando y figurando en el grado que Carrillo la deje, que cada vez será menos. »

Me explicó Uribe las causas de la tirantez permanente que existía entre Dolores y él. Dolores no había perdonado nunca a José Díaz, a Pedro Checa ya él las severas críticas que le habían hecho durante la guerra por su vida familiar. Uribe agregó: *«Esto es conocido por Carrillo, que lo aprovechó para envenenar aún más las relaciones entre Dolores y yo, acusándome de querer ocupar la Secretaría General, mientras quien iba a por ella era el propio Carrillo. »*

En el editorial de Muestra Bandera a que me he referido anteriormente escribía Carrillo algunas otras cosas que nos deben hacer pensar sobre el propio Carrillo, pues, según ellas, parece como si se estuviese retratando a sí mismo.

Pero el enemigo no utiliza sólo a estos elementos —escribe Carrillo al referirse a Monzón y otros—. Los servicios de provocación del enemigo se esfuerzan también especialmente en introducir sus agentes en nuestro Partido. Estos intentos criminales del enemigo no son nuevos. Analizando casos como el de

Jesús Hernández y Enrique Castro, no es posible contentarse con la explicación de que han degenerado y se han podrido en estos últimos años. Un grado tal de maldad, de hipocresía, de bajeza, no puede ser producto de una evolución tan rápida hacia el mal. Un verdadero revolucionario no se convierte en perro policíaco de la noche a la mañana.

Hay que llegar a la conclusión —continúa Carrillo—, quizá algún día con los archivos en la mano, como ha sucedido en el caso de Raj y Kostov, lo podremos comprobar, que hombres como Jesús Hernández y Enrique Castro fueron enviados a las filas del Partido por el enemigo, que, trabajando con perspectivas, los mantuvo camuflados hasta que consideró llegado el momento de que se arrancaran el antifaz. Y lo que en otro tiempo fue considerado en ellos como máculas, faltas más o menos graves, que no entrañaron sanción decisiva, eran actos conscientes de lucha para desacreditar y desprestigiar al Partido.

Es evidente que al principio de nuestra guerra de liberación contra el fascismo, los falangistas se esforzaron por enviar a nuestras filas a sus agentes. Y a pesar de la vigilancia revolucionaria es indudable que algunos consiguieron introducirse. No importa que fuesen casos aislados, por contraste con las organizaciones sindicales y anarquistas, que les abrieron y les abren hoy de par en par las puertas. Un caso aislado, uno sólo de esos elementos, en un partido revolucionario como el nuestro, puede hacer mucho daño.⁵

¡Y tanto! Y cuando Carrillo lo afirmaba con tanta seguridad no hacía más que retratarse a sí mismo.

Hasta 1970 era mi firme propósito de que muchas de las cosas, sino todas, que me dijo Uribe, como otras que fui conociendo más tarde, fueran conmigo a la tumba. Pero en esa fecha y ante la situación a que Carrillo y sus seguidores estaban llevando al Partido, tomé la decisión de plantearlas ante el pleno del CC que tuvo lugar en agosto de ese año. Carrillo y sus incondicio-

⁵ Los subrayados son míos. E. L.

nales no me lo permitieron. Simón Sánchez Montero, que presidía, acató sumisamente la orden de Carrillo de no dejarme hablar y, entonces, no me dejaron más camino que el de callarme cobardemente o hacer públicas las cosas que allí no pude exponer. Escogí este último camino por considerarlo el del deber, y publiqué el libro ¡Basta!

A lo largo de los años, Carrillo se ha ido deshaciendo hábilmente de camaradas que más tarde podrían oponerse a su política cuando ésta apareciese con más claridad. A unos los echó, a otros los domesticó y los alineó, a otros les fue dando de lado, disminuyendo su papel. Y a no pocos los hizo asesinar o los envió a una muerte segura.

En el Comité Central y otros órganos del Partido hay no pocos miembros que después de haber sido echados del Comité Central y puestos de rodillas por Carrillo, fueron recuperados luego gracias a la «magnanimidad» de éste.

En vez de examinar en cada ocasión franca y abiertamente, y empleando el método de la crítica y la autocrítica, las fallas, los errores, lo criticable de la conducta y la actividad de este u otro dirigente, Carrillo ha practicado el método del escamoteo. Con ello perseguía y consiguió un doble objetivo: ocultar sus propias faltas, sus propios errores, todo lo que hay de criticable en su propia conducta y en sus métodos y tener en sus manos a otros camaradas que también tienen cosas criticables. Así se ha ido creando una identidad de intereses y así ha ido forjando Carrillo contra cada uno el arma de chantaje que empleará en cada ocasión concreta contra el camarada que no marche derecho por la línea que le señala.

Con ese método, Carrillo tiene agarrado por el cuello a más de uno de los que más chillan en su defensa; de los que están siempre dispuestos a aprobar o condenar, con el mismo entusiasmo y sin pedir ninguna explicación, todo lo que Carrillo quiera que se apruebe o se condene.

En cuanto a Dolores misma, a partir de Toulouse en 1945, Carrillo la fue sometiendo, alineando, con un trabajo paciente. Con el método jesuítico que le es propio, al mismo tiempo que

le iba comprometiendo en sus propias fechorías y empujándola en sus debilidades, la separaba de todos los camaradas que eran sinceros y leales con ella e imponiéndole a la vez las relaciones con sus propios incondicionales. Lo único que Carrillo dejó al lado de Dolores es ese ser funesto que se hace llamar Irene Falcón, que informa a Carrillo de todo lo que hace y dice Dolores. ¿Es que Dolores no se da cuenta de todo eso? Claro que se da cuenta, pero en vez de decir «¡Basta!», se lamenta, llora, repite una y otra vez que se va a tirar por una ventana, etc.

Y mientras tanto, Carrillo ha continuado su trabajo de liquidación del Partido.

Estos defensores del llamado «*socialismo humano*» y de la democracia en otros partidos, en el suyo son verdaderos Torquemadas en la aplicación de condenaciones y excomuniones a diestra y siniestra contra todo el que no dice «Amén» sin rechistar a cuanto sale de la boca o de la pluma del jefe y de algunos privilegiados que con él comparten el secreto de la verdad absoluta.

Lo que yo he venido pidiendo en el CE es que se formase una Comisión de Investigación que examinara la conducta política y moral de todos los que hemos sido miembros del CC y del BP o del CE, desde 1936 acá.

Otra cosa que yo he pedido es que esa Comisión investigara toda una serie de casos de camaradas acusados, sancionados, perseguidos, «desaparecidos», detenidos y muchos fusilados en España, etc.

He pedido también que esa Comisión investigara cómo se aplicó la decisión de disolver las guerrillas, qué medidas se han empleado, etc.

¿Por qué ese miedo de Carrillo y otros miembros del CE carrillista a una tal investigación? Porque sabían que les sería fatal. Carrillo y sus incondicionales necesitaban tiempo para llevar hasta el fin su plan de transformar un partido revolucionario en un conglomerado capaz de practicar la colaboración de clases, como partido de la clase obrera, en representación de la clase

obrero y traicionando a la clase obrera.

No puede haber duda que Carrillo y sus compañeros de tinglado han logrado ganar tiempo con la trampa, la persecución, el chantaje, las expulsiones, la corrupción y el asesinato dentro del Partido. Es claro también que con la compra de plumíferos en periódicos y revistas y con la compra en ciertos casos de gruesos paquetes de acciones de determinadas revistas y periódicos españoles, que presumen de independientes, el carrillismo goza de una abundante propaganda. A todo ello deben agregarse los medios puestos a disposición del carrillismo en el plano internacional por los capitalistas y determinados Estados llamados socialistas. El carrillismo no tiene nada de común con la lucha del pueblo español por sus derechos, es una empresa netamente al servicio de los peores enemigos de la clase obrera y del pueblo español.

Y para terminar con este triste capítulo, quiero llamar la atención de aquellos a los que puedan parecerles dudosos los datos que doy recogidos de Uribe, por tratarse de un desaparecido, que no olviden que los camaradas ejecutados o enviados a la muerte de los que habló Uribe tienen un nombre y que en vida están otros camaradas que los conocían. Entre estos camaradas los hay que conocen las circunstancias de la muerte de más de uno y que están dispuestos a decir todo lo que saben ante una Comisión de Investigación.

En las organizaciones carrillistas son cada vez más los camaradas que hacen a los enviados de Carrillo la pregunta: *«Si lo que dice Lister no son más que calumnias, ¿por qué Carrillo no ha aceptado la discusión sobre los métodos y el nombramiento de la Comisión de Investigación, como Lister proponía antes del pleno y en el pleno mismo?»* Ésa es la cuestión.

En su obsesión por desacreditar ante los comunistas al campo socialista y presentarse así como un ingenuo o un incauto, Carrillo ha empleado con frecuencia la demagogia: *«Siempre hemos ignorado lo que sucedía en esos países.»*

«Nos era realmente difícil comprender en los años 40 al 50 cómo destacados dirigentes checoslovacos, considerados hasta

entonces como excelentes comunistas, podían transformarse de la noche a la mañana en agentes del imperialismo, en agentes de Tito, en traidores a la causa del comunismo. »

Tales declaraciones en boca de Carrillo son el colmo del cinismo, ya que en aquella época fue uno de los que practicó con más frecuencia esas acusaciones de «traición» contra camaradas de los que se quería deshacer.

Carrillo no sólo ha sido el inspirador y el organizador del terror contra los comunistas honestos; ha sido, además, el principal «teórico» de esa praxis. Por eso, cuando leemos, en numerosas declaraciones hechas por Carrillo estos últimos tiempos, alusiones a los «malos métodos» que han existido en las democracias populares, no sabemos si indignarnos o morirnos de risa. Carrillo es un «teórico» de la espionitis, de la delación y del terror contra los miembros del Partido que no han querido someterse a sus pretensiones hegemónicas.

Existen pruebas materiales irrefutables de la responsabilidad directa, personal, de Carrillo en la práctica del terror en las filas del Partido. Y si la práctica es la materialización de una teoría determinada de las cosas, tiene que admitirse que la teoría de la espionitis, la delación y el terror en el Partido fomentada por Carrillo estaba destinada a estimular y justificar ese terror en nuestras filas y la desaparición «misteriosa» de muchos camaradas honestos.

Veamos, aunque sea brevemente, uno de los aspectos de esa «teoría» carrillista sobre la espionitis y la delación. Nada más llegar a Francia, en 1944, en una Conferencia para cuadros del Partido, contestando al tema «¿Cómo debe ejercerse la vigilancia dentro del Partido?», Carrillo desarrolló las siguientes tesis:

. . . Allí donde el trabajo del Partido no marche, allí donde hay pasividad y el trabajo del Partido tiene debilidades graves, donde se discute una vez, dos veces y hasta tres, y, sin embargo, sigue reinando la pasividad y el trabajo no marcha, allí es donde hay que poner el ojo vigilante del Partido con la seguri-

dad (!) de que en la mayoría de los casos (!) están metidos los provocadores falangistas. . . . Es muy típico el método de esos camaradas que informan magníficamente sobre todo el mundo, y que dicen: «Fulano de tal es un militante muy bueno y excelente compañero. Es cierto, por desgracia, que no comprende la política de Unión Nacional; es cierto también, por desgracia, que este compañero tiene un carácter muy extraño; es cierto que las masas no quieren a este compañero, no confían en este compañero; es cierto también que no sabemos exactamente de dónde ha venido este compañero, ni sus antecedentes. Pero es un excelente camarada, lleno de voluntad, dispuesto a trabajar. Sólo necesita que se le ayude. »Así pueden infiltrarse en nuestro Partido ciertos elementos turbios al servicio de la Falange, que vienen a apuñalarnos por la espalda. Estos camaradas que informan tan irresponsablemente sirven inconscientemente al enemigo, y hay que ver si en algunos casos, en lugar de inconscientemente, no pertenecen a esa categoría de perros de que hablaba antes. Tened en cuenta que donde existen tendencias manifiestas de pasividad anda probablemente (!) la mano del enemigo. . . . ¡Seguid de cerca el desarrollo de cada uno de nuestros cuadros!. . . Un buen olfato comunista distingue enseñada (!) ese tipo de perros de que yo hablaba. . . . Se distinguen con mucha facilidad (!) a poco que se observen. . . . Nosotros estamos vigilando ya así, estamos encontrando al enemigo, pero cada uno de los cuadros y militantes tiene que ayudarnos a encontrarlos mucho más rápidamente. . . . Y esta labor hay que llevarla a Unión Nacional Española. Si algunos perros se han infiltrado en nuestro Partido, en UNE se han infiltrado con más facilidad. Hay que descubrirlos también por su trabajo. Es claro que no vamos a utilizar en UNE los métodos duros y directos que se utilizan en nuestro Partido; tenemos que ser un poco más diplomáticos.⁶

Como puede verse, ese planteamiento del problema de la vigilancia revolucionaria no tiene nada de comunista, se trata de

⁶ Párrafos de Para echar del poder a Franco: unidad y lucha, Edic. España Popular, Francia, 1944. Es el texto de una de las primeras conferencias dictadas por Carrillo a su llegada a Francia.

una verdadera apología de la espionitis, un llamamiento a la delación y a la desconfianza entre militantes del Partido.

Si se tiene en cuenta que en esa época se planteaban toda una serie de problemas muy complejos (Unión Nacional, tentativas por sentar las premisas para crear el Partido único del proletariado, etc.), se comprenderá que resultaba muy difícil acusar de «enemigo del Partido» a cualquier camarada que tenía dudas o no comprendía tal o cual cuestión. Si alguien piensa que esa praxis policíaca está dictada por las condiciones del momento (1944) y que eso la justificaba, yo afirmo que nada está más lejos de la verdad. Ni la necesaria lucha contra los provocadores, ni el momento (1944), ni el lugar (Francia) eran las razones que determinaban esa práctica policíaca elaborada y aplicada por Carrillo y Antón. Eran los objetivos que ambos perseguían.

¿Qué tienen que ver los métodos carrillistas con la concepción y los métodos preconizados, por ejemplo, en un período mucho más difícil para nuestro Partido (1937) por el secretario de organización de aquella época, Pedro Checa? Veamos cómo, en período tan complicado como fue 1937, aborda un problema similar el leninista Checa:

Necesitamos conocer a fondo nuestro Partido, necesitamos conocer, uno por uno, a todos nuestros militantes, conocerlos personalmente, conocer lo que son capaces de hacer, sus dotes, sus actividades, su historia, sus características, para saber en todo momento aplicarlos al trabajo para el que son útiles. . . . Este trabajo de promoción de cuadros no quiere decir que no debemos redoblar la vigilancia en el seno de nuestro Partido. Por lo general ocurre que, allí donde se tiene mucho miedo, allí donde existe mucho temor a llevar a los militantes nuevos a puestos de dirección, es donde con más facilidad se introducen elementos indeseables. Por el contrario, donde se practica una política más audaz, más abierta, más flexible y de más comprensión, allí es donde menos facilidad encuentran los elementos indeseables para introducirse en los puestos de dirección. . . . Siempre se habla de que tal camarada es relativamente de confianza: de que tal camarada no puede ser incorporado a

puestos de dirección; de que tal otro puede ser utilizado, pero sin darle toda la confianza. Esto debe cesar radicalmente en nuestro Partido. Todo militante, aunque esté recién incorporado, por el hecho de militar en el Partido merece la confianza íntegra de todos los miembros del mismo. Toda persona reconocida digna de estar en nuestro Partido es también digna de figurar en puestos de dirección, sea militante nuevo o viejo, si tiene aptitudes para ello. De otra manera, crearemos un divorcio entre estos camaradas que ahora vienen al Partido y los viejos miembros, y de este modo jamás llegaremos a fusionar a los viejos y los nuevos de nuestra organización.⁷

El lector puede darse perfecta cuenta de la diferencia radical existente entre la forma carrillista de abordar la cuestión de la seguridad en el Partido y la concepción que tenía Pedro Checa. Y esa diferencia está determinada por los objetivos, también diametralmente opuestos, que perseguía el leninista Checa y los que ha perseguido el aventurero Carrillo.

A Pedro Checa le movía el afán de fortalecer el Partido, hacerlo crecer, para lo cual llamaba a llevar a cabo una política audaz de cuadros, a tener confianza en todos los camaradas, a practicar una coexistencia armoniosa entre militantes veteranos y nuevos camaradas, a hacer «cesar radicalmente» la tendencia a la desconfianza.

La tesis de Carrillo encierra todo lo contrario: obrar de manera que en las filas del Partido reine la desconfianza permanente, obligar a los camaradas a ver enemigos y traidores por todas partes, fomentar la delación y la fobia del espionaje. Y todo ello con el objetivo de que los camaradas recién venidos al Partido se aparten de él. En resumen: en 1944, al llegar a Francia Carrillo empezó consciente e implacablemente a poner en práctica su plan de ir destruyendo el Partido Comunista de España, para ir fabricando otro tipo de partido adecuado a los propósitos que siempre le animaron: decapitar a la clase obrera espa-

⁷ Pedro Checa, *La política de cuadros*. Intervención en el pleno ampliado del CC celebrado en noviembre de 1937. Reproducido en *Nuestra Bandera*, núm. 5, abril de 1950.

ñola, ponerla a remolque de la burguesía, castrarla de su contenido revolucionario, privándole del instrumento esencial de su lucha de clase, el indispensable destacamento revolucionario.

Ese plan, como digo, lo inició Carrillo en 1944 y lo ha culminado actualmente. Pero los hechos demuestran que sus cálculos han fallado porque los comunistas españoles no hemos permitido que nuestra clase se quedara sin su Partido, y hemos sabido encontrar fuerzas, audacia y determinación para reorganizar y desarrollar el destacamento comunista de la clase obrera española, el Partido Comunista Obrero Español.

CAPÍTULO V

LA LUCHA ENTRE DOS CONCEPCIONES DEL PARTIDO

V Congreso

EN noviembre de 1954 celebramos en un lugar cercano a Praga el V Congreso del Partido. Aunque en los trabajos del mismo cuestiones importantes siguieron sin ser examinadas, ese Congreso representó un serio paso en poner un poco de orden en el funcionamiento del Partido.

La preparación misma del Congreso fue un alto ejemplo para nuestro Partido del empleo de la democracia. En el mes de mayo fue publicado el siguiente comunicado:

El Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de España presenta al examen y discusión de todos los comunistas los proyectos de Programa y Estatutos del Partido. La necesidad del Programa y de los Estatutos del Partido está dictada por la situación política en España y por las tareas que en relación con esa situación debe realizar nuestro Partido. Las más diversas fuerzas políticas y sociales de España, incluyendo importantes sectores de las clases dominantes que apoyaron el régimen franquista, reconocen la crisis de éste. Las fuerzas democráticas y patrióticas, con la clase obrera a la cabeza, luchan por una salida democrática que haga posible la renovación y reconstrucción de España sobre las bases de la libertad, el progreso y la independencia nacional. En estas condiciones es necesario que el Partido de la clase obrera, el Partido que es guía y organizador del movimiento progresivo y revolucionario del pueblo español, presente ante todo el pueblo un programa que de solución a los graves y complejos problemas que España

debe resolver en este período crucial de su historia, en el período de las luchas decisivas por el derrumbamiento del franquismo, de la caída de éste y de la instauración y consolidación de la democracia en nuestro país. Ésta es la finalidad que persigue el Proyecto de Programa que sometemos al estudio y discusión de todo el Partido. La realización de las tareas que el Programa entraña, la organización y dirección de la lucha del pueblo español por el derrocamiento del franquismo, por la democracia y la independencia nacional, exigen el reforzamiento político y orgánico del Partido. Éstos serán la base para elevar en los militantes y cuadros la comprensión de lo que es el Partido, de su gran misión histórica, de los principios que rigen su organización, del funcionamiento de éste en las difíciles condiciones de clandestinidad en que actualmente se desenvuelve el Partido. El Buró Político llama a todos los militantes y organizaciones del Partido a estudiar y discutir libre y profundamente los proyectos de Programa y Estatutos, y a enviar sus proposiciones y sugerencias a la dirección del Partido para ser tenidas en cuenta en la elaboración definitiva de ambos documentos. Esta amplia y libre discusión debe contribuir a esclarecer ante todo militante y organizaciones del Partido los problemas de la revolución española en su etapa actual, los problemas de la línea política, de la táctica y estrategia del Partido, las cuestiones de la organización del Partido. El Buró Político espera que todos los militantes y organizaciones del Partido comprendan la gran importancia que el Programa y los Estatutos del Partido tienen para el fortalecimiento de éste y para el desarrollo de la lucha por la victoria en nuestro país de la causa de la democracia, la paz y la independencia nacional.

*El Buró Político del Comité Central del
Partido Comunista de España*

15 de mayo de 1954.

Tal como se dice en el comunicado, se sometió a todo el Partido un Proyecto de Programa y Estatutos que los militantes pudieron estudiar y discutir ampliamente antes de dar sus opiniones para la elaboración definitiva de esos documentos por el Congreso, el cual tuvo lugar del 1.º al 15 de noviembre de ese mismo año; como se hizo público en un amplio comunicado de esa fecha, en el que asimismo se publicaron los nombres de los camaradas elegidos a sus organismos de dirección.

¿Qué dicen a eso los que en los años 60 al 70 negaban la posibilidad de hacer un Congreso con la democracia que los militantes pedían? ¿Es que las condiciones nacionales e internacionales habían mejorado o empeorado en relación a 1954? Creo que en lo nacional los cambios eran evidentes. En 1954 la dictadura franquista era una dictadura fascista en todo su apogeo de poder y de terror. Hacía sólo un año que habían recibido el visto bueno del imperialismo norteamericano con la firma de los acuerdos militares, económicos y políticos. En cuanto a la situación internacional, era el período álgido de la guerra fría.

¿En qué quedamos? ¿Avanzábamos o retrocedíamos en cuanto a la situación del régimen franquista y de nuestro Partido? ¿El imperialismo era en esos años más fuerte o más débil que en 1954?

El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (febrero de 1956)

Asistimos a él, como delegados del Partido Comunista de España, Dolores Ibárruri, que residía en Moscú, Uribe, Claudín y Mije, llegados de París, y yo, de Praga. Durante varios días, el Congreso se desarrolló normalmente como suele decirse, y sólo hacia el final se nos comunicó a los delegados extranjeros que la sesión del día siguiente sería únicamente para los delegados soviéticos.

Uribe y yo, que estábamos alojados en un apartamento especial

del Comité Central (Mije y Claudín vivían con sus familias, que residían en Moscú), nos dedicamos ese día a pasear por la ciudad y a encontrarnos con amigos. Nos acostamos a medianoche, y como un par de horas más tarde, serían las dos de la madrugada, vino Uribe a mi habitación y me entregó un librito, diciéndome que lo acababan de traer y que como estaba en ruso viese yo de qué se trataba. Me puse a leerlo y a ir de sorpresa en sorpresa. Pensé en una provocación, en un golpe de Estado. Leí y releí hasta las cinco de la mañana, en que me fui a la habitación de Uribe y le expliqué lo que se decía en ese librito. La sorpresa de Uribe no fue menor a la mía. Decidimos llamar a Dolores, Mije y Claudín. Dolores había recibido un librito igual al nuestro. Mije y Claudín no conocían nada. Acordamos reunimos una hora más tarde en casa de Dolores.

El «librito» al que me estoy refiriendo no era otra cosa que lo que se conoce hoy día en el mundo como El informe secreto de N. Jruschov, relativo al problema del «culto a la personalidad». Sobre este informe (su contenido real, la forma en que fue leído, etc.) se ha escrito mucho y especulado mucho más. También ha sido y sigue siendo materia de especulación la forma mediante la cual fuimos puestos al corriente de este informe los delegados extranjeros al XX Congreso.

J. Elleinstein, uno de los principales ideólogos del PC francés, en su versión sobre el «informe Jruschov» escribe: *«Los Partidos comunistas extranjeros fueron informados muy tarde sobre el contenido del informe Jruschov; en el caso del PC francés solamente al día siguiente recibieron el texto, que tenían que devolver por la noche, prometiendo no decir nada.»* Según otra versión de otro historiador francés —F. Robrieux, ex secretario general de los estudiantes comunistas de Francia—: *«. . . Thorez fue convocado por los soviéticos. Le hicieron entrar en una sala donde le dieron una copia del informe y le encerraron con un inspector de la policía. Tenía dos horas para enterarse del contenido del texto.»*

Yo no puedo decir cuál fue la forma exacta en la que cada delegación extranjera fue informada del «informe Jruschov», pero

sí puedo atestiguar que en lo que se refiere a nosotros nadie nos pidió no decir nada sobre este informe como declara Elleinstein, pues el título de informe «secreto» era suficiente, que no nos encerraron en ningún cuarto y que no había ningún inspector de policía al lado nuestro. Ésos son puros inventos policíacos de los autores citados más arriba, inventos destinados, por lo visto, a darle un cierto «picante» a la narración.

Aunque mi opinión sobre el «informe Jruschov» es de sobra conocida, quiero repetirla aquí.

Pienso que Stalin es uno de los más grandes revolucionarios de todos los tiempos; opino que no es ni el dios que hemos adorado durante muchos años ni el monstruo que ha descrito Jruschov. Stalin —además de ser un hombre con sus virtudes y defectos— fue el dirigente máximo del Partido del primer Estado socialista que tuvo que dirigir la construcción del socialismo, la lucha contra los enemigos internos y exteriores, la industrialización, colectivización, la revolución cultural, la segunda guerra mundial, etc. , en las terribles condiciones en las que las llevó. Pienso que con el tiempo Stalin ocupará en la historia del movimiento revolucionario —y sobre todo comunista— el lugar que realmente le corresponde ocupar. Ni más ni menos.

En cuanto a la forma que adquirió la «crítica» de Jruschov (y de los que le han apoyado) a los excesos de Stalin, me parecen no sólo contraproducentes, sino cobardes y demagógicos. Stalin había muerto, el nuevo equipo dirigente tenía el poder, es decir, todas las posibilidades de castigar, rehabilitar, corregir injusticias, sin necesidad de toda esa publicidad demagógica. En realidad, esa publicidad no fue más que la cortina de humo, detrás de la cual se han esforzado en esconderse los que en vida de Stalin no sólo aprobaban lo que éste hacía, sino que ejecutaban sin rechistar lo que él ordenaba.

En todo caso, los comunistas españoles tenemos nuestra propia amarga experiencia. Si se consultan todas las publicaciones del Partido Comunista de España hasta 1956 y de ese año acá, se podrá ver que los histéricos «antistalinistas» de hoy fueron los

más «stalinistas» de ayer. Yo desafío a quien sea a que encuentre en toda la literatura del PCE algo más elogioso y adulator hacia Stalin que los escritos de Santiago Carrillo de los años 40 al 50. ¡Pero si no fuese más que un problema de literatura! Por desgracia, hay los métodos de «dirección» empleados por Carrillo. En este terreno, el hoy día muy «liberal» y «abierto» Santiago Carrillo ha sido un fiel seguidor de los malos métodos de Stalin, en todo lo que había de peor y condenable.

Es posible que a alguien le parezca paradójico que un hombre como yo, que vengo luchando desde 1945 en la dirección del Partido y denunciando públicamente, desde 1970, las fechorías de Carrillo, intente justificar o defender a Stalin. Como digo más arriba, la historia tendrá que pronunciarse todavía sobre el verdadero papel de Stalin.

Considero que a la hora de hacer historia y analizar los hechos y acontecimientos de una época dada, hay que evitar caer en las comparaciones mecánicas. Las comparaciones deben servir para mejor ilustrar, mejor argumentar la opinión que uno tiene sobre tal o cual cuestión. ¿Cuál es, por ejemplo, la diferencia de fondo entre un historiador marxista y de un burgués respecto al período de la llamada «dictadura jacobina» de la revolución francesa? La diferencia de apreciación consiste en que un hombre de derechas tratará de reducir ese período al mero terror, a la guillotina; un hombre de izquierdas —y con más razón un marxista—, al mismo tiempo que mantendrá una actitud crítica respecto al engranaje del terror jacobino, al círculo vicioso que representaba el grado e intensidad a que llegaron las ejecuciones, no olvidará tener en cuenta dos factores fundamentales a la hora de analizar este problema: ¿Cuál era la situación en que se encontraba la joven República Francesa? ¿El terror era empleado por Robespierre, Saint-Just y otros en función de qué objetivos?

No cabe duda que, rodeados por toda la Europa feudal y amenazados por la contrarrevolución interna, los jacobinos pusieron en marcha una máquina de terror capaz de cortarle las ganas a todo enemigo interno de actuar contra la nación.

Es decir, como señalo más arriba, dos factores fundamentales contribuyeron de forma decisiva a que la «dictadura jacobina» tomase las formas que tomó: el cerco de la Europa feudal y el peligro que representaban las diversas variantes de los enemigos internos.

Por lo tanto, evitando caer en comparaciones abusivas y paralelismos mecanicistas, a la hora de analizar el problema de Stalin, es indispensable, ante todo, plantearse cuestiones tales como: ¿Cuál era la situación de la URSS? ¿Cuál era la situación interna? ¿Todo lo que hizo Stalin lo hizo para consolidar y hacer avanzar la revolución o para traicionarla?

Lo mismo debe hacerse a la hora de abordar el problema de la actividad de Carrillo. Y entonces veremos que la situación del PCE no justificaba en absoluto el empleo del terror. En cuanto a los objetivos perseguidos por este señor, nada tienen que ver con los intereses de la revolución española. Se trataba del empleo del terror con vistas a ir eliminando a verdaderos comunistas, apoderarse de la dirección del Partido con el objetivo de cambiar su contenido leninista y dotarlo de una línea política e ideológica reformista.

Por lo tanto, no existe similitud alguna ni en lo concerniente a la situación ni, sobre todo, a los objetivos perseguidos en el caso de Stalin y en el de Carrillo.

Entrada de España en la ONU. Discusiones en Moscú y Bucarest

Desde unos días antes de comenzar el XX Congreso del PCUS y durante el desarrollo del mismo hemos aprovechado el tiempo que teníamos libre para llevar a cabo una discusión entre nosotros sobre los desacuerdos en la dirección de nuestro Partido en relación con la entrada de España en la ONU.

La discusión entre los miembros del BP sobre cuál debía ser la línea política del Partido en relación con esta cuestión duraba

ya varios meses.

Una declaración del CC sobre este problema había sido preparada en Bucarest en diciembre de 1955. Con ella estábamos de acuerdo y habíamos participado en su elaboración: Dolores, Mije, Uribe, Gallego y yo. Estaban en contra: Carrillo, Delicado, Claudín y Cristóbal. Aunque los que habíamos elaborado la declaración constituíamos la mayoría con el secretario general a la cabeza, decidimos dejar en suspenso la aplicación de la declaración y continuamos discutiendo y confrontando los puntos de vista en presencia. Así estaban las cosas cuando nos llega a Moscú el número 15 de Nuestra Bandera, con un artículo de Carrillo en el que, bajo el título «Sobre el ingreso de España en la ONU», exponía sus propias opiniones totalmente contrarias a la declaración de la mayoría del BP, colocando a éste ante el hecho consumado. Ante ello decidimos dar por terminadas las discusiones en Moscú y reunir el BP en su conjunto. Yo fui encargado de preparar la reunión, que tuvo lugar del 5 de abril al 12 de mayo de 1956 en Bucarest.

En esa larga reunión, de más de un mes, la discusión llegó hasta donde Carrillo quiso. En ella hizo condenar la declaración presentada en nombre del CC sobre la entrada de España en la ONU y aprobar su artículo como la posición oficial del Partido. Gallego se había pasado a su lado, con lo cual Carrillo tenía la mayoría en el BP; cinco contra cuatro. En esa reunión, en relación con esa cuestión, yo dije:

—Quiero volver a referirme a algunas cuestiones que ya traté en Moscú. En relación con la publicación del artículo de Santiago, continúo considerando que se han empleado métodos no correctos. Y el hecho de que los planteamientos que se hacen en el artículo pueden llegar a ser considerados justos no pueden justificar lo incorrecto de esos métodos, yo estuve de acuerdo con la propuesta de Dolores de suspender «por ahora» la publicación del documento que habíamos preparado la mayoría del BP, porque esa cuestión era de cajón ante las discrepancias surgidas. Pero no podía estar de acuerdo con la publicación de otro documento, artículo de Santiago, sin antes confrontar esas

discrepancias. Y repito que el hecho de que los planteamientos hechos por Carrillo en su artículo pueden demostrarse justos no disminuye, según mi opinión, lo incorrecto del método y el peligroso precedente que sienta en la dirección del Partido.

Defendiéndose de las acusaciones de trabajo fraccional que significaba la publicación de su artículo y las reuniones tenidas por él en París con miembros del BP y del CC y las opiniones que en ellas había dado, Carrillo dijo que se trataba de opiniones personales. Sobre ello dije:

«Repito, asimismo, que eso de las opiniones personales tampoco me convence. Son opiniones personales dadas en una reunión colectiva, como son todas las opiniones que damos en todas nuestras reuniones, donde cada uno damos la nuestra. Pero, además, yo no comprendo el porqué de esa insistencia en negar, pues considero la cosa más natural del mundo que si una parte del Buró Político recibe un documento elaborado por otra parte del Buró Político, se reúna, lo examine y de su opinión. Lo que ya no me parece correcto es que a esa reunión asistan camaradas que no son del BP y rechazo el argumento de que eso puede hacerse porque "se trata de un camarada del Comité Central de mucha confianza, con condiciones para ser del Buró Político". No es eso lo que está en discusión: lo que se discute es, si cuando surgen discrepancias en el Buró Político sobre una o unas determinadas cuestiones, una parte del Buró Político tiene derecho a hacer conocer sus discrepancias a camaradas que no son del Buró Político. »

Claro que esa participación de un miembro del Comité Central en dicha reunión tiene una explicación. Con ella, Carrillo igualaba las fuerzas: cinco contra cinco.

Eso sí que fue un verdadero trabajo fraccional! Carrillo organizó un verdadero grupo y lo levantó contra el Secretariado General del Partido, enfrentándose con éste en las publicaciones del Partido.

¿Qué pensaba Carrillo en aquella época sobre esas cuestiones en discusión? He aquí algunos extractos de una de sus inter-

venciones en las discusiones de abril-mayo de 1956, en el Buró Político, a que ya me he referido.

En las críticas hechas por Carrillo al camarada Uribe, podrá encontrarse el lector todo lo que Carrillo ha hecho luego y que por criticársele se ha acusado a miles de camaradas de trabajo fraccional.

Este cuadro que Carrillo da de Uribe y de sus métodos, es su propio retrato y son sus propios métodos, aumentados hasta lo inimaginable. Por cierto que de las 167 páginas del acta de la reunión, 59 pertenecen a una sola intervención de Carrillo, y de ellas, 30 están dedicadas a demoler a Uribe y enfrenar a Dolores con él y darle jabón a ésta.

Sobre el papel del Secretariado del Comité Central, la dirección colectiva, el caciquismo, etc. , decía Carrillo:

«No es casual que en Moscú, en octubre del año pasado, cuando estábamos reunidos con Dolores, Líster hiciera ciertas advertencias al reconstituir el Secretariado, para no caer en los vicios del período anterior, temiendo que se repitiera de nuevo el hecho de que el Secretariado suplantara en la práctica el papel del BP. »Cuando vino el golpe del 7 de septiembre en Francia, y nuestra ilegalidad, coincidiendo con la estancia fuera de Francia de una parte de los miembros del BP, Antón y yo seguimos la práctica establecida y de hecho resolvíamos nosotros dos todas las cuestiones fundamentales. »Estamos aquí para decir nuestra opinión. La mía, expresada con toda sinceridad, es que dentro del BP, el hombre que, a pesar de otras virtudes, encarnaba y encarna esos defectos, es el camarada Uribe. El camarada Uribe, aunque él crea otra cosa, ha demostrado ser muy poco permeable a los hechos y a las opiniones; muy poco permeable a las lecciones que nos da el desarrollo mismo del Partido. »Leyendo las acusaciones de egolatría, autoculto, etc. , de Carrillo hacia Uribe en 1956, uno está viendo retratado de cuerpo entero al propio Carrillo, pues ha rebasado todo lo conocido en cuanto a esas cuestiones. «El camarada Uribe, sobre todo en los últimos años, se caracteriza por un enfatuamiento,

por una egolatría que le ha llevado a establecer un verdadero culto a la personalidad. No pierde ocasión de realzar su propio papel, la importancia decisiva de su actividad, el papel de sus ideas en la dirección del Partido. Esto lo hace entre nosotros, en todas las reuniones, con una inmodestia y una falta del sentido del ridículo verdaderamente lamentables. Cuando Uribe realiza su papel, rebaja el del BP y el del Secretario General del Partido sin ningún respeto para ellos. »

En lo que se refiere a defender el derecho a la crítica, Carrillo lo empleó ferozmente contra Uribe. Y su cinismo no tiene límites cuando se refiere a los malos métodos. Hipócritamente se coloca en el plan de pobre víctima, de perseguido, de calumniado, cuando él es el autor número uno de esas fechorías que critica y, cuando, además, está liquidando a Uribe, alineando a Mije y Gallego y dando un paso decisivo en el asalto a la Secretaría General del Partido. Este trabajo de enfrentar a Dolores con Uribe es una de las actividades más péfidas de Carrillo. Por lo que yo he presenciado a lo largo de los años, la conducta de Uribe hacia Dolores ha sido siempre de lealtad y sinceridad. Es claro que en la conducta y métodos de Dolores había cosas con las que Uribe no estaba de acuerdo; pero se lo decía directa y lealmente y, al mismo tiempo, le daba todo su apoyo y ayuda, lo que no hizo nunca Carrillo. Pero veamos por sus propias palabras hasta dónde es capaz de llegar Carrillo en su hipocresía.

«¿Por qué planteo estas cuestiones? ¿Por abrumar a Uribe? No. Porque es preciso liquidar entre nosotros los elementos del culto a la personalidad, de vanidad, de enfautamiento. »

Pleno del C. C. Junio de 1956 (RDA)

El BP acordó reunir al Comité Central en el mes de julio, quedando yo encargado de preparar la reunión. Tenía que resolver el problema de dónde celebrarla. Fui a ver a la dirección del Partido de la República Democrática Alemana y quedó resuelto el problema.

Recibí, asimismo, el encargo de reproducir las actas de las reuniones en el BP de abril-mayo, dividiéndolas en dos partes: discusión política y cuestiones de organización del Partido. Así lo hice, pero, antes de comenzar la reunión del Comité Central, Carrillo hizo aprobar por el BP la decisión de no dar a los miembros del CC nada más que la primera parte de las actas. En cuanto a la segunda, los miembros del CC tuvieron que conformarse con la versión que les dio Carrillo en su informe.

Esta reunión del Comité Central marchó por los cauces establecidos por Carrillo.

De esas discusiones en el BP y CC Uribe salió totalmente liquidado, Mije y Gallego alineados a Carrillo; Dolores, más solitaria de lo que estaba, y yo conservando mis opiniones y defendiéndolas en el BP. Aunque no servían más que para poner nervioso a Carrillo, pues él contaba con la mayoría para imponer su política, y de esas dos reuniones salió siendo —en la práctica— el jefe del Partido. Como digo más arriba, la discusión había sido provocada por Carrillo y se cortó en los límites en que Carrillo quiso. A partir de ahí, eso había de convertirse en una norma en el funcionamiento del Comité Ejecutivo. Carrillo provocaba las discusiones que le convenían y las cortaba al llegar al límite que servía sus objetivos.

Después de esas discusiones de 1956, la situación de Dolores es cada día más triste. Está en Moscú, lejos del país y del centro de dirección; recibe las informaciones que Carrillo quiere mandarle y, además, de tarde en tarde. Cada vez que hay un pleno del Comité Central causa verdadera pena ver cómo el proyecto de informe preparado por ella es echado abajo y se nombra una comisión para preparar un nuevo informe que ella leerá. Y eso, una y otra vez. El nerviosismo de Dolores aumenta de día en día. Habla frecuentemente de tirarse por la ventana. En el verano de 1958 la visitamos, en Sochi (URSS), Carrillo, Semprún y yo. Carrillo aprovechó la entrevista para ejercer una gran presión sobre Dolores en el sentido de que se dedicase a escribir una historia de la guerra. Dolores, que se daba perfectamente cuenta —como todos nosotros— que lo que quería

Carrillo era la Secretaría General, expresó la opinión de crear el puesto de secretario general adjunto y que lo ocupara Carrillo. Pero no era eso lo que éste quería. Carrillo quería ser el secretario general plenamente y la entrevista se terminó sin ningún acuerdo. Carrillo salió de la reunión furioso contra Dolores, y contra Semprún y contra mí por no haberle apoyado en sus planteamientos. Incluso llevó la cuestión de nuestra falta de apoyo a una reunión del Buró Político al llegar a París.

Ante este fracaso, Carrillo se dedicó a preparar mejor su ofensiva hacia la Secretaría General. Aprovechándose de la preparación del VI Congreso, propuso ante el núcleo del Buró Político, que trabajaba con él, modificar las estructuras de la dirección del Partido, cambiando la denominación de Buró Político por la de Comité Ejecutivo, y creando el puesto de presidente del Partido (que en este caso había de convertirse en un puesto completamente honorífico). La maniobra de Carrillo triunfó, y en 1959, en Moscú, cuando varios camaradas del Buró Político visitamos a Dolores para examinar con ella la celebración del VI Congreso, ésta dio su acuerdo a los cambios. Lo que representaba su abandono de la Secretaría General.

VI Congreso (diciembre de 1959)

Del 25 al 31 de diciembre de 1959 tiene lugar en Praga el VI Congreso del Partido. En él se continuó el mismo método del escamoteo. Las cuestiones planteadas más elaboradas, más redondeadas que en el V Congreso, pero el escamoteo de cuestiones fundamentales continuó, lo que no había de tardar en tener sus repercusiones en los órganos de dirección del Partido.

En ese Congreso se cambió el nombre de Buró Político por el de Comité Ejecutivo y se estableció el puesto de presidente del Partido, que pasó a ocupar Dolores Ibárruri, pasando Carrillo al de secretario general. Se hicieron también algunas modificaciones en los Estatutos.

Pero lo más sobresaliente de ese Congreso, aparte de que Carrillo ya veía cumplida su aspiración de ser el secretario general,

fue que la casi totalidad de los delegados venidos del país fueron detenidos a su regreso. La policía franquista, con gran habilidad (pero ¿sólo «habilidad»?), fue deteniendo a los delegados uno a uno, según iban llegando, sin decir una palabra sobre las detenciones.

Yo había alargado mi estancia en Praga, después del Congreso, para resolver diferentes cuestiones de Partido. Entre esas cuestiones, las había relacionadas con el trabajo de la delegación de nuestro Partido en Praga, compuesta por Santiago Álvarez, José Moix, A. Cordón, J. Bonifaci, S. Zapiraín y J. Modesto. Me reuní con ellos inmediatamente después del Congreso. Entre las cuestiones que planteé estaba la que yo consideraba fallos muy serios cometidos durante el Congreso. Sobre todo por Santiago Álvarez y que tenían relación con la seguridad del Partido. Vulnerando la decisión de la dirección, toda una serie de delegados desfilaron por casa de Álvarez, donde se encontraron con miembros no sólo de nuestra emigración en Praga, sino con representantes de otros partidos que trabajaban en la Revista Internacional y que vivían en la misma casa que Álvarez.

Poco después de estas primeras discusiones comienzan a llegar las noticias de las primeras detenciones de los delegados que regresaban al país. Recibí también la noticia de que había sido creada en la dirección del Partido en París una comisión de investigación. Me reúno de nuevo con los mismos camaradas y les planteé la necesidad de ayudar al esclarecimiento de todo lo relacionado con estas detenciones. Informé a Carrillo de estas reuniones, dándole mi opinión sobre toda una serie de debilidades que habían tenido lugar en Praga mismo durante el Congreso y de la necesidad de examinarlas. ¿Qué resultó de todas las investigaciones? ¿Dónde están las conclusiones de la comisión? Misterio. . . ¿Por qué? ¿Es que no se confirmaban mis denuncias de 1947 y las de Abad un poco después de que la policía franquista estaba incrustada en el aparato carrillista? En tal caso, la actitud de Carrillo, ante hechos de tal gravedad con la seguridad del Partido, fue no la de examinar con seriedad las posibles vías de fuga de los secretos del Partido, sino la de en-

terrar el asunto, cosa que le encargó al propio Álvarez.

Comisión de historia

Entre otros acuerdos del VI Congreso estaba el de publicar una historia de la guerra nacional revolucionaria del pueblo español (1936 – 1939). Para elaborar esa historia el Congreso eligió una comisión presidida por Dolores Ibárruri e integrada por M. Azcárate, L. Balaguer, A. Cordón, I. Falcón, J. Sandoval, J. Modesto, M. Márquez y por mí.

La comisión trabaja en Moscú, pero Cordón, Modesto, Márquez y yo formaríamos una subcomisión que, bajo mi dirección, trabajaría en Praga, donde residían estos tres camaradas.

De esta cuestión, de escribir una historia de la guerra, ya habíamos hablado en Sochi, en 1958, Dolores, Carrillo, Semprún y yo. Pero cuando en el Congreso Carrillo me expuso su opinión de que yo debía formar parte de la comisión, le expliqué lo difícil que eso iba a ser teniendo en cuenta que yo residía y trabajaba en París. Carrillo me respondió que eso no era ningún obstáculo serio, pues yo podía ir a Praga de vez en cuando y quedarme allí unas semanas trabajando con el resto de la subcomisión. Acepté y nos pusimos al trabajo.

Tuvimos una primera reunión de toda la comisión al completo en Moscú, donde examinamos el contenido que debía tener la obra que se nos había encargado, planes de elaboración, reparto de tareas, etc. En esa primera reunión, sobre ciertas cosas hubo puntos de vista diferentes, cosa natural, pero sobre lo fundamental hubo acuerdo completo.

Durante un año y medio trabajamos en estrecho contacto los núcleos de la comisión de Moscú y Praga, y, aunque lentamente, el trabajo fue avanzando. Yo hice varios viajes a Praga y alguno a Moscú, y trabajé con la subcomisión varias semanas en cada uno de los viajes. Al mismo tiempo, le dedicaba en París todo el tiempo que me era posible a esa cuestión.

Hay que señalar que, desde el comienzo del funcionamiento de

la comisión, comenzaron las discrepancias entre Carrillo y yo en relación con el contenido que debiera tener esa historia, así como sobre mi propio papel dentro de la comisión. Carrillo quería y esperaba que yo cumpliera dos funciones dentro de la comisión: defender las opiniones (en acuerdo con la teoría de la «reconciliación nacional») propias a Carrillo sobre la guerra civil española; que yo fuese su informador personal de todo lo que pasaba y se hacía en la comisión. Como es natural me negué a lo uno y a lo otro.

A cumplir la función de «informador» me negué por la sencillísima razón de que nunca me sentí atraído por este género de trabajo (si a una tal cosa se le puede llamar «trabajo»). Se ve que Carrillo me había confundido con una Irene Falcón, M. Azcárate, Santiago Álvarez, Romero Marín o algo semejante.

En cuanto al contenido mismo de la historia, la cosa era ya más compleja. No se trataba, claro está, ni de un problema de gustos, ni menos todavía de disputa entre los «veteranos» que concebían cada uno las cosas según el puesto de mando que habían ocupado durante tal o cual batalla. Se trataba de algo más serio.

Una de las cosas que siempre me han hecho reír, al leer ciertas obras «históricas», ha sido la tendencia a defender sus autores el contenido «objetivo» de las mismas. En materia de la ciencia histórica, el término «objetivo» me ha sonado siempre como algo similar en lo político cuando se pronuncia la palabra «neutral».

Estamos acostumbrados a oír hablar de la «última palabra» pronunciada por la historia sobre tal o cual acontecimiento o personaje histórico. Ello no es una casualidad, dado que cada generación (o equipo dirigente) necesita reinterpretar la historia en función de sus propios intereses. Un ejemplo. Muchos camaradas de nuestro Partido (PCOE) se han indignado por el hecho de que en la última edición de la Gran Enciclopedia Soviética haya desaparecido mi nombre, que desde la guerra de España aparecía en ella, al mismo tiempo que José Díaz y Dolores Ibárruri. Cada vez que he tenido que explicarles a estos camaradas el «secreto» de una tal medida, me he esforzado en

mostrarles que ésta era lógica, si se puede decir, pues se inscribía en los esfuerzos de reconciliación Carrillo PCUS, que culminó en octubre de 1974 con la firma del famoso comunicado PCUS-Partido carrillista que al final no sirvió para nada, pues Carrillo continuó haciendo anticomunismo y antisovietismo.

¿Cuál era la diferencia de fondo entre Carrillo y yo sobre la historia de nuestra guerra? Carrillo quería una historia al servicio de su teoría de «*reconciliación nacional*». Esto iba quedando claro para mí según íbamos discutiendo sobre el problema. Es más, estas discusiones sobre la historia contribuyeron seriamente a que yo fuese percatándome de los verdaderos objetivos y fines que se perseguía con la política de «*reconciliación nacional*».

En una reunión del Comité Ejecutivo, en diciembre de 1961, dije: «*Que al final llegaríamos a esa situación de liquidación de la subcomisión y de mi salida de la comisión. Estaba yo convencido desde hace tiempo. Desde el momento, Santiago, en que tú mismo te has convencido de que yo no estaba dispuesto a desempeñar el papel de informarte a ti de lo que se hacía en la comisión ni defender en ella tus opiniones sobre la guerra para hacer una historia a tu gusto y conveniencia.*

»*Me negué a ser el transmisor de tus opiniones y me negué a jugar el papel de ser tu informador, porque teniendo la comisión un presidente, que es, además, el presidente del Partido, considero que debiera ser éste el que informara cuando así lo creyese necesario; y que en cuanto a mí u otro miembro de la comisión, debíamos informar cuando se nos encargase hacerlo. Así es como entiendo yo la lealtad hacia el presidente del Partido y hacia mis carneradas de la comisión.* »

Frente a lo que quería Carrillo, sostenía yo que una historia de la guerra escrita por el Partido no podía ser el relato episódico de la lucha, sino que debía ser, sobre todo, el estudio de los hechos, el análisis de los aciertos y de los errores en todos los aspectos, así como las conclusiones, experiencias, enseñanzas que de ellas deben sacarse.

Sostenía yo que una verdadera historia de nuestra guerra, escri-

ta por el Partido, debiera tratar de la actividad del Partido durante la guerra de forma no sólo crítica al analizar la actividad de otras fuerzas, sino también autocrítica al referirse a la actividad del Partido, de su política, de sus órganos de dirección, de los comunistas en todos los escalones y actividades.

Por ejemplo: el Buró Político —directamente en unos casos y a través de la Comisión Político-militar en otros— creaba problemas, provocaba conflictos entre mandos militares del Partido, para luego poder intervenir y repartir certificados de buena conducta a unos y de mala a otros.

La Comisión Político-militar era el refugio de toda una serie de miembros del Partido que se las daban de grandes estrategias, pero que no asomaban jamás el morro por el frente donde se combatía.

Como experiencia negativa de cómo no se deben escribir «historias» teníamos ya la Historia del PCE, que se cae de las manos por mala, injusta, parcial. Se ignoran etapas y hombres de los que el Partido debiera sentirse orgulloso, y se dan nombres que mejor sería que durmieran en el más completo olvido. En otros casos se dan nombres que sirvan de tapadera a otros que nada tienen que hacer en una verdadera historia del Partido.

Claro que entre Carrillo y yo había otro motivo de discrepancia irreconciliable, que si no salía en las discusiones, no era desconocido de algunos camaradas.

Me refiero a que, pasados unos pocos meses de la creación de la comisión, Carrillo hizo incluir en ésta a Ramón Mercader.

Por todo lo mencionado más arriba, cesé de participar en los trabajos de la comisión, considerándome separado de todas sus actividades. Se insistió para que mi nombre apareciese entre los autores de esa historia. Me negué. Pero en diciembre de 1965 pasé por Moscú para tomar el avión en dirección a La Habana y me enteré que estaba próximo a salir el primer tomo y que mi nombre aparecía como miembro de la comisión. Visité a Dolores y al resto de la comisión y les dije que o se retiraba mi nombre o hacía una declaración pública diciendo que yo no

formaba parte de esa comisión ni estaba de acuerdo con su contenido. Mi nombre fue retirado.

CAPÍTULO VI

VIAJE A CUBA Y AGUDIZACIÓN DE LA LUCHA ENTRE CARRILLO Y SUS INCONDICIONALES Y YO

HOY día existe una vasta literatura (artículos, estudios, testimonios, etc.) sobre la revolución cubana. La mayor parte de los autores de esos escritos, al describir el «fenómeno cubano», dan la sensación de haber estado desde un principio en el secreto de los dioses en cuanto al carácter, perspectivas y evolución de esa revolución.

Por mi parte debo decir, honestamente, que fui comprendiendo todo el alcance de ese acontecimiento trascendental por etapas. Y ello no sólo por razones puramente subjetivas —como suele decirse—, sino, sobre todo, porque esa revolución se desarrolló por etapas, evolucionó, fue transformándose en una revolución socialista según iba avanzando.

No es mi deseo filosofar en estas páginas respecto a todo el proceso revolucionario cubano, sus orígenes, desarrollo, etc. Para mí, la revolución cubana representa uno de los acontecimientos de mayor importancia en toda la historia del movimiento revolucionario mundial.

Observar la evolución de un proceso como el que tenía lugar en Cuba a distancia es una cosa; tener la posibilidad de palpar esa epopeya sobre el suelo en que se desarrolla, es otro asunto, mucho más interesante y provechoso.

Ello explica que cuando recibí una invitación del gobierno cubano para visitar Cuba, fue para mí una gran alegría. Se mezclaban sentimientos personales —volver al país donde transcurrieron años de mi infancia y juventud, donde reposan los restos de mi padre, donde di mis primeros pasos de revolucionario, de luchador obrero y comunista, presenciar y observar de cerca una de las experiencias revolucionarias más originales, tener la posibilidad de verme con viejos amigos españoles y

cubanos, etc. — con el interés puramente político de un tal viaje.

Salí de Praga el 28 de abril de 1961 y aterricé en La Habana el 29. Como digo en el primer tomo de mis memorias, mi encuentro con la Cuba socialista fue de lo más emocionante.

Durante mi estancia realicé un intenso trabajo: visita de fábricas, granjas agrícolas, escuelas militares; participación en mítines, entrevistas para la prensa y la televisión, conferencias, conversaciones. No me faltaban ni las ganas de conocer la máxima cantidad de cosas, ni la voluntad y predisposición del Gobierno Revolucionario en darme todas las facilidades para satisfacer mi interés. Lo que me faltaba era el tiempo para realizar todo lo deseado.

Ésta fue la tónica de mi estancia en Cuba: reuniones, mítines, encuentros, conversaciones, tres intervenciones ante las cámaras de la televisión, entrevistas a periódicos cubanos y extranjeros, encuentros con amigos españoles y cubanos, conferencias para cuadros militares, conversaciones con los dirigentes cubanos. Es decir, se trataba de un viaje de trabajo, de estudio.

Durante las conversaciones y entrevistas con Fidel procuré tratar de la forma más operativa toda una serie de cuestiones importantes para nuestro Partido, sin olvidarme, claro está, de manifestar la predisposición del PCE y mía personal en ayudar en lo que podamos a la Revolución cubana.

En este plano fue muy importante la entrevista que tuvimos el 5 de mayo. En mi diario personal figura la siguiente reseña:

Lunes, 5: por la mañana tuve una reunión con el secretariado del P cubano, en la que Blas (Roca) me informó de las cosas de su partido y de Cuba y yo le informé de algunos rasgos más salientes de la situación en España.

A las dos de la tarde vinieron a buscarme para ir a casa de Raúl (Castro), de donde luego nos fuimos Fidel, Roberto y yo a comer al restaurante El Castillo de Farnes. Estuvimos allí hasta las siete de la tarde. Hemos hablado de cosas militares, de la

situación en Cuba, de la necesidad de elevar la solidaridad internacional con Cuba, sobre todo si se reproduce la agresión a un grado superior, es decir, sacar esa solidaridad de los marcos de las resoluciones y llevarlo a acciones de lucha.

Hemos hablado de cómo estaban las gestiones para el canje de los cuatro sacerdotes⁸ por Simón (Sánchez Montero), Cerón, Amat y Macarro. Me dijo Fidel que hizo conocer a Franco la propuesta y que si no hay contestación o hay una respuesta negativa, entonces harían pública protesta. Le aconsejé que hiciera conocer al Papa la propuesta.

Le informé bastante ampliamente de las cosas de España. Tratamos sobre la cuestión del envío de técnicos y especialistas nuestros, que habían estudiado en la URSS o que residían en los demás países socialistas. Esta cuestión le interesó enormemente, pues necesitaba técnicos, médicos, ingenieros, etc. , dado que la mayor parte se les están fugando.

Como digo más arriba, este viaje fue para mí la ocasión de conocer de cerca la Revolución cubana, ver a su pueblo empeñado en el duro combate de la defensa de la Revolución, del comienzo de la construcción de una nueva Cuba.

Además, fue la ocasión para volverme a encontrar con viejos amigos españoles, a muchos de los cuales no había visto desde el final de la guerra de España. El encuentro con todos ellos fue siempre algo emocionante. A todos ellos, durante las entrevistas, les hacía saber que su misión fundamental en estos momentos consistía en defender por todos los medios, cada uno en su puesto de trabajo, las conquistas de la Revolución cubana. Lo mismo que durante nuestra guerra defendiendo la República se defendía la democracia y el progreso en todos los países de la tierra, en estos momentos defendiendo la Revolución cubana se defendía el avance de la Revolución a escala universal.

A muchos de los dirigentes y personalidades cubanas yo los conocía ya desde hacía muchos años, algunos desde la guerra

⁸ Se trataba de cuatro curas falangistas detenidos por el Gobierno Revolucionario. E. L.

de España. Entre los que mejor conocía estaban Blas Roca, Juan Marinello, Nicolás Guillén y muchos otros. Este viaje me permitió establecer amistad con toda una serie' de máximos dirigentes de la Revolución, los que habían combatido en las filas del movimiento guerrillero. Al encuentro con uno de ellos le atribuyo una importancia particular, y ello por las relaciones de especial amistad que se establecieron entre nosotros. Se trata del Che Guevara.

En octubre de 1960, por intermedio del aparato del Partido, llegó a mi poder un libro titulado *La guerra de guerrillas*, con la siguiente dedicatoria: «A Enrique Líster, de un pequeño alumno que a distancia trata de estudiar la experiencia española para no tener el triste fin de la República, con ánimo de conocerle en Madrid. Che. Habana, sep. 9/60.»

Este fue, pues, mi primer contacto con el Che. Unos meses más tarde, ya en Cuba, tuve la ocasión de conocer personalmente al que debía de convertirse en uno de los enemigos más temidos del imperialismo americano.

Mis relaciones con el Che fueron desde un principio muy buenas. Desde el primer instante se establecieron entre nosotros unas relaciones de franca amistad, sinceridad, de una camaradería sólida y, como se dice, sin complejos. Durante las conversaciones que hemos tenido siempre nos hemos dicho las cosas con una franqueza sin límites. No hubo nunca entre nosotros ni jugueteo, ni diplomacia, ni cosas por el estilo. La forma de ser del Che, su lenguaje, la conversación y ardor —todo ello de forma tranquila, pero muy firme y clara— que ponía a la hora de defender sus opiniones contribuían a establecer un clima de confianza, de sinceridad. Por lo menos es la impresión que yo siempre he sacado de mis entrevistas con él.

Un ejemplo puede ilustrar muy bien este género de relación. El 4 de mayo fui el invitado del programa de la televisión («CMQ Televisión») «Ante la prensa». Se trataba de una interviú en directo realizada por varios periodistas. Los dos temas centrales que salieron a relucir fueron los problemas de la Revolución cubana y la lucha del pueblo español contra el franquismo.

Unos días más tarde, el 9, nos encontramos con el Che en la embajada checoslovaca, que daba una recepción. Uno de los asistentes le dijo al Che que había leído su libro La guerra de guerrillas y que le había parecido muy bueno. Sin contestar a esa pregunta, el Che, con una sonrisa significativa, dijo: «Sin embargo, a Líster no le parece tan excelente el libro. » Le manifesté mi extrañeza ante tal opinión y le pregunté en qué se basaba para acusarme de tal «delito». Me respondió que yo parecía estar contra el concepto de las guerrillas. Le indiqué que yo no estaba en contra de ninguna de las formas de lucha, siempre que éstas estuvieran supeditadas a la realización de los objetivos de la revolución. Pero que de la misma manera estaba en contra de la absolutización de una determinada forma de lucha. Le pregunté en qué se basaba para declarar que yo estaba opuesto al método guerrillero. Resultó que las conclusiones del Che tenían por origen mis declaraciones en la televisión el día 4. Mi extrañeza fue todavía mayor, pues si en algo fui cuidadoso en esa intervención televisada fue en dos sentidos muy concretos: dar una imagen lo más clara posible de la política del Partido y evitar aparecer como un vulgar pacifista. Pude darme cuenta que el Che no había seguido él mismo mi intervención por la televisión, sino que había sido informado, por lo cual tenía una idea bastante deformada de las cosas que yo había dicho.

Hombre firme en sus convicciones, intransigente hacia los demás y hacia sí mismo en primer lugar, el Che me dio la impresión de un ser desprovisto de sectarismo, de dogmatismo y menos todavía de aventurerismo, como han intentado presentarle algunos. Mostró ser capaz de comprender la política del PCE y, además, comprenderla tal y como debía ser interpretada. Una tal prueba la dio el Che en su intervención en el mitin celebrado el 2 de junio en el Centro Gallego de La Habana, donde hablamos los dos. Refiriéndose a la situación en España y a la lucha del pueblo contra el franquismo, declaró el Che:

Nosotros hemos escuchado aquí al compañero Líster, cuando

hablaba de las nuevas condiciones de España, cuando rejería las luchas pacíficas del pueblo español y cómo se está ganando una recia batalla en los momentos actuales, y cómo hay esperanzas de recuperar para el mundo ese pedazo de Europa que hoy está dominado por el feudalismo y el oscurantismo. Todos nuestros deseos, los míos propios, los del pueblo entero de Cuba, son que sea así. Que sea una rápida realidad y que pueda el pueblo español, pacíficamente, mediante las demostraciones de fuerza de sus grandes masas de obreros y de campesinos, darse el gobierno que crea mejor. Pero si no fuera así, si los poderes reaccionarios no vieran el camino inexorable de la historia, y no fueran capaces de comprender que aquella hora de la historia del mundo en que el hombre era el lobo del hombre está próxima a desaparecer, si no comprendieran eso, si el pueblo tuviera que volver a llenarse de dolor, de humillación hasta los dientes, empuñar de nuevo las armas y recuperar lo que es suyo en la forma que mejor le pareciera, podíamos decirle al compañero Lister, al gran luchador de aquella época, parafraseando los versos de Antonio Machado⁹:

¡Si mi pistola valiera para algo,
en tu columna contento lucharía!¹⁰

Esta fue la respuesta del Che a lo que yo declaré en ese mismo mitin:

Nosotros consideramos que la línea divisoria de los españoles no puede pasar por las trincheras de 1936, sino por los hogares de la España de hoy. ¡No un abrazo de Vergara, no un borrón y cuenta nueva! Reconciliación para luchar todos juntos para derribar al régimen franquista y para echar a los yanquis de nuestra tierra. Se equivocan los que vean en nuestro planteamiento ninguna tendencia de pacifismo estrecho. Nosotros consideramos necesaria en esa vía de lucha pacífica, todas las formas de lucha, incluida la huelga, con todas las formas que tie-

⁹ El Mundo, La Habana, sábado, 3 de junio de 1961.

¹⁰ El Mundo, La Habana, sábado, 3 de junio de 1961.

nen en sí la huelga general; y lo único que deseamos, repito, es tener que recurrir a una nueva guerra civil. Es claro que los franquistas maniobran, que los yanquis maniobran y que sus lacayos, sus servidores de las llamadas «izquierdas», con el señor Prieto a la cabeza, maniobran también para buscar una salida «pacífica» a la cuestión. Pero esa salida «pacífica» no es nuestra salida pacífica. Allá cada uno, pues, con su responsabilidad. Los comunistas hemos sido y somos el alma de la reconciliación de los españoles y de buscar una salida pacífica a la cuestión de España, pero con la misma energía y decisión, con más decisión y coraje aún nos pondríamos al frente de nuestro pueblo, para llevarlo esta vez a la victoria por la salida violenta?

Tras el primer viaje a Cuba, en los años que siguieron, tuvimos la ocasión de vernos el Che y yo varias veces. Siempre fueron esos encuentros momentos de alegría, provocada por la profunda amistad que se estableció entre nosotros desde el principio.

El 25 de enero de 1965 yo me encontraba en Argel formando parte de una delegación de la presidencia del Consejo Mundial de la Paz que estaba realizando un viaje por toda una serie de países africanos. Ese día, al llegar al hotel a las 10 de la noche, me encontré una nota del embajador cubano donde me pedía que lo llamase por teléfono. Lo hice y me dijo que acababa de llegar el Che, y deseaba verme. Me envió el coche y poco después me encontraba en la embajada con el Che, que estaba acompañado de los compañeros, Aragonés, Cienfuegos, Gallego Macera y el comandante Pedro Medina, jefe de las guerrillas venezolanas, así como otros compañeros cubanos. El Che me explicó que estaba haciendo un recorrido por los países africanos, que había llegado esa misma tarde a Argel y que, en vez de continuar viaje para El Cairo, que era su próxima etapa, tenía que salir para China, que tenía interés en hablar conmigo para explicarme el carácter de ese «recorrido» e intercambiar opiniones. Riéndose me dijo que yo iba detrás de él con la paila de la paz deshaciendo lo que él hacía. La carcajada fue general al contestarle que lo que yo hacía era desbrozarle el

camino y adormecer a los enemigos, con lo cual su tarea de guerrillero estaba facilitada.

Hasta las cuatro y media de la mañana estuvimos discutiendo.

El Che se quedaba en Argel sólo un día, teniendo que tomar el avión vía Pekín. Nos despedimos con la promesa de vernos unos días más tarde en El Cairo, ignorando los dos que ésta era la última vez que debíamos encontrarnos.

Dos semanas más tarde, en El Cairo, pasó a verme al hotel el compañero venezolano Gallego Macera, para discutir de sus problemas de la lucha armada en su país, y el embajador cubano en Argel, para comunicarme que el Che debía pasar por El Cairo de un momento a otro. El Che llegó al día siguiente, pero el encuentro no tuvo lugar, pues se quedó sólo unos minutos en el aeropuerto, emprendiendo de nuevo su «recorrido» por los países de África, interrumpido por su viaje a Pekín. Sentí no haberle visto, pero no le di mayor importancia al asunto, pensando como suele hacerse en casos semejantes: «*La próxima vez será.*»

No debía producirse esa próxima vez: dos años más tarde, en octubre de 1967, todas las agencias de prensa daban la noticia de la muerte del Che en Bolivia. Mi primera reacción fue no creer una palabra de ese comunicado de prensa. ¡Tantas veces se había anunciado la muerte del Che!. . . Mas cuando conocí la declaración de Fidel del 15 de octubre, para mí no había dudas: el Che había muerto. . . Pero inclusive, así, sabiendo que había muerto, me era difícil admitir plenamente esa idea. En mi mensaje enviado al Gobierno Revolucionario de Cuba declaré:

La muerte del Che fue para mí, lo mismo que para millones de revolucionarios del mundo entero, una dolorosa sorpresa. Tan imposible me pareció la muerte del Che, que sólo creí en su realidad cuando Fidel lo comunicó. Conocí al Che personalmente en 1961, cuando por primera vez visité Cuba después del triunfo de la Revolución, y desde el primer día sentí por el Che una profunda simpatía y admiración. Hablamos juntos en

actos públicos y tuvimos largas conversaciones en que contrastamos nuestras opiniones sobre diferentes cuestiones, y, aunque no siempre llegamos a un total acuerdo sobre todas las cosas, sí lo estábamos en lo esencial, en las cuestiones fundamentales. Luego, nos hemos encontrado en diferentes épocas y lugares, y la amistad comenzada en La Habana se fue haciendo cada vez más sólida; por eso su muerte es para mí triplemente dolorosa, por ser la muerte de un compañero de combate por la misma causa y contra el mismo enemigo, la muerte de un revolucionario y la de un amigo. No está descontado que surjan señores que digan que lo que pasó al Che demuestra el fracaso de la línea de la lucha armada, demuestra que ellos tenían razón cuando combatían esa línea. No hay duda de que de la muerte del Che se deben sacar buenas enseñanzas, y Fidel, en su discurso, lo hace, pero ninguna de ellas puede conducir a la conclusión del fracaso de la lucha armada. A esa conclusión sólo pueden llegar gentes ignorantes de los más elementales principios de la lucha revolucionaria, o aquellos que quieren esconder su cobardía detrás de cómodas posturas de pasividad, pero ningún verdadero revolucionario puede llegar a tal conclusión. En la lucha de los pueblos de América Latina por su liberación, la muerte del Che es un episodio terriblemente doloroso, pero como dice una canción de nuestra guerra española de liberación, la sangre de los héroes caídos peleando por una causa justa, se convierte en flores de victoria. Y eso pasará, eso pasa ya hoy con la sangre generosa del Che Guevara; su ejemplo de luchador indomable contra el imperialismo yanqui y sus lacayos, su muerte heroica está despertando a la lucha a miles de nuevos combatientes. . .

Pero donde he llevado desde el primer momento una lucha de principios contra toda mixtificación de la obra revolucionaria del Che ha sido en las filas de mi propio Partido, cuando en un informe presentado por Santiago Carrillo en nombre del CE, se hablaba del «*gesto quijotesco del Che*», yo me levanté en contra, considerando —con todo mi respeto por Cervantes— que la acción político-militar del Che no tenía nada de aventurera, «*romántica*» y zarandajas por el estilo. Había sido la obra

consciente, pensada, elaborada y llevada a la práctica de forma consecuente por un verdadero revolucionario, el cual no disocia la teoría y la práctica. De la misma manera estuve rotundamente en contra de los párrafos del informe de Carrillo (conocido en forma de folleto bajo el título «*Problemas del socialismo hoy*»), donde éste declara: «*En un artículo dedicado a la memoria de un guerrillero guatemalteco, caído en la lucha, Ernesto Che Guevara cuenta una anécdota característica para la Revolución cubana.* »

Yo manifesté mi desacuerdo con tal empleo de una «anécdota» contada por el Che. Y ello, por dos razones: se quería emplear el nombre del gran guerrillero para hacer pasar conceptos oportunistas, nacionalistas; un tal empleo de una «anécdota» estaba en total contradicción con el carácter profundamente internacionalista (no sólo en la teoría, sino también en la práctica) de todo el pensamiento y actividad del Che. Por si la obra revolucionaria del Che no fuese suficiente para demostrar una tal cosa, aquí tenemos unas líneas del «*Mensaje a la Tricontinental*», escrito por el Che en vísperas de emprender su campaña boliviana:

[. . .] con ejércitos proletarios internacionales, donde la bandera bajo la que se lucha sea la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo, que morir bajo las enseñas de Vietnam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil, para citar sólo los escenarios actuales de la lucha armada, sea igualmente glorioso y apetecible para un americano, un asiático y aun para un europeo.

Estas palabras sí que traducen el verdadero pensamiento y concepciones del Che, y no todas esas especulaciones, como la que acabo de citar de Santiago Carrillo.

Como se podrá ver por esta breve exposición de los principales rasgos de mi viaje a Cuba, yo le atribuía una importancia particular a esos días pasados en la isla. Y ello no tanto por razones «personales», sino por la importancia política que, según mi opinión, revestían.

La prensa, la radio, la televisión cubana comentaron amplia y

positivamente mi estancia, mis declaraciones e intervenciones en Cuba, pero los órganos informativos de muchos países comentaron también ampliamente mi estancia allí y no faltaron abundantes especulaciones por parte de nuestros enemigos. No me pararé en comentar artículos como el aparecido en Avance del 26 de mayo de 1961, cuyo título, «LÍSTER, EL AMIGO DE FIDEL, TORTURABA CUBANOS IGUAL QUE TORTURO ESPAÑOLES», da una imagen bien clara de cómo percibían ciertos medios «informativos» mi estancia en la isla. Los que más se destacaron fueron los medios informativos de Estados Unidos y los franquistas. La cosa fue tomada tan en serio por estos señores, que hasta fines de 1962 continuaban las especulaciones con mi estancia en Cuba. Así podemos leer en la prensa de esos años:

ABC, del 18 de octubre de 1961, refiriéndose a la supuesta infiltración de lo que califica de «Policía del Estado Soviético»:

En estos días, el general Ivan Serov, jefe de la policía del Estado soviético, y Enrique Líster, «general comunista», como ayudante, se dedican a perfeccionar este aparato policíaco.

Un mes más tarde, J. M. Gironella, en una serie de artículos sobre Cuba, en las páginas de Vanguardia Española:

Otro periódico anunciaba la celebración aquella noche, en el Centro Gallego, de un mitin «antifranquista», presidido por el «general español Enrique Líster». [. . .] El trato que dicho periódico dispensaba a Líster permitía suponer que éste acababa de llegar a Cuba y que su misión consistiría en fiscalizar la ortodoxia de la subversión revolucionaria en toda la América de habla española. (7 de noviembre de 1961.)

Y al día siguiente, en la continuación «especificaba» Gironella:

[. . .] pudimos asistir al mitin «antifranquista» que, tal como estaba anunciado, se celebró en el Centro Gallego bajo la presidencia de Líster [. . .] El mitin fue un torrente de mentiras

partiendo de minúsculas verdades. [. . .] habló el Che Guevara. Calificó a Líster de uno de los más entrañables amigos de Cuba, y el embajador soviético asintió con la cabeza. Por último habló Líster. Líster era el número fuerte del programa, como lo fue en España durante la batalla de Belchite. Dijo que Cuba daba un ejemplo al mundo y era la vanguardia de las fuerzas proletarias que se disponían a liberar del yugo imperialista toda América Latina. Dijo que Cuba sangraba pensando en el dolor de la España de Franco y en los obreros detenidos en las cárceles. Afirmó que, en atención al pueblo español, era preciso renunciar a la idea de reconquistar España por la violencia; habría que reconquistarla pacíficamente. «No obstante, si los medios pacíficos no bastan, no quedará más remedio que apelar a las armas.» (8 de noviembre de 1961.)

New York Times, del 6 de marzo de 1962, refiriéndose a mi «estancia» en la isla:

Los refugiados cubanos han informado de la presencia del general Líster en Cuba desde octubre del año pasado. Informaciones similares se reciben también de los medios exiliados anticomunistas españoles. Según estos informes, el gobierno cubano no hace especiales esfuerzos para ocultar que el general Líster manda milicias o unidades regulares.

Por dos chóferes, actualmente refugiados, han llegado las siguientes curiosas informaciones concernientes a Líster. Éstos han dicho que en el mes de noviembre de 1961 han visto entre La Habana y Palatino un largo convoy de transportes cubierto y se enteraron de que era la artillería de cohetes que mandaba el general Líster. Y dicen que en la intentona fracasada de abril de 1961, los prisioneros aseguran que el empleo de los cohetes ha sido uno de los factores de la derrota de las fuerzas de invasión. Dos días después, la prensa española se hacía eco de esta «información»:

Según cálculos, hay ya un centenar de Mig, varias decenas de helicópteros y un respetable parque de artillería moderna. Para

manejar esos equipos, Castro acaba de designar como asesor técnico al llamado Enrique Líster, cabecilla comunista. . . (ABC, 8 de marzo de 1962.)

Así pues, me veía yo cumpliendo toda una serie de funciones al servicio del Gobierno Revolucionario de Cuba: torturador de cubanos, responsable de la policía, dirigente de unidades de milicias, consejero técnico, encargado de la cuestión de los cohetes, etc. Los medios de propaganda no hacían más que emplear la famosa fórmula de Goebbels: cuanto más mentiras se digan y más grandes sean, más probabilidad hay de que cuajen.

Está claro que no se trataba ni de una «*mala información*», ni menos todavía de una «metedura de pata» por parte de esos señores. Lo que estaba en marcha era una campaña de intoxicación para preparar la opinión pública mundial a la «crisis del Caribe». Y en este aspecto, el manipular las especulaciones sobre mi supuesta actuación militar en la isla era un elemento más que venía a sumarse a toda esa campaña. Se trataba, pues, de un problema de orden político.

En mi informe al CE del Partido escribía yo, en junio de 1961, sobre la situación internacional en relación con Cuba:

[. . .] Mi opinión es que entra dentro de lo probable una nueva agresión contra Cuba, en un período próximo. Los yanquis van a esforzarse por obtener el visto bueno de los gobiernos latinoamericanos en la reunión de mediados de julio en Montevideo. Van a esforzarse por obtener el acuerdo de la OTAN por las repercusiones y consecuencias que la agresión a Cuba pueda tener en otros frentes. La agresión puede comenzar esta vez con una fuerza mixta —12 a. 15 mil hombres— compuestos por cubanos, portorriqueños, algunos centenares de otros países de América Latina, algunos centenares de españoles, y como fuerza de choque, varios miles de alemanes, húngaros y de algunos otros países, todos ellos mercenarios profesionales, habiendo combatido en Corea, Indochina y sobre todo en Argelia. Hoy sabemos que la política agresiva de Estados Unidos res-

pecto a Cuba tomó otras formas. Pero en aquellos años (1961 – 1962) nadie podía prever qué forma, ni cuánto, ni cómo se iba a producir la agresión contra la Cuba socialista. Por lo tanto, era indispensable ver en toda la propaganda anticubana elementos destinados a ir preparando psicológicamente la «opinión pública» para una eventual agresión. En mi informe al CE del PCE sobre mi viaje a Cuba, yo insistía sobre el siguiente particular:

En todos los países se debe realizar una vigilancia activa para descubrir todo trabajo de reclutamiento y denunciarlo. Opino que la Revolución cubana necesita una mayor propaganda, en primer lugar entre los propios medios comunistas. . . [. . .] la ayuda y solidaridad con la Revolución cubana debe ser elevada a un grado mayor que el actual. . .

En el caso de nuestro Partido, el nombre de uno de sus dirigentes —el mío concretamente— estaba siendo explotado de manera demagógica por el enemigo de la Revolución cubana para ir preparando una nueva agresión. ¿Cuál hubiese tenido que ser la actitud de la dirección del Partido? La mejor forma de salir al paso de todas las especulaciones malintencionadas era el informe en los órganos de propaganda del Partido sobre el contenido, fecha, etc. , de mi viaje a Cuba. Ello hubiera sido la mejor manera de cortarles la hierba bajo los pies a todos los especuladores y privar a los órganos de intoxicación de Estados Unidos de una arma de chantaje. Por desgracia, sucedió todo lo contrario. La única respuesta a las «informaciones» provenientes de Washington sobre mi viaje a Cuba la encontramos en las páginas de El Popular, de Méjico, con fecha del 11 de marzo de 1962, en un artículo, en el cual, entre otras cosas, se decía:

Estos días, las agencias imperialistas yanquis de noticias, expertas en tergiversar la verdad y en pretender demostrar que lo blanco es negro, y viceversa, han elegido como cabeza de turco para enjaretar una truculencia al esclarecido general del Ejército republicano español Enrique Líster. La agencia UPI lo sitúa en Cuba, dirigiendo «las unidades de cohetería de las fuerzas

militares» de la gloriosa revolución. La intención de la UPI es bien clara: hacer anticomunismo; azuzar el odio y la agresión imperialista hacia la Revolución de la isla heroica y echar su cuarto a espadas en la política criminal sobre Cuba que mantiene el Gobierno del presidente yanqui mister Kennedy y sus mandatarios, los monopolios norteamericanos. Para este papel celestinesco, rastrero, el imperialismo se sirve de sus agencias de «información». De éstas, aunque es difícil establecer su grado de desfachatez de que hacen gala, la que alcanza la mayor «proeza» en el invento de infundíos es, sin duda alguna, la UPI. No sabemos si Cuba dispone o no de cohetes, pero si los tuviera sería justo, para defenderse de la agresión con que la está amenazando continuamente el Gobierno norteamericano, que los tiene. Estamos en condiciones de afirmar que el general Enrique Líster no está en Cuba, pero si lo estuviera no haría más que acreditar su condición de demócrata y revolucionario, puesta siempre al servicio de las causas justas.

Por parte de las publicaciones oficiales del PCE, sin embargo, no hubo la más mínima reacción en este aspecto.

Pienso que la mejor forma de esclarecer el «secreto» de un tal silencio es el de reproducir ciertas partes de mi intervención ante el Comité Ejecutivo en la reunión de febrero de 1964, cuando se discutía el asunto Claudín-Semprún:

«En mi intervención no me referiré a diferentes cuestiones surgidas en la discusión y sobre las que hay acuerdo entre nosotros, sino que trataré de aquellas en las que tenemos opiniones diferentes. Y comienzo por los métodos.

»La autoridad. Es ésta una formulación que ha aparecido mucho a lo largo de las discusiones que estamos llevando a cabo. Pero unos le damos un contenido diferente a otros. Yo estoy de acuerdo con que el secretario general de nuestro Partido deba gozar del máximo de autoridad. Opino que es un deber de todos nosotros hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que así sea. Pero ¿autoridad para qué? ¿Para emplearla al servicio del Partido o para imponer sus puntos de vista a los demás miembros de la dirección y al Partido? Yo estoy de acuerdo

con autoridad para lo primero y en desacuerdo con autoridad para lo segundo.

»Hay cosas, métodos, actitudes del secretario general con las cuales yo no estoy de acuerdo. Y me perdonaréis que recurra a ejemplos, pero es la forma más gráfica que encuentro para explicar mi desacuerdo. Uno de esos ejemplos está relacionado con mi viaje a Cuba. Aunque se trata de una cuestión vieja, de más de dos años, y aunque otras veces ya hablé de ella, creo no estará de más plantearla de nuevo, pues encaja bien aquí.

»Al llegar a Praga en marzo de 1961, en un viaje para la India, Álvarez me mostró una carta de Cuba en la que se nos invitaba a Dolores y a mí para asistir allí a la fiesta del 1.º de mayo. Dije a Álvarez que informase al CE y a base de su contestación tomase las medidas del caso; es decir, que si el CE decidía que aceptara la invitación, lo comunicase a los camaradas cubanos y me preparasen las cosas para hacer el viaje a mi regreso de la India, hacia mediados de abril.

»Al pasar por Moscú de regreso de la India, Dolores me dijo que ella no aceptaba la invitación, pero que yo debía ir. Al llegar a Praga el 15 de abril, me dieron una carta de Carrillo a Álvarez, fechada el 3 de abril, en la que había un párrafo que decía: "Sobre la invitación que hacen los camaradas cubanos a Enrique, hasta mañana no podré ver el asunto con los amigos, pero mi opinión personal es favorable a que vaya, si esto no entorpece los trabajos de la comisión en la que participa." ¹¹

»Al mismo tiempo, Zapiraín me dijo que posteriormente a esa carta había llegado un aviso de París de que el CE había decidido que debía hacer el viaje a Cuba, en vista de lo cual me tenían todo preparado para que saliera en el avión del 17 de ese mismo mes de abril. Como sabéis, la salida se retrasó hasta el fin de mes por la agresión de Playa Girón.

»Estuve en Cuba cuarenta días, y al regresar en agosto a París, y observar que mientras la prensa socialista, anarquista, fran-

¹¹ Se refería a la comisión encargada de elaborar la historia de la guerra de España. E. L.

quista, norteamericana y de otros países seguía especulando con mi viaje a Cuba, la nuestra no decía ni palabra, y cuando vi, sobre todo, que el Secretariado tomaba el acuerdo de enviar a Gallego a Cuba y más tarde a Claudín, Marcos Ana y Modesto, no hubo duda para mí de que el silencio sobre mi viaje correspondía a un acuerdo del Secretariado. Más tarde, al expresarle a Santiago mi extrañeza por ese silencio, me dio la respuesta de que yo no había ido a Cuba enviado por el Partido.

»Esos son los métodos del secretario general. Acepto la invitación de ir a Cuba porque así lo decide el CE y antes ya, el secretario general, y luego, el mismo secretario general niega esa decisión y reniega lo que él mismo escribió a Álvarez, y de cuya carta tengo copia en mi poder, entregada por el mismo Álvarez. No se hace ninguna discusión sobre el viaje, no se hace ni una sola objeción a mis planteamientos en Cuba, pero se hace ante nuestro Partido y nuestro pueblo la más completa conspiración del silencio por parte de la radio y de las publicaciones del Partido. Se deja que los militantes, que han conocido por la prensa franquista y otra mi estancia en Cuba, saquen sus conclusiones al no encontrar una sola palabra en la nuestra. Se deja que, sobre todo, nuestros camaradas de Cuba y nuestros amigos cubanos saquen también sus conclusiones de cómo la dirección del Partido aprecia mi estancia entre ellos. Y la conclusión no puede ser dudosa, sobre todo cuando se tenía acostumbrado al Partido a informarle de los viajes, entrevistas, asistencias a congresos y reuniones cuando se trataba de miembros de la dirección del Partido.

»La conclusión lógica a que tienen que llegar, a la que sin duda se quiere que lleguen los camaradas del Partido, y en primer lugar los de Cuba y España, es que durante mi estancia en Cuba he cometido errores políticos o de otro tipo. Los camaradas no saben las causas de esa conspiración del silencio y tampoco conocen cuál fue el conjunto de mi actividad allí. No saben que a mi regreso de Cuba hice un informe para el CE, del que entregué un ejemplar a la camarada Dolores Ibárruri en Moscú, otro envié a Carrillo para él y los miembros del CE que estaban en París; al retrasar yo mi viaje allí, entregué otro a Mendoza-

na, en Bucarest, y di otro a Moix y Álvarez, en Praga. No saben que cada uno de los ejemplares de ese informe fue acompañado de una colección de periódicos, revistas y recortes donde estaban publicadas mis intervenciones. Intervenciones en las que defendí la Revolución cubana y expresé a sus dirigentes y a todo el pueblo cubano la solidaridad y el apoyo de los comunistas españoles. Expresé en Cuba mi completo acuerdo con la orientación de la Revolución cubana y eso mismo defendí en reuniones, conferencias y conversaciones y ante la dirección del Partido no he encontrado, por cierto, entre algunos camaradas, y sobre todo en el camarada Claudín, ningún entusiasmo en aceptar mis opiniones.

»No saben los camaradas que hice otro informe sobre cuestiones más reservadas, del que entregué un ejemplar a Dolores y envié otro a Santiago para que, como presidente y secretario del Partido, quedaran enterados de esas cuestiones, en unos casos, decidieran lo que correspondiera, en otros. Entre esas cuestiones estaban diferentes aspectos de mis conversaciones con Fidel y con Raúl, el que me invitó a pasar ocho días con él en Santiago de Cuba. Está mi petición a Fidel de una ayuda permanente para nuestro Partido, y su respuesta unos días más tarde, de que nos darían 5.000 dólares mensuales y que me serían entregados los 40.000 correspondientes a los ocho primeros meses de 1961, lo que me fue entregado antes de salir de Cuba.¹²

»Lo que no saben los camaradas, por último, es que no sólo no se me ha hecho la más mínima crítica por parte de ningún órgano del Partido ni camarada de dirección sobre mis planteamientos y gestiones en Cuba, sino que personalmente se me ha dicho, por diferentes camaradas de la dirección del Partido — incluidos el presidente y el secretario general—, que eran muy positivos los resultados de mi viaje a Cuba.

»Ahora bien, si nada criticable encontraron ni el secretario general ni el Secretariado en mis planteamientos y gestiones du-

¹² Esa ayuda, hasta 1970, en que salí del Partido de Carrillo, se recibió normalmente; a partir de ahí no lo sé. E. L.

rante mi viaje, ¿por qué el secretario general y el Secretariado dieron la orden de guardar el más completo silencio sobre el mismo? ¿Por qué, poco después de mi viaje, decidieron el envío de Gallego y luego de Claudín, de Modesto y Marcos Ana, a los que nadie había invitado? ¿Es que se quería hacer sentir que ellos eran los dirigentes, los hombres del Partido, los hombres del presente, mientras que yo no era más que el hombre del pasado, el hombre de la guerra?

»El secretario general y el Secretariado tienen la palabra. Pero por mi parte quiero dejar constancia que, según mi opinión, tales métodos no ayudan a forjar esa unidad de que tanto se habla, y que buena falta hace, ni refuerza la autoridad y el prestigio de las personas que los emplean ni de los órganos del Partido a través de los cuales se ejecutan. El resultado es todo lo contrario. »

Sólo más tarde había de conocer yo, por Santiago Álvarez, a qué obedecía esta actitud de Carrillo. Entre los muchos actos en que participé a todo lo largo de la isla, estaba el gran mitin del 2 de junio en La Habana, y al que me he referido anteriormente, en el que hablamos el Che y yo. En mi discurso, yo me metí con Prieto y otros capitulado— res, y el Che terminó el suyo como queda reseñado.

Carrillo se sintió aludido en su política —y sobre todo en sus objetivos futuros— por lo dicho por mí, y sobre todo por lo dicho por el Che, y como no podía meterse con él, bautizó mi viaje de «no oficial», decidiendo la más rigurosa censura en las publicaciones y radio del Partido. Poco después, envió a Cuba a Gallego, Claudín, Modesto y Marcos Ana, que llevaran allí la voz «oficial» del Partido, es decir, la de Carrillo. La desgracia para ellos —y sobre todo para el jefe— fue que allí nadie les hizo caso.

Entre lo dicho anteriormente, en relación con los acuerdos a que llegué en Cuba con Fidel, estaba el envío allí de una cierta cantidad de especialistas —ingenieros, técnicos, economistas, médicos, etc. — miembros de nuestro Partido, sobre todo los que habían estudiado sus carreras en la Unión Soviética, para

ayudar a los cubanos en la construcción de una nueva Cuba.

En Cuba había ya ese tipo de especialistas, enviados por los diferentes países socialistas, que gozaban de toda una serie de privilegios en relación con los cubanos (salarios, viviendas, almacenes especiales, medios de transporte, lugares de descanso, etc.). Por el contrario, los que enviásemos nosotros deberían trabajar y vivir en las condiciones de los cubanos; debía ser una verdadera ayuda internacionalista. Dolores y Carrillo, de palabra, estuvieron de acuerdo, pero rápidamente la marcha a trabajar a Cuba se convirtió en un arma de especulaciones, de negocio, de favoritismo y corrupción. A Cuba fueron enviados muchos buenos especialistas, honrados y trabajadores, pero fueron enviados otros que eran especialistas en la vagancia, en la borrachería y el puterío. Cuba fue para ellos esa América con la que soñaban muchos emigrantes que iban allí a hacerse ricos. Así entienden Dolores Ibárruri, Santiago Carrillo y sus socios el internacionalismo proletario y la ayuda a la Revolución cubana.

CAPÍTULO VII

NUEVA CRISIS EN LA DIRECCIÓN DEL PARTIDO

Comienza la lucha entre F. Claudín, Tomás García y J. Semprún por un lado y Carrillo y sus partidarios por otro

EN enero de 1962 se inició en el Secretariado una discusión sobre los problemas del campo; participaban en ella, además de los miembros del Secretariado, algunos del CC que estaban ligados a esos problemas. Una de las cuestiones a examinar era la consigna de «la tierra para el que la trabaja». Surgen sobre ella discrepancias entre Carrillo y Claudín, y, al no poder llegar a un acuerdo, deciden que la discusión continúe en el CE al completo. La primera reunión tiene lugar el 10 de febrero. Después de escuchar las intervenciones de Carrillo y Claudín aparecía con bastante claridad que las discrepancias entre ellos alrededor de la consigna «la tierra para el que la trabaja» no eran más que una cortina de humo para camuflar otras cuestiones. En mi intervención, entre otras cosas, dije: «Se señala aquí como la condición principal para la salida pacífica, que se llegue a un acuerdo por arriba entre las fuerzas de oposición junto con otras condiciones. Tal como marchan las cosas, en cuanto a un acuerdo por arriba de las fuerzas de oposición, no me hago muchas ilusiones. Creo más que nunca que la dictadura será derribada por la acción combativa de las masas, el pueblo. ¿Con qué cantidad de violencia o de pacifismo? No sé, pero nuestros planteamientos deben de aparecer con el máximo de claridad sobre las dos vías. Y las medidas prácticas deben corresponder a los planteamientos.

»Considero que hay que plantear con más fuerza y claridad aún la explicación de la salida violenta. La idea alrededor de la cual se puede plantear la cuestión es la del "levantamiento nacional

y popular”. Y el camino, las acciones de masas, huelgas, protestas, etc. Con salida violenta o con salida pacífica, el problema de la conquista de la libertad y de una democracia real sólo se podrá conseguir por la vía revolucionaria, a través de la lucha de las masas.

»Aparece como si la única preocupación de nuestra política fuese la de dar garantías de nuestras buenas intenciones a toda una serie de gentes. Opino que no se trata de dar garantías, sino de mostrarles nuestra fuerza movilizándolo a las masas. Por eso hay que hacer una política y dar consignas que movilicen a los obreros y campesinos, a los estudiantes y otras fuerzas y les hagan salir a la calle.

»Aquí se ha dicho que no debemos caer en el sectarismo. Yo digo: ¡Ojo a no caer en el oportunismo o en el reformismo, en el podrido revisionismo! Existe bastante confusión y especulación en cuanto a las dos vías. Generalmente se mete en el mismo saco su empleo, lo mismo para el paso de un régimen de democracia burguesa al socialismo, que el de el paso de una dictadura fascista a una democracia, que es el caso de España.

»La misma confusión y especulación la encontramos en relación con la idea de insurrección armada y guerra civil; idea o término que muchos ligan inseparablemente en sus explicaciones o planteamientos cuando, en realidad, son términos que, en muchos casos, corresponden a situaciones diferentes.

»Para mí, insurrección, salida violenta, salida armada y lo que en el III Pleno se presentó como "levantamiento nacional y popular" es, en muchos aspectos, lo mismo. Puede variar la intensidad de la violencia y la forma de producirse ésta, pero, en las condiciones concretas de España, yo no creo que existan grandes diferencias entre lo que representan cada una de esas formulaciones. Creo, por el contrario, que sí las hay entre esa forma de lucha y la guerra civil. No es obligatorio, repito, que la salida violenta, la lucha armada para derrocar al régimen, lleve detrás la guerra civil.

»Mi opinión es que debemos de mejorar y modificar todo lo que sea necesario para estar a la altura de los acontecimientos,

y, en lo posible, preverlos con tiempo. Por eso estoy de acuerdo con las modificaciones propuestas sobre la cuestión agrícola.

»Opino, repito, que las medidas de organización deben estar de acuerdo con los planteamientos, deben corresponder a los planteamientos, lo que hoy no pasa, pues mientras se da la impresión de que el Partido está preparado para esas dos salidas, sólo se prepara para una: para la pacífica.

»Cuando aparece cada vez con más fuerza en el país, sobre todo en la juventud, la idea de que hay que pasar a formas de lucha más elevadas que las actuales, la dirección del Partido no da las consignas que corresponden a esa situación.

»Sostengo que toda la experiencia muestra que sólo marchando por el camino de la lucha, por la vía revolucionaria, la clase obrera, los trabajadores, el pueblo, pueden conquistar las libertades políticas y ver satisfechas sus reivindicaciones económicas y sociales. »

La realidad era que la dirección del Partido, preocupándose exclusivamente de la salida pacífica, introducía ciertos cambios de lenguaje; pero esos cambios en nuestros planteamientos no eran más que propaganda y perseguían, sobre todo, el objetivo de tranquilizar a los camaradas que cada vez en mayor número exigían una política más de acuerdo con la situación y las necesidades de la lucha.

Como en la reunión del CE del 10 de febrero no se pudo llegar a ningún acuerdo, decidimos suspender la discusión y continuarla posteriormente con la participación de los miembros del CC que habían estado al comienzo en la reunión del Secretariado.

Esta segunda reunión tuvo lugar los días 7, 8 y 9 de marzo. Durante esos tres días, encerrados en una casa lejos de París, discutimos los problemas del campo. Desde el 10 de febrero al 7 de marzo, el grupo de tres —Claudín, Semprún, Tomás García— había quedado reducido a dos. Durante ese mes Carrillo había trabajado a Tomás, quien abandonaba a los otros dos, con cuyas posiciones estaba mucho más de acuerdo que con las de

Carrillo. Este había encargado a Gallego que preparase un informe que sirviese de base de discusión. Desde el primer día el informe quedó hecho trizas. En la discusión se llegó a momentos de verdadera violencia entre Carrillo y Claudín. En un momento este último amenazó con retirarse.

Por mi parte defendí mis propias opiniones, criticando aquellas de un bando y otro que no me parecían justas. En una de las intervenciones dije:

«El otro día se tomaron opiniones mías para combatir la consigna de “la tierra para el que la trabaja”. Hoy Federico volvió sobre esa cuestión previniéndonos sobre peligros izquierdistas y haciéndonos planteamientos con los que, repito, no estoy de acuerdo.

»Federico ha planteado que sobre nuestro Partido pesa el sectarismo, el radicalismo. “Esa tendencia —dijo— surgió con toda fuerza en Enrique. Estoy en desacuerdo con todo lo que planteó. Es sectario colocar como única salida la insurrección armada. ” E insiste: “Enrique no ve más salida que la violenta. Eso demuestra cómo las consignas de ‘la tierra para el que la trabaja’ hace surgir el sectarismo. ”

»Claudín ha machacado mucho en que no debemos insistir demasiado en el planteamiento de la vía insurreccional. Dice que si insistimos demasiado en ese planteamiento, daremos la idea a otras fuerzas de que nos orientamos a esa salida. Es decir, hacia la insurrección.

»No veo dónde está esa insistencia.

»Rechazo la opinión de que no veo más salida que la violencia. Mi opinión es que debemos plantear con el máximo de claridad qué queremos decir cuando hablamos de la vía pacífica. Qué queremos decir con el planteamiento de levantamiento nacional y popular. Explicar qué entendemos como insurrección y que ello no quiere decir abogar por la guerra civil. Hay que dar al Partido y a las masas perspectivas claras y reales.

»Opino, sobre todo, que la dirección del Partido debe tomar las

medidas orgánicas correspondientes a sus planteamientos políticos cuando habla de la salida violenta. Leyendo los materiales del Partido, cualquiera saca la impresión de que la dirección del Partido, al mismo tiempo que defiende con energía la política de reconciliación nacional y de salida pacífica y llama a todo el Partido a aplicarla con decisión, lo que es justo, toma medidas para conducir al pueblo a la batalla por la vía violenta si, agotados todos los medios pacíficos, no quedara otro camino, lo que no corresponde a la verdad, pues en ese terreno no se hace nada.

»Se debe decir la verdad al Partido y al pueblo. Se le debe llamar a combatir cada día y hacer todo lo posible para resolver la cuestión por la vía pacífica. Esto se hace y ello es justo. Al mismo tiempo, se le dice al pueblo y al Partido que no está descartado que al final la salida tenga que ser por la vía violenta, insurreccional. Lo que también es justo. Pero esos planteamientos, justos los dos, deben tener una aplicación práctica. No existe y no se debe de establecer una muralla china entre las dos vías. Se le debe decir al Partido y al pueblo que, si al final habrá que recurrir a la lucha armada para poner fin a la dictadura, sus luchas de hoy habrán desempeñado un gran papel en la preparación para esa gran lucha final. Pero, al mismo tiempo, los órganos dirigentes del Partido deben poner sus medidas orgánicas en correspondencia con sus planteamientos políticos. Nuestra línea política puede ser justísima, pero si no se aplica correctamente, revolucionariamente, no triunfará. En una palabra, yo estoy en contra de que se esté engañando al Partido y al pueblo. De que se les esté mintiendo. »

En otra intervención, el día 8, y en la que comencé respondiendo a Carrillo, el cual, furioso por no conseguir «alinearme» a su bando, me había tirado algunos golpes bajos, dije:

«En su intervención, el camarada Carrillo ha dicho que yo estoy enfurruñado. No estoy enfurruñado. Estoy disgustado, cabreado y no por la discusión a que se refiere él, sino por otras causas. Esas causas él las conoce y vosotros también, pues no son ningún secreto mis discrepancias en ciertas cuestiones.

»En estos planteamientos no tiene nada que ver mi carácter ni tampoco mis relaciones mejores o peores con Carrillo. Se trata de cosas políticas, de métodos, etc. , mucho más importantes que cuestiones de carácter y relaciones. La verdad es que me cabrean las trampas y marrullerías en la aplicación de nuestra política.

»El camarada Carrillo y otros camaradas habéis expresado aquí unas discrepancias con opiniones expuestas por mí en el curso de esta discusión. Lo siento, pero yo tengo mis propias opiniones sobre esas cuestiones y las defiendo y las defenderé hasta que sean aprobadas o se demuestre que no tengo razón.

»Esas opiniones están expresadas por mí, muy esquemáticamente, pero ello no quiere decir que estén hechas a la ligera. Mi opinión es que alrededor de la consigna "la tierra para el que la trabaja", lo que está en discusión son otras cosas.

»Está en discusión, entre otras cosas, en qué etapa de la política de reconciliación nacional y de las dos vías estamos.

»Mi opinión es que está en discusión si el Partido debe seguir jugando un papel activo en el desarrollo de los acontecimientos en España, o si debe ir a la cola de esos acontecimientos.

»En el centro de las intervenciones de Fernando y Federico está el combatir consignas y frenar medidas más radicales, más en consonancia con el desarrollo de la lucha y con el crecimiento de la radicalización de las masas. Fernando y Federico quieren tirar del Partido hacia atrás, cuando lo que se necesita es empujar hacia adelante. Pero ¿son solamente Fernando y Federico los que tiran para atrás? No, por desgracia no son ellos los únicos.

»Los camaradas Fernando y Federico argumentan ampliamente sus planteamientos para combatir, en la práctica, la nueva formulación de "levantamiento popular". Por el contrario, yo considero que ese planteamiento aún es demasiado débil y que las medidas para asegurar su realización, llegado el caso, son débiles, o mejor dicho, nulas.

»Mi opinión es que debemos empujar más hacia la salida de

poner fin al franquismo a base de la acción de las masas obreras y campesinas, estudiantes, intelectuales, no como fuerza de presión, sino como las fuerzas activas dirigentes de esa salida.

»Mi opinión es que, ante las maniobras para buscarle a la situación una salida de franquismo sin Franco, de componendas por arriba, nosotros debemos reforzar nuestros planteamientos que más directamente puedan movilizar a la clase obrera, al campesinado, a las fuerzas progresivas de la intelectualidad y al estudiantado.

»Mi opinión es que, ante los toques de atención que nos llegan del país, ante la radicalización y el crecimiento de la combatividad de las masas, ante el creciente debilitamiento de la dictadura, nosotros debemos adelantar y poner al orden del día las consignas que corresponden a esa situación y tomar las medidas orgánicas correspondientes a esas consignas y planteamientos.

»Mi opinión es que, en el centro de nuestra preocupación, debe estar siempre lo que puede interesar, beneficiar, movilizar a las fuerzas fundamentales de las que somos el Partido. »

Y después de tres días la discusión termina con la aprobación de una resolución que, a pesar de los malabarismos oportunistas a que había llegado Carrillo en su elaboración, es rechazada por Claudín y Semprún, que votan en contra.

La lucha iba a tomar mayor volumen, saliendo fuera del Comité Ejecutivo.

En el mes siguiente, durante dos días, tengo una larga discusión con Carrillo en la que, una vez más, le expongo mis discrepancias sobre diferentes cuestiones y, sobre todo, con los métodos que él venía empleando desde la Secretaría General. El panorama se iba poniendo cada día más oscuro. Carrillo aplica cada vez más su política de camarilla; por su parte, Claudín y Semprún pasan a un trabajo cada vez más abierto, para extender en el Partido sus propias opiniones. Y Carrillo deja hacer. Sólo más tarde había de comprender yo ese liberalismo de Carrillo con el trabajo prácticamente fraccional de Claudín y Semprún.

Por fin, en mayo llega Carmen, de la que estaba separado desde hacía cinco años; los hijos seguían en Praga y Moscú. La llegada de Carmen ponía fin a mi vida de tener que estar residiendo en casa de camaradas franceses, donde siempre he sido tratado con verdadera amistad, pero que no era lo mismo que estar en su propia casa. Además, la llegada de Carmen era para mí de una gran ayuda. Yo no escribo a máquina y ella sí, y cuando estábamos juntos era ella quien me pasaba todo a máquina. Nos pusimos al trabajo y preparamos un folleto que se publicó en julio de ese mismo año (1962), con el título de España, base de guerra yanqui-germano occidental. En él se describían las bases e instalaciones yanquis en España y también la penetración de Alemania Occidental en cuestiones que tenían relación con aspectos militares. En las páginas centrales de ese folleto había un gráfico que abarcaba a toda España y donde estaban señaladas las diferentes bases y dependencias militares yanquis. Comencé también a aprovechar las horas que me dejaban libres mis tareas de Partido para ir reuniendo y ordenando mis recuerdos de la guerra de España y de épocas anteriores, para hacer un libro con ellos. Así nace Nuestra guerra, publicado en 1966, después de pasar por diferentes situaciones y teniendo que vencer no pocos obstáculos sembrados por Carrillo y algunos de sus incondicionales.

Se agudiza la lucha entre Carrillo y Claudín-Semprún. Seminario de intelectuales y estudiantes

En 1963, lo más destacado en la vida del Partido es la agudización de la lucha entre Claudín, Semprún y sus partidarios, por un lado, y Carrillo y los suyos, por otro. ¿Qué defienden y de qué se acusan los unos a los otros? Es una verdadera ensalada y sólo más tarde las cosas se habían de ir aclarando y apareciendo el escamoteo de un verdadero examen del carácter revisionista de derecha de las posiciones defendidas por Claudín y Semprún. Este examen fue escamoteado, a todo lo largo de más de tres años de discusiones, por el propio Carrillo, porque las

posiciones de Claudín y Semprún eran las suyas. La diferencia que los separaba consistía en que mientras Claudín y Semprún querían quemar etapas, Carrillo quería ir más despacio pero más seguro, pues en 1962 aún no sentía el Partido bien en sus manos. Y luego, en 1963 – 1964, las cosas entre ellos se habían envenenado de tal forma que todos los intentos de Carrillo por «reconciliarse» con Claudín y Semprún fracasaron.

He aquí algunos ejemplos. En septiembre de 1963 la dirección del Partido organizó en Francia un seminario al que asistieron durante quince días unos cuarenta intelectuales y estudiantes llegados principalmente de Madrid y Barcelona. El seminario estaba dividido en dos partes: filosófico y político.

Claudín, Semprún, Vicens y otros partidarios suyos estuvieron a la ofensiva todo el tiempo. Carrillo contemporizó. Pero a pesar de ello, el seminario fue una batalla permanente con ajustes de cuentas entre unos y otros. Y así se llega al día de la separación con un ambiente de lo más enrarecido. ¿Qué iba a pasar en la comida de despedida? ¿Qué brindis se iban a pronunciar? Con lo cargado que estaba el ambiente de todo podía haber. Entonces, Carrillo hace una de sus típicas maniobras. Me pide que, como iban a estar en la comida varios dirigentes del Partido francés y que sería lamentable que delante de ellos se produjesen incidentes, y teniendo en cuenta el respeto que sentían por mí, lo mismo los intelectuales que los estudiantes presentes, y que Claudín y Semprún no se atreverían a enfrentarse conmigo delante de ellos, me pedía que yo presidiese la comida y me las arreglase para que no hubiese más discursos que el mío, el cual debería de ser al mismo tiempo de resumen del seminario, de saludo a los camaradas franceses y de despedida a los que habían asistido al seminario. Ante el lío que había acepté. Y en una intervención de unos veinte minutos salí del asunto haciendo una cosa agitativa y emotiva al mismo tiempo, y creando un ambiente de alegría —a lo que ayudó el saludo del camarada francés— que duró toda la comida y que invitó a dejar en los bolsillos las navajas cabriteras que algunos tenían bien afiladas.

Dos meses más tarde, en noviembre, se reúne en Praga el pleno del CC. Ésa era una magnífica ocasión para, por fin, examinar la situación en la dirección del Partido y tomar las medidas correspondientes. Pero una vez más, el escamoteo fue total. Claudín y Semprún preferían seguir tranquilamente extendiendo sus ideas en el Partido y reclutando militantes a su bando y Carrillo prefería dejar que los dos compadres le fueran desbrozando el camino para cuando él considerase llegado el momento quitarse la careta y demostrar a Claudín y Semprún que en cuestiones de oportunismo, de reformismo y de conducir al Partido a practicar una política de derechas, nada tenían que enseñarle ellos, pues él era maestro en esos menesteres.

Discusiones en París (1964)

Y así entramos en 1964. En enero comenzamos una discusión en el CE que se fue desarrollando en el más completo confu-sionismo. A lo largo de la misma, para mí iba apareciendo claro que Carrillo no tenía ningún interés en poner a discusión la situación en la dirección del Partido y que a los demás les pasaba lo mismo. Ante ello en una intervención, el 30 de enero de 1964, dije:

«Quiero comenzar por decir que me ha costado mucho trabajo, y me sigue costando, comprender el carácter de la discusión entablada. Comprender qué vamos a discutir en este punto y qué en los otros. Concretamente, dónde se va a discutir la cuestión de la unidad en el Partido y en su dirección.

»Había creído que esa cuestión se discutiría en este punto, pero los primeros camaradas que hablaron no se refirieron a ella.

»Luego, cuando habló Santiago, me dio la impresión de que iba al fondo del problema, pero que luego daba marcha atrás. Pensé que lo dejaba para otro punto; ahora me da la impresión de que su intención es dejar que cada uno vaya al toro como le parezca. Pero en fin, mi misión no es interpretar las intenciones del secretario general, sino expresar mis opiniones, y es lo que

voy a hacer.

»Opino que debemos examinar qué es lo que debemos hacer, qué debemos corregir y mejorar en nuestro trabajo para corregirlo.

»Hay cosas sobre las que no estoy de acuerdo y sobre las que me extenderé cuando tratemos esta cuestión de la unidad en la dirección del Partido. También explicaré mi desacuerdo con los artículos de Fernando y Federico, pero, repito, sobre esas y otras cuestiones pienso hablar cuando llegue el momento, pues lo que acabo de decir no es más que un anuncio de algunas de esas cuestiones.

»Camaradas, ¿vamos a meter el diente al asunto o vamos a seguir dándole vueltas a la noria?»

Después de mí interviene Carrillo intentando ahogar la discusión; dice, entre otras cosas:

«Me parece positivo que estos problemas de la unidad del Partido se planteen. Son problemas complejos y Enrique tenía razón. La autoridad no debe arrojarse a la discusión como un elemento de presión política. Sólo debe hacerse en caso de agresión directa a la unidad.

»A mi juicio, en la dirección del Partido no hay ninguna división. Lo que hay son ciertos problemas que están surgiendo y que hay que resolver y serán resueltos. »

La discusión continúa los días 10, 11 y 12 de febrero, y en mi intervención del día 10, entre otras cosas, dije:

«A lo largo de mi intervención anterior yo me he referido a diferentes cuestiones que coinciden con planteamientos del camarada Fernando, y ello puede dar la idea de que yo apruebo la conducta, los métodos, las opiniones de Fernando. Nada más lejos de la realidad. Una diferencia fundamental entre él y yo es que yo le planteé al secretario general mis discrepancias, y él no; es que yo no las he sacado de entre nosotros, y Fernando sí; es que yo no las aprovecho para apoyar otras cuestiones y conseguir objetivos contrarios al Partido, y él sí.

»Según mi opinión, Fernando se vale de principios justos y de debilidades reales para defender opiniones y posiciones no justas. Fernando aparece ahora levantando bandera contra unos métodos de los que él fue el más consecuente defensor. El que más consecuentemente los practicó a las órdenes de Santiago.

»Fernando ha sido desde hace años y hasta no hace mucho el camarada que en mayor grado participó en las tareas de la dirección del Partido. Durante años él sustituyó al secretario general cuando éste no estaba. Es el camarada que en mejores condiciones ha estado para hablar con Santiago y mostrarle sus inquietudes o sus desacuerdos.

»Fernando dice que su divisa es dudar de todo. Yo la hago mía para decir que dudo mucho del espíritu de imparcialidad y de sinceridad de Fernando al presentar los hechos. Yo tengo derecho a pensar que si Fernando no ha planteado antes sus discrepancias, es porque no tenía confianza en que sus opiniones prosperasen; es porque quería llevarlas fuera del núcleo de dirección; es porque, una vez más, quería aparecer como el único defensor de los principios del Partido; el único con valor entre nosotros para plantear sus opiniones. »

En una de sus intervenciones Claudín dijo:

«Paso a la segunda cuestión, hacia la que derivó la discusión. Sobre esa derivación quiero mostrar mi extrañeza (y no la misma extrañeza mostrada por Enrique), que consideraba que la discusión debía haber empezado por la situación en la dirección del Partido cuando eso no era lo acordado en el CE. »

El día 11, Carrillo interviene de nuevo y se dedica a dar una de cal y otra de arena. Dice:

«Hay sin duda diferencias en el trabajo del CE y del Secretariado. Hay muchos problemas que se resuelven fuera de las reuniones. Enrique ha planteado aquí diferentes cuestiones. Es cierto que siempre planteó las cosas con mucha franqueza. Le agradezco ese método. »

Y echándole un cable a Claudín y a Semprún, dice:

«La discusión agraria fue una tempestad en un vaso de agua. Y otra tempestad en otro vaso de agua sería querer hacer una división entre dogmáticos y no dogmáticos. Fernando ha llevado dos años de reflexión esperando lo que pudiese venir. En ellos no escribió nada y en las reuniones era el convidado de piedra.»

Claudín se agarra al cable lanzado por Carrillo para decir:

«Nuestras divergencias son importantes, pero no de principios. No están en discusión la línea política ni los principios; lo que está en discusión son aspectos de la aplicación. La unidad del Partido puede salir reforzada.»

El día 12 y no pudiendo haber ninguna duda en cuanto a la actividad disgregadora de Claudín y Semprún, la pasividad de Carrillo ante ellos y que se iba al degüello de la discusión con una resolución que no serviría para nada, propuse que la cuestión fuese llevada al CC sin perder más tiempo en discusiones inútiles.

Mi propuesta cayó como una bomba. Carrillo interviene y dice:

«Llevar la cuestión al CC puede ser útil y puede no serlo.»

Y Claudín, prudente:

«No me pronuncio si bastará la discusión en el CE o habrá que llevarla al CC.»

Según el acta de la reunión, yo insisto en los siguientes términos:

Enrique. — «No ve la posibilidad de una resolución del CE tal como están las cosas. Insiste en que es necesario llevar el problema al CC. Sería un error no llegar hasta el fondo en el examen de las discrepancias ahora que están ahí. No sé lo que pasará dentro de unos meses, pero vivimos en una situación en la que pueden haber cambios en los que la garantía de que nuestro Partido pueda jugar el papel que le corresponde estará en su unidad. Llegará sin duda un período en que no tengamos tanta

posibilidad de reunimos como ahora. Cada uno tendremos que llevar a la práctica las decisiones del Partido allí donde nos encontremos. ¿Qué pasará si cada uno vamos con un criterio diferente? Si se considera que reunir el CC es precipitado (no lo creo), propongo reunir el CE al completo bajo la presidencia de Dolores, y que decida lo que corresponde hacer. »

Al final se acordó esta segunda variante: reunir en la última parte de marzo el CE al completo. Se me encargó a mí salir para Moscú a informar a Dolores y luego ir a Praga para preparar la celebración de la reunión allí.

En Moscú, Dolores, después de escuchar mi larga y detallada información, se despachó de lo lindo contra «los ambiciosos que se disputaban a dentelladas lo que otros habían construido con sus sacrificios y su sangre».

De Moscú me trasladé a Praga. Planteé la petición a la dirección del Partido hermano, quedando el problema resuelto el mismo día, y al siguiente me trasladé al castillo que se ponía a nuestra disposición, a unos 30 Km. de Praga. Después de ver las condiciones del castillo, comuniqué a París que todo estaba resuelto, y unos días después comienzan a llegar los camaradas.

Praga (marzo-abril de 1964)

Las discusiones comenzaron en la última semana de marzo y continuaron toda la primera quincena de abril.

En una de mis intervenciones, el 1. ° de abril, entre otras cosas dije:

«En mi intervención de París planteé cuestiones que se refieren a lo que se está examinando en esta parte de la discusión. Di algunos ejemplos de métodos que no considero correctos y mostré mi discrepancia con determinadas cuestiones. Procuraré puntualizarlas aquí.

»Me quiero referir, en primer lugar, a esta cuestión de mis

planteamientos en relación con las dos vías. Y quiero comenzar por decir que rechazo la opinión expresada por algún camarada de que mientras la política del Partido es la reconciliación nacional y la salida pacífica, yo preconizo la lucha armada como única salida. Lo que he sostenido y sostengo, es que en el CE se deben tomar medidas orgánicas correspondientes en relación con la salida violenta.

»Lo que decimos está en los documentos y artículos. Hay muchas cosas sobre esta cuestión. Pero, al mismo tiempo, desde el punto de vista de medidas orgánicas en relación con estos planteamientos, no hay nada en absoluto. El camarada Carrillo dice que cuando haga falta estamos en condiciones de preparar en cuatro o cinco meses tal posibilidad, pero, además, yo pregunto: ¿Es que vamos a saber con cuatro o cinco meses de anticipación cuándo va a dar comienzo la lucha armada? ¿Es que somos nosotros solos los que vamos a decidir la fecha de la lucha armada? ¿Es que fuimos nosotros los que decidimos la crisis de Berlín? ¿Es que fuimos nosotros los que decidimos la crisis del Caribe, que al existir bases yanquis en España la hubiera convertido en campo de batalla y nos hubiesen llevado, sin duda, a la lucha por todos los medios contra esas bases? Para referirme a cosas exteriores. Pero ¿es qué fuimos nosotros los que decidimos la sublevación de 1936? No. Por eso, yo esto no lo comprendo.

»Afirmé, y reafirmo, que no basta sólo con prever y exponer la perspectiva de la lucha armada, sino que hay que prepararse práctica y realmente para ella.

»En el proyecto del plan a que me he referido, entre otras medidas proponía hacer un recuento de todos nuestros cuadros militares y guerrilleros, ver el estado actual de cada uno desde todos los puntos de vista: político, moral, físico y de su preparación técnica, tomando en los casos necesarios y con los camaradas que se creyese conveniente, las medidas necesarias para colocarlos a ellos mismos en las mejores condiciones combativas posibles y para emplearlos en la preparación combativa de las fuerzas jóvenes.

»Carrillo se ha esforzado en encerrar las discrepancias entre él y yo en que lo que yo quería era la creación de destacamentos de combate, entrenar a un número determinado de hombres en el manejo de armas y otros métodos de combate, hacer depósitos de las mismas, etc. , requería un aparato fuera y que él no estaba de acuerdo con ello.

»Una y otra vez le he preguntado: ¿Dónde están los otros aparatos? ¿Dónde están las decenas y decenas de funcionarios del Partido? Una gran parte fuera, en París y otros lugares fuera de España.

»En París hay quince aparatos —le dije—, con un total de 61 funcionarios cobrando de la caja central del Partido. De ellos, 25 son miembros del Comité Central. Hay, además, toda una serie de camaradas trabajando con esos aparatos, pero sin cobrar de la caja del Partido.

»Pienso que esas cifras, y otras que se podrían dar, pueden ser la mejor respuesta a lo que tú dices "nada de aparatos en París". Pero ¿es que después de esas discusiones entre Carrillo y yo hace años han disminuido o aumentado los aparatos fuera? Se han aumentado y en mucho. Pero, además, si se los quiere crear dentro, ¿por qué no hacerlo? No, la cuestión de discrepancia no es tampoco la de aparato más o menos.

»Las discrepancias son mucho más profundas y más amplias. Y la principal era, y es, la de si debemos marchar por una vía revolucionaria o reformista, y que en relación con ella, yo consideraba, y considero, que al Partido y a las masas no se les debe engañar, no se les debe decir una cosa y hacer otra diferente. Si se les dice que sí, "a pesar de nuestros esfuerzos por resolver el problema español por la vía pacífica no nos quedará más remedio que acudir a la violencia, a la lucha armada, estamos dispuestos y preparados para ello", se deben tomar las medidas de organización correspondientes a tal planteamiento.

»Como recordaréis, la mayor parte de los que estáis aquí, por haber participado en ellas, ya en las discusiones en el Buró Político de Bucarest, en abril-mayo de 1956, en una de mis intervenciones, después de dar mi acuerdo a los planteamientos

hechos por la camarada Dolores sobre la política de reconciliación nacional y saliendo al paso a ciertas tendencias que ya comenzaban a apuntarse en relación con ese planteamiento, dije:

»"Pienso que al hablar de nuestra guerra, de la sangre y sufrimientos que costó a nuestro pueblo, debemos hacerlo de forma que no aparezca ni por asomo, que condenamos la lucha gloriosa de nuestro pueblo por cerrar el paso al fascismo. ”

»El hecho de que también en nuestra zona se hayan cometido excesos, el hecho de que en los frentes de combate hayan caído miles de combatientes del bando contrario, no quiere decir que compartamos la culpa de nuestra guerra. Los únicos culpables son Franco y los que con él la desencadenaron. »

Y en relación con las dos vías agregué en esa misma reunión de 1956:

«Estoy de acuerdo en que debemos explicar a la mayor cantidad de gentes posible que existe otra vía que la armada para terminar con el franquismo y para llegar a la democracia; es decir, que existe la vía pacífica o forma pacífica, pero debemos explicar con toda energía que la forma violenta de terminar con el franquismo entra dentro de lo posible y que en un determinado momento puede ser la única viable, y debemos hablar de ello y explicar en qué condiciones y por qué causas puede producirse. Esto debemos hacerlo no para asustar a nadie, ni como una arma de chantaje, sino como una cosa real, porque, agotados otros medios, ése puede ser el único real para terminar con la dictadura, y porque no basta que una parte no quiera llegar a la violencia y menos aún a la guerra civil, si la otra, en este caso los ultras del régimen, sí lo quieren y la provocan.

»Muchos de nosotros podemos recordar cómo en los años 1935 – 1936, la dirección del Partido, al mismo tiempo que elaboraba y ponía en práctica su política de Frente Popular, prestaba una gran atención al desarrollo de las MAOC; a su instrucción, a su armamento, y que sobre la marcha, destacamentos de estas milicias cumplían misiones de protección de las manifestacio-

nes y acciones de masas.

»¿Qué hubiese pasado en 1936 si el Partido y otras organizaciones no hubiesen venido preparando a sus miembros y a las masas para hacer frente a la reacción con las armas en las manos? ¿Qué hubiese pasado si el Partido hubiese considerado que con los acuerdos por arriba y la victoria del Frente Popular en las elecciones bastaba?

»Hubiese pasado que al sublevarse la reacción y capitular el Gobierno, como intentó capitular ante Mola, el pueblo se hubiese encontrado desarmado y sin saber cómo hacer frente al enemigo. Pero eso no sucedió porque una parte de las masas estaban fogueadas, estaban entrenadas en la lucha, y ellas dieron los primeros asaltos a los centros de la reacción, a sus cuarteles, y esas vanguardias agruparon a su alrededor a otros miles de combatientes que aplastaron a los sublevados en una gran parte del país.

»Se habla mucho de cómo las masas asaltaron los cuarteles de las fuerzas armadas y de orden público, pero muchos han olvidado (o no quieren acordarse de ello) que eso fue posible gracias a la formidable escuela de luchas pasadas por las masas desde 1930 a 1936, y a los conocimientos y entrenamientos que habían adquirido toda una serie de destacamentos organizados después de octubre de 1934.

»De esto dicho en Bucarest hace ocho años nada tengo que retirar, sino por el contrario agregar, pues toda una serie de hechos posteriores a esa fecha han venido a darme plenamente la razón.

»Permitidme insistir sobre algunos de ellos aunque me repita.

»Se dice que no se pueden tener dos líneas. Yo estoy ciento por ciento de acuerdo. Pero ¿quién propone tener dos líneas? Yo no, camaradas. No propongo tener dos líneas. ¿Es que cuando luchábamos por el Frente Popular y nos dedicábamos a organizar y armar las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas y los grupos de autodefensa de las manifestaciones, teníamos dos líneas? Yo no lo creo. Yo no creo que tuviéramos dos líneas. Teníamos una sola línea, pero era una línea que no sólo era revolucionaria, sino que al mismo tiempo se aplicaba revolu-

cionariamente. ¿Es que aquello nos quitaba, nos quitó aliados? Creo que fue todo lo contrario. Sé que hay grandes diferencias entre una situación y la otra; yo sé que no es la misma nuestra política de Frente Popular que nuestra política de reconciliación nacional; yo sé que no es lo mismo el período de antes de la guerra de 1936 – 1939 y el período posterior a la guerra y actual. Yo sé todo eso.

»Carrillo ha dicho que no fue él, sino el CE quien rechazó mis opiniones. ¿Cuándo? ¿Dónde? Esa cuestión la discutimos Carrillo y yo, primero, y Carrillo, Marín y yo, después; pero no fue llevada al CE, que hubiese sido lo correcto.

»Está claro que si no fue llevado al CE es porque Carrillo no quiso. Éste es un ejemplo más de esos métodos contra los que vengo protestando y luchando desde hace bastantes años. »

En esa intervención mía a la que me estoy refiriendo, había terminado esta parte así:

«En relación con estas cuestiones, sobre todo en esta situación, quería dejar expresado con el máximo de claridad mi posición, para que nadie, ni en un sentido ni en otro, pueda sacar conclusiones que no corresponden a mis opiniones. »

En otra intervención y respondiendo principalmente a Claudín, dije:

«En esta parte de la discusión sólo quiero dar mi opinión sobre algunas de las cuestiones que me han llamado la atención en la intervención del camarada Fernando.

»Según el camarada Fernando, las tendencias extremistas e izquierdistas en España sólo abarcan a unas cuantas cabezas locas y, por eso, las posiciones chinas no cuajarán en España. Yo discrepo de esa opinión de Fernando. Opino que el izquierdismo, el deseo de terminar con la opresión, de sacudirse la dictadura franquista, sea como sea, no abarca sólo a unas cuantas cabezas locas ni a unos cuantos chinistas, sino a mucha más gente y que eso va tomando cada vez más cuerpo.

»Opino que los chinos pueden encontrar en España quienes los

escuchen, y si aceptamos la línea que nos propone el camarada Fernando les daríamos servida en bandeja una magnífica plataforma. Sería el mejor servicio que podríamos hacerles a los chinos.

»Otra cuestión que ha planteado el camarada Fernando es que él considera que hoy la salida, no sólo más probable sino obligatoria, será la de la oligarquía. Y refiriéndose al tiempo que esta salida va a predominar, en que la oligarquía va a sostenerse en el poder, nos lo pone tremendamente largo.

»Yo pregunto: Y aunque fuese así, ¿qué? ¿Debemos prepararnos y preparar al Partido para meternos entre los faldones de la oligarquía, como nos propone Fernando, o debemos prepararnos y preparar al Partido para empujar hacia la salida revolucionaria, para ponerse a la cabeza de todas las formas de lucha, y entre ellas la lucha armada?

»Y en relación con esto, quiero recordar posiciones mías en las que sigo estando firmemente, pero posiciones que jamás he sacado de los marcos del Comité Ejecutivo.

»Quiero aprovechar, para repetir, para los que no las conocen, cuáles son esas opiniones mías. Con motivo de la tensión internacional y ante la agravación de la situación de Berlín, en septiembre de 1961, en vísperas de la salida del camarada Santiago para el Congreso del PCUS, el Comité Ejecutivo, a propuesta de Santiago, nos encargó al camarada Marín y a mí preparar un plan para la creación de destacamentos de combate y otro de ataque a las bases americanas en España. Marín y yo comenzamos a trabajar en la elaboración de esos planes, y como Marín tuvo que marcharse continué yo solo la elaboración de los mismos.

»En la elaboración de esos planes tuve en cuenta no sólo la necesidad de tener que recurrir a su aplicación, en caso de agudización de la situación internacional, o de guerra, sino también su aplicación en caso de tener que recurrir a la salida violenta. Al elaborar esos planes me inspiré en lo que se había dicho en la reunión del Comité Ejecutivo, lo que se decía en los documentos del Partido y, fundamentalmente, en lo que acaba-

ba de decir el camarada Fernando en la reunión del Comité Central, que era lo más radical y más acorde con mis propias opiniones que yo había escuchado hasta ese momento. En la reseña de esa reunión, además con un subtítulo que ya da el tono, dice: "Lo pacífico y lo violento", el camarada Fernando (estoy hablando del 61) dijo: "Desde el VI Congreso a hoy hemos ido esclareciendo cada vez más el significado de la vía pacífica, su relación dialéctica con la vía armada. " Y más adelante: "En el curso mismo del proceso que lleva hacia ese levantamiento de masas —se refiere al levantamiento nacional—, es decir, en el curso de las acciones parciales, no pueden por menos de manifestarse ya aspectos pacíficos y violentos, que prefiguran en cierto modo, aunque sea en germen, lo que puede ser dicho levantamiento general. "

Y más adelante: "Un precedente histórico que puede servir de enseñanza para hoy es el período 1934 – 1936, analizado en la Historia del Partido. En 1934 era muy difícil saber si el desenlace de la lucha entre las fuerzas demócratas, republicanas y las fuerzas reaccionarias, fascistas, iba a ser pacífico o a través de la lucha armada, de la guerra civil. " Es decir, completamente lo contrario de las conclusiones que saca hoy el camarada Fernando.

»"A lo largo de ese intenso período —sigue Claudín y se está refiriendo al período 1934 – 1936—, vemos que lo 'pacífico' y lo 'violento' se entremezclan cotidianamente. "

»Y más adelante:

»"A medida que la perspectiva de una salida armada aparece como más probable que antes", o sea, en ese momento de 1961, aparecía claro para el camarada Fernando que la salida más probable era la salida armada. Es decir, que en esa reunión el camarada Fernando había llegado a donde no habíamos llegado ninguno, porque por mucho que busquemos en las intervenciones de cualquiera de nosotros, incluidas las mías en Cuba, donde todo el ambiente desde este punto de vista podía conducir hacia ello, no encontraremos una formulación y unos planteamientos de ese tipo.

»Continuando con lo que estaba diciendo anteriormente, al mismo tiempo que trabajaba en la elaboración de los dos planes, propuse en una reunión del Comité Ejecutivo, presidida por el camarada Fernando, pues el camarada Carrillo estaba en Moscú, algunas medidas prácticas, entre ellas, el envío de un camarada a recoger algunos datos sobre el terreno, de la base de Morón, en la provincia de Sevilla. Propuestas que fueron aceptadas y acogidas por el Comité Ejecutivo en esa reunión presidida por el camarada Fernando, de forma completa, absoluta, y el camarada que yo había preparado salió para Morón a recoger los datos correspondientes.

»Al regresar el camarada Santiago del Congreso del PCUS y explicarle yo los dos planes elaborados como digo, Marín, que también había regresado ya, ante las opiniones contrarias de Santiago, dio marcha atrás y yo quedé solo defendiendo esos planes. Santiago los rechazó, echando en la discusión un nuevo elemento, que es el de que yo quería organizar un aparato y se oponía a la creación de ningún aparato en la emigración. Otro argumento era que el llevar adelante el trabajo previsto en esos planes iba contra nuestra política de reconciliación nacional.

»Las ideas expuestas por mí en los dos proyectos del plan, que por indicaciones de Santiago destruí para evitar peligros de que cayeran en manos de gente extraña, y defendidas por mí en las dos reuniones, estaban basadas en la necesidad de elaborar esos planes, sobre todo el de los cuadros para los destacamentos, y tomar las medidas, para su ejecución, no sólo con vistas a su aplicación en caso de agudización de la situación internacional o de guerra, sino con vistas, repito, a la salida violenta, a la salida armada de la situación e incluso para el apoyo de grandes acciones de masas. Sostuve, y sostengo, que nuestras medidas de organización y preparación de ciertos medios con vistas a la salida violenta no debían de estar supeditadas a los vaivenes de la política internacional ni a los altos y bajos de nuestras relaciones y conversaciones con otras fuerzas antifranquistas. Opiné, y opino, que si no hay ninguna contradicción entre la defensa pública de nuestra política de reconciliación nacional y de salida pacífica y el planteamiento de Santiago de que

si el problema no se resolviera en un plazo no largo, por la vía pacífica, habría que resolverlo por la vía violenta, y que nosotros nos preparásemos para una tal salida, menos contradicción podía haber entre ese planteamiento y las medidas para asegurar su realización.

»En el artículo de Santiago en Nuestras Ideas, de abril de 1961, se puede leer: "O el país se democratiza por la vía pacífica, ahora, como nosotros proponemos, o la democratización del país sobrevendrá tras una lucha armada que en la época actual se resolvería indudablemente a favor de las fuerzas revolucionarias. Si la dictadura permanece aún un par de años —escribe Santiago—, toda posibilidad de cambio pacífico podría desvanecerse. La insurrección popular sería la única salida. "

»He rechazado, y rechazo, el argumento de que si tomamos ciertas medidas de orden orgánico y práctico en ese sentido, ponemos en peligro nuestra política de reconciliación nacional y de lucha por la salida pacífica. No se trata de darle al Partido la consigna de armarse ni de que se pase a la preparación de la insurrección armada. Se trata de tomar en el órgano del Partido que corresponda, las medidas correspondientes a los planteamientos políticos que se vienen haciendo; lo contrario es engañar al Partido y a las masas. Opino que a partir del VI Congreso, las medidas orgánicas y prácticas para la aplicación de los acuerdos y planteamientos políticos de las reuniones y documentos del Partido no corresponden a esos planteamientos, o mejor dicho, tales medidas son totalmente inexistentes. »

Las discusiones entre Carrillo y yo no fueron nada amenas. Cuanto más avanzábamos en la discusión, tanto mejor me iba dando cuenta de que la propuesta de Carrillo de hacer esos dos planes, no había sido más que un nuevo intento por su parte de querer especular ante el PCUS y el movimiento comunista internacional, con una supuesta actividad revolucionaria y anti-imperialista de la dirección del Partido en España y de solidaridad con el Partido de la Unión Soviética. Esta propuesta fue hecha por Carrillo unos días antes de él salir para el Congreso del PCUS. La idea de que había sido el juguete de una especu-

lación política se reafirmó en mí cuando la crisis del Caribe. Creo que no es pecar de malicioso si uno se pregunta: ¿Por qué se planteó la cuestión de preparar un plan de creación de destacamento de combate y otro de ataque a las bases norteamericanas cuando la crisis de Berlín de 1961 y no en octubre de 1962, cuando la crisis de Cuba, que estuvimos más cerca de la guerra? Porque en octubre de 1962 no había Congreso del PCUS y, por tanto, no tenía Carrillo un lugar donde aparecer especulando con cosas que ni soñaba realizar.

Pero sigamos con mi intervención.

«Quiero referirme también a lo que considero la perla de los planteamientos del camarada Fernando. Me refiero a sus opiniones sobre el Partido. ¿Qué nos propone Fernando? ¿Qué Partido realmente democrático es ese del que habla Fernando? ¿A qué tipo de democracia se refiere Fernando? ¿Se refiere a que hay que corregir debilidades que hay, y no pocas, en nuestros métodos de trabajo y en determinados planteamientos? En eso yo estoy de acuerdo, y de ello ya hablé y volveré a hablar tantas veces como haga falta. ¿Se refiere a que hay que hacer un Partido que de confianza a la oligarquía, a la burguesía liberal y a ciertos tipos de intelectuales? Si algo he entendido, no sólo de lo que ha dicho Fernando en esta reunión, sino también de lo que han dicho Fernando y Federico en reuniones anteriores, de eso es de lo que se trata. Aunque en esta cuestión sean menos claros y menos explícitos que en otras, pero, en fin, aunque soy bastante lento para comprender, lo que he comprendido (y ojala me equivoque) es que se quiere ese tipo de Partido en el que pueden tener confianza no las masas obreras y campesinas, sino toda otra serie de gentes.

»Como es natural, no estoy de acuerdo con esto, no puedo estar de acuerdo porque eso no sería un Partido Comunista, eso no sería el Partido marxista-leninista. Pero, además, ese Partido, esos partidos existen ya; como se dice en mi tierra, no hace falta nada más que "desapuntarse" de éste y "apuntarse" en alguno de éstos. Nos "desapuntamos" de éste y nos "apuntamos" en otro, porque en ese tipo de partido es en el que tiene

confianza la oligarquía, la burguesía, cierto tipo de intelectuales, etc. Esos partidos existen ya en nuestro país. Llegamos demasiado tarde todos nosotros para crear un tal Partido.

»Todavía dos cuestiones: el camarada Fernando repite a los largo de su intervención que entre nosotros no hay discrepancias fundamentales, que en las cuestiones fundamentales estamos de acuerdo. Camaradas, o yo no entiendo nada, o creo que las discrepancias entre nosotros son sobre cuestiones fundamentales, sobre las cuestiones fundamentales de principio, políticas, organizativas. Y repito, o no comprendo nada o tal como comprendo estas cuestiones y tal como las he defendido en treinta y tantos años que llevo en el Partido, lo que está aquí en cuestión, precisamente, es todo, todo lo fundamental, todo lo decisivo de un Partido revolucionario. »

Después de referirme a diferentes cuestiones de tipo orgánico dije:

«Pienso que no basta decir que necesitamos un colectivo unido, como si esto tuvieran que organizarlo otros, o si cayera del cielo; sino que somos nosotros quienes debemos hacerlo para que realmente sea un verdadero colectivo de trabajo, una verdadera dirección colectiva. »

A través de esas y otras intervenciones anteriores y posteriores, aparece claramente mi opinión de que las medidas orgánicas y prácticas para la aplicación de los acuerdos y planteamientos políticos de las reuniones del Partido, no correspondían a esos acuerdos y planteamientos.

De diferentes formas y en diferentes momentos, y sin sacar jamás la cuestión fuera de la dirección del Partido, me esforcé en exponer estas opiniones más de que no era correcto que, mientras en nuestros discursos, artículos y documentos se daba a entender o se decía abiertamente, que tomábamos medidas para el caso de una salida violenta, en la práctica no se hiciera nada en este sentido.

Sobre estas cuestiones, Santiago Carrillo manifestó lo siguiente:

«Los chinos y chinistas empujan un desarrollo, una desviación de izquierda, que puede ser muy seria en nuestro país. No tan seria quizá como piensan algunos, pero más seria de lo que expresa Claudín. Yo quiero decir, camaradas, que hoy sigo pensando que la opinión del camarada Líster, con todos los respetos, cuando discutimos esos problemas, no era justa. Porque, es verdad, cuando hubo la crisis de Berlín nosotros dijimos: Bueno, si se produce la crisis hay que ver cómo hacemos algo contra las bases yanquis antes de que destruyan atómicamente España; por lo menos vamos a hacer nuestro "*baroud de honor*". Pero lo que nos planteamos entonces no eran problemas de la organización de la lucha armada.

»Paso una crisis y la idea que ha expresado hoy aquí Líster es que debíamos haber seguido preparando, organizando, porque hablar de las dos salidas sin organizar la salida armada es demagogia. No, camaradas; yo creo que Líster debe reflexionar sobre esto.

»Yo quiero reconocer de todas maneras que Líster tiene el mérito de que esas opiniones las ha expresado en el CE, y yo no he tenido nunca, nunca, la menor indicación, el menor indicio de que Líster haya sacado esas cuestiones fuera del CE. Es decir, lo que ha dicho aquí es a mi juicio exacto. »

La discusión de Praga terminó con una resolución condenando a Claudín y Semprún. Era la antesala de su expulsión del Partido, la cual llegó en febrero de 1965.

El VII Congreso

En junio de 1965 celebramos en París el VII Congreso del Partido. En cuanto al escamoteo de cuestiones importantes no se distinguió de los anteriores, sino para ir a peor. Incluso se le escamoteó al Partido toda información sobre el mismo: su celebración, sus acuerdos, etc. Hoy, al cabo de los años, no se ha dado al Partido ninguna información ni documento oficial de ese Congreso.

Uno de los hechos más escandalosos del VII Congreso fue lo que hizo Carrillo con la carta de los tres miembros del Comité Central, Núñez, Ardíaca y Ormazábal, que en esa época se encontraban en el presidio de Burgos.

La carta estaba dirigida al CC y al CE. La opinión de todos los miembros del CE, al leerla, fue que en ella había planteamientos incorrectos, otros, exagerados y dudosos, pero que había otros muchos que eran al ciento por ciento correctos. El propio Carrillo dijo que había bastantes cosas que sería necesario recoger y tener en cuenta.

Confiados en esa opinión del secretario general, esperamos que la cuestión del examen de la carta fuera incluida en nuestro programa de trabajo. Así llegamos al día anterior de la apertura del Congreso, en que Carrillo, por sorpresa, planteó ante el Comité Ejecutivo que la cuestión de la carta de los tres camaradas debía ser llevada al CC. Así se hizo. Le encargó a un ex preso, Lucio Lobato, hacer de fiscal y la carta fue condenada en bloque: tanto lo no correcto como lo correcto. Condena que fue plasmada en una larga resolución, que se hizo aprobar por el Congreso, y siendo la primera medida represiva la no reelección de los tres camaradas para el CC.

Carrillo preparó la maniobra y la llevó a cabo con el jesuitismo que le es característico. Primero nos adormeció a los miembros del Comité Ejecutivo con su cortina de humo de que «en la carta había muchas cosas correctas que debíamos examinar en el CE y tenerlas en cuenta».

Y después de obtener la condena por sorpresa, le dejó a los «acusados» la puerta entreabierta para volver al CC, condicionándola a que se hicieran una autocrítica del gusto de Carrillo. Y los tres camaradas encerrados en un presidio franquista, cuando les llegó la condenación aprobada por todo un Congreso, se hacen una autocrítica en la que se arrastran por los suelos.

Entonces viene el segundo acto de la maniobra. En un pleno del CC es el propio Carrillo el que propone que los tres camaradas vuelvan a ser miembros de este organismo, y Carrillo —

que organizó y dirigió toda la maniobra de condenación— aparece como el hombre bueno y justiciero.

Con este golpe por sorpresa, Carrillo no sólo les ajustó las cuentas a tres camaradas, sino que cortó el planteamiento de otras cuestiones en el Congreso, que sin el ambiente que se creó con ese llamado ataque a la unidad del Partido hubieran sido planteados.

Reconciliación nacional

En junio de 1956 se hizo pública una declaración del CC sobre la reconciliación nacional. Lo que en ese momento aparecía como un planteamiento político correcto no era otra cosa que un paso más en la vía de ir preparando el PCE para la colaboración de clases que hoy practica.

Desde hacía ya bastantes años había ido apareciendo una diferencia entre lo escrito y su aplicación. En la letra, el contenido de la línea política era revolucionario, pero en la aplicación se la vaciaba de ese contenido.

Según la letra, se trataba de liquidar la divisoria entre los combatientes de uno y otro lado de las trincheras y de una y otra retaguardia y establecerla entre ganadores y perdedores de la guerra, es decir, entre la inmensa mayoría de españoles que, independientemente del campo en que hubiesen luchado, habían sufrido y continuaban sufriendo las consecuencias de la guerra por igual, y una minoría para la que la guerra había sido un negocio fabuloso.

Ése era el contenido que se le atribuía a la política de reconciliación nacional.

En la letra, el planteamiento de esa política era justo ciento por ciento. Se trataba, según ello, de colocar por encima de todo el interés patriótico de cerrar las trincheras abiertas por la guerra para dedicar los esfuerzos de todos los perjudicados por esa misma guerra, independientemente del campo donde hubiesen combatido, a combatir al enemigo común: los grandes explota-

dores, culpables y únicos beneficiados de la guerra.

Pero detrás de esos planteamientos justos, Carrillo fue inculcando al Partido desde el primer día todo su contrabando revisionista, oportunista y de colaboración de clases que hoy aparece a la vista de todos.

Yo me enfrenté con esa política según me fui dando cuenta de ella. El 30 de abril de 1962, en una carta dirigida al CE, entre otras cosas, escribía: «Todos sabéis que debido a la forma en que la dirección del Partido viene planteando la cuestión, bastantes camaradas han interpretado nuestra política de reconciliación nacional y de salida pacífica como si tanta culpa tuviésemos en la guerra los que habíamos empuñado las armas de un lado como del otro. Se ha ido creando un estado de ánimo como si los que nos hemos batido en la guerra en defensa de la República hubiésemos cometido un delito por el que nos debíamos hacer la autocrítica.

»Estuve de acuerdo con el planteamiento de la política de reconciliación nacional y de hacer esfuerzos para conseguir los cambios que España necesita por una vía pacífica. Pero no estuve, ni estoy de acuerdo, con las interpretaciones y aplicaciones que a esa política se le han dado, y se le siguen dando por el camarada Carrillo y otros miembros del Partido. Si recuerdo esto, camaradas del CE, es porque creo que es un ejemplo bastante claro del empleo de esos malos métodos que considero deben ser liquidados.

»¿Qué se quiere entonces reconciliar? ¿Se quiere reconciliar a los que durante la guerra, bien emboscados en las dos retaguardias, se dedicaron a lo que hoy quisieran hacer olvidar y amnistiar? Esos son una minoría insignificante, pero poderosa por los puestos que ocupan en el campo franquista y por el que ocupan algunos en el campo republicano e incluso comunista.

»Para los que hemos combatido en los frentes de batalla y para los que trabajaron honradamente en las dos retaguardias, la reconciliación en cuanto a los problemas de la guerra está hecha hace mucho tiempo. Esas trincheras de la guerra de las grandes y pequeñas batallas están cerradas y bien cerradas.

Pero lo que no está cerrado, lo que sigue abierta y agrandándose cada día, es la gran trinchera entre explotados y explotadores. Y a cerrar esa trinchera es a lo que dedican todo su esfuerzo los partidarios de la reconciliación de clases, que nada tiene de común con la reconciliación de los españoles que hemos hecho la guerra en uno u otro campo. »

Una política, de principio justa, de unir a todas las víctimas de la guerra en el esfuerzo común de terminar con la opresión y conquistar la democracia fue aplicada en la práctica de la manera más escandalosamente oportunista y completamente contraria a los intereses de los perjudicados y en beneficio de los culpables de la guerra.

Uno de los hechos más escandalosos es que, en la aplicación de esa política, se nos coloca en el mismo plano de culpabilidad de la guerra a los que defendimos el régimen republicano que el pueblo se había dado democráticamente y a los que se sublevaron contra él, presentándonos como culpables tanto a los que defendimos la democracia y el pueblo como a los que implantaron el fascismo. Esto puede encontrarse en los escritos de los años posteriores a 1957, pero, sobre todo, aparecía descaradamente en las cartas e instrucciones de Carrillo a los instructores y responsables y en los planteamientos que se hacían en las reuniones. Y aparece más descaradamente aún en los escritos de Carrillo de estos últimos años.

De esa forma, Carrillo, comprometiendo la independencia del Partido y renunciando a los principios, iba preparando el terreno para llegar a la política de colaboración de clases que hoy practica. Por parte de los carrillistas se implora, de los aliados burgueses, el perdón y el olvido por la resistencia del pueblo al fascismo y a la reacción. Carrillo y sus ayudantes se han esforzado y se siguen esforzando por ensuciar esa página gloriosa de la historia de nuestro pueblo en defensa de la democracia, que ha sido la Guerra Nacional Revolucionaria de 1936 – 1939.

De esa forma se iba educando al Partido en la colaboración, compromisos y alianzas con las fuerzas burguesas, que es hoy el centro de la política del carrillismo, mientras se daba de lado

el trabajo de unidad y alianza entre las fuerzas realmente democráticas y, fundamentalmente, obreras y campesinas.

CAPÍTULO VIII

CHECOSLOVAQUIA (1968)

EN el asunto de los acontecimientos de Checoslovaquia en agosto de 1968, Carrillo jugó sucio todo el tiempo y ya antes de que las tropas del Pacto de Varsovia entraran en Checoslovaquia el 21 de agosto. Jugó sucio con todo y con todos, incluido conmigo. Sobre mi posición en relación con esta cuestión se ha hablado y escrito mucho, achacándome cada uno la posición que mejor le va para servir sus propios objetivos. He aquí mi posición, que no he ocultado nunca ni al Partido ni públicamente ni ante los partidos de los países del Pacto de Varsovia, y en primer lugar, a los camaradas soviéticos y checoslovacos.

Llegué a Praga el 19 de agosto y me quedé allí hasta el 6 de septiembre. Viví en el hotel Praga, hotel central del Partido y centro de toda una serie de acontecimientos. Además de tener contacto con el pueblo checoslovaco y con los soldados soviéticos en las calles, tuve conversaciones con dirigentes checoslovacos y con mandos de las fuerzas soviéticas. He residido en Praga cinco años permanentemente y he hecho visitas y tenido reuniones allí centenares de veces desde 1946, que asistí, en nombre del PCE, al VIII Congreso del Partido Comunista checoslovaco. Hablo el ruso, y mi esposa y mis hijos, que estaban conmigo durante esos acontecimientos, además del ruso hablan el checo. Es decir que gocé de magníficas condiciones para enterarme de lo que pasó en Praga durante las dos semanas principales de los acontecimientos. Además, llevé día a día, y en muchos casos hora a hora, un diario escrito de todo lo que iba viendo o conversando, y las conclusiones que sacaba.

Pero no se trata de dar aquí todo lo escrito. Sería otro libro. Aquí sólo voy a resumir algunos hechos a través de los cuales aparecen claras mis opiniones sobre los mismos y sobre el conjunto del problema.

Pero veamos mis opiniones a través de mis planteamientos en los órganos dirigentes del Partido.

Salgo de Praga el 6 de septiembre y llego a París el 7. Ese mismo día me pongo en relación con Carrillo, que había llegado de Italia el día 5, y él me informó que el día anterior se habían reunido los miembros del CE que estaban en París para discutir la declaración hecha pública el 28 de agosto en nombre del CE, y que en realidad era la obra de una minoría del mismo.

Para el día 15, Carrillo se hace preparar un acto de la organización de París, donde suelta un montón de porquerías en relación con los acontecimientos de Checoslovaquia.

Yo llego a la reunión cuando ya va a comenzar Carrillo su perorata; entro por una puerta de atrás y me siento sin que la presidencia se entere de mi llegada. Durante el rollo de Carrillo, yo no aplaudo ni una sola vez. Los que están cerca de mí y me ven, al darse cuenta, hacen lo mismo.

Al terminar el acto, Carrillo se entera que estoy en la sala, me busca y me pregunta por qué no subí a la presidencia. Le respondí que había preferido un baño de base a una exhibición de jefazos, y nos despedimos.

Nos encontramos de nuevo dos días después no lejos de París, donde, por fin, se iba a reunir el CE al completo y luego el CC.

Comenzamos la reunión del CE a las 10 de la mañana del día 17, con la discusión del orden del día para el pleno del CC, que debía de comenzar a las 9 de la mañana del día siguiente.

A los tres puntos que traía preparados, Carrillo propuso, apoyado por José Moix y Eduardo García, que se agregase un cuarto punto sobre los métodos que se empleaban en el CE, sobre todo por parte del secretario general y el desenfrenado culto a sí mismo.

La discusión fue difícil y duró hasta las cinco de la mañana del día siguiente, pues a las nueve debía dar comienzo el pleno del CC. Al final se llegó al compromiso de no presentar ese cuarto punto en el pleno del Comité Central y proseguir después de éste la discusión sobre ello en el CE y caso de no llegar a un acuerdo llevarlo entonces a una nueva reunión del CC.

El acuerdo era cojo, pero Carrillo contaba con la mayoría en el CE, y para nosotros no estaba claro cuál iba a ser la actitud del CC. La verdad es que nosotros, y en primer lugar yo, cometimos un grave error al no llevar la batalla hasta el CC. La verdad es que luego no hubo reunión del CE ni del CC para discutir esas cuestiones. En esa reunión del CE, en una de mis intervenciones dije:

«Una vez más estoy en contra de los métodos empleados en el CE. Un mes antes de la intervención en Checoslovaquia, una ínfima minoría de miembros del Comité Ejecutivo (cuatro, de diecinueve) y del Comité Central (dieciséis, de ochenta y nueve) toma la decisión de condenarla, si se producía, y de llevar al público esa condenación en nombre del Partido.

»Al producirse la intervención, cinco miembros del Comité Ejecutivo escriben una carta en nombre de éste al Partido Comunista de la Unión Soviética y luego tienen una entrevista con la dirección del mismo, tomando posición en nombre de nuestro Partido contra la misma.

»Unos días después, estos cinco camaradas publican una declaración en el mismo sentido en nombre del Comité Ejecutivo.

»El secretario general del Partido tiene conversaciones en Bucarest con los dirigentes del Partido rumano, y en Roma con los del Partido italiano, sin estar mandatado para ello por el Comité Ejecutivo, que hubiese sido lo correcto, teniendo en cuenta lo complicado de la cuestión.

»¿Es que estos métodos tienen algo de común con el centralismo democrático, ni con las normas más elementales del funcionamiento de una dirección colectiva? No, son todo lo contrario.

»Si tan grave se consideraba la situación, ¿por qué no se sus-

pendieron las vacaciones? Sin ellas hemos vivido la mayor parte de nuestra vida y aquí estamos. El camarada Mendezona dice que harían falta varias semanas para poder reunimos; yo afirmo que en tres o cuatro días podíamos reunir la casi totalidad del Comité Ejecutivo. Y siempre seríamos la mayoría y no una minoría de cinco, de diecinueve. ¿Es que eso hubiera retrasado la declaración? Claro que no.

»Esto sucedió así porque así quería el secretario general que sucediese y colocarnos al Comité Ejecutivo y al Comité Central ante el hecho consumado. Ello es un ejemplo más de malos métodos de dirección y de un abuso de poder. Quiero dejar constancia, una vez más, de mi desacuerdo con el empleo de tales métodos. »

En la discusión se pudo ver cómo la decisión tomada un mes antes de la intervención fue empleada en las discusiones de Madrid y otros lugares para «convencer» a los camaradas que debía ser aprobada la declaración del CE del 28 de agosto. Este argumento se empleó, incluso, en nuestra reunión. Mendezona, tan ligero como siempre, dijo:

«Se había previsto la contingencia de la intervención militar y cuál iba a ser nuestra posición. »

¡Más claro, agua!

El pleno del CC duró dos días. Fue polémico y Carrillo y sus partidarios pasaron muy malos ratos, pero sus medidas fueron aprobadas. En mi intervención, entre otras cosas, dije:

«Camaradas, he pasado todos los acontecimientos de Checoslovaquia en Praga. Había llegado a Praga el 19, y por tanto estaba allí en el momento de la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia. Luego decidí quedarme (habiendo podido salir al segundo día, como tenía previsto, pues tenía todas las condiciones para salir), para vivir los acontecimientos en su propia salsa y verlos por mí. Además he decidido, desde el primer día, hacerme un diario de los acontecimientos tal como los veía, de lo que veía y a las conclusiones a que llegaba.

»No os voy a cansar ni a sacar vuestro tiempo leyéndoos ese

diario, pero a vuestra disposición está.

»Estoy en contra de esa intervención porque considero que no está justificada en ese momento y, por tanto, ha sido un error. Como es natural, no estoy en contra de todas las intervenciones. Estoy por todas las intervenciones que sirven para salvar la revolución, para ayudar a un pueblo en lucha, para salvar a un país socialista de una invasión o de caer en manos de la contrarrevolución. Pienso que estamos de acuerdo en que tales intervenciones, cuando están plenamente justificadas, nosotros tenemos que saludarlas y estar de acuerdo con ellas, independientemente del drama que esas intervenciones, incluso, puedan significar.

»Ahora bien, aquí estamos reunidos el Comité Central del Partido. Durante esos acontecimientos cada uno de nosotros estábamos en un lugar diferente: en Méjico, en Cuba, en Moscú, en Berlín, en Praga, en Francia y una gran parte de los camaradas en diferentes puntos de España. Cada uno hemos tenido que juzgar este drama desde el lugar donde estábamos, dentro del ambiente que cada uno vivíamos concretamente. Y es completamente natural que haya toda una serie de puntos de vista diferentes sobre la cuestión en discusión.

»Ahora, es aquí donde nosotros debemos elaborar realmente lo que va a ser nuestra política, nuestra orientación sobre esa cuestión y lo debemos elaborar entre todos. Pienso que una condición para eso es que cada uno demos honestamente, honradamente, nuestra opinión sobre este drama, tal como consideramos que lo debemos dar, tal como cada uno lo hemos visto o sentido, sin medias verdades, sin dejarse en el tintero informaciones que nos puedan ayudar a los demás y sin poner pimienta o sal y, sobre todo, sin dejarnos maniobrar.

»Pienso que el drama de por sí es ya lo suficientemente terrible para nuestro movimiento y para nuestro Partido, para que haya que venir aquí con medias verdades, agitarnos los unos a los otros o arrimar el ascua a nuestra sardina, a lo que queremos defender y hacer ver, corresponda o no corresponda totalmente a la verdad. Eso es lo que hemos podido ver aquí por parte de

Antón, Sánchez Montero, Azcárate, Romero Marín, Gallego y otros.

»Por ejemplo, ¿es que para no estar de acuerdo con la intervención en Checoslovaquia hace falta negar que allí había una fuerza contrarrevolucionaria? ¿Que esa fuerza contrarrevolucionaria actuaba? ¿Hace falta negar que en el Partido Comunista, dividido de arriba abajo, había una gran lucha? Pienso que no hace falta negar eso. ¿Es que hace falta decir que hasta enero todo era terrible y de enero para acá todo era maravilloso? No, porque es mentira, y lo de la primavera de Praga es un cuento de camino.

»Pienso que no es necesario cargar las tintas. Pienso que de enero para acá había una gran lucha, que los elementos que querían restablecer la democracia socialista iban ganando posiciones en esta lucha y le iban sacando terreno de debajo de los pies a los elementos derechistas, y a los novotnistas, a los elementos antisocialistas en el país.

»Pero negar de que en la radio, en los periódicos, en las universidades y otros lugares no había elementos antisocialistas, no había elementos derechistas, no había, en una palabra, una actividad contrarrevolucionaria, es negar la evidencia, es ser más papista que el Papa, esto no lo niega ni Dubcek y no lo niegan los checos, eso estaba a la vista de todos.

»¿Por qué necesitamos nosotros negar esto? Pienso que lo honesto, lo honrado —además tenemos todas las pruebas ahí— es que en esta gran lucha política, civil, los elementos progresistas del Partido y la parte progresista del país, la parte socialista del país, que es la inmensa mayoría, iban arrinconando a los elementos antisocialistas. Los iban arrinconando en el Partido y les iban sacando posiciones en el Partido, como demuestra la discusión del proyecto de Estatutos, etc.

»Para mí, en la marcha de los acontecimientos de Checoslovaquia había toda la garantía de que las consecuencias de la política de Novotni (a la que no me voy a referir porque estoy de acuerdo con lo que se ha dicho aquí) se iba liquidando poco a poco en medio de una lucha política, preparándose para el XIV

Congreso, donde iba haber una gran batalla; tengo el convencimiento que en ese XIV Congreso las fuerzas sanas del Partido hubieran triunfado sobre los elementos sectarios, novotnistas, y sobre los elementos derechistas. ¿Por qué vienen, entonces, a hablarnos aquí algunos camaradas de unanimidad completa del pueblo y de todo el Partido con una determinada posición?

»Camaradas: las cosas son mucho más trágicas y más complicadas. Miles y decenas de miles de dramas ha habido en las familias checoslovacas. Yo he hablado con camaradas.

»He hablado cerca de cuatro horas con el secretario de Dubcek. He hablado con el responsable de la sección extranjera del Partido y con toda una serie de dirigentes, muchos de ellos conocidos por mí en su época como novotnistas. He procurado tener el máximo de elementos, no para condenar o no condenar la intervención; para eso no me hacía falta ningún nuevo elemento. Desde el primer día tuve el convencimiento (y mi familia que vivía conmigo lo mismo) de que la intervención no estaba justificada.

»Pero para mí, camaradas, hay muchas cosas que ni estaban claras ni están claras todavía.

»¿Por qué se ha hecho la intervención? ¿Es que son unos malvados los dirigentes de los cinco partidos? ¿Es que son unos estúpidos? No. Sería demasiado sencillo si fueran una cosa u otra. Pienso que no son ni unos estúpidos ni unos malvados. Pienso que todavía tenemos mucho hilo para hilar, para ir conociendo realmente qué es lo que ha movido todo esto.

»Pienso, camaradas, que cada uno de nosotros debemos de ser conscientes en esta discusión del inmenso follón en que estamos metidos y que, o cada uno de nosotros ponemos de nuestra parte todo lo que debemos poner para sacar de aquí las conclusiones, las directivas, la orientación más clara posible para hacer frente en primer lugar en lo nacional, en lo que se refiere a nuestro Partido, a las inmensas tareas que tenemos delante de nosotros, y en lo internacional, a la responsabilidad que como Partido Comunista de España tenemos, o sino no habremos

cumplido con nuestro deber de Comité Central.

»Por eso pienso que no hace falta ni olvidos ni pimientas, que el drama es lo suficientemente gordo para que necesite aditamentos extraños.

»Y aún quiero decir lo siguiente. Al final habrá una votación para aprobar o rechazar las decisiones del CE en relación con este problema. Para mí no hay duda de cuál será el resultado de esa votación. Será la aprobación de lo que hizo el CE, pero no nos engañemos, porque eso no será lo que piensa realmente la inmensa mayoría del Partido, que está de acuerdo con la intervención, y esto lo digo yo que la considero un error, pero que soy respetuoso con las opiniones de cada uno. »

¿Qué pienso hoy, catorce años después de la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia? Sigo pensando lo mismo que pensaba en 1968.

Los acontecimientos de Checoslovaquia dieron idea a miles de comunistas españoles del profundo abismo hacia donde era conducido el Partido Comunista de España. La forma brutal y descarada con que Carrillo y sus incondicionales arrojaban la careta que hasta ese momento había encubierto, más o menos, su revisionismo y su antisovietismo, transformó un disgusto, una desconfianza, un desacuerdo que existía en muchos militantes hacia la dirección del Partido, en una explosión colectiva en muchos lugares y escalones del Partido.

Mi opinión en la reunión del CE, primero, y del pleno del CC seguidamente, como toda mi actividad en los catorce años que van de los acontecimientos de Checoslovaquia a hoy, ha sido y sigue siendo respetar la opinión de cada uno en relación con dichos acontecimientos y someternos al veredicto de los hechos y de la historia.

Esta ha sido la norma seguida en el Partido del que soy secretario general, comenzando por el CE y el CC, donde trabajamos juntos y perfectamente unidos, camaradas que han estado desde el primer momento a favor de la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia y camaradas que hemos consi-

derado, y seguimos considerando, que fue un error.

Digo al comienzo que Carrillo en este asunto jugó sucio con todos y conmigo. He aquí un ejemplo.

En una intervención ante el CE, el 30 de diciembre de 1969, dije:

«Camaradas. Voy a procurar resumir lo más brevemente posible una conversación de tres horas. El 14 por la mañana —se trata del 14 de enero de 1969— me avisó Persov que los camaradas Zagladin, Pankov y él me invitaban a comer. Comimos y hablamos desde las 13,30 hasta las 17. La conversación giró sobre lo de Checoslovaquia. Se quejaron de que mientras en el resto de los partidos que estuvieron en contra de la intervención existe una marcada tendencia a considerar el hecho como cosa pasada y a hablar cada vez menos y menos agradamente sobre este acontecimiento —me pusieron como ejemplo varios partidos—, nosotros seguimos insistiendo en hablar y escribir sobre ello como si acabase de suceder. El último ejemplo, dicen ellos, es el artículo de Mundo Obrero, donde se da una reseña de dos páginas de la discusión en nuestro Partido sobre la cuestión.

»Les dije que esas y otras cosas podían y debían ser tratadas franca y abiertamente entre las direcciones de los dos partidos, con lo que todos saldríamos ganando, y en esa línea estaban nuestros sondeos para una entrevista entre los dos partidos. Me afirmaron rotundamente que lo que deseaba el PCUS era el restablecimiento de las magníficas relaciones que siempre habían existido entre nuestros dos partidos. Les dije que mi opinión era que en una conversación entre delegaciones de los dos partidos, sin duda no se podrían resolver totalmente a gusto de las dos partes todas las diferencias existentes, pero que podía ser un paso en ese camino.

»Respondieron que iban a pensar sobre lo que habíamos hablado y volvieron a insistir sobre sus deseos de restablecimiento de las mejores relaciones entre los dos partidos. La conversa-

ción se desarrolló en un ambiente de gran franqueza y cordialidad, sin que faltaran, al mismo tiempo, los momentos de acaloramiento en la defensa cada uno de sus opiniones.

»Después de terminar con ellos fui a ver a Dolores. Le expliqué la conversación, que le pareció muy satisfactoria.

»Al día siguiente vino Persov para acompañarme al aeropuerto. Me dijo que el camarada Zagladin me esperaba allí para despedirme y para comunicarme la decisión de la dirección del PCUS después de la conversación del día anterior. Lo que el camarada Zagladin me explicó en el aeropuerto fue que ellos dos y Pankov examinaron con Ponomarev la cuestión de una entrevista entre las dos direcciones y la consideraron conveniente. Que luego Ponomarev la examinó con otros camaradas de la dirección y que llegaron a la misma conclusión. Que la opinión de ellos es que las delegaciones deben ser al más alto nivel. Que se debe dar a la reunión el espíritu más abierto y lo que se vaya a hacer o decir sobre la entrevista se acordará en común: comunicado o no, etc. Que la reunión podría hacerse en febrero.

»Aquí termina lo que yo dije en el Comité Ejecutivo. Y a lo que vengo a relatar quiero agregar que había recibido del camarada Carrillo el encargo de entrevistarme con los camaradas soviéticos, si me era posible, y hacer un sondeo en cuanto a una posible entrevista entre los dos partidos. En mi deseo de informar yo mismo al camarada Carrillo antes de que saliera para Italia, suprimí un viaje a Siria y regresé desde El Cairo. Y lo mismo el camarada Carrillo, primero, y el Comité Ejecutivo, después, aprobaron totalmente mi gestión en Moscú y mostraron una gran satisfacción por los resultados. Lo que no sabía, y que me enteré más tarde, es que, mientras yo hacía esas gestiones, había sido enviada una nueva carta al PCUS sobre la cuestión de Checoslovaquia. Carrillo, que me había encargado de las gestiones con el PCUS para una reunión bilateral, sin esperar mi regreso ni el resultado de mi gestión, envió el 28 de enero —dos días antes de mi regreso— una carta al PCUS que era una verdadera requisitoria en relación con la inmolación de

Juan Palac y otras cosas.

»El 5 de febrero, después de mi regreso y de dar mi información sobre los resultados de mi gestión con el PCUS, apareció en Mundo Obrero un artículo que era un resumen de nuestra carta enviada al PCUS. No se esperó, pues, el resultado de mi gestión para escribir esa carta y luego se publicó el artículo, conociendo ya los resultados y sin esperar a la contestación del PCUS, que lo hizo en un carta de su Comité Central, de seis páginas, y que es un ejemplo de moderación, de paciencia y de deseo de resolver las diferencias existentes.

»¿Es que los miembros del Comité Central conocen estas cartas? ¿Es que las conocéis siquiera todos los miembros del Comité Ejecutivo? Yo sé que no, pero nadie mejor que los interesados para decirlo. »

En relación con la Unión Soviética, yo, como marxista— leninista convencido, he defendido siempre lo que es y representa la Revolución de Octubre, la construcción del socialismo en la URSS, lo que representa la Unión Soviética históricamente y en la actualidad, su política exterior de paz, la ayuda a la lucha de los pueblos oprimidos, etc.

Y ahí reside la profunda diferencia entre mi desacuerdo con la intervención de agosto de 1968, en Checoslovaquia, que no va más allá del desacuerdo sobre ese hecho concreto y los ataques de toda una serie de gentes, y en cabeza Carrillo, contra todo lo que representa la Unión Soviética.

Parto del principio que los dirigentes pueden, podemos, equivocarnos. Y si alguien tiene dudas no tiene más que estudiar atentamente la historia de la URSS, leer los escritos de Lenin, en los que pone de relieve los errores que pudieron cometer los dirigentes soviéticos durante los primeros años del poder revolucionario. Y ahí están otras críticas hechas por otros dirigentes en épocas posteriores sobre errores que se han cometido. ¿Hacían esos dirigentes, y en primer lugar Lenin, antisovietismo al manifestar su desacuerdo con hechos que consideraban erróneos? Claro que no. La diferencia, repito, entre mi posición y la de Carrillo y compañía radica que para mí el problema de Che-

coslovaquia es un problema en sí, que se termina donde se produjo. Por el contrario, para los carrillistas de todo tipo es la ocasión para sacarse la careta, entrar a fondo en el proceso de revisión del marxismo, de abandono a cara descubierta de los principios leninistas y de ataques cada vez más brutales contra los partidos y países, sobre todo la Unión Soviética, donde esos principios son respetados y aplicados.

CAPÍTULO IX

LA RUPTURA ABIERTA CON EL CARRILLISMO

(3 DE AGOSTO DE 1970)

CON fecha del 28 de mayo de 1970, la comisión de represaliados del Partido Comunista y de la Unión de Juventudes Comunistas de España publicaba un documento titulado: «¿Qué nuevas arbitrariedades está preparando el grupo revisionista de la dirección de nuestro Partido?», del que son los siguientes párrafos:

Después del encuentro celebrado en Moscú entre una delegación del Partido Comunista de la Unión Soviética y otra de la dirección del Partido Comunista de España, la represión política continúa. Ese encuentro es utilizado por el grupo revisionista para desarrollar su línea de sanciones contra las fuerzas sanas del Partido y de difamación contra todos aquellos militantes que luchan, dentro del Partido, por la pureza de sus principios marxistas-leninistas.

En lugar de buscar la unidad del Partido, de restañar las heridas causadas anteriormente, de corregir los errores políticos e ideológicos, de volver a los métodos leninistas, el grupo revisionista de la dirección se aferra con insensata obsesión en el mantenimiento de sus posiciones anteriores que tanto daño han causado a nuestro Partido. . . . Los hechos están demostrando que el encuentro con el PCUS y el comunicado conjunto fueron, para la dirección de nuestro Partido, una maniobra para ganar tiempo y para intentar engañar a los militantes. . . . En estos dos últimos meses hemos observado muchos síntomas de que algo muy gordo se está tramando contra camaradas de la dirección del Partido Comunista de España. En artículos publicados en Mundo Obrero del día 21 de marzo último y en Nuestra Bandera del pasado mes de abril se hace toda una serie de alu-

siones a «jefes militares» y a «personalidades que pudieron ser destacadas e incluso prestigiosas», pero que, según ellos, se lanzan ahora al «trabajo fraccional». Y el secretario general amenaza a los que se opongan a él recordando que «el Partido está compuesto fundamentalmente por jóvenes». Además para el articulista de Nuestra Bandera las «condiciones excepcionales» de las personas no cuentan nada en la «ascensión en la vida política o militar». ¿A quién o a quiénes se refieren los autores de esos artículos? ¿A quién se acusa hoy de levantarse contra la «unidad del Partido»? Todavía no han publicado nombres, pero es de esperar que no tardarán mucho en hacerlo. . . . Parece que los articulistas de Mundo Obrero y de Nuestra Bandera se refieren a Enrique Líster. La campaña de denigración contra el camarada Enrique Líster se va desarrollando en muchas partes. No se dice nada en reuniones oficiales, sino en corrillos, en grupos seleccionados y en determinados medios del Partido. Aquí se dice que «Líster ha sido visto con fulanito o menganito». En un sitio se dice en forma de confidencia que «Mije le ha sacudido a Líster en su artículo de Nuestra Bandera» y en otro que «Enrique Líster ya no debe estar en la dirección». Todo esto es lo que nos hace pensar que una de esas «personalidades que fueron destacadas e incluso prestigiosas», pero que hoy se levantan, según el grupo revisionista, «contra la unidad del Partido» es el camarada Líster. Conociendo como conocemos las «habilidades» y las maniobras de algunos miembros de la dirección, no puede ofrecer duda que el próximo golpe está dirigido contra nuestro camarada Líster. Es de sobra conocido que Enrique Líster se ha opuesto a la represión política en el Partido; es del dominio público que este prestigioso militante obrero y comunista no se ha dejado arrastrar al antisovietismo; es también hartamente sabido que Líster es un hombre que no dice «amén» a nadie y que defiende sus opiniones con lealtad y energía. Todos sabemos que Líster es enemigo irreductible del culto a la personalidad en general y al secretario general del Partido en particular. Y ésta es la verdadera causa de la campaña que se ha desatado contra nuestro camarada Líster y contra los miembros de la dirección que se han opuesto

a los intolerables métodos del secretario general y de su grupo. El ajuste de cuentas, como puede verse, no ha terminado todavía. Es más: no sería nada extraño que el grupo revisionista esté decidido a destruir a Líster y a otros camaradas de la dirección que no se someten dócilmente a las exigencias del jefe todopoderoso. . . . Y al fin y al cabo, la violación descarada de los estatutos en nuestro Partido es una cosa «normal». Vivimos en un auténtico estado de excepción, donde se hace y se deshace a gusto y según le conviene al secretario general. Los hechos confirman brutalmente que el secretario general del Partido Comunista de España, con el visto bueno de la mayoría de la dirección actual, no tolera a su lado hombres que se atrevan a discutir sus opiniones y sus métodos. Santiago Carrillo sólo acepta fieles «colaboradores», personas sin carácter y sin voluntad, «dirigentes» que, como Ignacio Gallego, Azcárate, Álvarez y otros más, se inclinen respetuosamente ante la santa e inalterable decisión del jefe supremo. . . . Y, como de costumbre, la campaña de calumnias y el denigramiento de estos camaradas va acompañado de la acusación de querer romper «la unidad de Partido». Cualquier divergencia con la política y los métodos de Carrillo es considerado por éste como un atentado a la «unidad» y como «labor fraccional». Se quiere institucionalizar el concepto de «la unidad en torno al camarada Carrillo», de que «la unidad» pasa por la adhesión al secretario general. Esa «unidad» sin principios nada tiene que ver con la unidad de un partido comunista ni con el leninismo. Hay camaradas honestos que consideran necesario soportar cualquier injusticia del secretario general y de su grupo en aras de la unidad del Partido, que piensan que es preferible callar resignadamente y esperar que se produzca el milagro de la iluminación de Carrillo. Sin embargo, esa actitud mística, sumisa y pasiva no servirá para mantener la unidad, sino que ayudará, a más o menos largo plazo, a la ruptura definitiva de la unidad orgánica del Partido. Para conservar lo que queda de unidad y proponerse establecerla seriamente no queda más camino que la lucha activa, sobre una base de principios, contra el revisionismo y contra la sistemática conculcación del centralismo democrático.

co. Si en aras de la «unidad» que entiende el grupo revisionista nos dejamos apretar más y más la soga que nos ha colocado en el cuello, cuando queramos gritar será demasiado tarde. Ciertos camaradas que están en contra de muchos aspectos de la orientación actual de la dirección y sobre todo de los métodos de ordeno y mando, deben comprender que para poner remedio al caos actual hay que batirse dentro del Partido y hacer respetar los Estatutos. El principio de poner la otra mejilla cuando nos dan una guantada no es propio de un comunista consciente. El intento de «liquidar» a Enrique Lister, prestigioso dirigente del Partido por su historia y por su actividad presente, fiel a la clase obrera y al pueblo español, enemigo irreductible, y por eso odiado, del fascismo español y extranjero, constituye una concesión más a los elementos burgueses que se proponen «integrar el Partido Comunista» en su sistema. Esos señores no pueden aceptar que en la dirección de ese Partido que ellos aspiran a «integrar» estén hombres como Lister. Ellos prefieren entenderse con otro tipo de «dirigentes» no tan «marcados» con el pasado. El apartamiento de Lister de la dirección, y si fuera posible del Partido, como el apartamiento de otros que ya lo fueran o lo serán, hay que verlo en los marcos de la «nueva línea», del «gran viraje histórico» y de la «nueva opción» que propugna Santiago Carrillo. Debe estar sumamente claro que esa «nueva línea», ese «gran viraje histórico», esa «nueva opción», no puede asegurarse con auténticos dirigentes obreros, con verdaderos marxistas-leninistas, con españoles que, como Lister, se conquistaron merecidamente el cariño y la admiración de millones de obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y otros españoles. Enrique Lister y otros camaradas son un estorbo para los que so pretexto de representar lo «nuevo» son, en realidad, típicos representantes de lo más viejo y detestable de nuestro movimiento obrero; el caciquismo, el oportunismo socialdemócrata y la claudicación, en resumidas cuentas, frente a la burguesía. Hay un proverbio castellano que dice: «aunque la mona se vista de seda, mona se queda». Pues eso mismo les ocurre a ciertos «abanderados» actuales de los «nuevos fenómenos». Por mucho que se disfracen de «gentes

modernas» no podrán ocultar ni sus arrugas ni sus conchas. Se nos dice en Mundo Obrero que «el Partido está compuesto fundamentalmente por jóvenes». Una vez más se intenta impresionar a los camaradas que se oponen a las viejas costumbres y a los viejísimos métodos que hicieron crisis. Pero además, los que especulan con la juventud demuestran su olímpico desprecio a ella y la consideran como un rebaño dócil y fácilmente manejable. Claro está que estas gentes se equivocan de parte a parte, pues la juventud de hoy, como la de ayer, no está dispuesta a convertirse en juguete de politicastos y demagogos. Los jóvenes militantes de nuestro Partido están dando repetidas pruebas de dignidad revolucionaria y de oposición a los calumniadores profesionales. Esos jóvenes obreros, campesinos y estudiantes sienten respeto y admiración por los hombres del Partido que se ganaron un puesto de honor en la historia de España, batiéndose contra el capitalismo y el fascismo, luchando en los frentes de batalla de España y del mundo contra los peores enemigos de la humanidad y que han predicado con su ejemplo. La juventud admira y respeta a hombres como Enrique Lister, no sólo por su pasado, sino también por su conducta presente. Las nuevas generaciones que luchan con tanto desinterés y abnegación por una España libre e independiente, por la democracia y el socialismo, se inspiran en el ejemplo de ese «español indomable, puño fuerte» que evocaba Antonio Machado, y en el ejemplo de todos los que supieron luchar como hombres por la causa del pueblo. A esos que repiten como un estribillo que «todo lo que somos se lo debemos al Partido» conviene recordarles algunas cosas. Es cierto que algunas gentes sólo tienen el prestigio que les da el cargo y la propaganda organizada. Ésos son, precisamente, los que más repiten esa frasecita. Y cuando ellos son privados del cargo y del apoyo de la propaganda orientada a sostenerlos, desaparecen de la escena política sin pena ni gloria. Vuelven, por así decirlo, a su estado natural. Todos los arribistas y trepadores son olvidados rápidamente al ser descubiertos. Pero hay hombres y mujeres cuya autoridad y prestigio no es producto ni del cargo ni de la propaganda oficial. Conquistaron el respeto y la admiración de sus

contemporáneos por su lucha, por su abnegación, por su inteligencia, por su integridad moral y humana, por su fidelidad a la causa de su clase y del pueblo. Esos hombres y mujeres los encontramos en todas partes, en cada fábrica, en cada barriada obrera, en cada pueblo; unos alcanzaron así su personalidad nacional, e, incluso, internacional, otros, los más, son merecedores del cariño y de la admiración en el lugar donde viven y luchan. Esas personas, mientras continúen siendo dignas y enteras, seguirán gozando del prestigio y autoridad que supieron conquistarse. No cabe duda que los militantes del Partido, las masas populares, han contribuido también al prestigio de esos hombres y mujeres. Pero, contrariamente a eso que dicen de «que todo se lo debemos al Partido», considerando al Partido de una manera restrictiva, a personas así nadie puede hundirlos en el olvido. Ni siquiera puede lograr esto un secretario general. En este caso se encuentra el camarada Enrique Lister, el cantero de Galicia, el militante comunista desde 1927, el legendario jefe militar de nuestra guerra, el comunista que vistió el uniforme de general del Ejército soviético, del Ejército polaco y del Ejército yugoslavo, el patriota que lo demostró luchando por la independencia de España en Madrid y en el Jarama, en Guadalajara y Bruñete, en Aragón y en Teruel, en el Ebro y Cataluña. ¡Que no se haga ilusiones el grupo revisionista de la dirección de nuestro Partido! ¡¡A comunistas de la envergadura de Lister ningún déspota, por muy encumbrado que se encuentre, podrá destruirlo!! A esos que murmuran que Lister es antes que nada «un general soviético» podemos responderles diciendo: Eso honra al camarada Lister, como le honra el haber merecido la confianza de la Polonia y la Yugoslavia socialistas para vestir el uniforme de sus ejércitos populares que lucharon contra el fascismo, como honra a tantos comunistas y antifascistas del mundo el haber vestido el uniforme de nuestro Ejército Popular en los años 1936 – 1939 y el haber luchado por la causa de España. Eso nos honra a todos los comunistas españoles. El patriotismo de Lister, el verdadero patriotismo de un comunista, que demostró elocuentemente en nuestra guerra nacional revolucionaria y se sigue demostrando ahora cuando

lucha por los principios del Partido Comunista de España. Y ese patriotismo no es incompatible con la conducta internacionalista. Los comunistas de cualquier país del mundo somos hermanos de los comunistas y de los trabajadores del mundo entero. La causa de los comunistas y del proletariado en cualquier lugar del mundo es nuestra causa, como la nuestra es la de ellos. Alertamos a todos los militantes sobre el nuevo golpe que se está gestando. Hay que oponerse a eso; hay que poner un freno al reino del despotismo que se ha instalado en nuestro Partido; hay que poner fin a la represión, a la calumnia sistemática contra comunistas de conducta intachable. No debemos contemplar pasivamente cómo el grupo revisionista va despojando la dirección de los militantes que garantizan la continuidad y la misión del Partido, de su carácter clasista e internacionalista. Cuando desde el punto de vista nacional e internacional se dan condiciones más favorables que nunca para hacer avanzar la lucha contra la dictadura fascista, por la conquista de un régimen democrático que abra el camino para el socialismo, cuando decenas de miles de trabajadores y estudiantes se levantan con gallardía por conquistar una España mejor, necesitamos un Partido unido y combativo. Ese Partido no podrá estar unido si siguen imperando los métodos de ordeno y mando, si no se pone un freno de una vez para siempre a la denigración y a la calumnia contra comunistas íntegros, si no se rehabilita a todos los camaradas tan injustamente sancionados por la dirección. La unidad del Partido es sólo posible sobre la base del marxismo-leninismo. Al denunciar el nuevo atropello que se prepara no nos guía otro principio que no sea el interés supremo del Partido y de su causa. Publicamos este documento ya que el grupo de Carrillo nos ha cerrado toda posibilidad dentro de los cauces normales de la organización regular ante el clima de presiones a que son sometidos. Si la represión continúa, nadie sabe lo que podrá ocurrir. Vivimos momentos críticos. Hay camaradas que no ven los peligros que corre el Partido. Pero hay muchos más que son conscientes de la gravedad de la situación. Esos militantes no pueden, no deben, cruzarse de brazos. Deben seguir el ejemplo de los comunistas que desde el

primer momento se levantaron por el Partido. Por nuestra parte seguiremos en nuestro puesto de combate. Nuestra decisión de lucha por los principios ideológicos y de organización de nuestro Partido es irreversible. Defenderemos el honor de Enrique Lister y de todos los demás camaradas de la dirección que calumnie el grupo de Carrillo; lucharemos por imponer en el Partido una discusión libre y democrática que prepare las condiciones para un Congreso.

La Comisión de represaliados del Partido Comunista y de la Unión de Juventudes Comunistas de España. 28 de mayo de 1970

Ese escrito muestra que, a pesar del secreto con que Carrillo venía preparando el pleno del CC, el Partido se iba enterando. Llevábamos dos años sin reunión del CC y, ello, a pesar de todo lo que venía sucediendo en el Partido, la situación política en España y la Conferencia del Movimiento Comunista Internacional en 1969.

Ese pleno pudo haber sido decisivo en la vida del Partido. Otros camaradas y yo nos preparamos para que así fuese, pero hemos fracasado en nuestro intento. Carrillo tenía en sus manos muchos medios y nosotros fuimos a la batalla muy desorganizados. Todo lo cifrábamos en mi intervención, pero Carrillo, en vez de un pleno del CC había organizado una asamblea donde los invitados eran más que los miembros del CC. Y con ellos gritando e insultando, liquidó toda posibilidad de dar lectura a la intervención que yo llevaba preparada. No quedaba más camino que romper y sacar la cuestión a la calle, y eso es lo que hice.

En el comunicado que reproducimos a continuación, podrá encontrar el lector un relato resumido de algunos hechos acaecidos en el pleno del Comité Central en que se produjo mi ruptura abierta con el grupo fraccional de Carrillo.

Debo decir que para mí no hubo ninguna sorpresa en ese pleno, pues conozco bien la habilidad de Carrillo para montar tal tipo de tinglados. Por el contrario, la sorpresa fue para Carrillo y sus ayudantes, los cuales, habiéndolo preparado todo para ajus-

tarnos las cuentas en el tercer punto, se encontraron con el ataque antes de comenzar el primero. Fracasado su plan, los carrillistas han servido al Partido una de sus típicas ensaladas, donde cambian las fechas en que sucedieron los hechos e inventan plenos que nunca tuvieron lugar.

En las cartas e intervenciones dirigidas al Comité Ejecutivo y al Comité Central, que reproduzco a continuación del comunicado, podrán verse mis opiniones sobre las cuestiones en discusión, así como mis denuncias de las intenciones y objetivos perseguidos por Carrillo y de sus manejos para conseguirlos. Podrán verse, también, las fechas en que los hechos tuvieron lugar.

Comunicado

(Aparecido en Mundo Obrero de septiembre de 1970)

. . . Preocupados por los derroteros —contrarios a los intereses de la clase obrera— por donde Carrillo y su grupo están llevando al Partido Comunista, y conscientes de su responsabilidad, varios miembros del Comité Ejecutivo y del Comité Central, junto a millares de comunistas, vienen exigiendo del Comité Ejecutivo desde hace tiempo la convocatoria del VIII Congreso del Partido como único medio de salir de la crítica situación en que se encuentra, restablecer la unidad ideológica, política y orgánica y reconquistar el puesto que le corresponde en el movimiento comunista internacional.

. . . En diciembre de 1969, Enrique Líster propuso en un pleno del Comité Ejecutivo la convocatoria del VIII Congreso con el máximo de democracia que permitieran las condiciones de clandestinidad del Partido, y cuyos delegados fueran fieles intérpretes del sentir de los militantes. Pero Carrillo, por desgracia, impuso otro camino. Despreciando la opinión general de los comunistas, no se creyó en la obligación de convocar un tal Congreso, y ha organizado un pleno amañado del Comité Cen-

tral, al que asistieron cerca de cuarenta invitados seleccionados por Carrillo y carentes de toda representatividad, mientras que miembros del CC elegidos en el último Congreso, que disienten o puedan disentir de la política y los métodos carrillistas, no fueron convocados, y a otros, presentes en el pleno, no se les permitió expresar sus opiniones.¹³

. . . En la imposibilidad de denunciar exclusivamente ante los miembros del Comité Central los atropellos y desafueros de Carrillo y su grupo, y dado que el Comité Ejecutivo sacó el problema de los marcos del CC al entregar la intervención de diciembre de 1969 y las cartas de Enrique Lister a numerosas personas ajenas a dicho Comité Central, surge la ineludible necesidad, aunque sea de forma resumida, de poner en conocimiento de todo el Partido la intervención que el camarada Lister no pudo pronunciar desde la tribuna del pleno, que es la siguiente:

«. . . Por las cuestiones que voy a decir podréis daros cuenta de que el desarrollo de esta reunión a base del orden del día que se nos propone, en nombre del Comité Ejecutivo, sería un nuevo engaño y un nuevo escamoteo de las verdaderas cuestiones, sin el examen y solución de las cuales no podía existir una verdadera elaboración ni aplicación de una justa política, ni podrá ponerse fin a la profunda crisis y división existentes en el Partido.

»No me referiré a mis opiniones sobre diferentes cuestiones políticas y de métodos, pues ellas están expuestas en la intervención y las cartas que os han sido entregadas. Quiero referirme a cuestiones más graves que éstas y que yo considero deben ser tenidas en cuenta para la elaboración del orden del día y el desarrollo de la presente reunión. »

En este momento Carrillo se levantó y se puso a gritar: «A votar, a votar. » Lister aún pudo decir: «Deseo hacer constar que, si se me niega la posibilidad de explicar aquí, ahora, las causas

¹³ La conducta de Sánchez Montero en ese pleno, al retirarme los cinco minutos que él mismo me había concedido, fue cobarde e innoble; su conducta posterior muestra lo que es y a dónde iba. E. L.

de mi propuesta del orden del día, yo me retiraré de la reunión y las haré públicas; siendo, en ese caso, vosotros, miembros del CC, los únicos responsables de que cuestiones de tal gravedad salgan fuera de este organismo. »

Pero ahí quedó cortada su intervención, de la que damos aquí algunas partes.

«. . . Yo acuso a Carrillo de crear en nuestro Partido una corriente contra la Unión Soviética y otros países socialistas y sus partidos comunistas, así como contra todos aquellos partidos comunistas de los países capitalistas que tienen una línea internacionalista consecuente. Esta actividad forma parte de los planes de Carrillo de separar a nuestro Partido del verdadero movimiento comunista internacional, vaciándolo de todo contenido de internacionalismo proletario y transformándolo en un partido que propugne la concepción antimarxista de un modelo de "comunismo nacional".

«. . . Yo acuso a Carrillo de estar deshaciendo el Partido con su deliberado confusionismo ideológico, con sus métodos de terror político y sus medidas represivas.

«. . . Le acuso de provocación al proponer a Dolores Ibárruri pedir, los dos, a López Bravo, ministro franquista de Relaciones Exteriores, el pasaporte español y el permiso para regresar a España.

«. . . Le acuso de insulto al Comité Central al afirmar — contestando a mi planteamiento de que una cuestión tan importante como ésa sólo la podía decidir dicho organismo— que someter esta cuestión a su juicio sería tanto como que la policía lo conociera 24 horas después. Carrillo debe decir quiénes son entre nosotros los informadores de la policía.

«. . . Acuso a Carrillo de que, mientras trata con toda clase de cuidados y mucha comprensión y paciencia a los jefes burgueses, monárquicos, católicos, etc. . . , que han perseguido al pueblo, emplea una intransigencia, una rigidez, una dureza, una soberbia feroz con los militantes de nuestro Partido y con otros partidos hermanos, maltratándolos de la forma más brutal.

». . . Acuso a Carrillo de convertir el aparato de funcionarios en un partido dentro del Partido, mientras que el Comité Central se hace la ilusión de que dirige.

». . . Le acuso de engañar al Partido, al Comité Central y al Comité Ejecutivo y escamotear a los miembros de estos organismos la información verídica que les permitiría tomar las decisiones correctas y no las que quiere Carrillo para aprobar su política. Yo puedo afirmar aquí que Carrillo ha mentido al Comité Ejecutivo y al Partido al informar de sus conversaciones con dirigentes de partidos hermanos y de Estados socialistas.

». . . Yo puedo afirmar aquí que Carrillo ha mentido al Comité Ejecutivo y al Partido, al informar de sus conversaciones con Fidel Castro. Es mentira que Fidel Castro le haya prometido su ayuda para llevar la lucha dentro del Partido contra los que defendemos las verdaderas posiciones revolucionarias. Es falsa la información hecha por Carrillo de que Fidel había advertido al embajador soviético en Cuba que el PCUS no debía fomentar la escisión en el PC de España. Carrillo nos ha mentido una vez más. »

(Aquí el camarada Líster cita algunos ejemplos que preferimos, por el momento, no hacer públicos.)

«. . . En base de testimonios y hechos irrefutables, le acuso de practicar e imponer al Partido una política y unos métodos del más puro estilo aventurero; terrorista, contrarios a todas las normas por las que debe regirse un Partido Comunista. Lo que ha pasado con la preparación de este pleno y los fines que con él persiguen Carrillo y su grupo son ejemplos bien elocuentes de ello.

». . . Mientras a miembros del CE y del CC se nos ha ocultado la celebración de esta reunión hasta unas horas antes de su comienzo, hay miembros de partidos hermanos que las conocían desde hace tres meses.

«. . . Esta reunión está completamente falseada. Carrillo se ha servido de todos los medios del Partido, de los que dispone

como dueño y señor, para montar el escenario ante el que nos encontramos. A muchos de vosotros os ha hecho llegar con una gran anticipación para atiborraros con sus opiniones y explicaciones personales y hacer un cuidadoso reparto de papeles.

». . . ¿Y todo ello para qué? ¿Para servir al Partido? No, todo eso es para conseguir unos objetivos bien determinados y bien a la vista. Hacer aprobar la política practicada por él y sus planes futuros. Pero aprobar esa política y esos planes sería una traición al Partido.

». . . Acuso a Carrillo de trabajo fraccional. Trabajo fraccional que él viene realizando desde hace muchos años y que en los últimos tiempos ha llevado a la división política e ideológica del Partido, y que hoy amenaza en convertirse en división orgánica.

». . . Yo acuso a Carrillo de haber organizado en 1955 – 1956 un trabajo fraccional contra Dolores Ibárruri, entonces secretario general del Partido, para apoderarse de la dirección, lo que prácticamente consiguió a partir de esa fecha.

». . . Acuso a Carrillo de servirse de las debilidades, errores y cobardías de otros miembros de la dirección en diferentes épocas, para crear la *santa alianza” presente de todos los que quieren el silencio sobre su propia conducta pasada y actual.

». . . Acuso a Carrillo de haber formado un tribunal para interrogar y sumariar a todos los camaradas que regresaron de los campos de concentración nazis en Alemania. El hecho de no haber muerto hacía de cada uno de ellos un sospechoso y un acusado de traición. Carrillo sostenía que todo el que se había salvado era porque había sido kapo, verdugo de sus compañeros.

». . Carrillo no les perdonaba a esos camaradas el haberse salvado de la muerte; Carrillo lo que quería eran cadáveres para servirse de ellos como bandera y, al mismo tiempo, deshacerse del máximo de testigos posibles acusadores de la cobardía de los dirigentes del Partido y de las JSU, que, en 1939 – 1940, los dejaron abandonados, primero en España y luego en Francia.

». . . Le acuso de haber calumniado al conjunto de nuestro Partido en Francia, de haber perseguido y acusado ignominiosamente, junto con Antón, en la segunda mitad de la década del 40, a muchos de los militantes, parte de los cuales continúan hoy fuera del Partido.

». . . Le acuso de querer denigrar con esas persecuciones y calumnias a los militantes del Partido y de las JSU que, abandonados por Carrillo y otros dirigentes, salvaron el honor del Partido en España y en Francia.

». . . Le acuso de haber inventado en 1947 el llamado complot de Moscú para denigrar y manchar a nuestra emigración en la Unión Soviética, que había pasado con honor la terrible prueba de la segunda guerra mundial trabajando y luchando al lado del pueblo soviético.

». . . Acuso a Carrillo de poner en peligro la seguridad del Partido, dentro y fuera de España, con sus relaciones incontroladas y con haber legalizado su situación en Francia.

». . . Le acuso de poner continuamente en peligro la seguridad de los camaradas que dirigen el trabajo clandestino del Partido en el país, haciéndoles participar públicamente en congresos, reuniones internacionales y entrevistas con personas del interior que no ofrecen garantía, siempre que todo eso le convenga a él para sus especulaciones políticas. El camarada Horacio Fernández Inguanzo fue detenido en Asturias unas semanas después de haber aparecido en la televisión italiana y francesa.

». . . Yo le acuso de haberse servido del Movimiento Guerrillero como arma de especulación política, de dominación y presión en el Comité Ejecutivo.

». . . Yo le acuso de ser el culpable de la prisión y muerte de camaradas enviados al país por él sin las medidas de precaución imprescindibles.

». . . Yo acuso a Carrillo de haber preparado el complot contra Comorera y su eliminación física, que sólo falló porque éste no pasó a España por el lugar que tenía previsto. Le acuso de haber hecho lo mismo con el camarada Monzón, que sólo se sal-

vó porque fue detenido por la policía cuando se dirigía al lugar en que había de ser ejecutado.

». . . Le acuso de haberse servido de la necesidad de defender al Partido contra verdaderos enemigos, de la necesidad de denunciar y castigar a verdaderos espías enviados por el enemigo a nuestras filas, para perseguir, calumniar y liquidar política, moral y físicamente a comunistas íntegros cuyo único delito era defender los principios del Partido. »

(A continuación hay en la intervención del camarada Líster otras acusaciones mucho más graves que preferimos no hacer públicas, por el momento, en espera de que él pueda presentarlas a la Comisión Investigadora cuya formación propone.)¹⁴

«Santiago Carrillo —continúa el camarada Líster en su intervención—, tu camino a la Secretaría General del Partido está lleno de deformaciones en la línea política nacional e internacional del Partido, de deslealtades, injusticias, arbitrariedades, de familias deshechas, de persecuciones y medidas terroristas contra comunistas íntegros que habían dado al Partido todo lo mejor de su vida. Camaradas: esto y mucho más será posible comprobarlo si el Comité Central toma la única decisión justa que el caso requiere: el nombramiento de una Comisión Investigadora de la conducta de Santiago Carrillo. Creo que eso es lo que corresponde ante las graves acusaciones hechas por mí y otras que estoy dispuesto hacer en una comisión de esa índole.

». . . Camaradas del Comité Central: es indudable que todos esos abusos, todas esas fechorías e infamias, Carrillo no las habría podido cometer sin apoyos y complicidades; sin la participación activa o pasiva de otros miembros de la dirección. Por eso es obligatorio que la conducta de cada uno de los que tenemos actualmente cargos en la dirección del Partido sea examinada por la Comisión que propongo, que ha de estar formada por personas de reconocida integridad. Ese examen debe comenzar con nuestra guerra y llegar hasta hoy. Debe abarcar, en cada época, a los camaradas que ocupábamos cargos responsa-

¹⁴ Algunas las incluyo en este libro, otras aún no.

bles y que hoy seguimos en el Comité Ejecutivo y el Comité Central.

». . . Entre los camaradas aquí presentes los hay que ni conocen ni tienen ninguna responsabilidad en los hechos que yo denuncié y otros que denunciaré; pero los hay que sí sabéis que mis acusaciones son ciertas y que sí tenéis, en mayor o menor grado, responsabilidad en ello.

». . . Me doy perfecta cuenta, camaradas del Comité Central, de la gravedad de las acusaciones que acabo de formular. No están hechas a la ligera y no son más que una ínfima parte de todo lo que se puede y habrá que decir.

». . . Vosotros podéis tomarlas en consideración y adoptar las medidas para su esclarecimiento, que sería lo correcto; o podéis rechazarlas, lo que sería un tremendo error por vuestra parte. En el primer caso, yo estoy a la entera disposición del Comité Central para aclarar, ampliar, completar lo que aquí dije, que no es nada más que una enunciación de algunas de las cuestiones que deberán ser examinadas. En el segundo caso, yo me consideraré en el deber y con el derecho de llevar mis acusaciones ante todo el Partido.

». . . Es claro que si aceptáis el esclarecimiento de los hechos ello requiere la adopción de las medidas correspondientes.

». . . Considero que la primera medida que se impone es la de separar a Santiago Carrillo de todos sus cargos. Por mi parte yo pongo a disposición del CC todos los míos, quedando como militante de base hasta que la Comisión Investigadora presente sus conclusiones, conclusiones que, sean las que sean, acepto desde este momento. Yo acepto desde ahora que si la conclusión de la Comisión fuese que mis acusaciones son ciertas, Carrillo y los que resulten implicados en sus fechorías y crímenes sean sancionados como corresponde, y si, por el contrario, la conclusión de la Comisión fuese que mis acusaciones no son ciertas, yo sea tratado como un vulgar calumniador, aplicándose también las medidas correspondientes.

». . . Considero que el primer acto de la Comisión Investigado-

ra antes mencionada debe ser tomar en sus manos los archivos del Partido.

». . . El Comité Central, en una reunión previa al Congreso, escuchará las conclusiones de la Comisión y elaborará las propuestas correspondientes para ser presentadas al Congreso.

». . . El actual Comité Ejecutivo podría seguir en funciones hasta el próximo Congreso, en vísperas del cual el CC debería examinar y juzgar la conducta colectiva de aquél y la individual de cada uno de sus miembros.

». . . No me detendré aquí a explicar las características que debe tener ese Congreso, pues en la intervención y cartas dirigidas a vosotros hablo de ello. De lo que se trata, según mi opinión, es de elegir aquí una Comisión que, dependiente exclusivamente del Comité Central, organice el Congreso.

». . . Opino que uno de los acuerdos que deben salir de este pleno es de anular todas las sanciones impuestas por motivos políticos desde agosto de 1968. Es claro que Eduardo García y Agustín Gómez no sólo deberán volver al Partido, sino a sus cargos de miembros del Comité Central y participar activamente en la preparación del VIII Congreso. Camaradas del Comité Central: creo que comprenderéis que en estas condiciones aceptar el orden del día propuesto por Carrillo sería un nuevo escamoteo y un puro engaño al Partido. Vosotros tenéis la palabra. Nuestro Partido es un Partido revolucionario. A nosotros nos corresponde demostrar si somos una dirección revolucionaria o una dirección que no cumple con su deber.

». . . Vosotros podéis aceptar o rechazar mis propuestas. Ahora bien, lo que ni vosotros ni nadie podrá hacer es obligarme a que deje de cumplir con mi deber de dirigente, con mi deber de militante. El Partido nos juzgará a todos, nos está juzgando ya. A su juicio me someto. »

(Ésta es una parte de lo que el camarada Líster se proponía decir en el pleno del Comité Central y que Carrillo impidió empleando la máquina de votar.)

La ruptura se produce el 3 de agosto. Al día siguiente, un grupo

de miembros del CE y CC nos reunimos y acordamos comenzar la preparación del VIII Congreso, que tiene lugar en abril del año siguiente. Va para trece años de un trabajo difícil, silencioso, pero los resultados están ahí.

CAPÍTULO X

EL MOVIMIENTO DE LA PAZ

ERA mi primera intención relatar año tras año las actividades del Consejo Español de la Paz, tanto en el plano nacional como en el internacional, y su participación en las actividades del Consejo Mundial de la Paz (CMP), también año tras año.

Pero cinco lustros (de 1949 a 1974) son muchos años. Prefiero, pues, limitarme a dar los rasgos y hechos que más han caracterizado a estos dos movimientos y las relaciones existentes entre ambos desde 1949, época en que se constituyeron, hasta 1974, año en el que el Consejo Español de la Paz rompe con el CMP por las causas que aquí se explican.

Las características del movimiento por la paz en España y la actividad de los españoles en favor de la paz fueron muy complejas. Esa actividad fue pasando por diferentes etapas. Con la lucha por la paz vino ocurriendo lo mismo que con el conjunto de la lucha antifranquista. Fue una lucha común de los españoles que vivían en el país y de los que vivían en la emigración.

No estará de más hacer un poco de historia sobre la creación del Movimiento Español de Partidarios de la Paz, y el camino recorrido por éste.

En París, en abril de 1949, al terminarse los trabajos del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, un grupo de delegados españoles que habían participado en él se reunió y acordó constituir una Comisión Organizadora de un congreso, del que saliera el Consejo Español de la Paz. Componían dicha comisión los señores Manuel Martínez Risco y Elfidio Alonso, diputados republicanos; el compositor Salvador Bacarise y el escritor José Quiroga Pla, en representación de la Unión de Intelectua-

les Españoles; Daniel Anguiano y Enrique de Santiago, por la UGT; la profesora Elisa Uriz, en representación del movimiento femenino; Manuel Núñez Arenas, profesor universitario; Ángel Galarza, diputado socialista; el general Luis Fernández, ex jefe de los FFI y de los Guerrilleros Españoles en Francia; el arquitecto Manuel Sánchez Arcas y Enrique Líster, por el Partido Comunista de España.

Debido a los estragos de la guerra fría y a las persecuciones desencadenadas en Francia contra los comunistas y otros demócratas españoles, que culminaron en 1950 con centenares de detenciones, deportaciones y expulsiones y la prohibición de sus organizaciones en este país, el Congreso no pudo celebrarse entonces. Después de consultar con los comités y comisiones existentes en otros países y con los partidarios de la paz que actuaban en España, se acordó transformar la Comisión Organizadora en Consejo Español de la Paz, que fue completado con representantes de comités, comisiones o consejos existentes en otros países y en España. De este Consejo Español de la Paz ha sido miembro desde su fundación y, al mismo tiempo, uno de sus representantes en el Consejo Mundial de la Paz, el gran Pablo Picasso.

A la vez, se creó la Comisión Española por la Paz en Méjico, que además de dirigir toda la actividad por la paz de los residentes españoles en ese país, mantenía relaciones con comités españoles de la paz existentes en toda una serie de países de América Latina. La comisión de Méjico preparó el Congreso Español de la Paz en Méjico, que tuvo lugar a finales de 1951. La resolución aprobada por el mismo dice en su introducción:

El Congreso Español de la Paz reunido en la ciudad de Méjico durante los días 2, 3 y 4 de noviembre de 1951, en nombre de 1 059 delegados inscritos y la adhesión expresa, individual o colectiva, de 150.000 españoles de las más diversas tendencias residentes en Méjico y otros países, recogiendo el sentir de los 54.000 que en Méjico han suscrito al llamamiento por un Pacto de Paz entre las Cinco Grandes Potencias; fortalecido por la

adhesión entusiasta de las comisiones y los movimientos españoles de la paz en Uruguay, Cuba, Argentina, Chile, Venezuela y Guatemala, que en conjunto y sumadas a las de Méjico llevan recogidas hasta hoy más de 400.000 firmas bajo dicho llamamiento. . .

Y termina diciendo: *«Reconocer como altamente positiva la actuación de la Comisión Española de la Paz en Méjico, organizadora de este Congreso, y muy especialmente la de su ilustre presidente, doctor José Giral, e instituir un CONSEJO ESPAÑOL DE LA PAZ EN MÉJICO, como órgano permanente de dirección del Movimiento Español de la Paz en Méjico.»*

Pasaron a formar parte del Consejo Español de la Paz en Méjico, entre otras personalidades, los señores doctor José Giral; el poeta León Felipe; doctor Márquez; doctor Francisco Comesaña; Luis Buñuel, cineasta; Antonio Ramos; Miguel Prieto; Martí Rauret; Moisés Barrio Duque; Ramón Ruiz Rebollo, y otros que sería largo enumerar.

El Consejo Español de la Paz en Méjico continuó teniendo con el Consejo Español de la Paz en Europa las mismas relaciones que había tenido anteriormente la Comisión Organizadora del Congreso. Al igual que los demás comités y comisiones españoles de la paz existente en otros países de América Latina, el de Méjico reconoció siempre al Consejo Español de la Paz establecido en Europa como el representante de todo el movimiento español de partidarios de la paz en el Consejo Mundial de la Paz. El Consejo que funcionaba en Europa fue el que tuvo siempre relaciones directas con el CMP; el que seleccionó el personal, permanente o temporal, para los trabajos en castellano del CMP; el que confeccionó las candidaturas de delegados a reuniones y congresos, así como de sus representantes para formar parte del CMP y de sus organismos. Paralelamente, cada uno de los consejos, comisiones o comités españoles mantuvieron, en la medida de sus posibilidades, relaciones con los movimientos nacionales de la paz de los distintos países y con los partidarios de la paz que actuaban en España.

Todas las delegaciones españolas que participaron en congre-

sos y otro tipo de reuniones mundiales por la paz estuvieron compuestas hasta 1962 por españoles que vivían en la emigración.

Al Congreso Mundial por el Desarme y la Paz, celebrado en Moscú del 9 al 14 de julio de 1962, en el que participaron más de dos mil delegados procedentes de más de cien países, asistió una delegación patrocinada por el Consejo Español de la Paz y presidida por mí, de la que formaron parte quince españoles representantes de diferentes corrientes del campo republicano y antifranquista. Era una delegación amplia por su número y por la pertenencia política, social, profesional, etc. , de sus componentes; había en ella representantes de la clase obrera, de diferentes ramas de la intelectualidad, creyentes y ateos, hombres y mujeres que habíamos combatido al franquismo desde el primer día, y otros que en su tiempo lo defendieron, veteranos y jóvenes. En una palabra, nuestra delegación era un ejemplo vivo de la amplitud que había ido alcanzando en nuestro país la idea de la necesidad de oponerse a la transformación de España en una base de agresión yanqui.

La delegación participó unánime y con gran entusiasmo en las labores del Congreso; en sesiones plenarias y reuniones de comisiones, en decenas de encuentros y conversaciones con otras delegaciones, los componentes de nuestra delegación expusieron las condiciones y características de la lucha por el desarme y la paz en España, recogiendo a la vez ricas experiencias de la lucha en otros países. Al final del Congreso, nuestra delegación hizo pública una declaración en la que decía:

Nuestra delegación, cuyos componentes representaban diferentes opiniones políticas y diversos sectores sociales, ha participado activamente en las deliberaciones del Congreso, llegando a un criterio común. La delegación aprobó por unanimidad el «Mensaje a los Pueblos del Mundo» adoptado por el Congreso Mundial por el Desarme General y la Paz. Nuestra voz se ha unido a la de todo el Congreso para proclamar que el desarme es posible e imperiosamente necesario. La vida de España está

ligada al triunfo de la paz en el mundo. El camino para lograrlo es el desarme general y total. Ningún español puede permanecer pasivo. Exigimos, pues, todos la cancelación de los peligrosos convenios militares con Estados Unidos, la inmediata supresión de las bases estratégicas en nuestro territorio. Logremos la aplicación de una política exterior independiente que no comprometa el presente y el futuro de nuestro país.

Como ya digo, a partir de 1962 las delegaciones españolas a los comicios internacionales pro paz dejaron de estar integradas únicamente por personas que vivían en la emigración. Y si al Congreso de Moscú, de los quince delegados españoles, cuatro venían directamente del país, al Congreso de Helsinki (1965) asistió un delegación de veintitrés personas, de ellas diecinueve residentes en España. En la sesión del CMP celebrada en Ginebra (1966) tomaron parte cuatro delegados españoles, dos de ellos llegados directamente del país. A la Asamblea Mundial de Fuerzas de la Paz, en Berlín (1969), asistieron diecinueve delegados, doce de ellos viviendo en España. En la Conferencia por la Seguridad y la Cooperación en Europa, reunida en Viena (diciembre de 1969), la representación española constó de seis personas, cuatro de ellas de España. Y en la Asamblea Mundial de la Paz celebrada en Budapest (1971), la delegación del Consejo Español de la Paz estuvo compuesta por siete miembros, de ellos cuatro de España.

También hasta 1962, la representación española en el Consejo Mundial de la Paz estuvo integrada por personas residentes en la emigración. A partir de ese año, de los seis representantes permanentes en dicho organismo, tres vivían en el extranjero (Pablo Picasso, Manuel Sánchez Arcas y Enrique Líster) y los otros tres en España. En 1971, en la sesión del CMP celebrada en Budapest, al renovarse este gremio, la propuesta de representación del Consejo Español de la Paz fue aumentada a ocho miembros, de ellos cuatro residentes en España y cuatro en la emigración. Los carrillistas, por su parte, propusieron nueve representantes suyos, de ellos cinco residiendo en España y cuatro en la emigración.

En cuanto a la composición política de las delegaciones españolas, ha sido aproximadamente siempre la misma: comunistas, socialistas, republicanos, nacionalistas, católicos y demócratas sin una ideología política definida, pero verdaderos defensores de la paz. Y así, combinando la acción de los partidarios de la paz de dentro y fuera de España, se fue creando en muchos españoles conciencia del significado y objetivos del combate preconizado por el Consejo Mundial de la Paz.

Sería, sin embargo, un engaño afirmar que todos los españoles que han luchado por la paz en el interior o en la emigración eran partidarios del CMP y actuaban bajo su dirección. En España había fuerzas —unas organizadas; otras no— que llevaban a cabo acciones pro paz sin tener relación orgánica alguna con el CMP, ni con el Consejo Español de la Paz, y menos aún con el comité fantasma *carrillista*.

En España y en el extranjero existieron grupos, más o menos organizados y activos, que luchaban por la paz, contra la agresión yanqui en Indochina, en solidaridad con el heroico pueblo vietnamita y otros pueblos de esa región. Las consignas y los objetivos de esas fuerzas no se diferenciaban, en la práctica, de las del Consejo Español de la Paz; en sus escritos podía leerse: «¡Fuera los yanquis de Vietnam, Laos y Camboya!», «¡Fuera de España las bases yanquis!», «¡Viva la lucha de los pueblos contra el imperialismo!», etc. , consignas que eran también las nuestras.

Yo siempre mantuve que en el centro de la actividad de los partidarios de la paz españoles debía estar, en primer término, la lucha contra la existencia de las bases norteamericanas en nuestro país. Estas bases eran una amenaza y un peligro permanente para España y para la paz mundial. Han sido y son piezas capitales del dispositivo agresivo del imperialismo yanqui en el continente europeo, y principalmente en la cuenca del Mediterráneo.

Quiérase o no, España se ha convertido en un dispositivo de guerra de Estados Unidos en el Occidente europeo, en un eslabón importante de la cadena de bases militares creadas por el

Pentágono contra los países socialistas y del Tercer Mundo, constituyendo un gran peligro para la paz mundial. En caso de guerra, en un país como el nuestro no habría zonas de «seguridad», no existiría un solo rincón a salvo de la destrucción termonuclear. Y eso puede ocurrir incluso en tiempo de paz: ahí está Palomares, zona alejada de las bases militares, a la que poco le faltó para sufrir una verdadera catástrofe. Las bases y la permanencia en ellas de millares de militares yanquis son un elemento de presión, una amenaza constante contra el pueblo español.

La lucha contra las bases norteamericanas en España es, al mismo tiempo, una de las contribuciones españolas más efectivas y directa a la lucha general de los pueblos contra las agresiones imperialistas, por su libertad e independencia nacional, por la paz en Europa y en el mundo. Es, por otra parte, un deber ineludible de todos los españoles que no quieren ver convertido su país en ruinas, que son respetuosos con la independencia y la soberanía de todos los pueblos. Algunas gentes hacen de esta cuestión tan decisiva motivo de especulaciones y chantajes. Y ello no es monopolio de los reaccionarios; también realizan especulaciones y chantajes en este terreno gentes que se llaman «demócratas» e incluso «eurocomunistas».

Mi opinión fue, y sigue siendo, que el movimiento español pro paz debía encabezar, orientar, coordinar en nuestro país la lucha por el fortalecimiento de la paz mundial, contra la neocolonización de España por los monopolios extranjeros, contra las bases militares yanquis. No ha sido ésa la opinión de Carrillo y sus adictos en el Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España. Para ellos, el Consejo Español de la Paz sólo debía ser un instrumento para especulaciones y componendas con otras fuerzas políticas y sociales de signo muy distinto a la democracia; y, por ello, debíamos ser muy moderados en la denuncia de las bases militares norteamericanas en España.

La lucha entre Carrillo y yo sobre esta cuestión —lo mismo que sobre otras—, que fue permanente en los años cincuenta, cobró un nuevo impulso al ocupar Carrillo la secretaría general

del PCE, en diciembre de 1959. A partir de ese momento, este personaje reforzó las medidas para someter a su criterio toda la actividad relacionada con la lucha por la paz. Yo, por mi parte, seguí empleando los medios que tenía a mi alcance para hacer progresar mi concepción de esta rama del trabajo del Partido. En el plano internacional, la cuestión me era más fácil, pues era yo mismo, en tanto que miembro del CMP y de su presidencia, quien participaba directamente en la actividad de éste, en sus conferencias y congresos.

En el marco nacional, Carrillo me aventajaba. Tenía él en sus manos las relaciones del PCE en el país, los instructores y todo tipo de funcionarios del Partido. Yo contraataqué con los medios que me era posible; empleé a los miembros de nuestro Partido que eran funcionarios del CMP para el envío de materiales y la toma de contactos por correspondencia. El primer resultado lo obtuvimos en 1962, cuando logré que formasen parte de la delegación del Consejo Español de la Paz al Congreso de Moscú cuatro delegados del interior. Meses antes ya había asestado un buen golpe a las concepciones de Carrillo, al presentar en el Comité Ejecutivo un folleto preparado por mí que, bajo el título España, base de guerra yanqui, denunciaba las actividades militares de ese país en España. El folleto exponía con detalle las bases militares yanquis, principales y auxiliares, en España y contenía varios gráficos con los efectos destructores de bombas atómicas sobre diferentes puntos del país.

Carrillo se opuso a la publicación del folleto. En el Comité Ejecutivo del PCE se entabló una larga discusión, y al final arranqué el acuerdo de que se publicara. Y el folleto vio la luz del día en julio de 1962. Ahora bien, teniendo en sus manos todo el sistema de relaciones con el país, Carrillo sabotó su envío a las organizaciones del interior. Por eso tuvo el folleto muy poca difusión en ellas.

No me di por vencido y seguí reuniendo datos. Ante la petición de organizaciones y camaradas, preparé un pequeño libro sobre el mismo tema, titulado El pueblo español lucha por la paz. No a las bases yanquis. Entregué una copia a Carrillo para que, a

su vez, lo sometiera a examen del Comité Ejecutivo. En carta del 10 de febrero de 1968, que acompañaba a las cuartillas y los gráficos, le decía: «Teniendo en cuenta las opiniones expresadas por diferentes camaradas y organizaciones, y últimamente, los miembros del CC en el pleno de septiembre pasado, en cuanto a la conveniencia de preparar un folleto sobre las bases, yo he elaborado este trabajo en tal sentido. Por el carácter del trabajo, su publicación, si se acuerda, debiera hacerse lo más pronto posible. Por eso te ruego que sometas el trabajo a examen del CE en el plazo más breve posible. »

Carrillo reaccionó peor que con el folleto anterior, y comenzó a darle largas al asunto, recurriendo a toda clase de marrullerías. Yo insistí, y el 29 de abril se examinó en el Comité Ejecutivo el contenido del trabajo. Carrillo intervino el primero, esforzándose por demoler el folleto; con ello señalaba a los demás el camino que debían seguir.

Y la mayoría le siguió; otros, no. En esto, los más repugnantes fueron los que, habiéndome dicho que el folleto les parecía muy bien, en la reunión siguieron a Carrillo.

Yo defendí el folleto rebatiendo las estupideces y recogiendo aquello que podía contribuir a mejorarlo. Terminó la reunión sin llegar a ningún acuerdo. Al día siguiente escribí una carta a Carrillo, en la que le decía entre otras cosas:

Considero, camarada Santiago, que el examen de un trabajo se debe comenzar por el comienzo; y el comienzo, para examinar el folleto, debía haber sido: cómo surgió la idea de éste y con qué objetivos. La idea apareció en diferentes reuniones con los camaradas del país hace ya bastante tiempo, y se concretizó en la reunión del CC, en septiembre pasado. Allí, ante los planteamientos de diferentes camaradas, me comprometí a poner al día el folleto de 1962. ¿Por qué a la hora de la discusión del trabajo ya hecho, esto no se tiene en cuenta? A lo anterior se vino a agregar la petición del Consejo Mundial de la Paz, cuya carta te acompañó y te ruego me devuelvas.

Es teniendo en cuenta, pues, estos dos aspectos del problema que yo puse al día el folleto, con la idea de que sirviese para dentro y para fuera. Recogí del folleto de 1962 toda una serie de citas y planteamientos que siguen teniendo actualidad, y agregué otras citas y planteamientos, lo mismo en la escala nacional que internacional, correspondientes a la época posterior hasta ahora.

Pienso que es teniendo en cuenta ese origen del folleto y esos objetivos como se debiera haber examinado mi trabajo. Se trata de un folleto de denuncia de las bases y los manejos yanquis en España; de polémica con los argumentos del enemigo. Todo ello basado en nuestra política. Se trata, al mismo tiempo, de una aportación española a la lucha de los demás pueblos por la paz.

Algunos camaradas han hablado de que en una semana o dos yo podía poner el folleto a punto. Tú has dicho que no se trataba de una semana o dos, sino de mucho más tiempo. He comprendido perfectamente, camarada Santiago, lo que eso quería decir. Eso quiere decir que el folleto debe ir a dormir el sueño del olvido, junto con otros trabajos también impublicados. Porque tú sabes que yo no aceptaré el ridículo de salir con un folleto, en el caso de que al fin fuese publicado, sobre las bases la víspera o después del cumplimiento del plazo de renovación de los acuerdos entre yanquis y franquistas; como yo consideraba que la efectividad del folleto residía en el grado en que pudiese servir para ayudar a reforzar la lucha contra las bases en España y como aportación en la lucha contra los norteamericanos en el Mediterráneo y en relación con la conferencia por la seguridad europea en estos meses, es por lo que hablé con Napo para conocer las posibilidades de su publicación y ganar el máximo de tiempo.

Continuó el tira y afloja, pero al final se tomó el acuerdo de dar el folleto a la imprenta, de la que salía el 15 de julio. Claro que pasó lo mismo que con el primero. Carrillo saboteó no sólo su envío al país, sino también su distribución en el extranjero.

Lucha dentro y fuera del Consejo Mundial de la Paz

Y llega en 1970 mi salida del Partido en el que había militado más de cuarenta años, pero que había dejado de ser el mismo Partido. La lucha cambia de aspecto, sale a la luz del día. Carrillo me lleva una ventaja enorme: tiene todos los medios materiales del Partido, el aparato y la poderosa casta que ha ido creando alrededor suyo gracias a los millones acumulados a costa de las ayudas y sacrificios de los militantes y otras vías; y tiene, sobre todo, la oficialidad en el movimiento comunista mundial, esa famosa oficialidad que sirve como tapadera a tantas cosas sucias, de las direcciones de no pocos partidos y de la que el PCOE ha sido víctima en el CMP.

A partir de entonces, Carrillo pone en juego todos sus medios, sus relaciones y las que le procura esa «oficialidad», para exigir que se me expulse de la presidencia del Consejo Mundial de la Paz. Pero en ese terreno yo entablo la batalla valiéndome a mi vez de la oficialidad de mis veinticinco años de miembro del CMP y de su presidencia.

Y el primer encuentro frontal tiene lugar en mayo de 1971, en Budapest.

Carrillo había preparado todas sus baterías. Gastó millones, compró estómagos y plumas fáciles en venderse.

Y no hablo de conciencias y dignidad, porque eso hacía tiempo que era desconocido por los firmantes de las calumnias y acusaciones que Carrillo les dictó. Fue éste un período caracterizado por envío de cartas, por encuentros y entrevistas, por compromisos. He aquí algunos ejemplos de ese período, de cómo se preparó y desarrolló el examen del llamado «*caso español*» en aquel comicio de la paz que se celebró en Budapest.

En marzo de 1971 le llegó al secretario general del Consejo Mundial de la Paz la siguiente carta:

Al secretario general del Movimiento de la Paz, a su Consejo General.

Estimados amigos: Quienes firmamos esta carta hemos participado, en una o varias ocasiones, en congresos y reuniones del Movimiento de la Paz. Haciéndonos eco de amplios sectores de la acción por la paz en nuestro país, que no tienen las mismas posibilidades que nosotros de hacer públicas sus opiniones, nos dirigimos a ustedes para expresarles nuestra inquietud y nuestra sorpresa porque Enrique Lister siga representando a España en la presidencia del Consejo General. Como es sabido, Enrique Lister ya no tiene, en absoluto, ninguna representación positiva y real. Es más, su presencia en esa presidencia ofrece dificultades serias a la unidad de las fuerzas pacíficas españolas y reduce las posibilidades de ampliar la lucha por la paz en nuestro país. Esperamos tomen en consideración nuestras preocupaciones sobre esa situación ilegítima y que un nuevo candidato a esa presidencia sea elegido, más representativo y que no cuente con la oposición de las formaciones más importantes en la lucha por la paz en España.

Un ejemplo típico del engaño, la demagogia y la marrullería característicos del carrillismo lo da esta misiva, en la que sus catorce firmantes se arropan con la vestidura de anónimos partidarios de la paz cuando en realidad todos eran, en esos momentos, miembros del Partido de Carrillo, con la particularidad de que nueve de ellos eran a la sazón miembros de su Comité Central o funcionarios a sueldo. Pero esto no ha sido monopolio de los «euro—comunistas» españoles; ya en aquellos momentos, las direcciones de una serie de partidos comunistas de Europa occidental dieron a sus representantes la orientación de «liquidar» a Lister del movimiento de la paz mundial, queriendo dirimir en el marco de un movimiento amplio, donde todas las tendencias políticas o partidos tienen lugar, un problema que era específico del movimiento comunista. Es decir, ya entonces los partidarios del «eurocomunismo» quisieron aprovechar el Consejo Mundial de la Paz para imponer su voluntad a otros partidos comunistas y a otras corrientes políticas. Pero a esto me refiero también en otras partes.

Días más tarde llegó a mi poder una fotocopia de dicha carta, y entonces escribí a Rafael Alberti y María Teresa León, dos de los firmantes, en estos términos:

10 de abril de 1971.

A Rafael Alberti y María Teresa León.

Conozco que habéis puesto vuestra firma al pie de una carta dirigida al secretario general del CMP, en la que se pide mi sustitución en la presidencia de ese movimiento. La noticia me ha causado pena. No por mí, sino por vosotros. Me entristece ver que os hayáis sumado a tal amasijo de «personalidades» de la picaresca política carrillista en una tan indecente acción. ¿Conocéis siquiera a vuestros compañeros de firma?, ¿sabéis de qué viven y de dónde come la mayor parte de ellos? Entre los firmantes hay tales indeseables, que a cualquier persona digna le repugnaría juntar su firma a la de ellos. Pero dejemos las personas y pasemos a los hechos. En la carta hay un parrafito que dice: «Como es sabido, Enrique Líster ya no tiene, en absoluto, ninguna representación positiva y real. Es más: su presencia en esa presidencia ofrece dificultades serias a la unidad de las fuerzas pacíficas españolas y reduce las posibilidades de ampliar la lucha por la paz en nuestro país. »Como ejemplo de cinismo, esas afirmaciones no tienen igual. Según vuestra opinión, para tener representatividad «positiva» y no ser una dificultad para la unidad de las fuerzas pacíficas, hay que estar de acuerdo con Carrillo. Sí, Marcos Ana puede representar en el Consejo Mundial de la Paz a un determinado número y categoría de españoles; pero no a los que combaten por la gran causa de la paz, sino que se ocupan de otras cosas que nada tienen que ver con esa noble causa. Pero, además, el proponer a Marcos Ana para sustituirme a mí no es más que una de las muchas marrullerías de Carrillo. Carrillo espera que con esa marrullería va a desviar la lucha entablada por los verdaderos comunistas contra él y su grupo hacia gentes como Marcos Ana. MarcosAna no es más que un pobre personaje fabricado

por Carrillo, y éste no logrará con sus maniobras de vía estrecha desviarnos de nuestro verdadero camino. La opinión de lo más combativo y activo de los comunistas españoles y de otros antifranquistas en la lucha por la paz y el derrocamiento del franquismo es muy diferente a la de los que firmáis esa carta. En tal caso, la opinión que se expresa en esa carta es la de los amigos de Carrillo, los Motrico y compañía, pero no la de los verdaderos luchadores por la paz. Esa carta es uno de los golpes típicos de Carrillo, es la clásica puñalada traperera, y es lamentable que vosotros hayáis aceptado convertir la pluma en navaja cabritera para servir los miserables planes de Carrillo. Durante los veintidós años de vida que tiene el Consejo Mundial de la Paz fui «representativo» y «servía la unidad», y en cuanto unos vulgares asesinos —porque eso son vuestros amigos Carrillo, Antón y compañía, como quedará demostrado en forma irrefutable— me ponen el veto, ya me convierto en todo lo contrario. Da verdadera pena que personas con vuestras «horas de vuelo» y conociendo por sus inmoralidades y sus métodos a más de uno de los personajes que os han propuesto firmar la carta, lo hayáis hecho. Os envío el libro que acabo de publicar, donde podréis encontrar elementos de aclaración y reflexión. No es más que una parte, y no la más siniestra, de las actividades de Carrillo, Antón y compañía. El resto lo dejo para la Comisión Central de Control Político que salga del VIII Congreso del Partido Comunista de España, del de verdad, del de los verdaderos comunistas españoles, a los que junto con otros partidarios de la paz yo sigo representando en la presidencia del Consejo Mundial de la Paz, y quienes únicamente tienen derecho a decir si lo hago o no dignamente.

Mientras tanto, Carrillo también se había dirigido al secretario general del CMP, lo mismo que había de dirigirse a distintos partidos comunistas, con una serie de cartas, de las que son ejemplo las siguientes:

A 18 de enero de 1971.

Camarada Romes Chandra, secretario general del Consejo

Mundial de la Paz. Helsinki.

Querido camarada Romes Chandra:

Como ustedes saben, el Partido Comunista de España ha participado muy activamente en el movimiento de la paz desde su fundación. Siempre hemos concedido gran importancia a las labores de este movimiento, y a pesar de la existencia de una dictadura en nuestro país que impide el funcionamiento de una organización de ese género, nos hemos esforzado siempre por hacer participar en las actividades dirigidas por ese Consejo a todos nuestros aliados en la lucha contra la dictadura franquista. Creo que es testimonio de ello la amplia participación española en las iniciativas tomadas por ustedes, sobre todo en los últimos años. En un momento dado, nuestro Partido propuso la participación de un miembro de su dirección, Enrique Líster, en la presidencia del movimiento mundial de la paz para hacer más activa nuestra cooperación en sus trabajos, y tuvimos el honor de ver aceptada esa proposición. Representando al Partido Comunista de España, Enrique Líster ha formado parte de su presidencia hasta hoy día. Pero, en el mes de septiembre de 1970, Enrique Líster rompió con el Partido Comunista de España, negándose a aceptar la línea política y la disciplina de éste, e inició una labor fraccional incalificable. A causa de ello, el Comité Central decidió en su reunión plenaria del mismo mes la expulsión de Enrique Líster de las filas del Partido Comunista de España. Esta decisión del Comité Central fue respaldada posteriormente por el conjunto de las organizaciones del Partido. Enrique Líster ha intentado en vano encontrar el apoyo de algunos partidos hermanos a su acción contra el Partido Comunista de España y, según nuestras informaciones, intenta utilizar sus viajes y sus actividades en nombre del movimiento mundial de la paz para sembrar acusaciones y calumnias contra nuestro Partido, en momentos en que estamos en plena batalla para terminar con el régimen franquista, que otorga bases a la política belicista del imperialismo americano. Los militantes de nuestro Partido consideran que la más elemental honestidad ordenaba a Líster dimitir de un puesto que, como el de miembro de la presidencia del Consejo Mundial de la Paz, le

había sido confiado a título de representante del Partido Comunista de España. No comprenderían que Líster pueda continuar apareciendo como dirigente de ese prestigioso movimiento desde el momento que ya no forma parte de nuestro Partido. Como Líster no ha dado ese paso elemental, como no ha dimitido por iniciativa propia, me dirijo a usted, camarada Chandra, en nombre del Comité Central del Partido Comunista de España, para hacerle saber que Enrique Líster no es ya nuestro representante en el movimiento de la paz, y que, en consecuencia, no tiene ningún derecho moral para ocupar el puesto que tiene en la dirección de ese movimiento. El Comité Central del Partido Comunista de España desea continuar su cooperación activa con el movimiento de la paz, y desarrollarla en consonancia con las necesidades de la acción por evitar una nueva guerra mundial y en apoyo a la justa lucha de los pueblos que se defienden contra la agresión imperialista. Por eso proponemos, en sustitución de Enrique Líster, la candidatura del poeta español Marcos Ana, miembro de nuestro Comité Central, condenado a muerte dos veces por Franco y que ha pasado en las prisiones fascistas veintitrés años de su vida. Aprovecho la oportunidad para proponerle acepte en el transcurso de uno de sus próximos viajes a París la invitación a una entrevista con el Comité Ejecutivo de nuestro Partido, para examinar con usted las condiciones en las que podríamos aportar una cooperación creciente en España a las actividades del movimiento mundial de la paz. Le ruego, camarada Chandra, acepte mis fraternales saludos comunistas. Firmado: Santiago Carrillo.

Días antes de la asamblea de Budapest, ésta otra:

A 23 de abril de 1971.

Camarada Romes Chandra, secretario general del Consejo Mundial de la Paz.

Querido camarada: En relación con mi carta anterior de 18 de enero de 1971, y con el deseo de hallar la mejor solución para poner término a la situación creada en cuanto a la representación española en el Consejo Mundial de la Paz, le informo que

retiramos la candidatura de Marcos Ana para la futura presidencia de ese Consejo. El Partido Comunista de España ha decidido aceptar para ese puesto la candidatura de José Antonio Bardem, figura intelectual española de primer plano, cineasta de renombre internacional, candidatura en favor de la cual se ha hecho la unanimidad de la amplia delegación española que asistirá a la Asamblea de Budapest, del próximo mes, en representación de las fuerzas pacíficas de España. Deseo hacerle saber al mismo tiempo que Manuel La— fuente, actualmente secretario del Consejo Mundial de la Paz, ha sido expulsado del Partido Comunista de España a causa de su participación en la actividad fraccional de Líster contra nuestro Partido. Lafuente utiliza las facilidades que le brinda su puesto en el Consejo Mundial de la Paz para esta actividad contra el Partido Comunista de España. Esto hace más inaceptable su mantenimiento en un puesto en ese Consejo. Ni Líster ni Lafuente representan a ninguna fuerza española. Su única representatividad fue la que les daba el hecho de haber sido designados por el Partido Comunista de España. Mantenerlos en un puesto responsable en el Consejo Mundial de la Paz después de su expulsión del Partido Comunista de España, sería no sólo un ataque contra nuestro Partido, sino también una tentativa de injerencia en contra de la autonomía de las fuerzas de paz de España. Sólo estas fuerzas tienen derecho a decir quiénes deben representarlas. Yo le digo con toda confianza, camarada Chandra, que si una injerencia tal, una tentativa de mantener a Líster en el Consejo de la Paz, llegara a materializarse, ello haría imposible para nuestro Partido (y sin duda para el conjunto de la delegación española) someterse a dicha injerencia extranjera al quedarnos en el movimiento mundial de la paz. Nuestro deseo más profundo es, al contrario, poder ampliar la participación de las fuerzas democráticas españolas en las tareas del movimiento de la paz. Rogándole haga conocer el contenido de esta carta a los organismos encargados de examinar las futuras candidaturas para el Consejo Mundial de la Paz, le pido acepte, camarada Chandra, mis saludos comunistas. *Firmado: Santiago Carrillo, secretario general del Partido Co-*

munista de España. PD — Adjunto copia de la carta que hemos cursado a los partidos hermanos.

Y esa carta a los partidos comunistas, con fecha de 21 de abril de 1971, está redactada en los siguientes términos:

Queridos camaradas: Teniendo en cuenta el papel que camaradas de su Partido representan en el Consejo Mundial de la Paz y la proximidad de la Asamblea que éste va a celebrar en Budapest, deseamos facilitar a ustedes, en esta carta, nuevos elementos de información referentes a la situación anormal que con respecto a España se ha creado en dicho Consejo. 1. ° Agradecemos en primer lugar a los numerosos partidos que han contestado favorablemente a nuestras cartas anteriores sobre esta cuestión, dándonos su apoyo para normalizar la representación española en el Consejo Mundial de la Paz y privar a Líster de cualquier cargo en dicho Consejo. 2. ° Nuestro Partido, siguiendo el procedimiento aplicado en todas las reuniones anteriores del Consejo Mundial de la Paz, ha preparado en relación con otras fuerzas españolas democráticas una delegación amplia y representativa, integrada, principalmente, por figuras políticas, científicas y artísticas del interior de España. 3. ° Según nuestras noticias, Enrique Líster, expulsado de nuestro Partido en septiembre de 1970, pretende llevar a la Asamblea de Budapest una «delegación» preparada por él, con el fin de utilizar dicha Asamblea del Consejo Mundial de la Paz para realizar una provocación contra el Partido Comunista de España. 4. ° Recordamos que Líster ha ocupado un puesto en la presidencia del Consejo Mundial de la Paz como resultado de una decisión del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España, que decidió enviar a uno de sus miembros a ese organismo internacional. Como es bien sabido, en España, por las condiciones de represión fascista, no existe ninguna organización específica del Movimiento de Partidarios de la Paz. Los diversos grupos y personalidades participantes en dicho movimiento lo han hecho a través de nuestro Partido. Cuando Líster fue expulsado del Partido Comunista de España, su deber más ele-

mental era dimitir de su cargo en la presidencia del Consejo Mundial de la Paz, cargo en el que representaba al Partido. Pero no ha dimitido. En la actualidad, Líster usurpa un cargo al que no tiene derecho. Es una situación intolerable a la que la Asamblea de Budapest deberá poner fin. Pero sería escandaloso que Líster pudiese utilizar ese cargo usurpado para intentar llevar a Budapest una «delegación» amañada por él. 5. ° Otro elemento a tener en cuenta es que Líster no es sólo un hombre expulsado del Partido Comunista de España por causas políticas y orgánicas. Es un hombre que se ha lanzado a una campaña abierta de insultos, mentiras y calumnias contra el Partido Comunista de España y sus dirigentes, principalmente contra Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo. Por ello, los periódicos más furiosamente fascistas de la actual prensa española, como el Alcázar, han dado una extraordinaria difusión a esa campaña anticomunista de Líster, lo que ha provocado una reacción indignada, no sólo entre los comunistas, sino entre los más amplios sectores de la opinión democrática y antifascista. 6. ° Consideramos que es deber nuestro informar a los partidos hermanos que los camaradas del Partido Comunista de España que, formando parte de la delegación española participarán en la Asamblea de Budapest, responderán de la manera más terminante, y de forma pública, a cualquier intento de provocación contra nuestro Partido. Por las causas brevemente expresadas más arriba, esperamos que los partidos hermanos nos ayuden a evitar la presencia en Budapest de una «delegación» preparada por Líster, y evitar asimismo cualquier provocación que Líster pretenda realizar. Nos anima, al presentar este problema, el firme deseo de garantizar el mayor éxito de la futura Asamblea del Consejo Mundial de la Paz y de lograr que la delegación española pueda dar una contribución lo más eficaz posible a las tareas tan importantes para la causa de la paz que figuran en el orden del día de la Asamblea. 7. ° En cuanto a las candidaturas para los futuros organismos del Consejo Mundial de la Paz y teniendo en cuenta opiniones y rumores que circulan, declaramos, de la forma más terminante, que el mantenimiento de Líster (o de algún agente suyo) en cualquier orga-

nismo del Consejo Mundial de la Paz (Presidencia, Consejo, etc.) sería una agresión contra el Partido Comunista de España. Sería un estímulo y una ayuda directa en las maniobras tendentes a dividir y debilitar el Partido Comunista de España, maniobras totalmente rechazadas y derrotadas ya dentro del Partido. Sería además un escándalo para toda la opinión democrática española. Es obvio que, como mínimo, nuestro Partido se vería obligado, en tal eventualidad, a explicar públicamente en qué condiciones se había podido producir semejante desatino. Os agradezco de antemano, queridos camaradas, la comprensión con que estamos seguros recibiréis estas reflexiones e informaciones nuestras, y la ayuda vuestra en esta materia, con la que de antemano contamos. Con saludos comunistas, S. Carrillo, por el Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España.

Y en este ambiente de amenazas y chantajes, mentiras y calumnias que Carrillo —con ayuda, en muchos casos, de «eurocomunistas» de otros países— se ha esforzado por crear durante meses, llegamos, a mediados de mayo de 1971, a la Asamblea que se celebra en la capital húngara. Asistimos a ella dos delegaciones de españoles: la del Consejo Español de la Paz, miembro del CMP desde su fundación, y la organizada por Carrillo.

En vísperas de la sesión inaugural, en comedores y pasillos de hoteles donde están alojados los representantes de unos cien países y una treintena de organizaciones internacionales, hay muchísimas conversaciones, innumerables comentarios en torno al «caso español». Se trata, para los que suscitan dichos comentarios, de sembrar los «argumentos» carrillistas, recabar apoyos a sus posiciones, crear ambiente en torno de su delegación y lograr que en esta reunión se expulse al Consejo Español de la Paz y, por ende, se «liquide» a Enrique Líster. En toda esta labor de intrigas destacan los dirigentes comunistas que figuran en una serie de delegaciones nacionales, como Raymond Guyot y André Souquiére (respectivamente, miembros del Buró Político y del Comité Central del PCF), Isabelle Blume (del Comité Central del PC Belga), Anthony Chater (de la dirección nacional del PC Inglés), algunos comunistas italianos

y los representantes de los partidos comunistas de Méjico, Ja-pón, Corea y Rumania.

Si hiciera falta, todo ello viene a corroborar lo que yo ya estoy harto de saber. A las direcciones de una serie de partidos co-munistas les importa un bledo la lucha por la paz, los intereses de este movimiento, su carácter y sus objetivos. Y han decidido llevar al terreno del movimiento de la paz problemas que nada tienen que ver con él, problemas internos del movimiento co-munista internacional, pues prestando ayuda a Carrillo y con-tribuyendo a aplastar a los comunistas españoles que nos he-mos alzado contra el oportunismo y el revisionismo en nuestro país, se defienden a sí mismos, defienden sus concepciones políticas e ideológicas que, pasados los meses, asumirán el nombre de «*euromunismo*».

Así lo entienden también muchísimos participantes en la Asamblea, lo que crea mal sabor de boca y disgusto en ellos, sobre todo en los que no son comunistas, que son la mayoría. Y este malestar se ve acrecentado con la llegada de la delegación enviada por Carrillo, que desde el primer momento mantiene posturas inadmisibles, en franca contradicción con el carácter, las normas y el reglamento del Consejo Mundial de la Paz, con toda la esencia del movimiento. Pero es más. En la preparación de esta batalla, Carrillo había mentido como un bellaco. En cartas y conversaciones anteriores se había vanagloriado de tener en sus manos la «variedad», la «diversidad», la «unidad» de las fuerzas españolas por la paz. La llegada de su delegación dio al traste con tales especulaciones: de catorce componentes, doce eran miembros de su partido; entre ellos varios miembros de su Comité Central y su Comité Ejecutivo (Santiago Álvarez, Manuel Azcárate, Armando López Salinas, Rafael Alberti) y varios funcionarios del mismo.

Y más de la mitad, residentes en la emigración.

Por otra parte, la comisión organizadora del encuentro había determinado que asistieran a ella siete representantes del Consejo Español de la Paz y siete de la lista patrocinada por Carri- llo. Nuestro Consejo había respetado esa decisión; allí estába-

mos siete, cuatro de ellos cofundadores del CMP y miembros de sus instancias directivas desde hacía años. Los carrillistas, por su parte, se la habían saltado a la torera y habían puesto a los organizadores ante el hecho consumado.

En vísperas de inaugurarse las labores de la Asamblea, por petición de húngaros y soviéticos, Lafuente y yo tuvimos sendas entrevistas con una representación del Comité de la Paz Húngaro, anfitriones de la Asamblea, y otra del Comité Soviético de la Paz encabezada por Alexander Korneitchuk, presidente del mismo.

Los húngaros nos expusieron las preocupaciones que les originaba la situación existente, creada sobre todo por el empeño de Carrillo de «solucionar» en Budapest problemas exclusivos de los comunistas españoles. La opinión del Comité de la Paz Húngaro era que el Consejo Español tenía toda la razón en no sacar los problemas del marco que correspondía, es decir, el del movimiento mundial de la paz, y en defender sus legítimos derechos. Y en esta actitud, el Comité Húngaro, lo mismo que los de otros países socialistas, nos daban su entero apoyo. Que Carrillo, con sus cartas, había engañado a algunos dirigentes de otros países, y que no se podía estar de acuerdo con ese método. Por su parte, el Comité Húngaro, respetuoso del espíritu y los principios del movimiento de la paz, no ponía exclusivas y creía normal la participación en la Asamblea de los representantes del grupo carrillista, como la de los representantes de cualquier otra fuerza española de la paz que desearan contribuir y obrar honestamente a la causa común, lamentando y censurando, sin embargo, los métodos y las actitudes incorrectas mantenidas por aquellas personas.

En términos generales, otro tanto fue el contenido de lo que nos expusieron los representantes soviéticos, aunque ellos abordaron el aspecto de la complejidad de la situación en el movimiento comunista internacional y las implicaciones que resultaban de todo ello.

En uno y otro caso, nuestra posición fue la misma, clara y contundente. En primer término, la cuestión está planteada así:

primero, esta Asamblea ¿va a ser una reunión de la paz o una sesión de una internacional comunista?; segundo, la comisión encargada de las candidaturas para el nuevo CMP, ¿va a examinar las proposiciones del Consejo Español de la Paz en tanto que organismo del CMP o en tanto, que comisión de control de una internacional comunista?

El método seguido por Carrillo y sus amigos de otros países es, hasta ahora, el de tomar el CMP y sus organismos como una internacional comunista. Carrillo se ha dirigido a partidos comunistas y al secretario general del CMP planteando el problema no en el terreno del movimiento de la paz, sino en el de partidos comunistas, y sus aliados de otros países hacen otro tanto. Su error de origen es que consideraban que aquellos comunistas que formamos parte de la delegación del Consejo Español, llegásemos aquí como expulsados de su partido. Y no es éste el caso; estamos aquí como representantes de dicho Consejo, y los que somos comunistas, somos miembros y dirigentes de un Partido Comunista que ha celebrado su congreso y nos ha elegido.

En segundo término, los componentes de la delegación del Consejo Español de la Paz no deseamos dar aquí ninguna batalla, ni hacer ningún escándalo. Ni lo necesitamos, ni nos hace falta, además de que tenemos conciencia y respetamos el carácter y la naturaleza del movimiento de la paz mundial.

En tercer término, como no hemos infringido en nada ni los principios, ni las normas, ni las decisiones, ni el carácter del Consejo Mundial de la Paz, y del movimiento mundial de la paz en general, no existe motivo alguno para que el Consejo Español de la Paz sea objeto de medida alguna, y menos de cualquier discriminación. Por tanto, o quedamos como Consejo Español de Paz en el CMP, su presidencia y su secretariado en las mismas condiciones en que estamos, o no quedaría más remedio que marcharse del mismo.

En cuanto a la participación de otros españoles en la propia Asamblea, en el CMP y sus instancias dirigentes, nuestra actitud no es menos clara.

Que las posiciones políticas, los hechos y las posturas asumidas venían demostrándonos que Carrillo y sus aliados eran partidarios de las bases americanas, luego de la división de Europa en bloques y contrarios a la política de coexistencia pacífica; que eran enemigos declarados de la acción por la seguridad europea y partidarios de la presencia imperialista yanqui en España, enemigos asimismo de las relaciones entre España y los países socialistas y, por ende, contrarios a la distensión.

Considerábamos, en suma, que la línea seguida por el carrillismo no concordaba en absoluto con los postulados y la acción del Consejo Mundial de la Paz, y que hacerle un hueco en él significaría introducir en el movimiento pro paz un caballo de Troya, una quinta columna. Tal era nuestra opinión; teníamos perfecto derecho a mantenerla y defenderla.

En España había otras fuerzas de la paz que sí tenían un puesto en el movimiento: los comités pro Vietnam, los comités anti-imperialistas, y otros, que no han venido todavía justamente a causa de la política de Carrillo y sus alianzas con personas destacadamente pro yanquis, como algunas de las que figuraban en su propuesta para ser miembros del CMP.

Por tanto, no quedaba más que dos salidas: o los partidarios de Carrillo y sus amigos de otros países se atenían al espíritu y las normas de la Asamblea y renunciaban a sus planes, en cuyo caso no habría la menor discusión; o, por el contrario, proseguían en sus trece («liquidar» allí a Líster y al Consejo Español de la Paz) y, entonces, habría por nuestra parte la respuesta correspondiente.

No estaba, pues, en nuestro poder el que se produjese o no «escándalo» en Budapest. Que estábamos dispuestos a hacer las concesiones razonables que fuera preciso, pero no a renunciar a nuestros derechos y a los principios; y que sería un error tomar esta actitud por debilidad, y pedirnos más de lo que podíamos aceptar. No se trataba, pues, de razonarnos a nosotros —que hartos sensatos éramos—, sino de esforzarse por hacer reflexionar a Carrillo y sus partidarios, fueran quienes fueren.

Y así estaban las posiciones, bien definidas, cuando se presentó

en la capital húngara el grueso de la delegación carrillista. Uno de sus primeros pasos consistió en hacer llegar a la presidencia del CMP una carta, un ultimátum más bien, en la que planteaban que se nos impidiera participar en las labores de la Asamblea, porque ellos eran los únicos representantes españoles, o que se marchaban ellos.

La carta esgrimía una «provocación de Líster», sus «relaciones con periodistas franquistas». ¿Qué había ocurrido? Muy sencillamente, que el señor Estarriol, corresponsal de La Vanguardia en Viena, había pedido un visado húngaro para asistir a la Asamblea por cuenta de su periódico, como había hecho otras veces en distintas ocasiones en el propio Budapest. Los húngaros me pidieron mi opinión al respecto, y les contesté que si estaban autorizados los corresponsales de otros periódicos, yo no veía por qué el señor Estarriol no podía asistir. Enterados de esto, los carrillistas, por uno de sus correligionarios italiano, se sacaron de la manga la «seguridad» de sus delegados, el «peligro» que corrían.

El «argumento» no se tenía en pie. A otras reuniones de ese tipo habían venido otros españoles, cuyos nombres y dirección en España quedaron estampados en las listas oficiales y públicas, repartidas a los periodistas —por ejemplo, en 1965, en Helsinki, entre ellos al agregado de prensa de la embajada española— y hasta entonces ningún español había sido molestado por participar en tales reuniones.

Lo que pasaba es que, habiendo anunciado la llegada de un número impresionante de personalidades, y como su delegación la componía una inmensa mayoría de sus dirigentes y funcionarios, Carrillo recurría al truco de no dar los verdaderos nombres, porque se le venía abajo toda la especulación. De ahí toda aquella comedia de «seguridad», «peligro», etc. , aprovechándola para querer presentarme como elemento «provocador».

Toda esta situación, el llamado «caso español», la carta de la delegación carrillista y la que yo dirigí en respuesta al secretario general del CMP, fue objeto de examen y debates en varias

reuniones de la presidencia del CMP y de su grupo consultativo.

La verdad es que en ninguna de esas reuniones, nadie (ni siquiera los que en los pasillos hacían una defensa apasionada de Carrillo y me condenaban a mí) planteó que se me debía expulsar de la presidencia del CMP, ni que se sacara de otros organismos a los representantes del Consejo Español de la Paz.

Entretanto, como su ultimátum no había surtido efecto y en la Asamblea participábamos los representantes del Consejo Español de la Paz, los dirigentes carrillistas presentes en Budapest decidieron que su delegación se fuera, quedando en espera de una respuesta a su carta Santiago Álvarez, Manuel Azcárate, Marcos Ana y un funcionario. La verdad es también que Alberti, que llegó de los últimos y que era el presidente de su delegación, al ver que las cosas no eran como Carrillo le había pintado, decidió hacer una «retirada estratégica», y se marchó, con su mujer, el primerito de la capital húngara.

En la reunión de la presidencia del día 15 de mayo, Romes Chandra dio lectura de la carta que había recibido de la delegación carrillista, carta que suscitó indignación en la inmensa mayoría de los presidentes, siendo rechazada. Tampoco en este caso se levantó una sola voz en defensa clara y neta de las pretensiones y exigencias carrillistas. El francés Guyot se limitó a declarar que la delegación francesa estaba contenta con los representantes carrillistas y que José Antonio Bardem (el hombre propuesto por Carrillo para suplantarme en la presidencia del CMP) estaba dispuesto a recibir en Madrid a una delegación del CMP; una actitud similar asumieron, también esta vez, japoneses, coreanos, mejicanos y rumanos, y el comunista inglés y el comunista italiano. El socialista italiano manifestó su disgusto ante esa carta; y el inglés no comunista exaltó el pasado y presente de Líster. La que fue más allá de todos ellos fue Isabelle Blume (del PC Belga), proponiendo que no se retuviera ninguna candidatura por parte de España hasta que las cosas se aclararan más, propuesta que fue rechazada por la mayor parte de los oradores.

En relación con esta famosa carta, la decisión de la presidencia fue nombrar una comisión de tres personas (Romes Chandra, secretario general del CMP; Raymond Guyot, de Francia, y la secretaria general del Comité de la Paz Húngaro) que diera a conocer a los cuatro carrillistas que seguían en Budapest el rechazo por la presidencia de su carta y advertirles que no se les daría la palabra en la plenaria, como pedían.

En cuanto a la participación española en el CMP y sus organismos, las decisiones que salieron en definitiva de las diferentes sesiones de la presidencia, aunque no quedaron estampadas en un documento, fueron las siguientes:

—Los que ya eran miembros del CMP y de sus organismos y estuviesen dispuestos a proseguir trabajando, debían ser reconducidos al igual que los de los demás países. En este caso nos encontrábamos los representantes del CEP, que aceptamos seguir trabajando. Se encontraba igualmente en ese caso uno de la delegación carrillista, que no quiso seguir.

—Aceptar las propuestas de nuevos miembros y dejar sin cubrir los puestos de los que no quisieran ocuparlos por el momento. Los nuevos miembros propuestos por el Consejo Español de la Paz ocuparon sus puestos. Los propuestos por los carrillistas, todos nuevos menos uno, se habían marchado de Budapest.

Todo ello significó un compromiso —tuve siempre clara conciencia de ello— en aras de salvaguardar los intereses y el carácter del movimiento de la paz, sin que por ello renunciara a los derechos de nuestro movimiento nacional ni a nuestra dignidad.

Ahora bien, aunque compromiso, significaba a la vez el fracaso rotundo de las intenciones y los planes que Carrillo y sus amigos «eurocomunistas» se habían hecho. Era, para ellos, una derrota, al final del choque frontal que venían montando desde meses para derrotar a los marxistas-leninistas, importándoles poco el terreno en el que fuera.

En el movimiento de la paz, Romes Chandra, que es un hombre

de una doblez inaudita, ha estado apoyando, alentando y compartiendo las mismas opiniones revisionistas y liquidacionistas del carácter del CMP que defendían Carrillo y los correligionarios de éste en otros partidos comunistas.

Con Chandra tuve el 18 de mayo una conversación en la que, entre otras cosas, le eché en cara su parcialidad en favor de los carrillistas y sus marrullerías y le pedí que, por lo menos, permaneciera neutral en los asuntos internos de los comunistas españoles.

Sesiones de la presidencia del CMP

Como sería muy largo relatar en detalle las múltiples batallas parciales libradas a lo largo de la preparación y celebración de diferentes reuniones, asambleas, encuentros, etcétera, organizados por —o con participación de— el Consejo Mundial de la Paz en tomo a los diversos aspectos de la actividad pro paz, pues ello solo requeriría todo un libro; como no es mi intención escribir una historia del movimiento mundial de la paz, ni la de su actividad; como, repito, ello requeriría un tomo aparte, me limitaré a reseñar lo sucedido en diferentes sesiones de la presidencia del CMP, el órgano dirigente, del cual fui miembro tantísimos años.

Helsinki (enero de 1972)

Del 28 al 31 de ese mes se reúne en la capital finlandesa, sede del CMP, la presidencia. Estamos presentes treinta y ocho miembros; no asistían, por distintas causas, otros dieciocho, que se hicieron remplazar por sus suplentes.

Es la primera reunión de la presidencia después de todo lo sucedido en la Asamblea de Budapest. Las decisiones referentes a España adoptadas allí han venido siendo tan tergiversadas por Carrillo, franceses, italianos, mexicanos y rumanos; se han venido presentando versiones tan dispares, y el secretario gene-

ral del CMP, en vez de aclarar las cosas y rectificar la trampa que hizo en la sesión final de Budapest, viene manteniendo tal confusión que es necesario que la presidencia examine la cuestión. Muchos, y nosotros en primer término, tenemos interés en esa clarificación.

Así pues, en una de las últimas sesiones se aborda la «cuestión» España. Yo intervengo brevemente, reiterando la posición que habíamos mantenido en Budapest: nuestra opinión sigue siendo que Carrillo no busca nada más que echarnos del CMP y nada le importan las actividades y los objetivos del mismo; el carrillismo es enemigo declarado de muchos postulados y de la línea del CMP; pero si la presidencia sigue considerando que debe admitirse en el CMP a los candidatos propuestos por Carrillo, entre ellos a Bardem para la presidencia, allá ella.

Al final de la sesión, la presidencia repite el acuerdo que había tomado ya en la capital húngara, consistente en dos puntos: son miembros del CMP, de su presidencia y de su secretariado los candidatos propuestos por el Consejo Español de la Paz en Budapest; seguir dejando vacantes los puestos que los carrillistas no quisieron ocupar en aquel entonces.

Y así quedan las cosas. Ni más ni menos. Sin embargo, yo sé, y posturas o palabras de los representantes de algunos países me lo confirman, que algo está cambiando entre bastidores, que algunas posiciones ya no son tan contundentes como en Hungría. Y ello está muy íntimamente ligado con lo que está sucediendo en el movimiento comunista internacional, con las presiones que dirigentes franceses, italianos y rumanos hacen sobre los dirigentes de países socialistas.

Santiago de Chile (Octubre de 1972)

Esta reunión de la presidencia se celebró del 4 al 9 de octubre. Estuvo pésimamente organizada y reinó el más completo confusiónismo durante su desarrollo. Su principal importancia consistía en que se celebrara justamente en Chile, por lo que

representaba como ayuda a las fuerzas democráticas de ese país.

Mi opinión sobre la situación de la época en el país puede resumirse en esta nota que hay en mis apuntes de entonces: «Situación en Chile; serán derrotados por la fuerza antes de marzo —fecha de las elecciones— o por el voto, en marzo. En último caso no se salvarán de la guerra civil. » En esto último me equivocaba, pues los fascistas pudieron implantar su régimen sin resistencia armada.

El día antes de mi salida de Chile escribí la siguiente carta, en la que quedan reflejadas algunas opiniones mías:

11 de octubre de 1972.

Al camarada Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile.

Camarada Corvalán: Dentro de unas horas tomaré el avión para abandonar Chile, pero antes de hacerlo quisiera expresarte la profunda tristeza que me ha causado la actitud hacia mí de la dirección de tu Partido y de ti personalmente. Llegué a tu país lleno de ilusión de encontrarme entre vosotros como entre verdaderos camaradas, y en muchos casos amigos desde hacía muchos años. Nada más llegar comencé a darme cuenta de la triste realidad. Si entre los militantes de vuestro partido y los militantes y dirigentes de otros partidos de la coalición popular encontré cordialidad y amistad, por parte de los responsables comunistas no encontré más que hostilidad. Esta hostilidad llegó hasta el extremo de enviar, por vuestra parte, al local donde tenían lugar las sesiones de la presidencia del Consejo Mundial de la Paz, a un tal Morales, responsable del grupo carrillista en Chile y que se presentó como miembro del CC de vuestro Partido, y se dedicó a verdaderas provocaciones contra mí. Aunque procuré ignorarle, como una de esas provocaciones tuvo lugar delante de un grupo de periodistas, le di la respuesta correspondiente. Algo que llamó la atención, y que creó disgusto entre los camaradas de otros partidos hermanos, fue la

discriminación que tú has hecho al no invitarme a la reunión que has tenido con ellos. ¿A base de qué regla, camarada Corvalán, me excluyes de las filas del movimiento comunista mundial? Yo no veo más regla que la favorable al revisionismo. Esa actitud hacia mí contrasta con la calurosa acogida que le habéis dispensado al curita-golfo enviado por Carrillo y que dedicó la mayor parte de su actividad, lo mismo en Santiago que en Valparaíso, a entrevistarse con sus compadres en seminarios e iglesias. Contrasta también esa actitud vuestra con la que han tenido miembros responsables de vuestro Partido en Santiago y, sobre todo, en Valparaíso. Hacia ellos va todo mi agradecimiento por el cariño y la solidaridad que han demostrado hacia nuestra lucha. En cuanto a mi línea de conducta aquí, supongo estaréis al corriente de ella. Me he negado a toda declaración sobre vuestros asuntos que pudiese significar inmiscuirme en ellos. Diferentes camaradas de tu Partido y el Partido Socialista que me han preguntado mi opinión sobre vuestras fuerzas armadas, les he explicado lo que había sucedido en España en 1931 – 1936; y les dije que la actitud a la que pudiesen llegar las fuerzas armadas en un futuro, que puede ser más o menos próximo, era lo que más me preocupaba. Unos comparten esa inquietud mía, y otros me han señalado que el Ejército chileno era muy respetuoso con las leyes del país. He procurado ser muy comedido en estas conversaciones, pero a ti te quiero decir francamente que me marché con muchas dudas de que os salvéis de la guerra civil. Ojalá las fuerzas armadas sigan siendo respetuosas con las leyes. Yo no me fío nada, pues se trata de unas fuerzas armadas para defender un Estado burgués y no un Estado socialista. Pero puedo decirte más, camarada Corvalán: la gran mayoría de los mandos del Ejército español —y no hablemos ya de los soldados— eran fieles al régimen republicano; pero durante varios años y, sobre todo en los meses que fueron de febrero a julio de 1936, las fuerzas reaccionarias se dedicaron a desprestigiar ese régimen y, en primer lugar, al Frente Popular. Combinando el sabotaje económico con los atentados de los pistoleros falangistas, fueron creando una situación de descontento y desconfianza; y cuando

el núcleo fascista de las fuerzas armadas desencadenó la sublevación, muchos de los mandos partidarios de la República los siguieron, creyendo realmente que con ello salvaban a la patria del caos y la anarquía. De lo que yo conocía de la situación en Chile antes de llegar aquí, de lo que observé y de mis numerosas conversaciones con dirigentes de las diferentes organizaciones y partidos y con el propio Salvador Allende durante dos horas, me resulta claro que en Chile no hay ningún poder popular, sino un Gobierno democrático gobernando en un país donde el poder sigue en manos de los que lo han tenido hasta el triunfo electoral de Unidad Popular. Para mí está claro que en Chile está sucediendo lo mismo que sucedió en España, donde, durante la República, han existido gobiernos republicanos y republicanos socialistas, pero el poder ha continuado en manos de los grandes capitalistas, terratenientes, la Iglesia y el Ejército, y así nos lució el pelo. Ojala vosotros no tengáis que pasar por la misma amarga experiencia; que logréis enderezar las cosas y evitar la guerra civil y, lo que sería peor, una derrota sin una verdadera lucha como pasó en otros países.

*Deseándoos de todo corazón el más completo éxito, te saluda
E. Líster.*

Fue sobre todo indecente la actitud de Valodia Teitelboim hacia mí. Vino a la sesión plenaria a hacer un saludo en nombre del Partido Comunista de Chile; al marcharse, pasó por mi lado y torció la cabeza para no saludarme. Yo me había encontrado por primera vez con él en Praga, en 1953, cuando se me presentó con una carta de Neruda, en la que éste me pedía que ayudase a Volodia, cosa que hice. Más tarde, en 1973, nos hemos vuelto a encontrar en Helsinki (Finlandia), en una conferencia internacional de ayuda al pueblo chileno, y entonces sí vino a saludarme y le respondí cordialmente. Y recuerdo estos hechos sin ningún sentimiento de revancha hacia un camarada que se encuentra en forzada emigración, que por demás no será lo larga ni lo difícil que fue la mía, de lo que me alegro por él y también por nosotros, pues muestra que nuestra larga lucha no ha sido inútil. El mundo, realmente, va cambiando de base. Cambiaría mejor y mucho más rápido si cuando los revolucio-

narios llegan al poder, o al Gobierno (que fue el caso de Chile, pues el poder no lo tuvieron nunca), no cambiaran de mentalidad, lo que por desgracia ocurre frecuentemente y hace que la revolución avance más lentamente de lo que debiera.

Varsovia (mayo de 1973)

La presidencia del CMP se vuelve a reunir en la capital polaca, del 5 al 8 de este mes. Asiste a la reunión, esta vez, el señor Juan Antonio Bardem, quedando así incorporado a la presidencia.

Con vistas a esta sesión, los carrillistas y sus amigos habían venido preparando su participación movilizando todos sus medios para hacer triunfar sus planes de representantes únicos. Por su parte, el Consejo Español de la Paz había dirigido el mes anterior a todos los presidentes una carta denunciando toda una serie de hechos escandalosos y poniéndolos en guardia.

Esta carta creó bastante alarma entre presidentes y partidos comunistas, en primer lugar entre los dirigentes polacos.

El primer día de la reunión de Varsovia, los representantes de la República Democrática Alemana pidieron hablar conmigo. La conversación duró dos horas y desde el primer momento me dijeron que me hablaban en nombre de las delegaciones de los países del Pacto de Varsovia. En la discusión toda su línea era frenarme, pedirme que fuese buen chico, que si Bardem se metía con nosotros no le hiciese caso.

Mis respuestas fueron claras y rotundas: no queremos ni buscamos escándalos, no los necesitamos; pero al ataque responderé de forma fulminante y no principalmente a Bardem, sino a los que están detrás de él, en primer lugar a los dirigentes comunistas franceses, italianos, ingleses y otros. Les dije que los que venían a esa reunión para colgarnos la etiqueta de defunción estaban en un grave error.

El tercer día intervino Bardem. Fue corto, pero tuvo tiempo para después de decir que venía de Madrid y de leer tres poe-

sías, exponer algunas de las opiniones de los carrillistas en cuanto a la política de coexistencia y de oposición a que España, Portugal y Grecia participasen en la

Conferencia de Estados por la Seguridad de Europa, de Helsinki.

Más tarde intervine yo, y entre otras cosas dije: «Intervengo en esta discusión en nombre del Consejo Español de la Paz. El CEP nació en la emigración. Cumplió una función movilizador en el plano internacional en favor de la lucha del pueblo español, como muchos de ustedes saben. Pero su preocupación fue siempre cómo desarrollar más y mejor la lucha en España misma. Yo no tengo la suerte de poder vivir en Madrid ni en ninguna otra parte de España. Desde 1939 vivo en forzada emigración. Desde ella, junto con muchos otros españoles, me he esforzado en cumplir con mi deber.

»Ahora, como desde hace veinte años, en que se firmaron los acuerdos yanqui-franquistas, en el centro de nuestras preocupaciones y actividades sigue estando la lucha contra las bases norteamericanas en España.

»Así fue cuando Cuba, Vietnam, Medio Oriente, etc. Nuestro apoyo a la justa lucha de otros pueblos debe comenzar por combatir al enemigo común en nuestra propia casa.

»Partidario consecuente de la política de coexistencia pacífica entre países con regímenes políticos diferentes, el Consejo Español de la Paz considera que en la Conferencia de Estados por la Seguridad Europea, España, Portugal y Grecia deben estar presentes.

»Y no creo que aquí nadie pueda tener dudas en cuanto a mis sentimientos y opiniones políticas hacia los regímenes de esos países, pero en este caso no se trata de eso, sino de una Conferencia de Estados cuyo éxito puede ayudar a la consolidación de la paz. »

Y llegó el momento de elegir nuevos miembros para la presidencia: un polaco, un africano y Bardem. Los nombres de los dos primeros fueron saludados con un aplauso unánime, a Bar-

dem no llegaron a una docena los que le aplaudieron.

Públicamente era una nueva derrota de los carrillistas, pues después de dos años diciendo que no entrarían en el CMP ni en sus organismos mientras no fuésemos echados nosotros, ahora entraban con las orejas gachas.

Congreso Mundial de las Fuerzas de la Paz

En octubre de 1973, en la capital soviética se celebra este Congreso, al que asisten dos delegaciones españolas: la del Consejo Español de la Paz, presidida por mí, y la de Carrillo, presidida por Dolores Ibárruri.

La prensa española de aquella época comentó con bastante amplitud la presencia de ambas delegaciones y ciertos aspectos de sus actividades allí.

Carrillo no había reparado en gastos para dar un golpe de efecto, enviando a Moscú treinta y cinco personas con los gastos (billetes de avión, estancia en París a los que iban de España, etc.) pagados de los fondos de su Partido. Envió, entre otros, a las dos princesas de Borbón Parma, Arrabal, Moreno Galván, Bardem. Todos ellos encuadrados por Azcárate, Ardiaca y López Salinas y presididos por Dolores Ibárruri.

Nuestra delegación fue modesta, pues se componía de diez personas.

En los meses anteriores a la celebración del Congreso hubo una intensa actividad, lo mismo por parte de los carrillistas que por la nuestra; ellos, para impedir que estuviéramos presentes; nosotros, en defensa de nuestros legítimos derechos y de acuerdo con el carácter y el cometido del comicio, ya que, según los propios organizadores, tenían cabida en él todas las fuerzas que luchaban por la paz independientemente de su ideología, su creencia o su posición política.

En favor de Carrillo, los que más se movieron fueron los dirigentes de los partidos comunistas italiano y francés, sobre todo de este último, que enviaron a Moscú, ya antes de la Asamblea,

a Roland Leroy (una vez más) para presionar a los soviéticos contra nosotros. Fracados en sus intentos, los carrillistas prepararon las baterías para el propio Congreso, y nada más llegar comienzan a repartir la siguiente carta:

Al Comité Presidencial del Congreso.

Señores: Los treinta y cinco miembros de la delegación española, que incluye a diferentes organizaciones políticas y culturales, han decidido unánimemente presentar una protesta formal acerca de la inclusión ilegal, como miembros del Congreso, de un cierto número de gentes españolas que no pertenecen a nuestra delegación española. Este hecho contraviene todas las regulaciones establecidas por el Congreso, ya que ellos no han sido nombrados por el Comité preparatorio español; además se presentan como delegados españoles y se sientan en puestos reservados a España. La delegación española quiere que se ponga fin inmediatamente a esta situación. De otra forma, la delegación se verá forzada a dar todos los pasos necesarios para reafirmar su representatividad exclusiva. Nadie puede imponer a la delegación española «delegados» extra, que no han sido designados por nuestras organizaciones democráticas españolas. La delegación española quiere conocer igualmente cómo ha sido admitida esa gente en las sesiones del Congreso previstas. Puede presentarse un peligro en los próximos días si alguno de esos españoles pretende hablar en el trabajo de las diferentes comisiones usando el título de la delegación española. En ningún caso toleraremos esa situación. Por esas razones es extremadamente urgente acabar con la presencia ilegal de esa gente. Naturalmente, esperamos que esa situación anormal se acabe inmediatamente. De cualquier forma, pedimos al Comité Presidencial lo siguiente:—Publicar la lista oficial de los miembros de la delegación española tal y como fue organizada por el Comité preparatorio español. —Ninguna persona ni grupo fuera de la delegación española puede asumir nombre alguno, como «España» o «español», donde esa palabra pueda ser interpretada como segunda o diferente delegación española.

De acuerdo a las reglas de procedimiento de la organización del Congreso, nosotros estamos exclusivamente autorizados a asumir el nombre y la representatividad de la delegación española. En nombre de la delegación española: Juan Antonio Bardem, María Teresa de Borbón Parma, Cayetano Hernández y Pedro González.

A ella respondemos nosotros:

Al Comité Director del Congreso Mundial de las Fuerzas de Paz. Señores:

Nos vemos obligados a dirigirnos a ese Comité Director debido a una serie de hechos que se han venido produciendo y que no podemos silenciar, por constituir, primero, una negación del principio que anima al Congreso Mundial: «estar abierto a todas las fuerzas de la paz»; y, segundo, una discriminación escandalosa y una ofensa para nuestra delegación, la delegación del Consejo Español de la Paz. Hemos tenido conocimiento de una carta insultante, grosera y provocadora que la delegación formada por el señor Santiago Carrillo y sus amigos ha dirigido a ese Comité Director, y después ha distribuido en las diversas comisiones, pidiendo la exclusión de la delegación del Consejo Español de la Paz del seno del Congreso. Dejamos a un lado que la delegación del señor Carrillo está formada exclusivamente por funcionarios del aparato de su partido y por personas que asisten al Congreso a título personal. Ni en España, ni en la emigración existe, por desgracia, ninguna fuerza organizada de partidarios españoles de la paz, a excepción del Consejo Español de la Paz, con veinticinco años de actividad y miembro del Consejo Mundial de la Paz desde su fundación. En cuanto a que la delegación del señor Carrillo representa a las fuerzas del interior de España y nosotros somos fuerzas de emigración, es afirmación de pura especulación y estamos en condiciones de demostrar quién es cada uno de ellos y en qué países residen. No creemos, por supuesto, que ni el señor Carrillo ni nadie, aunque se escude tras un llamado «Comité preparatorio español», que no existe más que en el papel, puede arrogarse el

derecho de ser árbitro de quiénes pueden asistir al Congreso Mundial de las Fuerzas de la Paz, lo que, además, representa un verdadero insulto para ese Comité Director y para el Comité Organizador Soviético. Conscientes de nuestra responsabilidad y de la misión que nos ha confiado el Consejo Español de la Paz: contribuir dentro de nuestra modestia al éxito del Congreso, no nos hemos hecho eco de las provocaciones e insultos de que hemos sido objeto por parte de la delegación patrocinada por el señor Carrillo, para no entorpecer, en lo más mínimo, las labores del Congreso, al que tenemos el honor de asistir. Por lo visto el señor Carrillo ha elegido la celebración de este Congreso para dirimir el litigio entre su Partido y el Partido Comunista Obrero Español, problema extraño a los objetivos de este Congreso y ajeno a la actividad del consejo mundial de partidarios de la paz, importándole un bledo los perjuicios que puede ocasionar al buen desarrollo de este comido con su altanera e irresponsable actividad. Pero nos hemos visto alarmados y muy sorprendidos ante los rumores que han comenzado a circular de que la Comisión de Credenciales del Congreso ha anulado su primer acuerdo reconociendo la existencia en el Congreso de dos delegaciones de España: una, la del Consejo Español de la Paz y, otra, la organizada por el señor Santiago Carrillo. Es una realidad incontrovertible que al Congreso Mundial de las Fuerzas de Paz asisten dos delegaciones españolas y que así deben aparecer claramente y sin discriminaciones que rebajan los principios y las normas establecidas en los documentos que han convocado el Congreso. Consideramos que lo correcto es que, bajo el título general de «España», cada una de ambas delegaciones aparezca en el Congreso, en sus documentos oficiales y en la lista de participantes a éste, con su denominación propia y clara. Toda violación de los derechos que nos asisten como delegación del Consejo Español de la Paz al Congreso Mundial de las Fuerzas de la Paz, si llegara a producirse, tendría por nuestra parte la respuesta pública que se merece. En espera de sus aclaraciones les saluda por la Delegación del Consejo Español de la Paz

ENRIQUE LÍSTER (Presidente)

Los carrillistas fracasan en su intento de excluimos del Congreso, y entonces llevan sus intrigas y maniobras a las comisiones de trabajo. Pero en ellas son derrotados una y otra vez, pues las presidencias de las mismas y los delegados de los demás países no aceptan el «exclusivismo», ateniéndose al espíritu y al carácter del Congreso, además de que les disgusta el tono provocador y chantajista de los carrillistas, apreciando, en cambio, la actitud serena y responsable de los componentes de nuestra delegación.

El día 31 terminó el Congreso y entre ese día y el siguiente, se fueron de Moscú los carrillistas, mientras que nuestra delegación en pleno se quedaba, invitada a las fiestas del 7 de noviembre.

Además de nuestra contribución a la causa de la paz, lo importante de ese Congreso para nosotros fue que nos permitió tener durante muchos días centenares de entrevistas y conversaciones con personas venidas de todos los continentes, entregándoles a muchas de ellas nuestros materiales. O sea, precisamente lo que Carrillo y sus amigos nos querían prohibir.

Sesión del Consejo Mundial de la Paz de Sofía (1974)

Del 14 al 19 de febrero de 1974 se celebraba en la capital búlgara la última reunión del CMP, a la que he asistido. En ella, uno de los problemas más espinosos que se planteaba era el — ya famoso desde hacía años— «caso español». Desde 1970, la lucha entre los carrillistas y nosotros no había dejado de ir agudizándose, y las intrigas y componendas entre diferentes partidos comunistas para explotar el «caso español» en beneficio propio alcanzaban límites insospechados desde fuera.

La labor de los dirigentes de determinados partidos para llevar a Carrillo a «buen camino» también estaba en su apogeo. Se venían preparando activamente encuentros entre delegaciones

de diferentes partidos y del partido carrillista, que habrían de celebrarse en los próximos meses.

Y en ese contexto, en el ámbito del movimiento de la paz, los derechos y la legitimidad del Consejo Español de la Paz habrían de ser empleados por esos dirigentes como moneda de cambio para conseguir de las delegaciones del partido de Carrillo ciertas concesiones.

Por datos, cartas, posturas, conversaciones, etc. , puede comprobarse que a nosotros no nos cogió de sorpresa todo lo sucedido en Sofía. Sabíamos lo que se venía tramando, e hicimos cuanto nuestros modestos medios nos permitían para contrarrestarlo, sin hacernos, sin embargo, ilusiones. Sabíamos que se nos sacrificaba en favor de intereses que nada tenían que ver con los de nuestro pueblo, y nos preparamos para librar esta última batalla dentro del CMP con la misma dignidad que habíamos librado las anteriores.

Antes de salir para Sofía, tuvimos en París varias reuniones de la dirección del Consejo Español de la Paz por una parte y del Comité Ejecutivo del PCOE por otra. Las resoluciones adoptadas en unas y otras demuestran que juzgábamos la situación con realismo; en ellas se mandaba a nuestra delegación para defender los derechos y las posiciones del Consejo Español de la Paz hasta donde fuese correcto hacerlo, y para romper con el CMP si llegábamos a la conclusión de que así debíamos hacerlo.

Antes de empezar la sesión del Consejo, se reunió la presidencia del mismo para poner a punto el orden del día y examinar las cuestiones que iban a estar en debate, entre ellas el siempre llamado «caso español». En esa reunión yo dije: «Queridos amigos: Ustedes han escuchado las proposiciones hechas aquí por el secretario general, Romes Chandra, en relación con la representación de fuerzas de paz españolas. Yo quiero, en nombre del Consejo Español de la Paz, miembro del CMP desde su fundación, exponer brevemente nuestra opinión sobre esa cuestión, puntualizar algunas cosas y llamar la atención de ustedes sobre las mismas.

»El Consejo Español de la Paz siempre consideró, y sigue considerando, que el movimiento mundial de la paz debe ser un movimiento abierto a todos los que están dispuestos a servir y defender la causa para la que el CMP fue creado hace veinticinco años. Comparte igualmente la opinión de que la coexistencia pacífica que se va implantando en el mundo favorece la apertura, la ampliación, la incorporación de nuevas fuerzas a nuestro movimiento. Pero piensa y reafirma que sería plenamente erróneo llevar a cabo esa ampliación a costa de lo que son los principios básicos del movimiento, o dejando al margen a movimientos nacionales que son miembros del CMP desde su fundación y que han sido y siguen siendo fieles a la causa que éste defiende.

»El Consejo Español de la Paz sigue considerando que se debe reforzar cada vez más el carácter antiimperialista de nuestro movimiento mundial, y que la defensa de los pueblos en la lucha por su independencia y la libertad, contra el fascismo, debe ocupar un primer plano en la actividad del movimiento.

»El Consejo Español de la Paz considera que la evolución del mundo requiere aunar esfuerzos y buenas voluntades, buscar la participación de nuevas fuerzas en la lucha por la coexistencia pacífica, el establecimiento de relaciones entre los Estados, la independencia de los pueblos y el mantenimiento de la paz. De ahí, pues, su posición de principio de no tolerar a nadie "exclusivismos", y de tender a ampliar las filas de nuestro movimiento a escala nacional e internacional.

»El Consejo Español de la Paz se alza, pues, enérgicamente contra toda posición que consistiera, en nombre de esa ampliación, en dejar fuera del marco del CMP a quienes siempre defendieron sus postulados, en beneficio de quienes, para formar parte de él, ponen como condición la eliminación, de una forma o de otra, de los primeros.

»Ampliar el CMP, mejorar sus estructuras y la de sus organismos de dirección es tarea que la vida requiere. Pero nunca a costa de modificar la composición y el contenido básico de nuestro movimiento a favor de las ideas y objetivos particula-

res de ciertas "nuevas fuerzas" que no redundan en beneficio de la causa que defiende el CMP.

»Tal es la opinión de nuestro Consejo en este aspecto esencial.

»Queremos llamar la atención de ustedes sobre el siguiente hecho: Aquí se nos hace la propuesta de elegir para ocupar puestos en la presidencia a los representantes de una docena de nuevos países, con lo que nuestra delegación no sólo está de acuerdo, sino que propone que a ello sea agregado Portugal.

»Se propone aumentar en la presidencia el número de representantes de una serie de países; en unos casos, pasando de uno a dos, y en otros, de dos a tres. Nosotros también estamos de acuerdo con esta propuesta.

»Pero, al mismo tiempo, se propone que a España, que tiene dos puestos en la presidencia, se le reduzca a uno. ¿Cuál es el argumento que se emplea?: que los dos miembros citados son comunistas.¹⁵

»Ante todo, eso se debió ya tener en cuenta cuando en Varsovia se eligió a la segunda persona. Por otra parte, ¿es que acaso España es el único caso en el que los dos presidentes son comunistas? Claro que no. Además, cada uno de los dos presidentes representamos a fuerzas de la paz diferentes, y también opiniones políticas e ideológicas diferentes sobre determinadas cuestiones, dentro de la familia comunista española e internacional.

»¿Y es éste el lugar para querer dirimir estas últimas cuestiones? Nosotros opinamos que no; nuestra opinión es que el CMP debe dedicarse a examinar y resolver las cuestiones que le son propias, y dejar que las otras sean examinadas donde corresponde.

»Otro de los argumentos que se emplea es el de "los de España y los de la emigración", según el cual el señor Bardem representa a los del interior de España, y yo, a los de la emigración. Tal afirmación es falsa. Uno y otro representamos a fuerzas

¹⁵ Unos meses más tarde, Dolores Ibárruri pasó a formar parte de la presidencia del CMP, junto con Bardem.

que viven y actúan, las unas y las otras, en España y en la emigración. Esto se puede comprobar por las dos candidaturas presentadas para el Consejo; de los nueve de la del señor Bardem, hay cuatro residiendo en España y cinco en el extranjero; en cuanto a los ocho presentados por nosotros, cuatro residen en España y cuatro en el extranjero, entre ellos yo.

»Durante sus veinticinco años de existencia, y conjugando la acción de los partidarios de la paz de dentro y fuera de España, el Consejo Español de la Paz contribuyó a crear en muchos españoles la conciencia del significado y objetivos de la causa y la acción del movimiento de la paz. En diversos lugares del país se han transformado en formas orgánicas; secciones del CEP o grupos que cooperan con él, surgen en determinadas situaciones y actúan en torno a un problema determinado; por ejemplo, la lucha contra las bases militares yanquis en España, la solidaridad con Vietnam, los países árabes, africanos y el pueblo de Chile, la aceptación del principio de coexistencia pacífica y la seguridad europeas, etc.

»Nosotros no podemos estar de acuerdo con la propuesta hecha aquí en relación con España.

»El Consejo Español de la Paz considera que lo correcto, lo legal, lo que corresponde hacer al CMP en relación con el llamado "caso español" es seguir siendo fiel a los acuerdos de la sesión de Budapest, ratificados en las reuniones de la presidencia de Helsinki y de Varsovia, de que formen parte del CMP y la presidencia, en igualdad de condiciones, los representantes del CEP y de las otras fuerzas que han pedido su participación en Budapest y han ocupado un puesto en la presidencia a partir de Varsovia. Una tal decisión sería la más justa, lógica y la mejor para el presente y futuro del CMP.

»Yo os pido, queridos amigos, que juzguéis al CEP y a sus componentes por su actividad y conducta dentro del CMP. Pensad bien en el precedente que quedaría sentado de que se puede admitir la exigencia de cualquier nueva fuerza que imponga como condición para ingresar al CMP que sean expulsadas otras fuerzas que vienen perteneciendo a éste.

»Yo llamo la atención de ustedes sobre el precedente que sentaría para toda la vida futura del CMP la adopción de la propuesta que aquí se ha hecho. Ello representaría el sentar la base legal para toda clase de arbitrariedades en el futuro. Ello significaría que, a partir de ahora, el CMP puede ser empleado para dirimir y juzgar cuestiones que no entran en sus atribuciones, objetivos, normas, reglamento, y menos aún inmiscuirse en ellas.

»Pensad bien que, de ser aceptada esta proposición, el camino queda abierto, las bases legales quedan establecidas para que con cualquiera de vosotros y de los movimientos nacionales que representéis se pueda hacer lo mismo que se intenta hacer con nosotros. Nosotros somos un movimiento modesto que luchamos en difíciles condiciones de clandestinidad, no sólo en España, sino también en otros países donde hay emigración española. Eliminarlos a nosotros sería no sólo una gran injusticia, sino también un grave error.

»El CEP y no pocos de sus componentes llevamos veinticinco años en el CMP; una parte participamos en su creación. Yo pido que aquí se diga si en esos veinticinco años el CEP, sus miembros y yo mismo, hemos hecho algo que sea contrario a los principios y objetivos del CMP.

»Por petición mía, en nombre del CEP, en la reunión de Nueva Delhi en 1961, el CMP concedió la medalla de oro Joliot Curie a los presos españoles por la actividad y la aportación del CEP a nuestra lucha común. Esa misma alta distinción le fue concedida a Pablo Picasso, Manuel Sánchez Arcas y a mí mismo, por las mismas causas. Yo fui designado docenas de veces para formar parte de delegaciones del CMP a diferentes continentes y, más de una vez, presidí dichas delegaciones. Si recuerdo esto no es para alabarnos a nosotros mismos, sino para insistir en que se den las pruebas de que nosotros no somos dignos de continuar con ustedes.

»El Consejo Español de la Paz, y yo como su presidente, no pedimos ningún trato de favor, no pedimos ningún trato especial, pedimos simplemente que sean respetados nuestros dere-

chos de miembros del CMP y de su presidencia; pedimos simplemente que sean respetados los acuerdos de la sesión del CMP de Budapest en 1971 y ratificados por las reuniones de la presidencia de Helsinki y Varsovia; pedimos, en una palabra, que sean respetados los reglamentos del CMP y que no se quiera dirimir aquí una cuestión política que no incumbe al CMP juzgar ni sancionar.

»Y antes de terminar quiero aún agregar lo siguiente. Señor secretario general: puede ser que usted y otras personas consigan el objetivo que vienen persiguiendo desde hace varios años de desposeer al Consejo Español de la Paz de su representación en el Consejo Mundial de la Paz y de sus puestos en la presidencia y el secretariado del mismo. Pero lo que ni usted ni sus amigos carrillistas aquí presentes podrán sacarle al Consejo Español de la Paz son los veinticinco años al servicio del CMP y de la causa de la paz, y a mí personalmente mi participación en cerca de cuarenta reuniones regionales y en más de cincuenta internacionales en todos los continentes a lo largo de estos años de intensas luchas por la paz y la independencia de los pueblos. Ni usted ni nadie podrán borrar que yo he presidido delegaciones del CMP a reuniones, encuentros o visitas en Europa, Asia, África y América Latina. Y por último, usted, junto con el señor Raymond Guyot y algunos otros, pueden defender aquí las posiciones carrillistas y echarme de la presidencia u obligarme a que me retire yo mismo; pero lo que ni usted ni nadie podrá conseguir jamás es quitarme mi pasado y mi presente de luchador, de revolucionario, mi dignidad de comunista y de hombre, que es lo principal. »

El silencio fue total y la reunión se terminó. El golpe estaba montado por su parte para la Asamblea General; yo lo sabía, pero esperaba dar una última batalla antes de marcharme.

Y llegamos a la última sesión plenaria, en la que Romes Chandra está encargado de la lectura de las diferentes propuestas para ampliar y renovar el CMP, entre ellas la relacionada con España. Antes de darles lectura, explica brevemente que, como todo ha sido cuidadosamente examinado por la presidencia y su

buró, y que son, en suma, propuestas hechas por los diferentes movimientos nacionales, no dará la palabra a nadie ni habrá votación, que el simple «consenso» basta.

Nada más terminar su lectura, yo me pongo en pie y pido la palabra para exponer nuestros puntos de vista y nuestras propuestas. Y, como todo estaba ya «cocido» de antemano, ante la extrañeza de muchísimos participantes que no tenían la más remota idea de lo ocurrido en la presidencia y el buró, se me aplica el clásico método del escamoteo: el llamado «consenso» por medio de los aplausos. Yo, que con la mirada recorría la sala, me di cuenta enseguida de la «puesta en escena»: el académico Feodorov se puso inmediatamente en pie y dio la señal aplaudiendo con todas sus fuerzas. En medio de ese barullo, yo protesté con toda la fuerza de mi voz y lo mismo los representantes del Consejo Español de la Paz. Y juntos abandonamos la sala de sesiones antes de que terminara la comedia.

Inmediatamente preparamos y repartimos el siguiente documento:

DECLARACIÓN

La delegación del Consejo Español de la Paz en la Sesión del Consejo Mundial de la Paz celebrado en Sofía (Bulgaria), del 14 al 19 de febrero de 1974, hace la siguiente declaración: 1. ° Desde hace varios años, nuestro Consejo viene siendo objeto de discriminaciones continuas en el Consejo Mundial de la Paz, del que forma parte desde su fundación. Esas medidas han estribado en ir recortándole sus derechos en tanto que movimiento nacional. 2. ° En esta sesión celebrada en Sofía, ese proceso ha culminado en propuestas para miembros del CMP y de su presidencia que nuestro Comité no puede aceptar. 3. ° Dichas propuestas son resultado de presiones ejercidas por representantes de determinados partidos comunistas que, para dar ingreso ahora a los representantes del señor Santiago Carrillo, han puesto como condición esas medidas discriminatorias contra nuestro Consejo. Animada por el espíritu de encontrar sali-

da correcta a esa situación, la delegación del CEP elaboró y dio a conocer una propuesta constructiva en tres puntos, que no ha sido tenida en cuenta. En la sesión plenaria de esta mañana, al encontrarse nuestra delegación con listas elaboradas, con las que tenía algunos desacuerdos, pidió la palabra para exponer sus consideraciones. Todos los presentes en la sala fueron testigos de cómo el presidente de sesión, señor Romes Chandra, abusando de la autoridad de esa función, y sabiendo que nuestra propuesta contaría con el apoyo de la mayoría de las delegaciones, negó la palabra al representante de nuestro Consejo. Ante esta vulneración de los principios democráticos, la delegación del Consejo Español de la Paz decidió retirarse de la sesión, después de hacer constar su más enérgica protesta por la conducta intolerable del señor Romes Chandra. El Consejo Español de la Paz declara asimismo:—el precedente sentado es una injusticia y un error; ello afecta a los principios y al futuro del CMP, abriendo las puertas a toda clase de arbitrariedades;—que en perfecto uso del derecho de réplica —que le fue rehusado en esta sesión—, el Consejo Español de la Paz expondrá, pública y ampliamente, las razones que le impiden seguir formando parte del Consejo Mundial de la Paz.

Sofía, a 19 de febrero de 1974. Por la delegación, Enrique Lister, presidente del Consejo Español de la Paz.

Al analizar lo sucedido en la reunión de Sofía se debe tener en cuenta en qué momento y condiciones tuvo lugar ésta; de gran confusionismo en el CMP en cuanto a la vía a seguir y de gran confusionismo y luchas en el Movimiento Comunista Internacional. Encuadrado en ese marco se comprenderá mejor nuestra situación y los resultados de la reunión en relación con nosotros. Con nuestra salida del CMP, Carrillo había conseguido una parte de su objetivo. Quitarnos ese medio de viajar y de relacionarnos directamente con amigos, camaradas y partidos de los diferentes continentes. Pero las cosas no le salieron como él quería, y por eso su victoria fue más bien pírrica, de lo que es buena prueba el silencio que han guardado sobre esa

reunión y sus resultados. Se puede buscar en su prensa de esa época una referencia a la reunión de Sofía que no se encontrará.

Carrillo había venido moviendo desde la sesión de Budapest en 1971 todos sus medios y amigos con vistas a conseguir nuestra expulsión pura y simple. Carrillo y sus amigos no consiguieron ese objetivo; pues no hubo expulsión, sino abandono nuestro de la sesión de Sofía al no querer aceptar unas condiciones que consideramos inadmisibles. Nuestra retirada fue un serio golpe que dimos a los maniobreros, como lo demuestra la cantidad y calidad de peticiones que se nos han hecho de que no abandonásemos la sesión ni el CMP. Ellos esperaban que nosotros desempeñásemos dentro del CMP el papel de fuerza de choque contra los representantes carrillistas. Nos hemos negado y nos hemos marchado. ¿Qué queda de todo lo que han ofrecido los carrillistas al CMP? Nada. No se volvió a hablar, por parte de los carrillistas, del CMP ni de ninguna organización por la paz. ¿Y de que Carrillo dejara de hacer antisovietismo después de que yo cesara en la presidencia del CMP? Los hechos, la actividad de Carrillo y sus seguidores desde 1974 a hoy también están a la vista de todos. El anticomunismo y el antisovietismo de esas gentes han ido en aumento.

En cuanto a nosotros, nuestra conducta y actividad también están ahí, a la vista de todos. Los hechos son así de tozudos y, al final, es a base de hechos que en España y fuera de España se nos va juzgando a todos. El PCOE acepta tranquilo el veredicto.

CAPÍTULO XI

Y LA LUCHA CONTINUA

ESPERO que los que hayan tenido la paciencia de seguirme hasta aquí en la lectura de estos recuerdos y opiniones, ello les pueda servir para ver un poco más claro en esta maraña del comunismo español y también algo en el internacional. Una cosa está clara: uno y otro están atravesando una profunda crisis. Se equivocan, sin embargo, los que creen que eso es el fin del socialismo y la derrota de las ideas comunistas.

Nada más lejos de esto. Los hechos están demostrando que las ideas del socialismo y del comunismo son tan sólidas, están basadas en principios científicos tan reales, que todos los inmensos medios puestos en acción por el capitalismo y los errores y traiciones que se dan en nuestro propio campo, no son capaces de paralizar su marcha hacia adelante, pues vivimos en la época en que todo conduce al socialismo, al de verdad, al que avanza triunfante en algunos países y en primer lugar en la Unión Soviética, y comienza a dar sus primeros pasos en otros muchos, en los diferentes continentes. Basta echar un vistazo a lo que era el mundo hace sesenta años y lo que es hoy.

Y en España también marchamos hacia el socialismo, el de verdad, y España también tendrá su poderoso Partido Comunista, cuya modesta, pero firme base, es hoy el Partido Comunista Obrero Español.

En las últimas elecciones, los que más clamaron en sus discursos de que no se hable del pasado fueron los señores Fraga y Carrillo. Los dos, pero también otros, quisieran que este medio siglo último de la historia de España fuese enterrado bajo siete losas de piedra y mucho cemento.

¿Por qué tanto empeño? Porque su participación y la de otros en esa parte de la historia de España no es como para recordar-

la con orgullo. Pero para seguir haciendo historia hoy, hay que referirse a lo de ayer, y cada uno debe cargarse con su comportamiento en ella. El no hacerlo así, ya estamos viendo adonde nos llevó a los comunistas españoles.

Y este referirnos a la historia no quiere decir deseo de revancha, segunda vuelta, ajuste de cuentas, abrir heridas para hurgar en ellas, sino todo lo contrario. Para nosotros, lo mismo en lo particular que en lo general, quiere decir no olvidar el pasado para tenerlo en cuenta en nuestro andar de hoy hacia el futuro, para no repetir lo que hicimos mal, es decir, para no volver a las andadas.

Con esa intención está escrito este libro, cuando voy a cumplir 76 años y 56 de militante comunista. A esa edad y con esa cantidad de años luchando por el comunismo, no sería serio cambiar de chaqueta ni hacer trampas con las ideas a las que uno ha dedicado su vida. Me quedo donde estoy: en el PCOE, luchando con el marxismo-leninismo, por el socialismo de verdad, por el comunismo.

Asistimos también hoy en día a una verdadera polémica en las filas del movimiento comunista nacional e internacional en torno a todo lo que abarca el término bautizado por los oportunistas y por la propaganda burguesa «eurocomunismo», y que yo mismo calificué hace unos años de «euro-oportunismo».

No es mi intención extenderme demasiado aquí sobre todo lo relacionado con el euro-oportunismo, pues ahí están los artículos y declaraciones del PCOE a este respecto.

Quisiera, sin embargo, puntualizar algunas cuestiones.

Estoy firmemente convencido de que el euro-oportunismo no es el producto de la «búsqueda creadora» de las principales cabezas pensantes de la vasta corriente oportunista dentro del movimiento comunista, sino el resultado directo de dos cosas: la crisis actual que atraviesa el Movimiento Comunista Internacional y el español, y las fuertes posiciones, predominantes en muchos casos, que han ido ocupando los elementos derechistas en una buena parte de las direcciones de los partidos comunis-

tas y obreros, sobre todo en Europa occidental.

Está claro que el problema no se puede resumir en dos puntos ni en dos palabras. La cuestión es mucho más compleja, mucho más amplia y requiere análisis, reflexiones, críticas, etc. , muy serias. En este aspecto, puedo decir que el PCOE está contribuyendo a hacer avanzar el trabajo ideológico en ese sentido. Buen ejemplo de ello son los numerosos trabajos elaborados por nosotros en las páginas de nuestras publicaciones. Modesta contribución, dirán algunos. Por supuesto que es modesta, pero ello se debe no a nuestra falta de deseo ni a la ausencia de capacidad de nuestros cuadros, sino a la falta de medios económicos para poder ofrecer un órgano central no mensual, sino semanal, una revista teórica mensual, publicación de folletos y libros en los que se puedan abordar las cuestiones que plantea la lucha política, ideológica y teórica.

He estado y estoy completamente en contra de la tesis según la cual la crisis que atraviesa el Movimiento Comunista Internacional es debida a la actuación de las camarillas euro-opportunistas de los principales partidos europeos. Los que intentan invertir las cosas cometen un grave error —o un escamoteo—, pues confunden (consciente o involuntariamente) las nociones causa y efecto.

Es indiscutible que los euro-opportunistas acentúan con su política y su ideología la crisis del Movimiento Comunista Internacional, la hacen más profunda. Sobre todo si se tiene en cuenta, como digo más arriba, las sólidas posiciones que ocupan los oportunistas en el seno de las direcciones de sus respectivos partidos. Pero esas posiciones las han podido ganar gracias a que estos partidos han venido practicando una política cada vez más reformista, para llegar a lo que en la prensa del PCOE hemos calificado más de una vez de «cretinismo parlamentario integral».

Está claro que en el dominio de la lucha de clases hay que saber emplear todas las formas de lucha, dándoles prioridad a aquellas formas que son las más adecuadas en momentos y etapas históricas determinadas. Pero lo que está reñido con el

marxismo-leninismo es la tendencia a absolutizar cualquiera de esas formas, excluyendo las demás. Absolutizar los procedimientos violentos significa caer en el sectarismo izquierdista. Absolutizar las formas legales representa prácticamente el reformismo, el legalismo sin límites (que es una de las características principales del euro-opportunismo).

Está claro que los marxistas debemos saber tener en cuenta todas —absolutamente todas—, como dice Lenin, las peculiaridades nacionales a la hora de elaborar la táctica y la estrategia política. Como también está claro para nosotros que no se puede uniformar la lucha de clases (sus formas) mediante fórmulas y patrones preconcebidos. Ahora bien, de lo que se trata es de no caer en la absolutización de las peculiaridades nacionales. Los leninistas españoles seguimos haciendo nuestra la definición dada por Marx y Engels en el Manifiesto comunista, según la cual la lucha de clases es nacional por su forma e internacional por su contenido. ¿Es que están en discusión hoy día las formas nacionales de lucha llevada por cada destacamento comunista en las condiciones específicas de cada país? Claro está que no. Lo que sucede es que la absolutización de lo nacional y de ciertas formas de lucha, muestra muy bien que los principales partidos europeos lo que han revisado es el contenido mismo de la lucha.

Otro de los problemas —de orden ideológico-teórico— es el esfuerzo de los euro-opportunistas por suplantarlo por el euro-opportunismo. Hasta hace unos años, nadie entre los dirigentes de los partidos comunistas se permitía poner en duda una sola línea del leninismo. Hoy, los oportunistas españoles e italianos —los franceses y otros son más prudentes en este aspecto— declaran al leninismo, en su conjunto, caduco, superado.

El secreto de tal anatema global contra el leninismo reside en que los oportunistas, después de haberle dado muchas vueltas a la tentativa de falsificación del leninismo, han llegado a la evidencia de que oportunismo y leninismo son dos cosas reñidas y que si la esencia de la teoría —como cualquier otra cosa—

puede intentarse adulterarla, todo tiene un límite en este mundo. Por ello, en esta nueva etapa del deslizamiento revisionista, los «maestros pensantes» de esta corriente desviacionista después de haber elaborado sus esquemas euro-oportunistas han optado por el rechazo puro y simple del leninismo, teoría científica del proletariado revolucionario.

Tras la ruptura con el carrillismo en 1970, en conversaciones con dirigentes de partidos comunistas de varios países, yo me he esforzado más de una vez en demostrarles que el antisovietismo de los carrillistas no era más que un aspecto de la cuestión, que, además, las cosas iban a ir mucho más lejos, hasta el antileninismo completo. De la misma manera me esforcé por demostrar que había pruebas suficientes para ver que el carrillismo no era más que la variante española de la corriente oportunista internacional; que tarde o temprano los camaradas de los otros países se verían enfrentados con las direcciones de una serie de partidos de Europa y de otros continentes. Debo reconocer que mis argumentos, en la mayoría de los casos, dejaban un tanto escépticos a mis interlocutores, por lo cual no faltaron las tradicionales buenas palabras de que todo eso era pasajero, accidental; de que nosotros exagerábamos por estar traumatizados por nuestra propia experiencia, etc.

Hoy, ahí están los resultados de la evolución oportunista: el leninismo declarado caduco, limitado a las circunstancias específicas de la lejana y muy atrasada Rusia de 1917, y el eurooportunismo presentado como única teoría válida.

Por tanto, no se trata de «equívocos» de los oportunistas europeos, sino de la puesta al día de una estrategia basada en consideraciones teóricas, políticas, ideológicas, que nada tiene que ver con el marxismo-leninismo. Porque aquí no se pretende únicamente quitar o no un nombre, sino de liquidar todo lo que está identificado con la ciencia marxista y la concepción leninista del partido revolucionario.

El oportunismo es, si cabe, lógico; los oportunistas no quieren ni oír hablar de la revolución como salto cualitativo en el terreno de la lucha de clases, tampoco de la liquidación del poder

económico de la burguesía, y todavía menos de la necesidad de destruir el aparato estatal burgués.

Cuando se declara que sólo el «limpio juego democrático y electoral» es el arma para lograr la emancipación de los explotados, cuando se aboga por la alternativa en el poder hoy lo ocupan los «explotados» mañana los explotadores, ¿qué tiene que ver todo esto con la revolución, sinónimo de transformación social, de cambio profundo?

Está claro que el Partido Comunista Obrero Español nada tiene que ver con el euro-oportunismo. Nosotros militamos en un Partido leninista por sus concepciones orgánicas y revolucionarias, por las metas políticas que aspira alcanzar. Y a todos aquellos que puedan venirnos con el disco rayado de que «se nos ha parado el reloj», les podemos contestar que a los leninistas no se nos ha parado nada. Lo que sucede es que a los euro-oportunistas les marcha el reloj como los cangrejos, hacia atrás, hacia las esclerosas concepciones de los Kautsky y demás estranguladores de las revoluciones de comienzos de siglo.

Pero volviendo a los euro-oportunistas: si éstos, como es el caso de la socialdemocracia en ciertos países europeos, comienzan a jugar abiertamente a las clases dominantes contra los intereses de las clases laboriosas, no tendremos ninguna necesidad de catalogarlos como enemigos principales, pues se desenmascararán ellos mismos como sucedió en el pasado con los Kautsky y los Scheidemann. Nuestro deber es denunciar el peligro que entraña la desviación euro-oportunista, hacerlo comprender al mayor número de trabajadores, de demócratas. Y hay que denunciarlo en toda la línea, en todos los aspectos.

Yo he llegado a una edad, a un grado de experiencia en materia política, que es difícil acusarme de «inmadurez», de «pretensiones personales» o cosas por el estilo.

Como puede comprenderse en lo escrito en las páginas que preceden, no soy un iluso al que se le va la pluma en la euforia de la divagación, ni un sectario, al que se le ha parado el reloj. Como todo comunista consecuente, me esfuerzo por analizar los problemas y dar una explicación a las cosas lo más acorde

posible con los intereses de clase que defiende.

Digo esto para aclarar que, según mi opinión, no se puede tratar seriamente el problema de la situación en el Movimiento Comunista Español e Internacional, la cuestión de euro-oportunismo, sin tocar lo relacionado con la crítica, con la postura que mantienen los partidos comunistas de determinados países.

Desde que rompimos abiertamente con el carrillismo en 1970, los leninistas españoles no hemos cesado de proclamar la necesidad de que los partidos marxistas-leninistas debían prestarnos su ayuda y apoyo y, al mismo tiempo, sostener una lucha seria, ideológica y política contra el oportunismo carrillista.

Algunos oportunistas de los principales partidos comunistas de Europa occidental, para escurrir el bulto dicen no conocer el libro de Carrillo Eurocomunismo y Estado, intentando así callar que ese libelo no pasa de ser un elemento más en la larga «obra» producto de su autor: libros, artículos e intervius diversos vieron la luz y circularon por nuestro país y por el extranjero desde hace bastantes años.

Para nosotros, leninistas españoles, el antisovietismo de Carrillo y sus socios es un elemento más de desacuerdo con ellos, pero no el único: Carrillo y sus semejantes no son oportunistas por ser antisoviéticos, son antisoviéticos por ser oportunistas, por ser anticomunistas, pues a la vez no se puede ser comunista y antisoviético.

Y resulta sintomático a este respecto que el antisovietismo de Carrillo vaya progresando en igual medida que avanza por el camino de la claudicación ante la burguesía, de los compromisos con ella, y del abandono de todo lo que caracteriza a un partido verdaderamente revolucionario, verdaderamente comunista.

Creemos, por tanto, que de no poner al descubierto la totalidad de la ideología, la línea política, la táctica y estrategia revisionistas, no podrá comprenderse debidamente la base real del antisovietismo «euro-oportunista».

Pienso, además, que incurren en un grave error los que opinan que bastaría con desplazar a Carrillo para que el PCE vuelva a ser lo que fue en el pasado, un Partido revolucionario, internacionalista, marxista-leninista.

En este orden de cosas venimos también realizando una sistemática y paciente labor de esclarecimiento, de lucha ideológica. Los leninistas españoles que militamos en las filas del PCOE nos esforzamos por demostrar cuán utópica es dicha concepción. Y es utópica, irreal, por dos razones fundamentales.

La primera porque a Carrillo no le desplaza de su puesto de mando, ya sea o no secretario general, ni una junta de bueyes. Hoy menos que ayer. Creerse lo contrario es dar muestra de incompreensión total del propio carácter del Partido carrillista, de su funcionamiento real, de su estructuración, de sus órganos de dirección. Los que durante muchos años nos hemos enfrentado con el carrillismo y, a partir de 1970, rompimos abiertamente con él, sabemos un rato de todo eso.

Y la segunda, porque también es erróneo el pensar que con el apartamiento o con la desaparición de Carrillo se esfumarían el oportunismo, el anticomunismo y el antisovietismo que alimenta la dirección de ese Partido. Carrillo es el dirigente principal, el portavoz oficial del revisionismo español, esté o no en la secretaría general del Partido. Pero la totalidad de los componentes de la dirección «eurooportunista» son tan oportunistas como él y algunos incluso más que el propio Carrillo. No se trata en este caso de una persona, de dos o tres; nos hallamos en presencia de un destacamento agrupado y unido en torno a unos conceptos muy determinados: los conceptos «eurooportunistas».

Muchos camaradas y numerosas personas que no son comunistas se preguntan y nos preguntan, cada vez con más insistencia, cuándo va a ser reconocido nuestro Partido por el Movimiento Comunista Internacional, cuándo se nos va a colocar, por lo menos en cuanto a la oficialidad se refiere, en pie de igualdad con el carrillista. Muchos camaradas y amigos consideran que

lo que se viene haciendo con nuestro Partido es una discriminación intolerable, y tienen razón.

Cuando abordamos esta cuestión con dirigentes de otros partidos comunistas, se disculpan con el «argumento» sobre la complejidad de la situación existente en el Movimiento Comunista Internacional; dicen que el principal obstáculo para un reconocimiento oficial y público lo constituyen las direcciones de los partidos francés e italiano, pues al defender a Carrillo, se defienden a sí mismos, para que en sus propios partidos no cunda el ejemplo del PCOE.

El Partido Comunista Obrero Español es un Partido serio, responsable. No está animado por aventurerismo, impaciencia ni precipitaciones. Sabemos muy bien que en este mundo, especialmente en política, todo transcurre a través de procesos. Ahora bien, sabemos también que los procesos son algo que se pueden canalizar positivamente o desviar, acelerar o frenar. Como marxistas-leninistas, lo sabemos de sobra.

Pero pensamos igualmente que, en lo que al movimiento comunista español atañe, se ha entrado ya en la etapa final de la descomposición del PCE. Por tanto, creemos, en buena lógica, que esta etapa impone posturas y tomas de posición en consonancia con ella.

Y cuando digo que se ha entrado en la etapa final, no me refiero únicamente a lo que traen consigo los lamentables resultados electorales del carrillismo; me refiero asimismo al crecimiento y desarrollo de nuestro Partido, de lo que es una buena prueba los votos obtenidos en las últimas elecciones en las quince provincias en que hemos presentado candidaturas.

Nos consta que los círculos oportunistas de Europa occidental despliegan una intensa campaña en defensa del carrillismo para intentar frenar la influencia que pudiera tener en las filas del Movimiento Comunista de esa parte del continente el «mal ejemplo» de los leninistas españoles. Mas sus esfuerzos están condenados al fracaso. Nuestra experiencia lo evidencia.

Cierto es que el combate por reconstruir el partido revoluciona-

rio de la clase obrera no es fácil, ni liviano, ni rápido. No es un camino cubierto de rosas. Pero ¿cuándo fue fácil la lucha revolucionaria? Iniciamos nuestra tarea en 1970, siendo un grupo reducido. Hemos atravesado mil vicisitudes, vencido obstáculos, incomprendiones, ataques, tentativas liquidacionistas, llegando a lo que somos hoy: un Partido estructurado, con organizaciones en los principales puntos del país, con sus publicaciones, con unos órganos de dirección cada vez más adecuados a las necesidades, con cuadros en pleno desarrollo, con una organización juvenil que progresa cada día.

El PCOE es todavía un Partido modesto, pero va creciendo sistemáticamente, se fortalece y adquiere experiencia, personalidad y autoridad. De nada han servido, pues, los esfuerzos del oportunismo español, y de otros países para liquidar al PCOE; de nada han servido calumnias y ataques de la burguesía para desacreditarlo, o el «complot del silencio» para ahogarlo. Ahí están sus organizaciones en infinidad de ciudades y pueblos de las más diversas provincias, y también entre los españoles de la emigración, luchando todas por el engrandecimiento del verdadero Partido de los comunistas españoles.

Y aquí interrumpimos este relato, y decimos interrumpir y no poner fin, porque son muchas las cosas sobre las que habrá que seguir tratando, profundizando, completando. Hay, por ejemplo, el papel de los servicios de espionaje en la destrucción del PCE; el final de nuestra guerra y el papel de Togliatti y de otros en ese final; el papel de Dolores Ibárruri; la muerte de Grimau es otra cuestión que exige ser tratada. El empleo de la oposición al carrillismo como fuerza de presión; servirse del PCOE como moneda de cambio; y, cómo no, la verdadera historia de la «desaparición» de la primera mujer de Carrillo. Y también la actitud del Movimiento Comunista Internacional en relación con la situación en el Movimiento Comunista Español. Trataremos de estas y otras cuestiones que ayudarán a clarificar la situación del Movimiento Comunista Español y también del Internacional.

Los combates decisivos entre leninistas y «euro-oportunistas»

están en pleno desarrollo. Y ello impone asumir una actitud de principios, tomas de posición clara, relaciones normales entre todos los marxistas-leninistas. Es decir, un ambiente de concordia con el batallar de los comunistas por el avance de la lucha revolucionaria de los pueblos por el socialismo; pero todo ello desde posiciones de intransigencia total en defensa de los principios que rigen un verdadero partido marxista-leninista capaz de ocupar en España el vacío dejado vacante por el PCE. El PCOE es ese Partido, y su nombre puede ser aceptado o no por otros, pero no es negociable. Así son las cosas y en esa lucha estamos.

Madrid, diciembre de 1982